

Mary
Mary
Shepherd
Shepherd



Por la ©
Por la ©
de Carol
de Carol



Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

~ 3 ~

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

~ 4 ~



Carol es algo... bueno, algo no, es pija. Es rubia de «bote» y lleva lentillas de colores. Jura por la D de Dior, suelta ¡jopelines! cada dos por tres, viste ropa de los diseñadores más famosos y lleva zapatos de marca. Es socia de una boutique y vive con sus dos «bebés», Bubble y Muffin.

Un corte de agua hace que salga, toda enfurruñada, a la búsqueda y captura del «responsable» de la sospechosa desaparición del preciado líquido y entonces lo encuentre a él. ¿Y quién es él? Él es Lolo, tía, osea, Lo-lo, albañil, guapete él, pero rústico, rural y tiene el descaro de llamarla «rubia» y a partir de ese momento... mmm, eso, eso es «secreto de sumario».

~ 5 ~



A mi familia por estar a mi lado, por darme siempre las alas para volar, por su confianza, apoyo y cariño y por creer siempre en mí.

Gracias por vuestro amor y todos esos abrazos que hacen que los malos momentos sean más fáciles de llevar.

A Berta y Lucía, gracias por darme vuestra confianza desde el primer momento, por darme la fe que yo no tenía y por estar a mi lado en todo momento.

A Raquel, Lucía y Rita, mis tres brujis, conseguisteis que creyera en mí, vuestro calor y apoyo me dieron fuerzas y vuestros consejos me hicieron crecer.

A Eva Sanz, por ser mi apoyo, amiga y compañera, por los consejos, las charlas y las risas, por esa mano extendida y esos abrazos virtuales, por tu confianza en mí y por ayudar que este sueño fuese una realidad.

A Alazne, gracias por ser parte de mi vida, por tu ayuda, por ese hermoso vídeo, por tu cariño y por ser una persona tan especial.

Y a mis niñas y niños de Facebook, gracias por estar ahí a diario, por pedirme siempre más y por acompañarme en este viaje, no se puede pedir mejores compañeros.

~ 6 ~



Hacía un frío horripilante, en serio, *osea*, muchísimo frío, encima estaba lloviendo, pero no una lluvia de esas finas, no, una cortina de agua, sus Manolos se habían mojado, ¡sus Manolos!, uno de sus tesoros más preciados, tan *cuquis* ellos y encima tenía que ir agarrándose a las paredes porque los muy... «monos» resbalaban sobre la acera, pero ni muerta se los iba a quitar, ¡por favor! Antes con una pierna liada con cosa de esa blanca que quitárselos y andar descalza, eso no era chic y no tenía nada de glamour.

Cuando llegó a su edificio y abrió la puerta miró anonada lo que tenía frente a ella, ¡jopelines! Todo estaba lleno de partículas minúsculas de

polvo y pululaban por allí con el riesgo de caer sobre su abrigo de Max Mara, una prenda que había comprado hacía solo un mes y que le había costado el tener que renunciar a su visita semanal al spa por dos meses, ¡dos meses, tía, qué fuerte! ¡Jo! se le había olvidado que habían empezado, ¡por fin!, las obras en el edificio y eso que esa misma mañana, cuando salía para la boutique, estaban descargando materiales, cajas y otros utensilios de un camión.

~ 7 ~

Cuando llegó a su pequeño apartamento llamó a sus dos pequeñines que salieron entusiasmados a saludarla.

—¿Dónde estás los reyes de la casa?

Bubble, su pequeño perrito *bulldog* francés y Muffin, su gatito *sphynx* saltaron sobre sus patitas intentando llegar a ella, Muffin era un poquito envidioso y quería ser siempre el primero en recibir caricias, así que lo tomó a él y luego al perrito. Juguetó con ellos durante un buen rato y después, mientras ellos comían, se fue a su habitación a ponerse cómoda; se puso unos pantalones de yoga y una camiseta de Dior, sencilla, pero siempre, siempre, glamurosa, la comodidad no estaba reñida con la elegancia.

Fue al baño a prepararlo para lavar a sus pequeñines y cuando abrió

el grifo empezó a «silbar» y el agua no salió, cerró, volvió a abrir, pero nada, ni una miserable gota, ¿qué estaba pasando? Después de comprobar todos y cada uno de los grifos de la casa y ver que, en efecto, de allí no salía nada se dirigió a la casa de su vecina July; en realidad su nombre era Juliana, en sus tiempos fue una vedette y bastante famosa, pero los años no perdonan y al final fue olvidada. A ella le encantaba y la visitaba a menudo, le gustaba escuchar sus historias y revisar su armario, ¡oh, su armario!, estaba repleto de trajes y vestidos de Chanel, Valentino y Balenciaga, cada vez que los veía babeaba, ella adoraba la moda y aquellos modelos eran lo más, puras obras de arte, se le saltaban las lágrimas cuando los veía, además, adoraba el olor dulce, hasta casi empalagoso, del perfume que los impregnaba.

Tocó a la puerta y July, ataviada con una bata en color morado ribeteada con encaje negro y su eterno cigarrillo con boquilla, le abrió.

—¡Hola, Carol! ¿Qué quieres, mi pequeña flor?

Adoraba esa voz ronca y los adjetivos que solía dedicarle la mujer y le encantaba verla, siempre elegante, con sus moños artísticos, su pelo gris plata, maquillada y sumamente redondeada, a sus ochenta años era espectacular y en su juventud fue una mujer «de bandera».

—¡Hola, July! Estás impecable, como siempre.

La mujer, con su cara llena de arrugas, sonrió y sus pequeños ojos negros casi desaparecieron.

—¡Oh, niña, eres un encanto! ¿Quieres pasar?

~ 8 ~

—No, pero muchas gracias. Quería preguntarte si tienes algún problema con los grifos. Iba a bañar a mis «bebés», pero no sale ni una gota de agua.

—Pero, cielo, ¿dónde te metes? En la última reunión urgente de vecinos el presidente nos lo dijo. Es por las obras.

¿¡Qué!? ¡Por todas las uñas de porcelana! Eso no podía ser. Se despidió de la mujer y volvió a su piso, nada más entrar, Bubble y Muffin la miraron con sus ojillos tristes, ¡tenía que hacer algo!

Volvió a salir y empezó a bajar las escaleras, al llegar al rellano, todo lleno de «cacharros» y polvo, se estremeció, había un hombre de espaldas a ella y se acercó, decidida, hacia él.

—¡Buenas tardes!

Él se giró y la miró extrañado.

—¡Buenas tardes, señorita!

Tendría alrededor de unos cincuenta y tantos años, llevaba una camisa de franela, ¡qué fuerte, tía!, ¿quién llevaba una camisa de esas

hoy en día? Evidentemente él, pero es que, *osea*, eso no se llevaba, ¡para nada!, además estaba toda sucia, ¡que repelencia, por Dios! y los pantalones vaqueros que llevaba estaban ídem. En serio, aquel señor necesitaba, *ipso facto*, un asesor de imagen.

—¿Es usted el jefe al mando de esta operación?

El hombre la miró súper-mega-extrañado.

—¿Qué si soy el qué de qué?

¿Cómo se llamaban las personas que dirigían unas obras?

—Busco... busco al encargado, jefe o asistente de la obra, ¿es usted?

—No, yo soy un peón, señorita.

—¿Pues me haría usted el favor de ponerse en contacto con él y decirle que tengo que hablar urgentísimamente con él?, *osea*, esto es cuestión de vida o muerte, en serio, se lo juro.

¡Pues ni que hablara chino coloquial! El señor ni se movió del sitio y la miró como si no entendiera ni una palabra de lo que había dicho.

—Mire, necesito tener agua en mis grifos, mis «bebés» tienen que bañarse, es su hora y si no lo hacen se ponen súper nerviosos, de

~ 9 ~

verdad, es más, tendría que llevarlos a su sicólogo, es de vital importancia seguir su horario.

—¿Al sicólogo por un baño?

—Sí. Debe comprender, caballero, que ellos tienen su rutina y es necesario cumplirla. Por favor, comuníqueme a su superior el serio problema que tengo y... pongan el agua en su sitio para que pueda bañar a mis chiquitines. ¡Oh, perdón! Disculpe mi grosería, no me he presentado, soy Carol Ferrer, la vecina del tercero B.

—Vale y yo soy Fermín González, peón de albañilería y no he ido, en toda mi vida, a un sicólogo, pero después de esto lo mismo acabo visitándolo. ¡Joder! Si ya lo decía mi abuela, para ver cosas estar vivo. Se despidió del hombre recomendándole, encarecidamente, que contactara con el jefe de «aquellas maniobras» y volvió a su piso.

Había días que las cosas salían mal, otros... peor, y hoy era uno de esos días. ¿Qué narices le pasaba a la gente? Estuvo dos horas colgado del teléfono intentando que los materiales llegaran a tiempo a las tres obras que tenía entre manos y lo tuvieron «mareando la perdiz» hasta que perdió los estribos y los mandó a todos a tomar por saco, solo en ese momento llegaron a un acuerdo, uno iba de amable por la vida y no se comía un rosco, pegabas cuatro gritos y te acordabas de los ancestros de aquellos gilipollas y todo se arreglaba.

Llegó al edificio y subió las escaleras, esperaba que los chicos llevaran el trabajo al día, porque en ese momento no estaba él para muchas chufas, la verdad.

—¡Hola, Manu!

Miró a Fermín que lo acababa de saludar, trabajaban juntos ya desde hacía unos ocho años.

—¡Hola! ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Todo lo relacionado con nuestro trabajo, bien, pero tenemos un problemilla de sicólogos.

~ 10 ~

¿¡Qué!? Su amigo no era de empujar el codo y menos en horario laboral.

—¿Sicólogos?

Fermín movió la cabeza afirmando con mucho vigor.

—Sí, cómo te lo digo. Acaba de bajar la vecina del tercero B, una moza muy maja ella, rubia, aunque creo que es de «bote», guapísima, pero que creo que no le funciona muy bien «la caja de registro».

—¿Qué pasa?

—Pues quería hablar... me imagino que contigo, porque ha preguntado por el jefe al mando «de la operación», lo que yo te diga,

zumbada. Quiere bañar a los churumbeles y como no tiene agua quiere que se la mandemos por el grifo, creo que piensa que esto es como echar una carta al correo, porque si no los baña a su hora tendrá que llevarlos al sicólogo.

¡Joder, como estaba el patio! Si le contaba eso a su madre se meaba de la risa, la gente estaba muy pirada.

—¿La has explicado que, durante una semana y por el día, estará cortada?

—¡No me ha dado tiempo, Manu! Es una de esas que hablan como si tuvieran en la boca siete chicles y con congestión de nariz.

—¡Mierda! Este es un edificio de gente con pasta, seguro que es la mujer de algún ricachón. En fin, voy a ver como lo arreglo.

Volvió a bajar y se acercó a una pequeña tienda que había visto en la esquina. Diez minutos después regresaba con cuatro garrafas de agua de cinco litros, esperaba que la mujer se apañara con eso o que esperara a las seis de la tarde que era cuando, de nuevo, volverían a restablecer el servicio.

Llegó a la puerta y tocó al timbre. Cuando se abrió se encontró con la «rubia» y tuvo que darle la razón a su amigo, era guapísima, delgada pero con curvitas y con un pedazo de delantera que ya quisieran algunos

equipos de fútbol, ojos azules, aunque parecían... ¿demasiado, «perfectos»? ¿Llevaba lentillas de color? ¿Y a él, que mierda le importaba si las llevaba o no? Le sonrió con educación, mejor empezar con buen pie, ¡a saber quién era! Lo mismo era la mujer del presidente de la comunidad y el tipo era directivo de no sé qué chorrada de negocio, pero alguien muy influyente, no tenía ninguna duda, ¡menudo pedazo de tiburón! Tardaron meses en ponerse de acuerdo con el maldito

~ 11 ~

presupuesto, el tío regateaba hasta por un euro, por eso era mejor no meter la pata y tratar a la mujer con mucho respeto.

—¡Buenas tardes!

Ella lo miró extrañada.

—¡Buenas tardes! ¿Quería algo?

—Verá, me ha informado Fermín que ha bajado usted...

Ella no lo dejó ni terminar.

—¿El agua? ¡Oh, por favor! La necesito urgentísimamente, hoy es el día de baño de mis bebés, los baño todos los lunes a las cuatro de la tarde y ya son y diez, están estresados, nerviosos, ellos tienen su rutina, ¿sabe? Esto les puede afectar muchísimo y tendría que llevarlos al sicólogo.

¿Una vez a la semana? ¡Joder, con la pija! ¡No se le iban a «desgastar» los críos, no!

—Ya, pero como informamos al presidente necesitamos cortar el agua para cambiar todas las cañerías.

—Pero, *osea*, ¿y qué hago yo con mis peques?

Pues, *osea*, ¿a él que porras le importaba? Pero como era tonto del culo había ido a comprar agua, si es que no se podía ser más gilipollas.

—Mire, le he traído estas bombonas con agua para que se apañe hasta las seis de la tarde, a esa hora restableceremos el suministro.

La «rubia» miró las garrafas de agua como si aquello fuese veneno.

—¿Será desionizada, no?

Sí, claro, de manantial y recogida con las primeras luces del alba, ¡anda y que le dieran morcillas a la pava aquella!

—Pues mire, no lo sé. Es agua y para un baño tampoco querrá que le traiga Vichy catalán¹, ¿verdad?

En ese momento, a los pies de la mujer, llegó un animal que parecía...

¿un gato? Maullar, maullaba, pero era la cosa más fea que había visto en su vida y, encima, el bicho aquel empezó a bufarle.

—¡Pobrecito, mi Muffin! ¿Estás estresado chiquitín de la mamá?

1 Marca de agua mineral carbónica

~ 12 ~

Ella lo tomó y empezó a acariciarlo, estaba pelado, totalmente, más que la cabeza de su padre que estaba monda y lironda, ni un pelo tenía el pobrecillo.

—¿«Eso» es un gato?

La «rubia» le echó una mirada como si quisiera fundirlo.

—Este es Muffin y es muy sensible.

¿Sensible? ¿El gato?

—Pues será muy sensible, pero es feo de cojones.

—¡Es usted sumamente desagradable! No puede decir eso delante de él, se agobia y tiene que ir al sicólogo.

¡Pues vaya una familia! Los niños por el baño y el gato por su «sensibilidad», estaba claro que el médico se iba a forrar con ellos.

—¿Y qué le ha pasado? ¿Lo ha «depilado» o es que ha estornudado y se ha puesto del revés?

—¡Por la D de Dior! Es un gatito egipcio, su raza es así.

Y, para terminar de rematar la faena, en ese momento apareció un perro, pequeño, adorable y... y que empezó a hacer unos ruidos de lo más raro, como si estuviera a punto de lanzar «algo» por su garganta.

—¿Y este se ha tragado los pelos del gato o qué?

La mujer se agachó, tomó al perro y lo miró muy enfadada, ya se veía venir la de insultos que iba a soltarle, pero es que no lo pudo evitar, le hacía gracia ver como se sulfuraba y cuanto mayor era el cabreo más se le «enredaba» la lengua.

—Es usted un prejuicioso, un ordinario y un zafio y no pienso consentir que un... un mamarracho insulte a mis «bebés».

¿Cómo? Los supuestos chiquillos eran... ¿el perro y el gato? Echó una ojeada a los dos animalitos que habían colocado las cabezas sobre las mullidas «almohadas» de su dueña.

—¿Me está diciendo que sus «bebés» son ellos, señora?

—Señorita y si, ellos son mis niños.

—¿En serio? He ido hasta la tienda de la esquina, con el chaparrón que está cayendo, calándome hasta los huesos, he subido tres putos pisos con veinte litros de agua pensando que usted, «señorita», estaba agobiada por el baño de sus hijos, tanto que hasta le ha dicho a mi

~ 13 ~

compañero que tendría que llevarlos al sicólogo y todo ¿por este par?

¡Venga, hombre, no me toque las narices, joder! Y que conste que me encantan los animales, pero esto... sí que es de sicólogo.

—¡Qué fuerte, tío, alucino en platino! Yo no le he pedido que haga esas

cosas, solamente quiero que el agua salga por su sitio correspondiente para que pueda filtrarla y darle un baño a mis chiquitines. ¿Es eso muy difícil de entender para usted?

Tomó aire, mejor calmarse porque, *osea*, lo fuerte era escucharla.

Estaba claro que era toda una niña de papá.

—Pues se espera, como todos los vecinos, a las seis de la tarde o los baña con el agua que le he traído o llama al sicólogo y le pide cita, ahí tienes tres interesantes opciones para elegir. ¡Buenas tardes, señorita!

—¿Es usted un ser... un... ¡una célula fotovoltaica!

Se quedó parado en seco, se giró y miró a la mujer fijamente.

—¿Qué soy qué?

Ella soltó un pequeño resoplido.

—Ya sabe, una cosa de esas, una placa solar capaz de atraer toda la energía en ella, pues eso, es usted la clásica persona que quiere que el sol brille para él solo, egoísta y egocentrista. Solo porque mis «bebés» no tengan dos piernas no quiere decir que no tengan sentimientos, ¿entiende?

—Yo sí que alucino, de verdad. No tengo ningún problema con los animales, señorita, me encantan, pero si hablamos de personas, algunas, francamente, me «repelen», por no decirle una grosería.

Bajó las escaleras de dos en dos, bufando y murmurando.

—¡Menuda pazguata! ¿Célula fotovoltaica? ¡La tía está como un cencerro! ¡Cursi! ¡Pija!

Llegó al rellano dónde estaba Fermín que seguía haciendo empalmes en las cañerías.

—¿Qué, has arreglado lo de los chiquillos?

—¿Chiquillos? Los «bebés» eran un gato al que acaban de pasarle la maquinilla de afeitar y un perro a punto de escupir una bola de mocos.

La mirada del hombre fue, primero de no entender nada, luego de extrañeza para terminar por una de no creerse lo que estaba oyendo.

~ 14 ~

—¿Los que van al sicólogo son... los dos animales? ¿Es coña, no?

—No, no es coña, «¡te lo juro por Snoopy!». Y yo que creía que lo más pijo que había visto en mi vida era un polo, uno de esos del cocodrilo, en color «rosa amaranto» que me regaló la puñetera de mi hermana. Esa tía está pirada, te lo digo de verdad.

Se arrodilló al lado de su amigo y empezó a trabajar, mientras que

Fermín no dejaba de reír y murmurar por lo bajo.

~ 15 ~

.



Abrió los ojos con el sonido del tono para despertarse de su móvil y acompañado de los ladridos de Bubble y los maullidos de Muffin. Se estiró, dio un par de vueltas y se levantó, conectó la cafetera y mientras se calentaba le puso la comida a sus dos pequeñines, después se preparó el café y apoyada en la encimera se lo tomó.

Abrió la ventana de su habitación y miró en su armario buscando un conjunto para vestir ese día y al mismo tiempo que hacía esas cosas su mente insistía en volver a lo sucedido la tarde anterior. Él le había llamado la atención, mucho, algo que le extrañaba por varias razones, pero la principal es que no era su tipo. Le gustaban los hombres que, según su hermana, bueno en realidad era hermanastra, Raquel, eran asexuales, anodinos y más simples que la bandera de Indonesia. Y el hombre de ayer era demasiado...«hombre», alto, morenito, de pelo negro, ojos azules y con barba, ¡por la P de Prada!, ¡barba! No le gustaban los hombres con pelo en la cara y, en realidad, en el cuerpo, entonces, ¿por

qué se había quedado tan impresionada al verlo? Además era muy alto y ancho de espalda, le gustaban más «manejables», de su altura.

Se dirigió a la ducha intentando olvidarse de él, sobre todo porque había resultado ser un grosero, en efecto, un patán es lo que era. Abrió

~ 16 ~

el grifo y empezó, como la tarde anterior, a «silbar», ¡jopelines, jopelines!

¿Otra vez?

Salió muy malhumorada del baño, se puso una sudadera por encima de su camiseta de pijama, se sujetó el pelo con una pinza, *osea*, cero por ciento de glamour. Si la vieran Lore y Charly, sus socios de la boutique, les daría un síncope, pero aquello era una emergencia de primer grado y no podía perder el tiempo.

Cuando llegó al rellano del primer piso se encontró, de frente, con el tipo de la tarde anterior, Fermín no, el otro, el «desagradable».

—¡Buenos días!

Él se volvió, la miró fijamente y puso los ojos en blanco.

—¡Buenos días! Déjeme adivinar, no tiene agua y quiere que yo le haga un envío, ¿me equivoco?

—Pues no, no se ha equivocado, *osea*, usted me dijo ayer que a las seis de la tarde la mandaría, pero no me dijo nada de que volvería a

quitarla, ¿se puede saber a qué está jugando?

—Mire, señorita, yo no juego, estoy trabajando y usted debería de informarse de lo que sucede en su edificio, pero visto que no está enterada seré tan amable de comunicárselo yo. Durante toda esta semana y de ocho y media de la mañana a seis de la tarde habrá cortes de agua, ¡ya está usted avisada!

—Pero... pero eso es imposible, me parece muy fuerte, yo me ducho todos los días a las nueve de la mañana, ¿cómo lo voy a hacer ahora?
¡No pueden dejarme sin agua!

Él volvió a poner los ojos en blanco.

—¿Tiene toda su vida programada y con horarios? Mire, Carolina...

—¿Qué? ¿De dónde has sacado mi nombre? ¿Has estado fisgoneando en mi vida?

—No, yo no he fisgoneado nada, lo sé por tu buzón. Y ahora ¿me tuteas?

—Después de haber husmeado en mi buzón creo que tengo todo el derecho. ¡Qué fuerte! ¡Te dedicas a espíarme!

—Yo no te espío, he dejado una nota, en todos los buzones, volviendo a informar sobre los cortes del agua por si hay algún despistado más como tú.

~ 17 ~

— Además no vuelvas a llamarme Carolina, soy Carol, suena más *chic*.

— Pues, «Carol que suena más *chic*», ya estás enterada del problemita de tus tuberías.

— ¡Oh, vale! Y ahora, ¿qué piensas hacer con lo de mis grifos?

— Lo mismo que ayer, a las seis volverás a tener agua.

— Eres suma y altamente irritante. ¿No podrías hacer, por una vez, que tuviera agua... ahora? ¡*Porfapllís!*... Oye, sabes cómo me llamo pero tú no me has dicho tu nombre.

Él sonrió irónicamente.

— Lolo.

— ¿Lolo? Pero, ¿qué clase de nombre es ese?

— Manolo de toda la vida, pero por abreviar, rubia, me llaman Lolo, ¿entendido?

— ¿Lo... Lolo? Pero, ¡no puede ser! Eso es... ¿en serio te llaman Lolo?

Prefiero llamarte Manu. ¡Ah y no vuelvas a llamarme rubia!

— Y yo prefiero tener un Ferrari y una mansión en Miami, Carol, pero es lo que hay. Soy Lolo Bravo y no, no puedo hacer nada con el tema de tus grifos, lo *sientoplís*.

¡Jopetas, con Lo...Lolo! Aún se le atragantaba lo del nombrecito, era

un borde.

Se dio la vuelta y ni se despidió, era de muy mala educación, lo sabía, pero es que él no había tenido ni una pizca de consideración con ella.

Subió al piso, se vistió, maquilló y abusó del desodorante y el perfume, no iba a ir por ahí con mal olor por culpa de aquel tipo insípido y borde. Cuando volvió a bajar él no estaba por allí, mejor, no le apetecía verlo, ¡para nada!

Su boutique estaba en la calle Fuencarral y ella vivía en una de las calles laterales, así que iba siempre andando, era un pequeño paseo.

Pasó por el Starbucks, se pidió un *caramel macchiato* para llevar y llegó a la tienda solo unos minutos después que sus socios.

—¡Hola, mis *boys*!

Lore estaba detrás del mostrador y Charly estaba colocando las nuevas *pashminas* que habían recibido el sábado anterior.

—¡Hola, princesa! Uy, qué mala cara traes, ¿qué te pasa, Carol?

~ 18 ~

Empezó a quitarse el abrigo y al mismo tiempo iba relatándoles todo lo que le había sucedido, sus amigos emitían sonidos de desagrado en las partes en las que aparecía Lolo y palabras de apoyo cuando les contaba «su tragedia».

—¿Lolo? ¿Cómo se va llamar así? Eso es mega horterera.

Lore la miraba asombrado, él había decidido acortar su nombre porque le resultaba poco elegante, y eso que se llamaba Lorenzo, seguro que si se llamara Manuel, ni muerto, se dejaría llamar Lolo.

—¡Pues te lo juro por la manzanita de mi iPhone! Es un bruto y un desconsiderado.

Los ojos de Charly empezaron a bizquear.

—¿Un bruto? ¡Princesa, descríbemelo! Esos son los que más me gustan a mí.

No es que Charly fuese gay, pero le encantaba jugar a eso, todo el mundo daba por hecho que lo era por su forma de hablar y vestir y, en especial, por tener ese olfato que tenía para la moda.

—Pues es alto, tal vez mida un metro noventa, moreno de piel, aunque no creo que sea de rayos uva, pelo muy negro, ojos azules y barba.

Su socio empezó a suspirar y Lore lo miró enfadado.

—¡Deja de gimotear, primo, que ahora no tenemos clientes!

—Por lo que dice Carol, el hombre debe ser un bombón. ¿Y está en tu edificio? Creo que esta tarde iré contigo a tu piso, ¡me muero por echarle un vistazo al hombretón!

—¡Charly! Cómo sigas haciendo el *gilipichi* te juro, por mis Ray-ban,

que llamo a Patri y se lo suelto todo, ya sabes cómo se pone cuando empiezas a actuar así.

Patri era la mujer de Charly y la hija del dueño de una de las bodegas más importantes de La Rioja, había estudiado enología y era la asesora técnica de la empresa de su padre. Era muy bajita, de pelo y ojos castaños, delgada y con muchísimo carácter. Durante la semana vivían separados, pero los viernes, en cuanto cerraban la boutique, su socio salía disparado para estar con ella y no se podía contactar con él, a no ser que fuese un caso de vida o muerte y a ser posible que estuvieses casi agonizante, porque si no era así te enfrentabas a su ira y es que él era muy dulce hasta que le tocabas el tema de su mujer.

~ 19 ~

—Lore, cielo, deja a mi duquesita fuera de esto, además, Patri está súper enamoradísima de mí y a ti te tiene en su lista de personas *non gratas* desde que no supiste diferenciar un reserva de un crianza.

Y ese era el pistoletazo de partida para una riña entre primos, ya estarían así todo el día. Eran nietos, por parte materna, de un marqués, Lore era el mayor de los dos, tenía cuarenta y tres años, dos más que Charly y eran, físicamente, casi idénticos, parecían gemelos, altos, rubios y de ojos verdes. Pero sus personalidades eran totalmente

diferentes, serio, tranquilo, estirado y muy clásico a la hora de vestir, ese era Lore, soltero y a mucha honra como solía decir él, mientras que Charly era alegre, bromista, juerguista y vestía siempre muy *cool*.

Por las mañanas solían coincidir los tres en la boutique, pero las tardes se las turnaban. En verano, ellos dos, se tomaban un mes cada uno mientras que ella solo se cogía un par de semanas, lo prefería, así podía tomarse los días de Navidad por completo, en esas fechas Patri se venía a Madrid y pasaba las fiestas allí. Esa semana ella libraba todas las tardes, por eso se quedó a cargo de cerrar al mediodía. Después se dirigió hacia «Le Pain Quotidien» comió allí y tras comprar uno de sus panecillos de cinco granos se dirigió hacia su apartamento. Esa noche había quedado para cenar con Mariola, su mejor y, prácticamente, única amiga en Madrid.

Hacía frío, pero al menos no llovía, aunque el cielo estaba muy gris, al abrir la puerta del edificio se encontró con un par de vecinos a los cuales saludó, miró su buzón y, efectivamente, allí estaba la nota que... Lolo, le había dejado.

Estaba llegando al segundo piso cuando alguien, que bajaba con muchas prisas, se la llevó por delante y si no la hubiera cogido del brazo habría bajado los escalones sentada en su *pompis*.

—¡Disculpe!... ¡Venga ya, hombre! ¿Por qué, de todas las personas que viven en este edificio, me he tenido que tropezar contigo, rubia?

¡Por todos los gloss de Sisley! ¿Es que no había manera de evitar a aquel hombre?

—Si miraras por dónde transitas y no bajaras trotando las escaleras no irías teniendo percances y accidentes.

—Y si tú llevaras zapatos normales y no andamios no estarías a punto de romperte la crisma cuando alguien tropieza contigo.

¿Encima era culpa de ella? ¡Pero qué fuerte, tía!

~ 20 ~

Se apoyó en la pared para levantarse, fingiendo no ver la mano extendida de él, por cierto, a pesar de ser un tipo tan sumamente desagradable llevaba unas uñas muy cuidadas y limpias. Al apoyar el pie soltó un gritito.

—¡Me cachis en todas las esencias de vainilla! ¡Uf, esto duele!

Se dejó caer de nuevo en el escalón y él se puso a su lado, le tomó el pie con delicadeza... las uñas las tendría muy limpias, pero tenía unos callos en las manos del tamaño del tapón del perfume de Gucci. Empezó a moverle el pie de un lado a otro, ¡jopelines! Aquello hacía daño y bastante.

—¡Ay!

—¿Te duele mucho?

Se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió con la cabeza.

—Si te cojo en brazos y te llevo a tu piso, ¿me darás con el cetro en la cabeza, princesa? Que conste que no lo hago porque me guste, es por tu piececito.

—¡Eres un bobo! Y está claro que para que tu sangre fuese azul tendrían que hacerte una transfusión de tinta y aun así acabaría desteñida.

Él empezó a reír, tenía una sonrisa preciosa, unos dientes blancos y muy cuidados.

—¿Con eso quieres decirme que no soy un príncipe, rubia?

—¿Quieres dejar de llamarme así? ¡Y haz algo útil y llévame a mi piso!

La levantó en brazos y ella se sujetó a su cuello, tenía una piel súper suave y cálida.

—Cuando el color de tu pelo sea el mismo que el de tus cejas, rubia, dejaré de llamarte así.

—Por mí, Lolo, puedes abrirte una cuenta naranja y meter tus comentarios ahí, no me importan, ¿entendido?

—Y por mí, rubia, puedes quedarte con los intereses.

No había manera de mantener una conversación normal con él, así que optó por mantener la boca cerrada, cuando llegaron a la puerta de su vivienda sacó las llaves del bolso y abrió.

—¿Puedo?

~ 21 ~

Lolo hizo un gesto con la cabeza al mismo tiempo que hablaba, pidiéndole permiso para entrar, asintió y pasó, por primera vez en su vida, ¡qué fuerte!, la puerta en brazos de un hombre, se le escapó una risita.

—¿Pasa algo?

No iba a decirle que le había pasado por la cabeza, no estaba tan loca. La dejó, con cuidado, en un sillón.

—¿Tienes hielo?

—¿Hielo?

—Deberías ponerte un poco en el pie para evitar que se te inflame.

—Sí, tengo una bandeja en el frigorífico.

—Creo que es solo una pequeña torcedura, pero si te molesta o se hincha el tobillo deberías ir al médico.

—¡Gracias, Lolo!

Hizo una reverencia y le dedicó una sonrisa.

—Todo un placer, princesa, pero no te acostumbres a tenerme a tu servicio.

Era un jactancioso, eso es lo que era, había tenido que estropear una buena acción con aquel estúpido comentario, pero lo pasó por alto. Él se despidió y salió cerrando, con suavidad, la puerta.

Después de que se marchara llamó a su amiga.

—¡Hola, Cuqui!

—¡Hola, Mayo!

Se conocían desde niñas, sus madres eran amigas y desde entonces se llamaban por esos apodos.

—Te llamo porque tengo que suspender lo de esta noche.

—¿¡Qué!?! ¿Estás *crazy*? Cuqui, Mario ha invitado a un amigo a que nos acompañe, es muy mono, hijo de un banquero, está súper forrado y está muy, pero que muy interesado en conocerte. No puedes hacerme esto, Carol.

—Mayo, no puedo ir, he tenido un pequeño accidente. Al subir las escaleras me he tropezado y tengo el tobillo hinchado. Además, ¿cuántas veces tengo que decirte que no me prepares citas?

~ 22 ~

—Lo siento, ¿te duele mucho?

La conversación duró cinco minutos más en los cuáles su amiga se ofreció para venir a acompañarla, estuvo a punto de aceptar hasta que ella soltó que podrían celebrar la cena allí, agradeció su gesto, pero le dijo que iba a tomarse un par de pastillas para el dolor y descansar.

Era imbécil, lo sabía, pero se sentía algo culpable. Cuando, esa mañana, echó la nota en los buzones comprobó que ella vivía sola y ahora no podía sacarse de la cabeza que estaría con el tobillo inflamado y sin nadie para atenderla.

A las seis, cuando terminó el trabajo, se despidió de Fermín y de los otros dos hombres, terminó de recoger y después se dirigió al piso de ella, ¿por qué narices tenía que preocuparse? Vivía sola, o al menos eso creía, en su buzón solo aparecía su nombre, ¿y si quería cenar? Su mente le susurró que hoy en día te traían, a la puerta de tu casa, hasta un orfeón si lo pedías. Pero, para irse tranquilo, necesitaba verla y saber si se encontraba bien y si precisaba algo.

Cuando ella abrió la puerta lo miró sorprendida.

—¿No habrás venido a decirme que no vas a mandarme el agua esta tarde, verdad?

Sonrió ante las palabras de ella.

—No, solo he venido a ver como seguías y a preguntarte si necesitabas algo.

—¿De... de verdad? Pero, *osea*, ¿por qué? ¿Piensas que voy a denunciarte por arrollarme de esa manera?

—Yo no te he arrollado, rubia, lo raro es que tú sola no te hayas quebrado una pierna con esos zancos que llevas.

—¿¡Perdona!?! No puedes ofender así unos Manolos, ¿tú sabes lo que son? ¡El summum de los zapatos!, puras obras de arte.

~ 23 ~

—Pues los «summum» han estado a punto de hacerte un nudo marinero en el tobillo. Y para no gustarte mi nombre bien que los luces en tus pies, Carol.

—En todo el tiempo que llevo viviendo aquí no he tropezado siquiera, ¿quién crees que es el culpable de que hoy casi muera defenestrada?

—¡Anda que no eres exagerada tú ni nada, rubia! En fin, ¿quieres algo?

—No, gracias, puedo apañármelas yo solita. ¡Ah! Y una cosa es... Lolo y otra es el nombre de unos zapatos *súper-mega-fantásticos*.

—Aparte de pija, Carol, eres un poco borde. Solo quería echarte una mano si la necesitabas, pero como, *osea*, te las apañas bien, ahí te

quedas, princesa.

Eso le pasaba por querer ser amable, pues nada, que le sirvieran la cena el gato depilado y el perro roncador.

Cuando llegó a su piso fue directo al baño y no pudo sacarse de la cabeza todas las idioteces que había hecho ese día; ¿Lolo? ¿Por qué cojones le había dicho que lo llamaban así? Si su madre lo hubiera escuchado estaba más que seguro que le habría dado una colleja, que del impulso le hubiera hecho besar el suelo, pero es que oírle decir lo de «Carol porque suena más *chic*» le salió la vena tocapelotas y le soltó semejante idiotez. ¿Y por qué quería hacerla rabiar? —Porque la rubia te ha impactado, reconócelo— Pues sí, era guapa, tenía un cuerpazo y su voz tan nasal y todas esas cursilerías que soltaba por su boquita le hacían gracia.

Después de la ducha y de prepararse una merienda-cena decidió llamar a sus padres. Al segundo toque contestó, como siempre que llamaba, su madre.

—¡Manu, cielo! ¿Cómo está mi niño?

Treinta y tres años y todavía seguía siendo «su niño».

—¡Hola, mamá! Y estoy bien. ¿Cómo estáis vosotros?

Y entonces empezó al monólogo, durante unos cinco minutos su

madre le informó de la salud, vida y andanzas de la familia Bravo al completo, una familia formada por sus padres, sus tres hermanas, sus dos cuñados, cuatro sobrinos y el abuelo Pencho.

—Entonces todo como siempre, mamá, hasta el abuelo sigue igual.

~ 24 ~

—¿El abuelo? ¡El día menos pensado lo mando a un asilo! Ochenta y cinco años y es todo un viejo verde. El otro día le tiró los «tejos» a la nieta de Fernanda, ¡por Dios! La chiquilla solo tiene dieciséis años. Me tiene harta.

Esa era la misma amenaza que profería su madre cada día desde que él podía recordar, el abuelo era un ser entrañable, algo gruñón y al que le gustaban las mujeres... todas, según él no había ninguna fea.

—¿Cuándo vas a venir, Manu?

Suspiró, tenía ganas de verlos, los necesitaba, siempre había sido muy hogareño y había vivido, hasta hacía tres años, en la casa de sus padres. Pero la maldita crisis le hizo salir de su tierra, Murcia, donde había nacido y vivido toda su vida.

—Para Navidades mamá, antes me es imposible. Yo también os echo de menos.

—Oye, rey, ¿a qué no sabes quién ha vuelto al pueblo?

No era necesario adivinarlo, su madre se lo diría.

—Tu ex, Paqui, por mucho que ella se haya cambiado el nombre a Franci, siempre será Paquita, la hija de Pepe el cristalero. Y no ha cambiado nada... de su personalidad, porque físicamente está todavía más «recauchutada», creo que lleva plástico de ese hasta en los lóbulos de las orejas.

No le extrañaba, Paqui vivía obsesionada con su físico, lo primero en su vida... lo segundo era el dinero.

—¿Ya la has visto?

—¿Qué si la he visto? La mala pécora tuvo el descaro de venir a la panadería al día siguiente de llegar.

Su madre era una mujer sencilla, generosa y sin maldad, pero no le había gustado nunca su ex, ni cuando salían juntos y, mucho menos, cuando lo dejó... como lo dejó, desde entonces era nombrarla y a su madre se le erizaban hasta los «pelos del cogote». Porque cuando le tocaban a sus hijos se ponía en plan loba y soltaba aquello de que «el que le haga daño a uno de mis niños lo pico con la mano del mortero».

—Y lo primero que hizo fue preguntar por ti y si seguías soltero. Manu, cielo, sabes que siempre os he dicho que jamás me meteré en vuestras vidas, que yo aceptaré a cualquier persona que elijáis como vuestra

pareja...

~ 25 ~

—Lo sé, mamá.

—Pero, cuando vengas, no te acerques a ella, hijo, es mala persona, muy mala y si vuelve a hacerte daño te juro que la arrastro de los pelos por todo el pueblo.

—Puedes estar tranquila, no quiero tener nada que ver con ella.

—Ya, pero es una lagarta y muy lista y cuando a los hombres os ponen delante un par de tetas, por muy rellenas de plástico que estén, las neuronas os hacen una ruta migratoria hacía el sur. Además, ella es la hermana de tu mejor amigo.

—Mamá, no quiero nada con Paqui, no te preocupes.

—No dejes que te líe, ¿entendido? Búscate una buena chica, me da igual si es blanca o negra, alta o baja, pobre o una niña pija de esas, pero buena, que te quiera y a lo que tú adores, Manu.

Cuando su madre dijo lo de «pija» le vino a la mente Carol, ella daba el perfil, totalmente... de pija, claro, no de niña buena ni novia, ¡por Dios! ¿Qué cojones le pasaba?

Se despidió de su madre y se obligó a no pensar en la rubia ni una vez siquiera, en serio, ni una... a lo mejor una sí, pero ¿dos? No, seguro

que no.

~ 26 ~



El miércoles se levantó con el tobillo todavía inflamado, pero decidió ir, de todas formas, al trabajo. A media mañana le dolía, a las doce apenas podía mantenerse en pie y a la una estaba por coger los Manolos y lanzarlos por la puerta. Decidió, más bien decidieron sus socios, que se fuese a casa, pusiese la pierna en alto con hielo y descansase.

A las cinco de la tarde estaba desesperada, ansiosa y con ganas de mimitos, por eso llamó a su padre, necesitaba hablar con... Carmen, su mujer. Y pensar que cuando la conoció, haría casi unos dieciocho meses, la vio ordinaria, sin clase ninguna y nada apta para su papuchi, ¡uy! Había caído en el viejo hábito, su padre, no papuchi; y ahora la adoraba, había descubierto en ella a una mujer alegre, entrañable, dulce y familiar y, encima, como complemento, ganó tres hermanastras

a las que también quería, en especial a Raquel, le encantaba «discutir» con ella.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, Carol! ¿Cómo estás, hija?

—Bien.

~ 27 ~

Durante un par de minutos le comentó cosas sobre el trabajo y a pesar de que le encantaba charlar con él necesitaba que le pasara con su mujer.

—¿Está Carmen en casa, papá?

—Sí y deseando quitarme el teléfono desde que escuchó que eras tú.

—¿Me la pasas, *porfaplls*?

—Te la paso, cariño, pero quiero que sepas que ya empieza a mosquearme que prefieras hablar con ella antes que conmigo.

Sabía que no lo decía en serio, su padre estaba encantado de ver lo bien que se llevaban, ahora, todas.

—¡Hola, mi conejita! ¿Cómo estás, cielo?

Esa era otra de las cosas que la hacían sentirse querida, ella tenía un apodo para todas las personas que más quería, cuando por primera vez la llamó así sintió que era una más de la familia.

—Mal, Carmen.

—¿Qué te pasa, cariño? Cuéntaselo a tu mamastra y me dices a quien hay que cargarse, ya sabes que tengo la llave inglesa siempre preparada y lista para darle mamporros a quien le haga daño a mis niñas.

Su mamastra, como ella misma se autodefinió el día de la boda, era fontanero, algo que al principio le repelió pero que ahora, y en estos días más aún, respetaba.

Nada más terminar de decirle lo que le pasaba ella ya estaba organizando un viaje a Madrid.

—Carmen, no es necesario que vengáis, ¡por *Dior*! ¿Cómo vas a venir de Barcelona por un simple esguince? Además, es chiquitito, ¡te lo juro por el lazo de Hello Kitty!

—¿Estás segura? Ya sabes que yo meto cuatro trapos en la maleta y salimos para allá pitando. ¿O es otra cosa? Conejita, esto no será por lo que me dijiste la última vez que estuvimos allí, ¿verdad?

Debía reconocer que sí, que en gran parte era por eso. Y es que la última vez que la visitaron le comentó que añoraba estar en familia, que se sentía sola y que cada vez los necesitaba más y estaba pensándose en vender su parte de la boutique a sus socios y mudarse a Barcelona.

—Creo que sí, Carmen, os echo de menos y estar aquí sola es... *osea*, esto es muy fuerte, lo sé, pero es que, como te lo diría, hasta yo misma me gusto más cuando estoy con vosotros, mamastra.

Escuchó la risa franca al otro lado de la línea.

—¿Ya has hablado con la ratona, verdad?

La ratona era Raquel, la menor de sus tres hijas. Y sí, hacía unos días que había hablado con ella. La verdad es que a pesar de ser tan distintas se llevaban bien, hasta le hacían gracia todas las burradas que ella soltaba y cuando estaban juntas se sentía cómoda y dejaba de ser tan *niña melona*, como le soltaba Raquel y que según ella quería decir que ya no era ni tan dulce ni tan empalagosa y era cierto, unas horas en casa con ellas y hasta perdía algo de su nasalidad y su lado tan cursi. A ver, no es que ella fingiera ser así, no, eso era algo que su madre le había enseñado, ser elegante, fina, estar por encima de la «vulgaridad» y hasta de la «normalidad», debía mirar por encima del hombro porque es que estaba «por encima de los demás».

—Conejita, eres perfecta tal como eres, bueno, reconozco que, algunas veces, esas expresiones que sueltas hacen que tenga que beberme un zumo de pomelo para contrarrestar el efecto de tanto azúcar.

Después de casi media hora de charla tenía que admitir que se sentía

mejor. Había quedado con Carmen que, cuando fuese para Navidad, hablarían con más calma, pero que debía comentarles algo a sus socios para ir «tanteando» el terreno.

Para el sábado ya se encontraba mejor y los cortes de agua, ¡al fin!, habían terminado.

Esa noche, ya más recuperada y tras la insistencia de Mariola, decidió salir, con ella y el grupo, de fiesta.

A las doce ya estaba preparada, se había puesto una falda de punto en color negro de Roberto Verino, un top de encaje en tono dorado y un abrigo en color marfil y tejido jacquard.

Se dejó la melena suelta, se maquilló en tonos suaves, salvo los labios que se los pintó en un rojo intenso y se puso las lentillas de color verde.

Al irse tuvo el debate de todas las noches en las que decidía salir, Muffin y Bubble empezaron a ladrar y maullar y a correr por todo el salón.

~ 29 ~

—¡En serio, mis chiquitines, es muy fuerte que le hagáis esto a mamá!
¡No, Muffin, no muerdas el cable de la lamparita! ¡Bubble, baja del sillón ahora mismo!

Los tomó, los llevó a su habitación y después de varios minutos de

mimos se quedaron más tranquilos.

Llegó a su discoteca favorita, Gabana 1800, allí se juntaba la gente más *cool* y no era raro ver a muchos de los famosos y a los que querían llegar a serlo. Le mandó un mensaje a su amiga, ella ya estaba dentro y salió para encontrarse con ella.

—¡Hola, Cuqui!

—¡Hola, Mayo!

—¡Ha venido el amigo de Mario! ¡Qué fuerte, nena, es súper- mega-pijo! No lo soporto, tía, es el rey del yoyó, no para de hablar de él mismo.

Que si su chalet de la Moraleja, que si su casa de Marbella, que si su yate, que si ha salido con la hija del Marqués de la Baranda.

—¿El Marqués de la Baranda?

—No sé, tía, no he prestado mucha atención, lo mismo es el Marqués del Pasamanos, *osea*, el tío me cae súper-mal, pero no puedes hacerle ese feo a Mario, Cuqui, haz como que lo escuchas, te bebes una botella de Dom Pérignon y te juro, por la pasarela Cibeles, que no te vuelvo a preparar una cita a ciegas, ¿vale, tía?

¡Estupendástico! Ahora tendría que aguantar al «niño melón» toda la noche.

—Y entonces mi padre me dijo o vas al banco a trabajar o no hay

Ferrari, Íñigo. Tres tengo ya, Carol. Como verás yo siempre consigo lo que quiero.

¡Yo lo flipo en logotipo!— pensó —Este tío es tonto, le suelta algo así a alguna de mis hermanas y seguro que le mete el trío de cavallinos rampantes por el pompis y sin muchos miramientos.

Cansada de escucharlo decidió menear el *body* en la pista. Le encantaba bailar y cuando se ponía a ello se aislaba de todo lo que pasaba a su alrededor.

—¡Hola, rubia!

Pegó un bote, se volvió y se encontró, cara a cara, con Lolo. Un Lolo, mmm, muy, muy diferente. Llevaba una camisa en color gris marengo con unos pantalones negros, sus ojos se quedaron parados en el pecho

~ 30 ~

de él, llevaba un par de botones desabrochados y por allí asomaban ¿pelitos? ¿No se depilaba?

—¡Pero qué fuerte! ¿Tú por aquí?

—Perdone la princesa, ¿no se admiten albañiles en esta discoteca?

Se sonrojó ante las palabras de él. No era eso lo que quería decir, simplemente es que se había sorprendido de verlo y más tan... atractivo.

Él era más de tapas y cervezas, lo del baile no le desagradaba, pero le gustaba algo más tranquilo. Meterse, un sábado por la noche, en Gabana era para volverse loco. Aquello estaba a tope, si uno pegaba un salto terminaban botando todos a la vez de lo «juntitos» que se encontraban. Pero Luis, uno de sus amigos, había ligado con la azafata de no sabía qué programa de televisión y habían quedado allí.

Pidió un *gin tonic* y se apalancó en la barra, vio la espalda de Luis cuando este desapareció con la azafata y se quedó con Miguel, su otro amigo que lo miró muy serio.

—Yo no sé porque cojones nos dejamos liar por este, Manu—y señaló al amigo *tránsfuga*—Si lo único que quiere es pillar cacho y nosotros a aguantar este tostón porque él pretende echar un polvo.

Sonrió y negó con la cabeza, su amigo tenía razón.

—Porque somos idiotas y nos dejamos enredar. Cuando terminemos la copa le mandamos un *WhatsApp* y tú y yo nos largamos. Prefiero seguir la *juerga* en el Kurgan .

Miguel asintió y siguieron tomando su copa, echó un vistazo al local y vio pasar a una rubia impresionante y le vino a la mente Carol. ¡Joder! ¿Qué mierda le pasaba a él con aquella pija? Echó un trago a la bebida y giró la cabeza para otro lado, pero dos minutos después su mirada

volvió hasta dónde había visto pasar a la mujer, alguien se movió y tuvo un leve vistazo de la pista, pero fue suficiente para contemplar a la chica que se contoneaba en ella, la misma rubia y sus pies tomaron el mando

~ 31 ~

de su cuerpo, se disculpó con su amigo y se dejó ir hasta dónde la había visto.

Ella se movía insinuante, con un ligero contoneo de sus caderas, conforme se acercaba a ella su cuerpo empezó a agitarse, encenderse, ¿era ella?, ¿la pija lo estaba excitando? Se quedó a un solo paso, inclinó la cabeza y un ligero aroma fresco, frutal y que le recordaba a los huertos de su tierra le inundó las fosas nasales y descubrió que, efectivamente, era *su rubia*, ¿de dónde había salido aquel jodido pensamiento?

—¡Hola, rubia!

Ella se volvió y se lo quedó mirando fijamente, luego sus ojos bajaron y se quedaron clavados en su pecho, ¿tenía alguna mancha? ¿Se había abrochado mal la camisa? Seguía con los ojos fijos y casi sin parpadear y cuando le preguntó que hacía allí se irritó ¿Qué mierda quería decir con eso? ¿Que no era «apto» para esa discoteca? Carol se ruborizó cuando se lo dijo, tal vez no había querido decir nada de eso y era él que

se estaba volviendo demasiado susceptible.

—¡Por la doble C de Chanel! Me he expresado mal, Lolo, sólo me he sorprendido al verte aquí. ¿Te gusta bailar?

La cogió de la cintura y movió su cuerpo al compás de ella.

—No es lo mío, pero me defiende.

Su cara lo dijo todo, estaba alucinada viéndolo moverse, suerte el tener tres hermanas que «ensayaban» con él todos y cada uno de los bailes locos que se le ocurrían. El cuerpo de Carol se relajó, se pegó al suyo y se dejó guiar. El roce de sus caderas combinado con el aroma de ella y esos labios pintados de rojo empezaron a excitarlo, su miembro se endureció y estaba seguro de que a ella no le había pasado desapercibido, la acercó más a su cuerpo y colocó la cabeza en su hombro, se moría por comprobar si su blanca piel era tan suave como parecía, por eso deslizó los labios por su cuello y la rubia se estremeció y pegó el culo a su ya, más que evidente, dureza.

—Carol, ¿quién es este hombretón?

Ella pegó un salto y se separó de él.

—¡Oh, Agus, que susto me has dado!

El «Agus» era un... ¿o era una? No, parecía ser un hombre, pero sin un pelo en la cara, con unos ojos pequeños, pero pequeños, de color

oscuro, era difícil de apreciar con aquellas luces, pelo rubio y un pelado

~ 32 ~

de lo más... esto ¿Cómo explicarlo? Largo de un lado, corto del otro y flequillo... como si se lo hubieran cortado con un serrucho. Bajito, delgado... casi anoréxico, vamos, lo pilla su madre y le suelta cuatro platos de potaje.

—¿No vas a presentarme a tu amigo, cielo?

Estaba claro que quería saber quién era.

—Claro, Agus, él es... bueno, él es...

¿No sabía cómo explicar quién era?

Estiró la mano para presentarse él mismo.

—¡Hola, soy Lolo!

El tipo le tomó la mano y lo miró abriendo los ojos, todo lo que era posible dado su tamaño.

—¿Lolo? ¿Has dicho... Lolo? ¿Qué nombre es ese?

—Evidentemente uno no tan *cool* como el tuyo.

Carol lo miró sonrojada.

—Se llama Manolo, pero sus amigos lo llaman así.

—¿Y es amigo tuyo?

¡Vaya por Dios! ¿Los Manolos del mundo no podían ser amigos de

ella? ¿Había algún puto código o protocolo? ¿O es que había que llamarse Borja Mari o Avelino de todos los santos?

—Lolo no es amigo mío, Agus, él es...

No la dejó terminar, estaba claro que aquella niña pija no quería saber nada de él, cierto que no es que fuesen amigos pero tampoco era necesario decirlo como si aquello fuese una maldita ofensa a sus «distinguidas majestades»

—No, no soy su amigo, soy el albañil que trabaja en las reparaciones de su edificio. ¡Buenas noches!

Se dio la vuelta y fue en busca de Miguel, no aguantaba más aquel ambiente. Escuchó a Carol llamándolo, pero no se volvió, siguió andando hasta que notó la mano de ella en su brazo.

—Lolo, ¿quieres parar un momento y escucharme?

Se volvió y la miró muy serio.

~ 33 ~

—¿Qué quieres decirme? ¿Qué te sentías avergonzada de presentarme por mi nombre, mi oficio o porque tú y yo no tenemos nada en común?

—¡Jopetas! No es eso, Lolo, aunque es cierto que no somos amigos, solo quería explicarle a Agus que... bueno, eres un conocido.

—Lo entiendo, «princesa», yo no encajo en tu mundo. Nos vemos.

—¡Lolo!

No se paró, siguió andando y cuando llegó a la barra le hizo una señal a su amigo y juntos salieron del local.

~ 34 ~



Se sintió culpable cuando lo vio irse, cierto que no eran amigos, pero la forma de preguntarlo Agus y la de contestar de ella podían haber dado la impresión de que no le gustaba la idea y nada más alejado de la realidad. Los pocos minutos que estuvieron bailando se sintió cómoda, muy a gusto entre sus brazos, se había estremecido con el contacto de sus manos y cuando la besó en el cuello toda su piel se erizó, consiguiendo en unos segundos lo que no había conseguido ningún hombre.

Se marchó del local poco después de aquello y pasó todo el domingo encerrada en casa, jugando con sus pequeñines, limpiando el

apartamento y viendo películas.

El lunes por la mañana se despertó con un ruido... no, un ruido no, era un estruendo, como si su vivienda se hubiera convertido en la pista de aterrizaje del aeropuerto. Bubble y Muffin saltaron de sus camitas enloquecidos, ladrando, maullando y agarrándose al edredón de su cama con las uñas para subir y refugiarse entre sus brazos mientras seguían gimoteando. ¿Pero qué estaba pasando? Se levantó, dejando a los pequeñines acostados y tapados, se puso una bata sobre su pijama y salió a la escalera, una espesa nube de polvo la recibió, la cubrió y le hizo estornudar. El ruido allí fuera era más fuerte, casi insoportable. Se

~ 35 ~

acercó hasta el rellano y allí se encontró con el «culpable» de aquella horripilante escena... ¡Lolo! Estaba de espaldas a ella, lo llamó pero no contestó, se acercó y cuando estuvo a menos de un metro le tocó el hombro, él dio un salto, paró la «máquina infernal» y se volvió, ¡por la D de Dior!

—¿¡Qué!? ¿También te molesta el ruido, no?

Pero ¿Qué llevaba puesto? Tenía un casco en la cabeza, *osea*, ¡qué cosa más hortera!, unas gafas, unos auriculares, guantes y una mascarilla.

—¿De qué vas vestido?

—¡Del primo rústico de Dark Vader!

Se quitó la mascarilla y... ¡a los angelitos de Victoria's Secret se le caerían todas las plumas si vieran semejante horror!, ¡un palillo!

Llevaba un palillo en la boca, ¿se podía ser más ordinario y rural? Pero decidió pasarlo por alto, se sentía así de generosa.

—¿Se puede saber que estás haciendo?

—¿A ti que te parece, princesa? Pesca con arpón, ¿no está claro? Estoy abriendo un hueco en la pared para meter los refuerzos y evitar que el edificio se venga abajo, ¿lo entiendes?

—¿Y no puedes, no sé, ponerle un silenciador a la cosa esa?

La miró como si estuviera loca.

—¿Quieres que le ponga un silenciador al martillo perforador?

—Sí, Bubble y Muffin están muy asustados y angustiados.

—Y ya puestos, ¿quieres que le ponga una mira telescópica? Esto no es un arma, ¿sabes?

—¿Y no hay otra forma de hacer esto? Lolo, *porfapllís*, lo están pasando muy mal.

La cara le cambió, se le suavizó el gesto y hasta se quitó *el horripilante* palillo de la boca.

—Mira, Carol, lo siento, pero no, no hay otra manera.

Lo siguió mirando con fijeza, era guapo, mucho, porque había que estar muy bueno para verse atractivo con más polvo encima que las ruinas de Pompeya, con casco y la antiestética barba.

~ 36 ~

—¡Oh! Pues tendré que comprarles a los peques auriculares de esos que llevas tú.

Él sonrió.

—Estoy seguro de que si no hay obligarías, a los fabricantes, a hacerlos. ¿Podrías dejarlos, un par de días, en algún otro sitio? Podemos intentar hacer los huecos y luego ya iremos instalando los refuerzos, es lo máximo que puedo ofrecerte, Carol.

¿En serio? ¿Haría eso? ¡Oh, era todo un detalle por su parte!

—Te lo agradezco mucho, Lolo, mis chiquitines están muy estresados, tú no has visto sus caritas tristes, esos ojitos...

Vio llegar, como dos cohetes, a sus «bebés», pobrecitos, los había dejado solos y venían buscado a su mamá... pues no, no venían buscándola a ella precisamente, Bubble, muy poco discreto, se abrazó a la pierna de Lolo y empezó... *osea*, ¡qué fuerte! ¡Jolines! Se estaba... él intentaba... Hacerle «*pinkie-pinkie*» al pie de Lolo y Muffin enroscó el rabo

en la otra pierna y empezó a frotarse y ronronear.

—¿Estresados? Yo no lo llamaría así precisamente, el jodido perro está intentado follar mi pie y el gato no veas el calentón que arrastra.

—Bubble no está haciendo *pink-pink* a tu pie, es algo que suele hacer cuando está nervioso, tiene ganas de jugar...

—Ganas de jugar... ¿al *pink-pink*? ¿Cuántos años tienes, Carol?

—¡Eso no te importa! ¡Qué grosería!

—Si tuvieras diez años entendería esa ñoñería, pero eres toda una mujer, rubia, ¿no puedes llamar las cosas por su nombre?

—A pesar que no es de tu incumbencia, te diré que jamás utilizo la palabra que empieza por f para referirme a practicar... el coito.

Él se rio, *osea*, se rio de ella... con una enorme carcajada.

—¡Me dejas sin palabras, princesa!

Se agachó y cogió a sus dos pequeños y se marchó a su piso, ¡en toda su vida se había sentido tan sumamente ofendida! A ella le daba mucha vergüenza hablar sobre el sexo. Su madre la había educado muy estrictamente y nunca, jamás hablaba de esos temas con ella. Cuando tuvo su primer... «Mes carmesí» poco más y le da un síncope del susto que se llevó y cuando se lo dijo, muy apurada y asustada, a su madre, la mandó, sin contemplaciones, con la criada de la casa a que la pobre

~ 37 ~

mujer le diera unas clases aceleradas de cambio de compresas. No tuvo conocimiento de los tampones hasta que, Mariola, se lo explicó... cuando le descubrió uno en su neceser un día que estaban en los baños del instituto y fue ella misma, después de perder su virginidad, la que le habló del *pinkie*... del coito.

Cuando llegó al piso llamó a Carlos, él era veterinario y socio de la clínica dónde llevaba a los peques y que tenía servicio de guardería.

Después llamó a sus socios avisándoles de que llegaría más tarde.

Una hora después, bañada, maquillada y con los dos trasportines empezó a bajar la escalera entre los llantos de los peques, siempre era lo mismo, la despedían con un coro de gimoteos y a ella se le saltaban las lágrimas, adoraba a sus «bebés».

—¿Te ayudo?

Miró a Lolo que subía, en esos momentos, la escalera.

—No, gracias, puedo yo sola.

Él la miró serio.

—¿Estás enfadada?

No, estaba avergonzada, mucho y sus mejillas se colorearon para darle más énfasis todavía a su bochorno.

—No. Voy... voy a llevar a Muffin y Bubble a su veterinario, se quedarán allí hasta mañana noche. ¿Estás seguro de que terminarás?
Él asintió y ella se despidió de él.

Cuando llegó a la boutique, Charly se acercó hasta ella extrañado.

—¡Hola, princesa! Acaba de llamarte un hombre, ¿tienes novio y no nos lo habías dicho?

¿Novio? *Osea*, un tipo de esos que te llevan al cine, te miman y te hacen regalos, ¿no? Pues... no, no recordaba tener uno de esos.

—¿Te has vuelto a pasar con el perfume? Sabes, perfectamente, que no tengo novio, Charly.

—Pues sonaba muy convencido de que habíais conectado, que lo pasó súper bien y que le gusta toda tu esloro o algo muy similar y que se muere, literalmente, por darte una vuelta en uno de sus Ferrari.

¡Jopelines! ¿El ex yerno del Marqués de la Baranda, o era de la Reja, la había llamado?

~ 38 ~

—¿Y qué le has dicho? Te juro que no mola nada, es un pelmazo, Charly.

—Pues el «pelmazo» ha quedado en llamar de nuevo.

Dos horas después estaba por pedir cita a su peluquero, su pelo

estaba electrizado de tanto toqueteárselo, el «pelma» no pillaba las indirectas y con las directas estaba haciéndole unos botines a los «cavallinos rampantes». Salió antes de hora del trabajo porque se olisqueaba que iba a presentarse en su trabajo. Por la tarde le rogó e imploró a Lore que se quedara a cargo él de cerrar y se fue a su apartamento esperando que a Mariola no se le hubiera ocurrido la idea de decirle dónde vivía, por eso, nada más llegar, la llamó.

—¡Hola, Cuqui! El sábado te fuiste casi sin despedirte, *osea*, tía, ya sé que Íñigo es un súper plasta, pero no puedes irte así, ¿tú sabes el megatazo que nos dio luego? Lo dejaste muy impresionado, no paró de decir que eras muy mona y qué quedarías ideal colgada de su brazo.

¡Por la D de Dior! ¿Qué se pensaba aquel tipo, qué ella era un adorno o un bolso?

—¡Hola, Mayo! Pues a mí él me causó una impresión horrible, no me gusta, para nada.

—Pues que sepas, tía, que me ha llamado hoy para pedirme tu dirección, quiere invitarte a cenar a *El Jardín de Orfila*, yo creo que lo dejaste *crazy* porque ya sabes que ese sitio mola, Cuqui.

¿Dónde estaba la botella de ron Karukera que se había dejado

olvidada Lore la última vez que estuvo en su piso? La iba a necesitar.

—¿No se la habrás dado, verdad, Mayo?

— *Osea*, Cuqui, ¿qué querías que hiciera?

Pues cerrar la boquita y no soltar prenda, ¡ojala le pillara un buen chaparrón y sin máscara waterproof por tener la lengua tan suelta! ¿Y ahora que se suponía que tenía que hacer? No pensaba salir con él. Una hora después Íñigo no había aparecido, lo mismo había pillado la indirecta y se había rendido. Así que se fue a la cama, necesitaba descansar.

Martes, a media mañana, llegó un chico con un ramo de rosas rojas, mira que le gustaban las flores, pero que un tipo que no te conoce te regale uno y del tamaño de la catedral de Burgos, pues que no, no

~ 39 ~

molaba nada y cuando cogió la tarjeta y la leyó, si hubiera tenido al tipo delante se las habría colocado de pamelita, ¡qué fuerte!

«Carol, esta noche, a las nueve y media, pasaré a recogerte para ir a cenar. Quiero que disfrutes de mi encanto y personalidad y descubrir nuestros puntos en común»

Menudo pedante y mamarracho.

Después de salir del trabajo pasó a recoger a sus peques que empezaron a dar saltos cuando la vieron. Llegó a casa, les dio de comer,

se bañó y se puso ropa cómoda, estaba preparándose un sándwich cuando sonó el timbre, al abrir la puerta se encontró frente a Íñigo, ¡por la P de Prada! Se había olvidado de él.

—¡Hola, Carol!

Antes de poder articular una sola palabra él ya se había inclinado y la besó en los labios, se apartó con rapidez, su beso no le había gustado nada, ni eso ni su descaro.

—¡Íñigo, que sorpresa!

—¿Sorpresa? Te dije que pasaría a por ti y aquí me tienes. ¿Estás todavía sin arreglar? Tienes quince minutos, Carol, la reserva está hecha para dentro de media hora.

¿Cómo podía explicarle, sin mandarlo a hacer una ruta por las zonas húmedas y subterráneas de la ciudad, qué no le apetecía salir con él?

Como si estuviera ardiendo el piso salieron corriendo como locos Muffin y Bubble y se abalanzaron sobre un sorprendido Íñigo, ella pensaba que iban a empezar a hacer una escena *porno-pinki*, pero nada más lejos de la realidad, los dos empezaron a enseñar sus dientecitos y a gruñir uno y bufar el otro.

—¿Pero qué narices les pasa a los bichos estos? ¿Son tuyos?

¿Bichos? *One moment, please*, sus «bebés» no eran bichos y el tal Íñigo

había progresado y alcanzado el puesto número uno en su escala de tipos, personas y otras cosas desagradables.

—Sí, son míos, ¿tienes algún problema?

—Pues sí, Carol, soy alérgico al pelo de los animales, tendrás que deshacerte de ellos si quieres que mantengamos una relación.

¿¡Qué!? ¿Se le había interrumpido la conexión entre sus neuronas?

¿Deshacerse de sus pequeñines y por él? ¡Ni muerta! Por ella ya podía irse a que le dieran baños de sal en el «silbato». Él insistió en salir a

~ 40 ~

cenar y ella se negó en redondo, cuadrado y hasta en triangulo, pero el tipo no entendía, hasta que, ya bastante disgustada, le dijo que sí, que iría, pero que sus peques los acompañarían y entonces aquí, el ex del Marques del Pasamanos, se fue bastante enfurruñado, pero «amenazando» con llamarla el viernes para quedar porque iba a darle «otra oportunidad» ¡Qué suerte la suya! ¿Dónde podría ir ella ese fin de semana? Tenía que salir de su apartamento sí o sí.

~ 41 ~

.



Había sido una semana de locura y todo porque era un maldito idiota, ¿cómo se le ocurría decirle a ella que primero iba a hacer todos los huecos? Sus compañeros lo miraron como si se hubiera vuelto loco cuando se lo comentó y Fermín empezó a reír.

—¿Pasa algo?

—No... «Lolo», ¡anda que no te ha descolocado a ti la rubia, ni nada, majo! Sí ya lo decía mi abuela, «tiran más dos tetas que dos carretas».

—Tu abuela, ¿era el refranero popular de tu pueblo o qué? Solo intento que molestemos lo mínimo posible.

—Que sí, que te he «pillado» a la primera. ¡Hala, chicos, a hacer huecos que hay «bebés» y se ponen nerviosos!

Y eso desencadenó toda una horda de comentarios y cachondeos varios. Por si aquello no fuese suficiente los dichosos huecos dieron guerra, tanta que tuvo que quedarse los dos días un par de horas para poder terminarlos. Luego faltaron refuerzos y tuvo que ir a buscarlos

personalmente y por eso estaba, un viernes, a las nueve de la noche terminando de colocarlos. Estaba recogiendo cuando escuchó la voz de Carol... bastante alterada, ¿y ahora que le pasaba? Intentó hacer caso

~ 42 ~

omiso, pero algo dentro de él tiró para subir al siguiente piso y cuando llegó vio, apoyado en el marco de la puerta de ella, a un tipo con pantalón negro, zapatos que para mirarlos tenías que ponerte gafas de sol del brillo que despedían y un abrigo y, a los pies del hombre, estaban el gato y el perro haciendo toda una variedad de gruñidos y bufidos.

—Mira, Íñigo, te agradezco la invitación, pero no me apetece nada salir.

—Venga, no te hagas de rogar, Carol, sabes que lo estás deseando.

¡Vaya un idiota!

—Pues no sé de dónde te habrás sacado esa idea, creía que te estaba dando la impresión contraria.

—¡Aparta a los bichejos estos y arréglate, Carol! No pienso anular otra reserva porque quieras hacerte la estrecha.

Se alteró con las palabras de aquel imbécil, ¿cómo trataba así a una mujer? ¡Madre de Dios! El tipo tenía suerte de que la rubia fuese así de pava, porque suelta semejante chorrada frente alguna de sus hermanas

y está recogiendo dientes un mes.

Se acercó hasta ellos y los únicos que percibieron su presencia fueron los dos pequeñajos que soltaron el pantalón del idiota aquel para lanzarse sobre él dando saltitos y haciéndole sus «carantoñas» especiales.

—¡Burbujas, deja de utilizar mi pie como «picadero» privado! Y tú, Magdalenas, deja de frotarte contra mi pierna, ¿entendido, muchachotes?

Los dos se lo quedaron mirando como si lo entendieran, pero luego siguieron a lo suyo, con semejante «escolta» le costó llegar dónde estaba la rubia y el payaso aquel.

—¡Hola, Carol! Siento llegar tarde, pero es que se me ha complicado la cosa. ¿Has pedido ya la pizza?

Ella lo miró como si le estuviera describiendo la composición del metacrilato en chino.

—¿La pizza?

—¡Joder, rubia! ¿No te acuerdas que ayer quedamos que me invitabas a una en tu casa?

~ 43 ~

¡Entonces lo pilló! Una sonrisa, al principio tímida, se dibujó en su

cara y luego creció para ser de lo más sincera y, con la mirada, le agradeció el gesto.

—¿Y tú quién narices eres?

Luego el tipo presumiría de estudiar en los mejores colegios de pago... por su papá, pero era un gilipollas maleducado de primera.

—Lolo. ¿Y tú?

—¿Lolo? ¿Qué mierda de nombre es ese?

—Pues uno de cuatro palabritas, sencillo y fácil de recordar.

El hombre se volvió y miró a Carol bastante enfadado.

—¿No irás a darme plantón por él, verdad?

—Pues mira, Íñigo, yo diría que sí. ¿Y sabes por qué? Porque contigo no quedé y con él sí, es mi amigo y, que yo sepa, tú y yo ni conocidos.

Así que, ahuecando la hélice.

—¡El ala, princesa, se ahueca el ala!

El hombre los miró a los dos y luego se acercó hasta ella.

—Cuando quieras salir con un hombre de verdad, chata, me llamas.

¿Un hombre de verdad? ¡Un payaso, eso es lo que era! Cuando se fue ella se giró y clavó en él sus ojos... ¿verdes? ¿De qué color eran en realidad?

—¡Gracias, Lolo! Ya se estaba poniendo demasiado insoportable.

—De nada, Carol. Bueno, me voy.

La mirada de ella fue de confusión.

—Pero ¿y la pizza?

¿Lo estaba invitando de verdad?

—No es necesario, rubia, solo lo he dicho para que dejara de molestarte.

Las mejillas de ella se ruborizaron y mordisqueó, nerviosa, su labio inferior, pero siguió mirándolo muy fijamente.

—Pero me gustaría compartir una pizza contigo, Lolo.

A él, ahora mismo, lo que de verdad le gustaría era ser esos dientes y tener el labio entre ellos.

~ 44 ~

—Pero voy hecho un guarro, Carol, llevo todo el día con el cemento y llevo la ropa hecha un asco.

—¡Oh! Puedes... si quieres lavarte en mi baño, pero no tengo ropa para poder prestarte.

—La ropa no es problema, siempre llevo de repuesto en mi coche, si quieres me doy una ducha mientras esperamos la pizza.

—Pero, ¿te puedo pedir un favor? Las... *osea*, las botas, esto... ¿te la puedes quitar antes de entrar?

—¡Ya! Magdalenas y Burbujas son alérgicos al polvo y el cemento, ¿no?

—¿¡Cómo qué!? Es Muffin y Bubble y no, no son alérgicos, más bien soy yo, no puedo ver mi parque profanado con toda esa suciedad.

—Mi inglés es muy malo, rubia. Y tranquila, no pienso entrar con esto puesto.

Ella le dio una sonrisa de agradecimiento y eso fue suficiente para hacer que bajara las escaleras corriendo, no quería que ella se arrepintiera o se lo pensara mejor.

Media hora después estaba bañado y salió al pequeño salón-comedor dónde ella lo esperaba con la mesa puesta y la cena y con los peques en su habitación, según ella porque era ya su hora de dormir.

Se sentó y miró a su alrededor, era un sitio pequeño, pero muy colorido y confortable, no se habría imaginado que su casa sería así, esperaba algo más parecido a la mansión de Barbie, mucho rosa y todo lleno de volantes y encajes. Las cortinas eran de un color anaranjado, los sillones en beige y los muebles de madera de castaño. El suelo era de parqué y las paredes estaban pintadas en blanco.

El baño sí que era más como se lo había imaginado, una bañera enorme con mampara, armarios en color blanco y cajones morados y

justo a cada lado del espejo dos estanterías llenas de botellas de perfume y de los caros, tener tres hermanas lo hacían todo un experto. Había varios vasos de cristal tallado llenos de pinceles, lápices y máscaras de ojos y en una cesta blanca con lazos morados había como una docena de pintalabios.

Ella estaba sentada frente a él comiéndose la pizza con cuchillo y tenedor y cortándola a trocitos muy pequeños.

~ 45 ~

—¿En serio te la comes así? Te puedo asegurar que sabe mejor doblándola y comiéndola con las manos, Carol.

Ella siguió cortando.

—No toco nunca los alimentos, Lolo.

—¿Ninguno? ¿Las gambas tampoco?

—No.

—Pues no sabes lo que te pierdes, con lo bien que sienta luego chupar las cabezas y tener los dedos pringados.

Ella se estremeció y lo miró muy seria.

—¿Dónde te educaste, princesa?

—No se trata de dónde, Lolo, sino de cómo. Sé que estás intentando decirme que soy cursi, ¿a qué sí?

—Un poquito, sí. Te imagino en un colegio de esos caros, conviviendo con niños de papá y muy mimada.

La expresión de ella se volvió triste.

—Nada más lejos de la verdad. Fui a un colegio privado aquí, pero cuando me mudé a Texas fui a la escuela pública y luego a la escuela preparatoria Carnegie Vanguard.

—¿Vivías en Texas?

—Mis padres se divorciaron cuando yo tenía seis años, mi madre se casó, casi inmediatamente, con Brent, mi padrastro y nos mudamos con él.

—¿Y tu padre es de aquí?

—De Barcelona. En aquel entonces viajaba mucho y hacía malabarisimos para poder verme. Pero recuerdo que todo el tiempo que pasaba con él o cuando venía de vacaciones era mi época más feliz. Mi madre... no es muy maternal, sabes. Le encantan las fiestas, participar en todo tipo de eventos y viajar. Me crie, prácticamente, con Anna, era criada, cocinera y niñera.

—Lo siento.

—Sarah, mi madre, tiene un carácter... difícil, por eso, en cuanto pude, me vine a vivir a España junto a mi amiga Mariola y nos

instalamos aquí. ¿Tú eres de Madrid?

~ 46 ~

—No, de Murcia, de un pueblo pequeño, Zeneta. Mi padre es albañil, pero ya está jubilado y se dedica a ayudar a mi madre en la panadería y a cuidar su huerto, planta verduras y tiene decenas de frutales y limoneros.

—¿Y por qué te viniste a Madrid?

Se terminó un bocado de pizza y bebió un trago de su cerveza.

—Por la crisis, en Murcia no tenía mucho trabajo y un amigo me llamó para decirme que aquí estaba haciendo una obra y necesitaba ayuda, no me lo pensé, tomé la maleta y me vine, de eso hace ya tres años.

—¿Tienes hermanos?

Sonrió al recordar a sus hermanas.

—Sí, tengo tres hermanas. Ángela, Sandra y María, mi melliza.

—¿Tienes una hermana melliza?

Durante un buen rato le habló de su familia, Ángela, la mayor, era pediatra y estaba casada con Ramón, que tenía un taller de coches y tenían dos niños, Carlos y Miguel. Luego estaba Sandra, había estudiado cocina y era la repostera de la panadería, estaba casada con Antonio, dueño de una asesoría y tenían dos peques, Luis y Ana. María

era maestra y estaba soltera. Reme, su madre, era... especial, una mujer fuerte, luchadora, tierna y, como él solía llamarla, una «todoterreno», se adaptaba a todo y sabía hacer casi cualquier cosa, lo mismo te pintaba una pared, que hacía punto, que arreglaba la lavadora o se ponía a cavar en el huerto. Manuel, su padre, era un hombre sencillo, de pocas palabras y que adoraba a toda su familia y siempre tenía una enorme sonrisa en la boca. Y luego estaba el abuelo Pencho, ese sí que había que, como decía su madre, «echarle de comer a parte», irónico, metomentodo, charlatán, chistoso y todo un personaje.

—Tienes una hermosa familia, Lolo y parece que estáis muy unidos, me recuerda a la de Carmen, la mujer de mi padre.

—¿Tú no tienes hermanos?

—No, como ya te he dicho mi madre no le gustan los niños y mi padre no volvió a casarse hasta hace poco más de un año. Pero con Carmen he ganado una madre y tres hermanas.

Le habló de ellas, Gloria, Lucía y Raquel, todas estaban casadas, Gloria con Chris, un escocés, tenían un hijo que se llamaba Hans y esperaban otro para dentro de unos cuatro meses. Lucía estaba casada

~ 47 ~

con Marcos y tenían a Loreto y Lorenzo, mellizos. Y Raquel se había

casado con Dearan y esperaba un niño para finales de abril. Conforme hablaba de ellos su expresión se suavizó y dejó de hablar de forma tan nasal, los quería a todos, pero, en especial, adoraba a Carmen y Raquel, a las que se sentía muy unidas. No apartó la mirada de ella, era preciosa y cuando se relajaba y no iba maquillada tenía carita de niña, muy dulce... salvo la boca que era de pecado, se le ocurrían mil cosas para hacer con ella y su cuerpo empezó a reaccionar, ¿cómo podía sentirse atraído por una niña cursi como ella?

—Y el tipo que estaba antes en la puerta, ¿es tu novio?

—¿Íñigo? ¡No, para nada! Es amigo de Mario, el novio de mi amiga Mariola, me lo presentaron el sábado en la sala de fiestas y es un plasta, no mola nada de nada.

—¿Sabes? Me he dado cuenta de que cuando hablas de tu familia no... ¿cómo te lo diría sin que te molestaras?

—Lo sé, *osea*, Raquel dice que cuando paso tiempo con ellas dejo de ser tan «niña melona», ya sabes, dulce y empalagosa. Al principio, cuando mi padre me presentó a Carmen, la odié, pensé que me quitaría el cariño de mi papá, entonces era muy... bueno, más cursi, egoísta, pero cuando empecé a conocerla mejor me sentí agradecida de tenerla en mi vida.

—Entonces, eres cursi ¿solo por parte de madre?

Ella soltó una carcajada... fuerte y haciendo ruiditos con su nariz, se veía preciosa, demasiado, empezó a faltarle el aire. No quería relaciones, había tenido una y le salió como el culo, lo dejó dolido y hundido y con una mujer que, como Carol, vivía pendiente de su físico, de la moda y de aparentar. Su conciencia le susurró que ella no era igual que Paqui, pero le daba miedo a arriesgarse y con el mismo tipo de mujer, lo suyo era la reincidencia, estaba visto.

Cuando echó un vistazo a su reloj vio que pasaban de las doce de la noche, el tiempo había volado sin darse cuenta.

—Se ha hecho tardísimo, creo que es hora de que me vaya.

Carol lo acompañó hasta la puerta, cuando estaba a punto de salir se volvió.

—¿Te gustaría repetir?

Al principio ella lo miró algo extrañada, pero luego asintió.

~ 48 ~

—Podría pasar mañana por ti y salir a cenar, ¿te parece bien?

—Sí, claro, ¿a qué hora?

—¿Las ocho y media?

—De acuerdo. Hasta mañana, Lolo.

Se inclinó y la besó en los labios, pretendía que fuera solo eso, un pequeño contacto, pero cuando sintió la suavidad y humedad no pudo evitar deslizar la lengua por ellos, llegando hasta la comisura donde depositó varios y pequeños besos.

—Hasta mañana, Carol.

~ 49 ~



Al día siguiente todavía estaba sorprendida de lo bien que se lo había pasado con él y de haber aceptado su invitación a cenar ya que no solía salir, a la primera ocasión, con un hombre.

Los sábados, como Charly se iba a la Rioja, tenían dos chicas que venían todo el día a la boutique y así, por la tarde, podían librar Lore o ella y esa era la suya. Llegó a casa y después de comer y descansar un par de horas llamó a Raquel, hablar con ella le venía bien, siempre terminaba con una enorme sonrisa y su «hermana» le ponía los «pies en

la Tierra» y dejaba de revolotear como una mariposa, todo eso según ella.

—¡Hola, Carol! ¿Cómo está mi *niña melona*?

—¡Hola, Raquel! Pues súper bien, *osea*, fantástica.

—Sí, melona, melona, ya te escucho, te hace falta una visita a Barcelona urgentemente, nena, que ya vas pasadita de «miel».

No le quedó otra que sonreír.

—¿Y tú cómo estás? ¿Cómo va el embarazo?

Escuchó un resoplido bastante sonoro y largo.

~ 50 ~

—Perfecta y gorda.

—Seguro que estás estupenda, no seas exagerada.

—¿Exagerada? El otro día fui a comprarme un par de jerséis y la dependienta me preguntó cuánto medía de proa a popa, con eso te lo digo todo, Carol. No paro de comer, estoy todo el día «royendo» algo, ya sabes, por aquello de que como una es la «ratona».

—¡Mira que eres gansa! Y Dearan ¿Cómo lo lleva?

—Pues quitando de que el pobre vive al borde de que le dé un jamacuco, bien.

—¿Por qué?

—Porque no sé si la que estoy embarazada soy yo o él. Tiene mareos, vómitos, vive estresado y jura y perjura que no vuelve a pasar por esto, si supiera que le quedan todavía dos embarazos más hacía la maleta y se volvía a Kirkcaldy. En serio, nena, cree que si estornudo o si levanto algo más fuerte que una bolsa de patatas fritas el pequeñajo va a salir disparado. Lo está pasando fatal.

—Eso es porque te adora, Raquel y no quiere verte sufrir ni pasarlo mal.

Su hermana volvió a resoplar.

—Pero si tengo un embarazo buenísimo, no me estoy enterando de nada. Y hablando de amores ¿Cómo vas tú? ¿Algún chico a la vista? Desde que estoy embarazada me he vuelto una cotilla y ando emparejando a todo el mundo, tengo el lado cursi tan subido que puedo hacerte la competencia, Carol.

—¡Mira que eres mala! Y no, nada a la vista.

Bueno, salvo que había un tal Lolo que la ponía nerviosa.

—Siempre y cuando no te líes con uno de esos amiguitos tuyos que parecen palos *selfie* vestidos, me doy por satisfecha.

—No sé qué tienes contra ellos, son muy *fashion*.

—¿Cómo te lo diría, cielo, para que no te dé un síncope? A ti te hace

falta un machote, de esos *empotradores*, que te arranque las braguitas a bocados y se las ponga, al estilo Rambo, atadas en la cabeza y que te haga gritar: ¡joder, que *polvazo*!

—¡Por la D de Dior, Raquel!

~ 51 ~

—Carol, hablando en serio, tú no eres tu madre, cariño, no eres un complemento bonito para lucir al brazo de un hombre. Sé que lo pasaste mal, pero poco a poco te vas liberando de todas esas ideas arcaicas y nada realistas con las que te educó y que conste que te lo digo con todo mi cariño, sabes que te adoro y que me meto en tu vida porque tú misma me comentaste lo difícil que fue para ti poder escapar de su yugo.

—Lo sé, cielo, lo sé. Yo también... *osea*, me estoy cansando de esos hombres que siempre hablan de lo mismo, moda o el dinero de papá.

—Espera, repite eso que lo grabe, ¡Dios, sí! Al final lo hemos conseguido, estaba empezando a preocuparme, nena. Pues ahora al siguiente paso, a buscar un hombre de pelo en pecho y que no se avergüence de trabajar con sus manitas.

—Ese es Lolo, fijo... ¡uy, no... *osea*, no quería decir...!

—¿Lolo? ¿Quién coño es Lolo? Empieza a «aflojar» la lengua.

—Es... bueno, él es albañil y está haciendo las obras del edificio.

—¿Y te has liado con él? ¿Con un albañil? *Osea*, Carol, ¿te has «cepillado» a un hombre con las manos llenas de yeso? ¡Joder, nena!, cuando venga Dearan le digo que me lleve para Madrid, tengo que conocer al tal Lolo, y hablando de eso, ¿lo de Lolo es por Manolo, Bartolo o Pirindolo?

—¡Por todas las manchitas de una mariquita! Raquel yo no me he... esto, acostado con él, solamente hemos hablado unas pocas veces y su nombre es Manuel.

Media hora le costó convencer a su hermana que no tenía nada que ver con Lolo y eso que no le contó que, esa misma noche, iría a cenar con él, porque estaba segura que entonces sí que cogía a Dearan y lo arrastraba para Madrid, literalmente.

A las ocho y veinticinco ya estaba lista, se había puesto unos pantalones vaqueros en color negro, un jersey de lana en color rojo y con dobladillo acampanado y su abrigo de Hugo Boss, de la temporada pasada, en color burdeos y haciendo juego con los botines y el bolso, se había maquillado muy suave, como siempre, salvo los labios que se los había pintado en el mismo tono que el abrigo.

Estaba intentando meter a sus pequeñines en la pequeña habitación que tenía preparada para ellos cuando sonó el timbre y los dos salieron

corriendo hacia la puerta y empezaron a frotarse contra ella maullando y ladrando, ¿sabían que era él el que estaba al otro lado?

~ 52 ~

Cuando abrió se quedó impresionada, Lolo llevaba una chaqueta de piel en color negro, con una bufanda al cuello, pantalón vaquero y unas botas estilo militar, seguía sin afeitarse, su pelo negro parecía que se lo había peinado con los dedos y estaba revuelto y sus impresionantes ojos azules brillaron cuando la miró de arriba abajo.

—¡Hola, Carol! Estás guapísima.

Se derritió ante sus palabras y ese tono ronco de su voz.

—¡Hola, Lolo! Tú también estás muy bien.

Mientras se saludaban, Bubble y Muffin aprovecharon para darle su «bienvenida» especial.

—Creo que aquí al par de pitufos estos deberías llevarlos a desfogarse un poco para ver si dejan, de una vez, de «montar» mi pierna.

Se ruborizó antes las palabras de él. La verdad es que sus pequeñines no solían hacer algo así y menos con desconocidos y Lolo, prácticamente, lo era.

Intentó apartarlos pero ellos se resistían, al final tuvo que ser él quién los cogiera y los llevara a la habitación entre gimoteos y lametones de

aquel par de «traidores» que le gruñeron cuando intentó cogerlos en brazos y apartarlos de él.

Cuando salían del apartamento se encontraron con July, vestida, como siempre, de forma impecable. Llevaba un abrigo negro y una boa de plumas moradas al cuello, pantalones negros y zapatos haciendo juego con el bolso y su pelo recogido en uno de sus típicos moños.

—¡Hola, Carol! ¡Qué bien acompañada que te veo! ¡Hola, guapetón!

—¡Hola, July! ¿Conoces a Lolo?

La mujer la miró extrañada y luego volvió la vista hacia su acompañante.

—¿Lolo? Sí, claro que lo conozco, es muy majo, el otro día cuando venía de la compra, muy amablemente, se hizo cargo de todas mis bolsas. ¡Buenas noches... Lolo!

¿Por qué había hecho esa pausa? ¿También le «chirriaba» el nombre?

Él se acercó hasta la mujer y le dio un beso en la mejilla.

—Es usted una mujer encantadora y muy guapa, July, si no fuese acompañado le pediría que saliera conmigo.

~ 53 ~

Ella rio encantada y le guiñó un ojo.

—Y si yo tuviese cuarenta años menos, niño, no te escapabas ni dando

saltos, te iba amarrar a mi cama y no te soltaba hasta que no estuviera bien «saciada».

¿A... acababa de decir lo que había escuchado? ¡Jopetas, con la señora July!

—Estoy seguro que yo no pediría clemencia, July, es usted muy hermosa así que me imagino que no habrá hombre que se le resista.

Ella sonrió coqueta y le pidió que la tuteara como ya se lo había dicho anteriormente. ¿¡Cómo!? A ella le costó casi un año conseguir que se lo dijera y él, con una sola vez que se habían visto, ¿ya se lo pedía? Lo miró y vio que le sonreía con sinceridad y que no era algo que se viera forzado a hacer por educación.

Al llegar al portal se despidieron de July.

—Podemos ir andando, Carol, el local al que vamos está cerca.

Tal vez debería haberle preguntado dónde iban, sí, tal vez hubiese sido lo mejor, en especial por la cara que se le quedó cuando llegaron, no era un restaurante de lujo, ni siquiera uno glamuroso, era... era una tasca, *osea*, no es que no le gustara, es que no había pisado una en su vida y eso que en Barcelona, cuando salía con sus hermanas, había conocido algunos bares más «sencillos», pero ir de «punta en blanco», prendas valoradas en un fajo de euros y meterse a un local que olía... un poco,

digamos, a fritanga, era para, como diría Raquel, pipisear, bueno ella utilizaría otra palabra, y no echar gota.

—Habrás venido aquí alguna vez, ¿no?

Pues no, nunca, para nada y eso que, efectivamente, no estaba lejos de donde ella vivía.

—No, es... es la primera vez.

—Te va a encantar, sirven unas tapas buenísimas con las cervezas.

Pues ya podían ser buenas porque meterse allí con sus, echó un vistazo a sus pies, stiletos Miu-Miu era para que el suelo del local tuviera, al menos, una alfombra roja igualita a la de los Oscar y dudaba mucho que fuese así. Efectivamente, nada de alfombra y olorcito a frito que se iba a pegar en su pelo y en su ropa, estuvo a punto de ponerse a llorar, *osea*, aquello no podía estar pasándole a ella, ¡qué fuerte! Y lo peor no era aquello, lo peor es que él se apoltronó en la barra, pidió dos

~ 54 ~

cervezas y les pusieron dos platos de tapas, uno con chorizos y patatas bravas y el otro con pimientos y huevos fritos. Lolo, ni corto ni perezoso, cogió el pan y mojó, ¡mojó, pero que fuerte! En la yema blandita, mojándose los dedos y se comió de un bocado «aquello», ¡por Dior, Prada and Company! Y encima se los chupó.

—Está buenísimo, ¡pruébalo!

¿El qué!? ¿No esperarías que ella tocara el pan y lo empapara en aquello, no? Se hizo la sueca, la alemana y hasta la irlandesa y bebió un sorbo de su cerveza... ¡que estaba bastante buena y fresquita! Y cuando dejó el vaso en la barra se encontró, frente a ella, los dedos de él con un buen trozo de pan pringado con yema y se lo metió en la boca sin pedirle permiso siquiera, ¡pero que grosero!

—¡Chupa los dedos! Eso es lo mejor, te lo aseguro.

Mmm, ¡qué rico! Pues sí que estaba bueno, sí, pero claro, no sabía si era por el huevo de las narices o por los dedos de él que se mantenían al borde de sus labios y que al fin chupó, relamiéndose y paladeando el sabor de ellos... ¡ejem! del huevo frito.

—¿A que así sabe mejor?

Pues al final tendría que darle la razón, pero es que a ella le habían enseñado que la comida no se tocaba con las manos y la verdad, no se veía metiendo el pan en el plato y rebañando.

—Sí, pero ya te dije que yo...

—Ya, lo sé, pero no es lo mismo, te lo digo yo, suéltate la «melena» y disfruta.

Tomó el pan con la mano, miró el plato, luego a él, luego al plato de

nuevo, se sentía indecisa y en su mente escuchaba la voz de su madre y recordó la de veces que la castigó por no portarse «como una señorita bien» y no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Carol?

No levantó la cabeza, siguió mirando, con obstinación, el dichoso huevo que parecía decir «cómeme» y en el centro mismo de él apareció la cara de su madre, ¡qué fuerte!, vio su entrecejo, su mirada fría y soltó el pan como si quemase. Sintió la mano de Lolo bajo su barbilla levantando su cara y entonces sus miradas entraron en contacto.

—¿Qué pasa? Oye, puedes comértelo con el tenedor, rubia, era solo una broma.

~ 55 ~

—Lo lamento, sé que es una tontería, pero no me siento cómoda.

Él le pasó el cubierto con una enorme sonrisa.

—Perfecto, princesa, aquí tienes tu «cetro». Bueno, entonces, ¿dónde está tu boutique?

Sí, aquel era un tema que dominaba a la perfección. Empezó a hablarle de la tienda y de sus socios.

—Te encanta el mundo de la moda, ¿no?

—Sí, me gusta muchísimo, es lo que mejor se me da. Cuando era más

jovencita quería ser ingeniero como mi padre, pero mi madre se negó en rotundo, decía que no eran estudios para una mujer, de hecho no quería ni que estudiara.

Él la miró extrañado.

—¿En serio? ¡Joder! Tu madre es muy antigua, ¿no? si la escuchara alguna de mis hermanas le daría toda una charla sobre la igualdad entre los hombres y las mujeres.

—Mi madre era hija única y sus padres eran de la clase media alta de Barcelona, siempre fue una niña mimada.

—¿Algo así como tú?

Aquello le dolió, no es que no tuviese razón, pero estaba luchando duro para no ser como ella. Cuando se marchó de la casa su madre no estuvo de acuerdo y, prácticamente, le «cerró el grifo» para obligarla a regresar, sino hubiese sido por su padre habría tenido que volver con «el rabo entre las piernas».

—Ni la conoces a ella ni a mí, Lolo, porque si lo hicieras no dirías algo así.

Él la miró serio, como si quisiese decir algo, lo vio estirar la mano y coger... ¡no, por las lágrimas como peras del cocodrilo de Lacoste! ¡Un palillo! Y tan pancho se lo metió en la boca, ¡así le salieran termitas al

trasto aquel!

—Perdona, Carol, tienes razón, siento ser tan...

—¡Qué fuerte, tío! ¿Tienes que meterte ese objeto obsceno entre los dientes? Es antiestético, antihigiénico y *antifashion*, ¡jopelines!

Lolo se sacó el palillo de la boca, le echó una mirada, luego a ella y después, de nuevo, a la dichosa cosa aquella.

~ 56 ~

—¿*Antifashion*? Es un puto palillo, ¿qué quieres que haga el pobre, ponerse unos Manolos de esos y desfilan por Milán?

Pues evidentemente no, pero utilizar eso para hurgarse en la boca tampoco. Lo vio sacar la cartera del bolsillo trasero del pantalón, ¡por la L y la S de Levi's, qué culito más mono! *Osea*, él debería ser el modelo oficial de la marca, ¡qué manera de lucirlos y llenarlos! Empezó casi a babear, mira que había visto hombres en vaqueros, pero no como aquel y menos con aquella parte trasera, si seguía mirándolo un momento más estaba segura que empezaría a bizquear. Ella no miraba así nunca, *never ever*, a un hombre, claro que es que tampoco ella, los que conocía, estaban tan bien formados, equipados y hechos. Un calorcito le recorrió el cuerpo y estuvo a punto de abanicarse y eso que estaban a principios de diciembre.

Cuando salieron del local él le preguntó si quería ir a tomar una copa al bar-museo *Madrid Me Mata* y aceptó, a pesar de que habían tenido algunos momentos algo tensos se encontraba a gusto con él.

Cuando llegaron allí, después de un buen paseo, él la acompañó hasta una mesa y pidieron un par de *gin-tónicos*, la música era de los ochenta, la época de la *movida* madrileña y había infinidad de objetos, vestuario, portadas de discos e instrumentos musicales dignos de ser admirados, repartidos por las salas del local.

—¿Te gusta esta música?

Asintió, su padre tenía una enorme cantidad de discos de aquella época y ella los había escuchado infinidad de veces, además, Araceli, la mujer de su tío Rafa, hermano de su padre, era una fanática de grupos de aquellos años y tenía una colección enorme.

—Yo crecí escuchando toda esta música, mi madre ponía el casete a todo gas mientras hacía las cosas de la casa o por la noche cuando estaba en la panadería.

—Mi padre no lleva otra música en el coche. ¿Vas a visitar a tus padres a menudo?

—No tanto como yo quisiera, pero sí. Estoy deseando que lleguen las navidades para ir. ¿Tú irás a América?

—¿Con mi madre quieres decir? No, ni loca, *osea*, las pasaré con mi padre y Carmen. En estas fechas se reúnen todas sus hijas allí y tengo muchas ganas de estar con ellas. El año pasado fue el primero que disfruté, de verdad, de unas buenas fiestas familiares.

~ 57 ~

—¿Cómo era tu vida con tu madre?

—Llena de normas, ella dirigía toda mi vida, me enseñaba como sentarme, estar de pie, como comer, la forma de poner una mesa. Mamá es toda una experta en protocolo y no perdona ni un solo traspies. Me daba miedo cada vez que teníamos alguna cena de etiqueta y confundir los cubiertos, ya sabía luego que ella me castigaría.

—¿Por comer el pescado con el tenedor del postre?

Tal vez él lo viera como una simple tontería, pero para Sarah, su madre, aquello era imperdonable.

Eran casi las dos de la mañana cuando llegaron a su edificio, se había divertido mucho con Lolo. La acompañó hasta la puerta de su apartamento.

—¿Te lo has pasado bien o ha sido demasiado «rupestre» para ti?

—Me lo he pasado estupendamente, Lolo.

Él se acercó y se quedó a escasos centímetros de su cara.

—Entonces, ¿repetirías?

Tragó con fuerza, se sentía nerviosa con su cercanía y esa mirada penetrante.

—¿Por qué no?

Los labios de él se posaron sobre los suyos y la besó, al principio con suavidad, pero cuando gimió, Lolo aprovechó para deslizar la lengua dentro de su boca e intensificar el beso, la cogió de la cintura y la pegó a él, colocándola entre sus piernas y su... ¡Oh, *my God!* ¡Estaba duro! Muy duro y sintió un cosquilleo en el estómago, apoyó las manos en su pecho y se separó de él.

—Creo... creo que vas demasiado deprisa, Lolo, yo no suelo besar a los hombres en mi primera cita, ¿sabes?

Frotó la nariz contra la suya y la soltó muy lentamente.

—No puedes culparme, Carol, es tu boca, es demasiado tentadora y dulce, no he podido resistirme.

Se despidieron y cuando cerró la puerta se dejó caer contra ella. ¿Qué tenía que la descolocaba de aquella manera? Nunca se dejaba llevar por sus deseos, bueno, tampoco es que se sintiera muy atraída por el sexo, tal vez por su experiencia pasada con él, a veces se preguntaba qué era lo que veían los demás en ello, no era tan excitante, conseguía más por

~ 58 ~

ella misma, de hecho nunca había tenido un orgasmo cuando se había acostado con el único hombre que lo había hecho, después de él no le quedaron ganas de repetir la experiencia y ahora se preguntaba cómo sería hacer el amor con Lolo.

~ 59 ~



El domingo se levantó con una sonrisa en los labios y el motivo era la noche anterior, mejor dicho, la cita y la compañía. Mientras limpiaba la casa, lavaba y planchaba no podía sacársela de la cabeza, recordó la mirada de ella, totalmente espantada, al ver el local donde la llevó a cenar y eso que era uno de los mejores bares a los que solía acudir, además la comida era riquísima, pero Carol parecía no haber puesto nunca un pie en un sitio tan sencillo como aquel. Luego, cuando lo vio empapar el pan en la yema del huevo, lo miró como si hubiese cometido

el peor de los crímenes. Lo que de verdad le preocupó fue la mirada espantada al plato, con el pan en la mano y mirándolo asustada, ¿de verdad era tan terrible su madre? En ese momento se sintió mal y si tuviese a la dichosa mujer enfrente le hubiera dicho cuatro verdades a la cara, que era lo que al parecer estaba necesitando.

Cuando terminó de limpiar se dio una ducha y se vistió con un par de pantalones vaqueros, una camiseta granate, un jersey y su cazadora de piel y se dirigió hacia la casa de Fermín, salvo contratiempo todos los domingos comía con él y su mujer, María. Cuando decidió venirse a Madrid, Fermín lo acompañó, él había trabajado con su padre y ahora lo hacía a su lado, su mujer también los acompañó. Al principio vivió con ellos en el piso hasta que encontró uno para él y se marchó vivir

~ 60 ~

solo, pero tomó la costumbre de ir a comer todos los domingos a su casa.

Llegó al edificio y le abrió la puerta María, nada más verlo lo abrazó con fuerza.

—¡Hola, cielo! ¡Fermín, Manu ya ha llegado!

Su amigo se asomó por la puerta del comedor, le hizo un guiño y sonrió.

—Pasa, «Lolo», la mesa está preparada.

María miró espantada a su marido.

—¿Cómo has llamado al chico? ¿No le habrás estado dando, de nuevo, al «tintorro», Fermín?

Le echó una mirada de advertencia a su amigo, pero este se la pasó por las suelas de sus zapatos porque siguió a lo suyo.

—Yo solo lo he llamado por su «nuevo» nombre, María, aquí, el chico, se presentó así a una chavala el otro día.

¡Mierda! Ya se veía venir lo siguiente.

—¿Manu, es eso cierto? ¿Por qué, criatura, le has dicho semejante cosa a esa chica?

—Es solo una broma, María.

Mientras lo acompañaba al comedor la mujer siguió «acusándolo»

—¿Y era necesario decirle esa mentira? Si se entera tu madre estoy segura que te da una colleja que te pone del revés hasta en la foto del carnet de identidad.

Fermín «intentó ayudarlo» metiendo la pata más aún, a la altura del ombligo, palmo arriba, palmo abajo.

—La muchacha es una de esas que pone esos como el súper las ofertas, tres dónde con dos vas más que sobrado, pero es maja y el chico

se quedó embobado, vamos, que se nos ha enamorado.

—¿Qué te has echado novia, Manu? ¡Pero que contenta se va a poner Reme cuando se lo digas! ¿Y cómo es? ¡Tienes que traerla a comer contigo, quiero conocerla!

Al día siguiente, Fermín, iba a subir y bajar las escaleras a razón de siete veces por minuto, por capullo, ¿cómo cojones soltaba eso?

~ 61 ~

—María, no tengo novia, de verdad, ya conoces a tu marido, se pone a hablar y la mitad es mentira y la otra mitad bromas.

—Novia, novia no, pero no me irás a decir que no te gusta la chica ¿eh?

—¿Estáis tonteando, no?

Cuando a las cinco de la tarde abandonó la casa de sus amigos estaba seguro que, en diez minutos, su madre, allá en Murcia, iba a ser informada de que «casi tenía nuera», cinco minutos después él recibiría la llamada de su progenitora y al día siguiente, Zeneta y pedanías aledañas, sabrían por boca de Reme, la hija de Pencho el panadero, que su Manu tenía novia, que en unos meses se casaba y ya el tema de los hijos sería opcional, no el que los tuviera, sino la cantidad de ellos. Y, efectivamente, casi veinte minutos después sonó su móvil y era su

madre, ¡hala, Manu, a ver como arreglas esto!, pensó.

—¡Hola, mamá!

—¡Ni hola ni leches, Manu! ¿Por qué me tengo que enterar por María de que mi niño tiene novia?

—Mamá...

—¿Por qué no me has hablado de ella? ¿De dónde es? ¿Cómo se llama? ¿Cuánto tiempo estáis saliendo? ¡Coño, hijo, siempre nos lo hemos contado todo! Bueno, dime, ¿la vas a traer estas navidades? De fondo escuchó primero la voz de su padre diciendo que no «agobiara al niño» y, a continuación y casi superponiéndose, la de su abuelo... en toda su salsa: *¿Niño? El del tío Bermejo con pelo en el conej...* y por encima de él e intentando cubrir la burrada, la de su hermana melliza, *¡abuelo, esa boca!*

—¿Entonces qué, Manu, me vas a hablar de tu chica sí o sí?

—Mamá, no tengo novia.

—¿No? Entonces, ¿por qué María dice que Fermín ha dicho que sí? Le explicó que eran tonterías de su amigo, pero no coló. Luego le comentó que solo era una chica del edificio donde estaba trabajando, eso ni lo escuchó. Pasó, a continuación, a decirle que sólo era una conocida, eso sí lo oyó... pero lo entendió como le salió de las narices y

cuando ya, exasperado, le explicó que era una amiga, su madre tuvo que escuchar algo así como que la «supuesta novia», en esos momentos, se estaba probando el vestido de ídem.

~ 62 ~

A la mañana siguiente seguía cabreado con Fermín por meterlo en aquel embolado. Con María por no cerrar la boca. Con su familia al completo por el pleno de llamadas y los arreglos florales que iban a hacer a la iglesia por su «próxima boda» y con Carol... por... con Carol... pues por presentarse en su vida y volverla del revés, pero cuando a las nueve y cuarenta, como cada día, la vio bajar las escaleras, espectacular, maravillosa y con esa boquita pintada de rojo todo su enfado se esfumó y deseó ser el jodido carmín.

—¡Buenos días, Lolo!

—¡Buenos días, Carol! ¿No haces puente hoy?

El martes era el día de la Inmaculada Concepción y era fiesta.

—No, ¡para nada! Además esta semana es de locos, muchísima gente viene de viaje a Madrid y tenemos el doble de trabajo. Tú, por lo que veo, tampoco haces, ¿no?

—No, si queremos cumplir con los plazos que tenemos no podemos tomarnos ni un día libre.

Vio que ella lo miraba algo nerviosa, ¿era por la cita del sábado anterior?

—¿Puedo pedirte un favor, Lolo?

—¡Pues claro! Dime que necesitas.

—Verás, July se fue ayer de viaje, en diciembre siempre se va con sus antiguos compañeros de trabajo y no vuelve hasta enero.

¿Y? ¿Quería que le regara las plantas a la mujer?

—Es que, *osea*, Bubble ha pasado muy mala noche y me da pena dejarlo solo, ¿podías echarle una miradita, *porfaplls*?

Y así fue como él, Manu Bravo, se vio asintiendo como un gilipollas y se quedó a cargo del perrito de marras mientras que Fermín, que había llegado en ese momento, empezó a reírse a mandíbula batiente.

—¿Quieres ver cómo te pasas todo el día haciendo «piernas» subiendo la puta escalera?

Una hora después pasó a ver a los animalitos. Entró en el piso con la llave que ella le había dado y fue a la habitación dónde estaban. El gato, nada más verlo, se enroscó en su pierna, pero el perrito siguió acostado en su cama.

—¡Hola, Burbujas! ¿Estás jodido, eh?

El pobre solo soltó un gemido. Lo levantó, se lo puso en un brazo y lo acarició con una mano.

—Sí, si tienes que estar mal, colega, a estas alturas ya te habrías «cepillado» mis botas de seguridad.

Empezó a emitir su ronquido característico y no le dio mucha importancia, pero cuando al carraspeo se unieron las arcadas lo levantó y se lo puso a la altura de la cara.

—Oye, no me vayas a hacer la «jodienda» de ponerte peor, ¿me oyes? A tu «mami» podría darle un patatús si tengo que llamarla y decirle que estás...

El perro lo miró fijamente y, de repente, abrió su boca y empezó a lanzar sustancia pegajosa por ella como si fuese la niña del exorcista, echándose todo en la cara.

—¡Me cago en toda mi estampa! ¡Joder! ¿Qué cojones comes?

Aquello apestaba cosa mala, como algo en estado de descomposición.

—Esto me pasa por idiota.

El gato, al ver todo aquel estropicio, salió por patas y él se quedó apestando. Puso a Bubble en su cama y fue al baño a lavarse, como Fermín lo viera de aquella guisa iba a estar riéndose un mes. Pero aquello no paró allí, el perro parecía una máquina expendedora de

residuos con salidas desde la parte trasera, delantera y hasta nasal. Al final tuvo que decirles a los chicos que se quedaría en el piso echándole un ojo al animalito, no les iba a decir que llevaba dos horas quitando más suciedad que un barrendero después de la cabalgata de Reyes. A las nueve y media de la noche, después de tres llamadas por parte de ella en las que en todas y cada una de ellas le comentó a Carol que su «bebé» estaba mejor, una mentira cochina en doble sentido, de cenar un sándwich de queso y una cerveza y con los dos «bichitos» en su regazo cayó agotado y se quedó dormido en el sofá.

~ 64 ~

Había sido un día de locos, le dolía todo el cuerpo y, en especial, los pies, sobre todo sus dedos que parecían haberse trenzado unos con otros. Llegó al piso rondando las diez de la noche y preocupada por su chiquitín. Cuando abrió la puerta se encontró con una escena que no se esperaba, Lolo estaba medio recostado en el sofá, durmiendo con Muffin y Bubble sobre él; era una escena enternedora y sonrió, pero lo que hizo que su sonrisa se ensanchara fue el plato sobre la mesa con un sándwich y un botellín de agua, ¿lo había preparado para ella? Se acercó despacio hasta ellos, tomó a los pequeños, que ni se despertaron

y los llevó a sus camitas. Cuando volvió él seguía en la misma posición que lo había dejado, se arrodilló a su lado y lo miró fijamente, era tan guapo, mucho, así dormido sus facciones se relajaban y aparentaba menos edad... en realidad no sabía cuántos años tenía, ¿treinta?, ¿treinta y dos? Estuvo tentada de besar sus labios, tenía una boca muy sexi y le encantaba el hoyito de su barbilla, aunque apenas podía verlo con tanto pelo en ella, pero, a pesar de que no le gustaban las barbas, empezaba a encantarle, era muy de él y le daba un aspecto de hombre, hombre, de esos como los que su hermana le aconsejaba y «recetaba», según ella era «prescripción facultativa y necesaria» para dejar de ser tan «melona». Puso la mano sobre su hombro y se lo apretó con suavidad mientras se acercaba a él para despertarlo con susurros.

—¡Lolo, despierta!

Abrió sus ojos azules y los clavó en ella, se estremeció al ver la intensidad de su mirada y la sonrisa que le dio.

—¡Me he quedado dormido, lo siento, Carol!

Se apartó cuando lo vio incorporarse. Lolo se pasó las manos por el pelo y estiro el cuerpo, la camiseta que llevaba se levantó y dejó ver un vientre plano y estaba segura que bastante duro y sin tantos abdominales marcados como algunos se empeñaban en lucir.

—¿Te ha dado mucha guerra Bubble?

La cara le cambió en ese instante.

—¿Qué cojones le das de comer a ese pequeñajo? ¡Joder, rubia! El pobre tiene una facilidad enorme para «desinflarse», apestan cosa mala y se los tira a traición el muy guarro, si al menos hiciese ruido daría tiempo de ponerse «a cubierto» o meterse en alguna trinchera.

Se ruborizó ante las palabras de él. La verdad es que Bubble era muy... *osea*, que él hacía como... esto... «un envasado al vacío» y expulsaba el aire muy frecuentemente y eso que el pienso con el que lo

~ 65 ~

alimentaba era lo mejor de lo mejor, pero él seguía igual y sí, hedían un poquito, por eso tenía toda una cantidad ingente de ambientadores en casa.

—El pobrecito no lo puede evitar, Lolo y más cuándo está malito.

—Sí, malito sí está, no entiendo como una cosa tan pequeña puede arrojar tanta cantidad de sustancias nocivas, odoríferas y, en varios estados físicos, por todos sus orificios.

—¿Ha vomitado mi chiquitín?

Y entonces él empezó a relatarle todas las «entregas a domicilio» que le había hecho Bubble y que lo habían obligado a ducharse en tres

ocasiones, al final no pudo evitar soltar una carcajada y él se le unió.

—Bueno, será mejor que me vaya, es tarde y tú estarás cansada.

Lo acompañó hasta la puerta.

—Lolo quiero darte las gracias por todo lo que has hecho, no sabría que habría hecho sin tu ayuda.

—No tienes nada que agradecer, Carol, de verdad. ¿Trabajas mañana?

—No, ¿por qué?

Él miró a los lados, como si estuviese nervioso, antes de fijar la vista en ella.

—¿Te gustaría salir a comer?

—¡Oh, lo siento! La verdad es que he quedado con mi amiga Mariola ya.

—No pasa nada, era solo una idea.

Se mordió el labio inferior, la verdad era que le apetecía quedar con él.

—Si quieres podemos quedar para después, si te viene bien, claro.

—Perfecto, ¿a las cuatro?

—Sí, ¿quedamos en la Puerta del Sol? Es que vamos a comer cerca de allí.

Él se acercó a ella muy despacio.

—¡Hasta mañana, princesa!

~ 66 ~

La última palabra la dijo ya sobre sus labios, se apoderó de ellos y la besó con intensidad, colocó las manos sobre su cintura y a escasos centímetros de sus pechos, los pulgares estaban justo debajo de ellos y se estremeció con sus movimientos rotativos.

Cuando se separaron le faltaba el aliento, cada vez que Lolo la besaba su cuerpo se quedaba tenso, nervioso, expectante y necesitado.

Al llegar al final del pasillo él se volvió y le guiñó el ojo y ella se quedó sonriendo como alelada.

~ 67 ~



Había quedado con Mariola a las dos en el *Lhardy*, un precioso y romántico restaurante con casi doscientos años de historia, le encantaba sobre todo su tienda dónde podías adquirir unos dulces de

vicio. Se encontró, nada más llegar, con su amiga, su novio Mario y ¡sorpresa! a Íñigo, ¿cómo, Mayo, había podido hacerle semejante trastada? La miró muy seria, pero ella le hizo un gesto de impotencia.

—¡Hola, Cuqui!

Se inclinó para darle un beso y aprovechó para susurrarle que ella se acababa de enterar de que les acompañaba el ex del Marqués del Pasamanos ¿o era de la Balaustrada?

Íñigo se acercó a ella, le puso la mano en la cintura y la besó en los labios, se apartó de él y le golpeó la mano con la que la tenía sujeta.

—Tienes las manos muy largas, Íñigo.

—No seas tímida, monada.

¿Monada? ¡Monada su prima la de las chanclas en el mes de diciembre! El tipo era un arrogante y se preveía una comida bastante tensa y, sobre todo, con exceso de «manualidades a la carta».

~ 68 ~

Comer en el *Lhardy* era un placer para los sentidos y lo disfrutó, el comer claro, porque lo de la compañía fue harina de otro costal, le encantaba esa expresión de Carmen. Íñigo se sentó a su lado y monopolizó toda la conversación, toda una disertación de su persona, yo tengo, yo compro, yo hago, yo soy *chachi piruli* y ya, lo más de lo más,

fue cuando soltó que era el soltero más cotizado, no solo de Madrid, para que quedarse en la capital ¿verdad?, el tipo, sin ningún rastro de humildad, se autoproclamó el soltero de oro, contrachapado estuvo a punto de soltarle, de todo el país y parte del extranjero, ¡menudo pedazo de gili... *pichi!*

Cuando salieron del restaurante eran casi las cuatro, la hora en la que había quedado con Lolo, intentó despedirse de sus amigos y del «plasta», pero estos decidieron pasear con ella e Íñigo insistía en colocarle la mano en la cintura o en el hombro, un pulpo a su lado era un aficionado, ¡qué fuerte!, aún no le había apartado la mano de un lado cuando ya la tenía en otra parte de su anatomía, estaba por atárselas con la bufanda que se había colocado esta mañana.

Al llegar a Sol vio a Lolo andando frente a la fachada de la Casa de Correos y cuando la vio sonrió hasta que vio quién iba a su lado y dónde tenía colocada la manita de las narices, volvió a apartársela, esta vez con un fuerte manotazo y cuando se giró vio cómo *su* albañil, ¿de dónde había salido ese *su*? se acercaba hasta ellos con paso muy decidido y cuando llegó ante ella la miró con fijeza.

—¡Estás preciosa, Carol!

Su mano derecha salió disparada, la cogió de la cintura y la acercó

hasta él para, sin preámbulos y aviso alguno, pegarle los labios a los de ella y soltarle un beso que hizo que su corsé de *Victoria's Secret* menguara dos tallas, al menos, de repente, abrió la boca asombrada para encontrarse dentro de ella y haciendo una exploración, al más puro estilo de Indiana Jones, de su lengua, un gemido se le escapó cuando empezó a excitarse, él había encontrado un punto, o todo un perímetro, que la volvía loca, escuchó algo detrás de ella, pero ni caso, sus manos se pegaron al pecho de Lolo intentando separarlo, pero las muy traicioneras encontraron más interesante frotarse contra ese pecho, tuvo que ser él el que diera por finalizado el beso porque ella apenas podía respirar, así que mucho menos pensar o moverse.

—Definitivamente preciosa, pero mucho más ahora.

—¿Quién te crees que eres? Carol está conmigo.

~ 69 ~

¿¡Perdona!?! Se volvió y le echó un vistazo de arriba abajo, pero el tipo era tan prepotente que no se dio por enterado, así que decidió «explicárselo» con palabras.

—¿Pero, *osea*, tú de que vas, tío? Yo no estoy contigo, es más, ni he quedado contigo, en cambio con él sí.

Mariola, que hasta ese momento había permanecido callada y con la

boca abierta se acercó y le echó un vistazo a Lolo y después se giró hacia ella mirándola con los ojos brillando.

—¿Cuqui, no vas a presentarme a tu amigo?

Soltó un pequeño gemido, si ella era cursi, Mayo estaba unos diez puestos más arriba y en cuánto supiera como se llamaba su amigo iba a flipar en colorines.

—Mariola, este es mi amigo... Manuel.

Pero él ni caso oye, se inclinó y le soltó dos besos a su amiga mientras en voz alta y muy clara le soltó un: Lolo para los amigos y como tú eres muy amiga de Carol puedes llamarme así.

Mayo bizqueó, en serio, bizqueó, abrió y cerró la boca unas diez veces en un par de segundos máximo.

—¿Lolo, *osea*, Lolo...Lolo? Pero chiqui, no puedes llamarte así, guapi, es más *fashion* Manu o Lito, por Manolito, pero tío, tú vas desbarrado si piensas que Lolo es *chic*.

Él, ni corto ni perezoso, y haciendo gala de un... «desparpajo» al que sus amigos no estaban acostumbrados le dio una cachetada en su... pompis que la hizo saltar, le colocó la mano en la cintura y la pegó a él mientras soltaba, guiñándole el ojo, un:

—Cielo, a mi princesa le encanta llamarme así, ¿estás de acuerdo,

rubia?

En ese momento le hubiera soltado una cachetada, en serio, pero cuando se acercó y depositó un beso en su cuello solo pudo asentir mientras un escalofrío la recorría por entero.

—Cuqui, ¿estás saliendo con... él? No nos habías dicho que tenías novio.

Él la miraba con una sonrisa irónica, la de Íñigo era de enfado, la de Mario de sorpresa y la de Mayo... pues la de su amiga le dieron ganas de cogerla por sus extensiones y darle, tirando de ellas, una ruta

~ 70 ~

turística por toda la ciudad, estaba fascinada mirando a «su» Lolo, comiéndoselo con los ojos.

—No somos novios, Mariola, solo amigos y había quedado hoy con él para dar un paseo.

Él volvió a darle en sus nalgas, ¿qué porras le pasaba?

—Exacto, rubia. Ha sido todo un placer conoceros, pero nosotros nos vamos.

Y sin darles tiempo a decir nada la empujó, con suavidad, de la cintura y echaron a andar. Unos metros más adelante volvió la cabeza para ver a sus amigos mirándola con fijeza, se volvió y fijó la vista en

Lolo.

—¿A qué ha venido esa actitud? *Osea*, no me gusta que me den cachetes en mi pompis.

Él siguió andando, pero tuvo la «gentileza» de contestar, aunque su voz, su tono y sus palabras le dejaron claro que estaba bastante molesto.

—¿Y la tuya, Carol? Quedas conmigo y vienes, cogida de la cintura, con otro tipo, ¿qué crees que tengo que pensar? Si no querías venir podías haber llamado y punto.

¡Por el carruaje de Hermés!

—Yo no quedé con él, cuando llegué al restaurante ya estaba allí, se auto invitó él solito, Lolo.

Se paró de golpe y sin preaviso ni nada se inclinó, le tomó la cara entre las manos y la besó, un beso que ya catalogaba como «made in Lolo» que la descolocaba y volvía loca, era sentir sus labios y empezaba a gemir, nunca se había alterado tanto por uno y él lo hacía con solo pegar sus labios a los de ella, pero cuando su lengua entraba en su boca olvidaba hasta su nombre, se dejaba llevar y lo devolvía con mucho entusiasmo. A ella nunca le habían gustado las demostraciones de afecto en un lugar público... *one moment please*, estaban en la calle, ¡por la D de Dior! En

plena calle y besuqueándose como dos posesos, se separó, con pena y dificultad, de él.

—¡Por la P de Prada, Lolo! Estamos en medio de la calle.

Sintió sus dedos acariciándole los labios.

—¿Y? Me gustas, Carol y me encanta besarte, me vuelven loco esos gemiditos que das cuando tengo mi lengua dentro de tu boca.

~ 71 ~

Se ruborizó, no pudo evitarlo, siguió parada y dejándose acariciar la boca.

—Yo... yo nunca... *osea*, no suelo be... besarme con nadie en lugares públicos.

Él sonrió, la cogió de la mano y empezó a andar, se dejó llevar y disfrutó del paseo. Vio la ciudad con los ojos de él, mientras le explicaba lo que le gustaba y lo que no, lo diferente que era la vida allí y lo muchísimo, recalcó eso un par de veces, que añoraba su pueblo. Le gustaba la familiaridad de su gente, el conocerse todos, el preocuparse unos de otros. Allí, en Madrid, era como vivir aislado entre una multitud.

—Me gustaría conocer tu pueblo.

—Y a mí me gustaría llevarte, aunque no sé si estás preparada para él o al revés.

—¿Por qué?

Una sonrisa se extendió por su boca, pero no hubo manera de que le explicara que quería decir con aquellas palabras. Al caer la tarde fueron a un pub llamado *MSuena*.

—Espero que te guste, a mí me encanta, en especial por la música que es de los ochenta, una de las mejores décadas.

Pidieron un par de daiquiris y jugaron a los dardos y lo dejó impresionado, era muy buena, su padre le había enseñado y pasaron muchas tardes jugando a ellos. Cuando volvieron a la mesa después de una partida en la que ella lo había derrotado, él se sentó, la tomó de la cintura y la sentó en su regazo, se removió inquieta, se sentía avergonzada, pero él no la dejó levantarse, la abrazó y la pegó a él mientras empezaba a sonar una canción sintió su boca en el cuello, besándolo con suavidad y subiendo hasta su oído donde le susurró, con muy buena entonación, parte de la canción.

«Labios tan dulces como el caramelo, su sabor permanece en mi mente.

Nena, me tienes sediento de otra copa de vino.

Me puse malo por ti, nena, pero no necesito ninguna cura. Seguiré

siendo una víctima, si puedo resistirlo.»

Él tenía las manos en su cintura, sujetándola con suavidad y bajo sus nalgas notó la erección, clavada con fuerza en ellas.

~ 72 ~

—Me pones a mil, rubia, haces que solo piense en arrancar la ropa de tu cuerpo y acariciarte hasta que supliques que me quieres clavado entre tus piernas.

¡Por la etiqueta en cursiva de Dior! Era un bruto, cierto, pero se sentía excitada tanto que, por una vez en su vida, dejó de pensar y quiso sentir.

—Quiero follarte hasta dejarte agotada y después, cuando me jures que no puedes más, volver a empezar. Me gustaría sentir los tacones de tus Manolos clavados en mi culo y tus uñas arañando mi espalda. ¿Me acompañas a mi casa y hacemos esta fantasía realidad?

¿Cuál fantasía? Porque ella, hasta ese momento, la única que había tenido era ser Bella en la Bella y la Bestia y ahora, con él frotándose contra ella no tenía muy claro que papel haría, estaba por asegurar que sería Bestia, estaba más que dispuesta a arrancarle la ropa con los dientes.

—Lolo... yo...

Las manos de él acariciaron uno de sus senos mientras le chupaba el

lóbulo de la oreja.

—Princesa, déjate llevar, no pienses, solo siente, toma de mi todo lo que yo deseo tomar de ti, por favor, rubia, déjame que te haga el amor. Había cerrado los ojos cuando sintió los primeros besos pero con esas palabras los abrió de golpe, tal vez si él hubiese utilizado la palabra que empezaba por f se habría dejado llevar, pero ¿hacer el amor?, no, se había jurado, hace ya mucho tiempo, que no volvería a acostarse con nadie sin sentir algo — *¿Y no sientes nada por él, boba? Sabes que te vuelve loca, ¿por qué no dejarte llevar?, ¿por qué no disfrutar del sexo? Él no es como... tú ya sabes quién y no está «obligado y gobernado» por tu santísima madre*— Su conciencia tenía razón, pero no podía evitar sentirse mal en ese momento.

Lolo abrió los brazos y la dejó levantarse, ¿cómo había sabido que su deseo se había apagado?, la cogió de la barbilla y le volvió la cara, sus miradas se encontraron y, a pesar de que esperaba encontrar enfado, solo encontró comprensión.

—Carol, te deseo, te deseo mucho, me vuelve loco la idea de tenerte desnuda entre mis brazos, pero jamás te obligaría, tú tienes siempre el poder de decidir y no me enfadaré si no quieres o no lo deseas, ¿entendido?

~ 73 ~

¿Cómo podía ser tan considerado? Su madre siempre le había dicho que los hombres eran egoístas, que nunca aceptaban un no por respuesta y menos si el hombre era uno de la clase «baja» y con el único que había compartido cama y que era de la clase «alta» fue mezquino y ególatra, no es que no aceptara un no, es que se hacía, sí o sí, cuando él quería, como y donde quería y, encima, la dejaba más fría que un iceberg.

La acompañó hasta su apartamento y cuando llegó allí la tomó de la cara y volvió a besarla, se separó él porque ella no tuvo fuerza ni ganas para poder hacerlo.

—Lo he pasado muy bien, Carol. Si quieres podemos repetir, ¿qué me dices, princesa?

Asintió entusiasmada.

~ 74 ~

.



El miércoles fue otro día de locura en la boutique, llegó cansada y muy molesta porque, encima, había empezado con su «momento rubí», mejor dicho, con la regla, si la escuchara alguna de sus hermanastras decir semejante cursilada estaría riéndose un mes. Estaba deseando darse un baño, ponerse cómoda y descansar, pero tuvo que dejar eso para otro momento porque nada más entrar por la puerta sonó su teléfono y cuando vio quien la llamaba sabía que tendría que sumar un dolor de cabeza a todas sus molestias.

—¡Hola, mamá!

—¡Hola, Carol! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Estupendamente. ¿Va bien todo en la boutique?

Y aquello, en lenguaje de su madre, quería decir que prácticamente le pasara el inventario de la tienda. Por diez minutos tuvo que estar contando, detalladamente, las compras para la próxima primavera-

verano.

—Me alegro. ¿Vas a pasar las navidades con tu padre y esa mujer?

~ 75 ~

Rechinó los dientes.

—Sí, pasaré las navidades con papá y Carmen.

—Si puedes evitarlo no te juntes mucho con ella y esas hijas que tiene, ¿entendido, Carol? Graci me estuvo comentando que los visitas a menudo y que Mariola le había dicho que te llevabas muy bien con ellas, ¿es cierto?

Graci era la madre de su amiga Mayo, otra estirada como su madre, pero, por lo menos, algo más maternal.

—¿Cuándo has hablado con Graci?

—Este fin de semana, la llamé porque iba a estar en Paris y quedamos en vernos allí. También me comentó que habías tenido un pequeño esguince, ¿estás mejor?

Tal vez debería pedir una prueba de ADN, no era normal que una madre, la suya en concreto, llamara a una amiga antes que a su hija para poder verse y tampoco era muy lógico que supiera desde hacía tres días, tres jo...robas de días lo de su esguince y la llamara hoy y encima iba y se quejaba de Carmen, ella sí que era una madre y lo demostraba

a diario.

—¿Por qué no me llamaste a mí, mamá?

—Carol no te comportes como una niña. Solo iba a estar dos días, además, nos vimos este verano, ¿no?

¡Oh, sí, qué tonta ella! Sí, se vieron ese verano, un día que quedaron a comer entre viaje y viaje de su «querida» mamá y la mitad del tiempo de esa comida se quejó de la mujer de su ex y la otra mitad de ella y de no haberse casado con Charles, el hombre que le había elegido y que era «ideal»... ideal para ponerle ornamentos en la cabeza, para tratarla como un adorno o extensión de su brazo, ni regalado lo quería.

Cuando colgó tuvo que ir a por un par de aspirinas y tomárselas, tenía un dolor de cabeza enorme, ese era el efecto secundario que le dejaba una llamada de su madre. Era muy triste, pero cada día agradecía más el haber escapado de ella y su influencia, aunque aún intentara engancharla, de vez en cuando, con sus «tentáculos».

Media hora después estaba echada en el sofá con sus pequeñines encima, tranquilos y relajados, pero todo eso acabó cuando sonó el timbre, tuvo que encerrarlos en la habitación antes de abrir porque se pusieron muy escandalosos y en cuánto abrió la puerta supo el porqué

de semejante comportamiento, Mariola acababa de llegar y ella y sus pequeñines tenían una extraña relación de amor-odio.

—¡Hola, Cuqui!

—¡Hola, Mayo! ¿Pasa algo?

Su amiga traía una botella de vino y eso solo tenía dos explicaciones, una, que se había peleado con sus padres o con Mario, o dos, que quería charlar, averiguar... vamos, cotilleo puro y duro.

En tres minutos la tenía sentada en el sillón, había servido el vino y la miraba con fijeza.

—Cuqui, sabes perfectamente porque estoy aquí, tía, *osea*, nena, conoces a un hombretón monísimo, con cuerpo de modelo, mirada asesina y labios de rechupete, ¿y no le dices nada a tu mejor amiga?, ¡qué fuerte, tía!

—¿Estás hablando de Lolo?

—¡Jo, tía! Tenemos que hacer algo con ese nombre, en serio, Cuqui, no mola nada de nada, es súper-mega-hortera, nena. ¿Dónde has conocido a ese guapetón?, ¿desde cuándo estáis saliendo?

—No salgo con él, Mayo.

—¿En serio, tía? ¿Me estás diciendo a mí, tu mejor amiga, esa *fábula*, nena?. ¡Jopelines en colorines! Vi cómo te miraba, pero si eso no me

hubiera dado la *estela*, Cuqui, con el beso que te dio en el cuál parecía obstinado en descubrir si habías usado el hilo dental y con el que te hizo una *labiografía* al completo, me lo dejó súper-diáfano.

¡Por la D de Dior! No necesitaba la charla aquella en esos momentos, Mayo estaba hoy «inspirada» y con los niveles repipis cargados al máximo.

—No empieces a ver cosas donde no las hay, ¿entendido? y ni se te ocurra decirle nada a tu madre, en dos minutos lo sabría la mía y ya sabemos lo que ocurriría después.

—No diré nada, ¡te lo juro por mi pedicuro! Pero tienes que explicarme todo, tía, ¡*porfaplls!*

Si es que no había mucho que contar, la verdad, salvo que él la besaba y ella se derretía, que cuando él hablaba ella solo podía mirarlo embelesada, que le encantaban sus ojos, que le fascinaba su boca y que con él sentía cosas que nunca antes había sentido.

~ 77 ~

Mayo la escuchaba hablar con la boca abierta, cerrada por ratos y haciendo morritos en tres o cuatro ocasiones.

—¡Tía, a ti te gusta! ¡Qué fuerte, Cuqui! Me alegro de que al fin conozcas a un chico que te guste, nena. No veas como se puso Íñigo

cuando os fuisteis, el tío es un melómano de esos.

—¿Está loco por la música?

— *Osea*, no, quería decir un... ¡megalómano!, ¡jopetas en chancletas!

Se cree superior, súper guapo, súper rico y súper inteligente.

—Te ha faltado decir *supercalifragilisticoespialidoso*.

—Sabes que soy incapaz de decir esa palabra sin terminar con un esguince en la lengua y una luxación de labios.

—Algunas veces me superas, Mayo.

Una hora después logró «convencer» a su amiga que entre ella y Lolo solo había amistad, algo que ni ella misma se creía, y que no le interesaba Íñigo, ni el Marqués, ni las barandas ni los pasamanos y mucho menos los Ferrari por muy rojos y muchos caballitos que llevasen.

Luego, en su cama, cerró los ojos y recordó lo pasado la tarde anterior, sintió el peso de sus besos, la suavidad de sus labios, las caricias y volvió a estremecerse, ¿por qué no había accedido a hacer el amor con él?, ¿por qué, por una vez, no podía haberse dejado llevar y comprobar si podía disfrutar del sexo? Tenía que salir de esa concha dónde se había metido, abrirse, disfrutar y Lolo podía ser el hombre que le hiciera ver y sentir las cosas de otra manera. Sí, tal vez debería dejarse llevar por su

mano, era guapo, atento, sincero, algo bruto, cierto, pero en el fondo era especial, muy majito, simpático y educado, aunque había algunas cosas que ella cambiaría de su forma de actuar, pero por lo demás era ideal, súper-ideal.

Era súper-imbécil y le deberían dar con algo grande, un podio tal vez, en la cabeza. Se despertó al ruido de un terremoto... llamado Lolo, porque estaba segura que todo aquel ruido lo tenía que estar haciendo él, sus pequeñines aullaban y gruñían, las lámparas se movían y el suelo temblaba, ¿qué «carajines» estaba haciendo? Se puso la bata sobre su camisón de seda rojo y salió airada del piso buscando, con una mirada asesina, al culpable de todo aquel estropicio, se encontró, en el primer rellano, con ¿Fermín?, sí, eso era, el hombre la miró entre sonriente y asustado, ¿qué narices respingonas le pasaba para mirarla así?

~ 78 ~

—¡Buenos días! ¿Me podría decir usted dónde anda Lolo? Porque estoy segura de que esto es culpa suya.

—Mire, señorita, intentamos molestar lo menos posible, pero hay cosas que no pueden hacerse en silencio, ¿sabe?

—No pido silencio, caballero, pero no creo que sea necesario demoler

el edificio para poner cuatro columnas, postes o como jopelines se llamen.

En ese momento llegó ante ella el culpable, o lo que parecía el culpable, porque solo vio una persona cubierta de polvo gris hasta las cejas.

—¿Lolo?

—El abominable hombre del polvo a tus pies. ¡Buenos días, princesa!

¿Buenos días? ¡Buenos días, porras!

—¿Se puede saber que estás haciendo? Si lo que quieres es tirar el edificio cómprate una bolita de esas con cadena y acabas antes.

Él se acercó hasta ella dando pasos lentos pero muy seguros, por el rabillo del ojo vio al tal ¿Fernando?, ¿Francisco?, ¡ah, no, Fermín, eso, Fermín!, saliendo por patas y con una enorme sonrisa en los labios.

—¡Si te parece utilizo un pico de goma!

—No estoy diciendo eso, pero digo yo que habrá algo que haga menos ruido, ¿o es que eres incapaz de utilizar herramientas sin hacer ostentación de ellas?

Él sonrió irónicamente y eso la hizo ponerse en estado de pre-alerta.

—Dime tú, rubia, ¿cómo harías para meter, en un muro de hormigón, tacos de más de veinte centímetros sin emitir ni un solo gemi... ruido?

¿Más de veinte centímetros de... «taco»?

—¡Y yo que jopelines sé! No tengo experiencia en esa clase de herramientas o trastos, pero me imagino que todo dependerá de la dureza del taco, ¿no?

Él se paró frente a ella, a solo un paso.

—Puedo asegurarte que está duro, muy duro, más que el mango de un martillo, princesa.

¿Por qué, sus traicioneros ojos, decidieron actuar por su cuenta y riesgo y bajaron, con mucha avidez, hasta la bragueta de su pantalón?,

~ 79 ~

¿y por qué su boca empezó a salivar hasta encontrarse a punto de morir ahogada por exceso de ella? Pues porque el «taco» en cuestión parecía estar duro y medir los... ¡por las pes de Prada y Pin y Pon!, ¿veinte?, ella estaba por jurar que allí había demasiado «taco» para su «muro».

—¿Duermes bien?

¿¡Qué!? ¿Qué tenía que ver la calidad de su sueño con el «taco», digo, con el ruido?

—Sí, duermo estupendamente.

Él dio el último paso y se quedó pegadito a ella, como un sello a un sobre.

—Pues yo duermo de puta pena, ¿y sabes por qué?, porque no puedo quitarme de la mente tus besos, el aroma de tu piel y las curvas de tu cuerpo. Me van a salir callos en las manos de hacerme pajas pensando en ti, Carol.

¡Por todas las portadas de *Divinity*!

—Eres... eres grosero, ordinario y soez.

—¿Por decir que me muero por tenerte debajo de mi gimiendo y retorciéndote?

Su rubor la cubrió de arriba abajo.

—¿Cómo te atreves?

—Te deseo, princesa, te deseo con demasiada intensidad y eso no es normal y si tal vez dejaras de intentar sudar purpurina, bajaras de tu maldito trono de papel charol y fueras sincera reconocerías que tú también me deseas a mí.

El asalto a su boca la pilló desprevenida, pero las sensaciones que se desataron en su cuerpo no, al contrario, las reconoció y les dio la bienvenida, colocó las manos en su cintura y las fue deslizando hasta llegar a los bolsillos de sus pantalones, las metió allí y apretó sus duras nalgas, él gimió cuando lo acarició y eso la envalentonó y siguió apretando, se dejó llevar, le encantaba su sabor, dulce, caliente, a

tierra... ¿a tierra?, ¡jopetas en bicicletas!, ¡el polvo! Él estaba lleno de polvo y ella allí pegándose a él e impregnándose con toda esa suciedad, iba a necesitar un desmaquillador de alta gama para quitarse todo eso de encima. Se separó y lo miró fijamente.

— *Osea*, Lolo, ¿te parece bonito lo que me has hecho? Esto no es, precisamente, nada glamuroso.

~ 80 ~

—¿Y a ti te parece correcto dejarme en esta «situación»?

La «situación» en cuestión era una erección enorme, muy enorme, enormísima.

—Cena conmigo esta noche, rubia.

Empezó a negar antes de que él acabara de hablar.

—¿Por qué?, ¿te gusta jugar así conmigo? Me enciendes, me pones a mil y luego te niegas a seguir, ¡joder, Carol!, empiezo a pensar que eres una calentabraguetas.

Y su mano salió disparada lista para abofetearlo, pero él se la agarró y se la colocó en el centro del pecho.

—No, princesa, cuando me pongas la mano encima que sea para acariciarme o arañarme.

Y ella quiso hacer eso precisamente, sintió sus fuerzas flaquear y

cuando él volvió a invitarla a cenar no se negó, pero no ese día, necesitaba calmarse y pensar, por eso aceptó y quedó con él para la noche siguiente.

~ 81 ~



Después de verla marcharse estuvo por golpear su cabeza contra la pared. —Te has cubierto de gloria— pensó, ¿cómo podía ser tan idiota?, nunca se había comportado de esa manera, —tampoco es que nos hubiéramos puesto como una moto por una mujer así antes— cierto, muy cierto; ¿qué tenía ella que lo volvía del revés?, no lo sabía, pero desde el principio fue de ese modo y desde la tarde del martes todo se había desatado, estaba peor que cuando era un adolescente y se excitaba a todas horas y por casi cualquier cosa, ¿veía las bragas de una chavala?, erección al canto y masturbación. ¿Una tía impresionante en la tele?, salía echando chispas del salón, se metía en su habitación

y a darle a la «zambomba». ¿Cuántas veces su madre lo había llamado y golpeado a la puerta mientras él estaba dale que te dale?, su abuelo Pencho había bautizado aquella etapa de su vida con una frase de esas «contundentes y sabias», —Reme, deja en paz al chaval, ha llegado a la edad en la que ha descubierto que tiene nuevo accesorio para juegos y «se la pela más que un mono»— y ahora había vuelto, de nuevo, a esa edad, ¡joder!, tenía treinta y tres años, no era edad para estar tocando la «bandurria» a todas horas y no poder controlar su propio cuerpo.

~ 82 ~

Cuando llegó a casa esa tarde decidió llamar a Luis y a Miguel para salir a tomar unas cervezas, sí se quedaba en casa no podría sacarse de la cabeza a Carol.

Una hora después estaba en un pequeño bar del centro, con sus amigos, unas cañas y unas tapas.

—¿Y cómo va la cosa con la azafata, Luis?

—¿La azafata? ¡Tío, vas desfasado!, eso terminó antes de empezar. La niña quería un idiota que le pagara las copas mientras que su novio no estaba, parece ser que es un fotógrafo y andaba por no sé dónde haciendo un reportaje. Por eso me dio «carrete». ¿Y a ti cómo te va con la rubia *buenorra*?

No le hizo gracia que él la nombrara y más de esa forma.

—¿Ya te has ido de la lengua, Miguel?

El aludido solo sonrió tontamente.

—¿Te la has tirado o no?

—Solo piensas en lo mismo, Luis, —claro, como que tú no piensas eso, ¿verdad?— Entre Carol y yo no hay nada más que amistad.

—Pues eso no es lo que dice aquí el colega.

—Miguel habla demasiado.

—Trabaja contigo, tío y ve, en vivo y en directo, toda tu actuación.

¿Qué te pasa con ella? ¿No me irás a decir que te has enamorado, no? ¡Tener amigos para esto! Se salvó de contestar porque en ese momento se acercaron un par de chicas y sus amigos las invitaron a sentarse con ellos. Una de ellas estaba claro que quería rollo con él, se sentó a su lado y empezó a hablarle de su vida, media hora después y a pesar de las insinuaciones de la muchacha, no consiguió sentirse atraído por ella, ¿por qué narices no se la llevaba a su piso y se la «tiraba»? pues porque su cuerpo y su mente no lograban centrarse en la mujer, por mucho que ella colocaba la mano sobre su muslo, se inclinaba y le mostraba, sin pudor ninguno, el escote, no lograba «ponerse en situación».

—¿Vives cerca de aquí?

¿No estaba claro lo que le estaba «insinuando»?

—Pues sí, vivo bastante cerca.

~ 83 ~

—¿Y por qué, tú y yo, no nos vamos a tu piso y seguimos la charla allí?

Por un momento estuvo tentado, pero algo lo frenó, ella no le atraía, cierto que para un «aquí te pillo, aquí te mato» no era necesario tener ni un cincuenta por ciento de compatibilidad, pero es que la miraba, y a pesar de que era preciosa, no le apetecía acostarse con ella, ¿qué coño le pasaba?, nunca habría dejado escapar una situación así y ahora no podía ni imaginarse en la cama con ella. Se sintió molesto con él mismo y decidió marcharse del local... solo, igual que había venido.

El día siguiente se le hizo largo y tedioso y eso que fue un día de mucho trabajo y apenas paró, pero no podía quitarse de la cabeza que esa noche la vería, que esa noche cenarían juntos y que esa noche era la «noche», no pensaba volver a masturbarse pensando en ella, haría que se sintiera tan desesperada como él por follar.

Una hora antes de la que habían quedado fue a su casa y preparó la cena, después se dio una ducha, se puso unos pantalones vaqueros, un

jersey en color negro, su cazadora de cuero y las botas y volvió al edificio para buscarla.

Cuando tocó al timbre la escuchó hablar con sus «pequeñines» y en el momento que abrió la puerta se quedó embobado mirándola, ¡estaba preciosa!, llevaba una falda negra, una blusa morada con un pañuelo al cuello, un abrigo negro y unas botas del mismo color que el abrigo y el bolso. Iba maquillada, sus ojos ¿castaños?, ¿era ese su verdadero color?, brillaban y su boca estaba pintada en rojo, el mismo que lo volvía loco, era como una especie de fetiche, solo podía pensar en esa boquita abierta y envuelta en su polla. Se acercó, la cogió de la barbilla y la besó con las mismas ansias que lo carcomían, con voracidad. La escuchó gemir, sintió las manos de ella subir por su pecho y cerrarse detrás de su cabeza y su necesidad y deseo creció hasta tal punto que pensó que la tomaría allí mismo sin importarle que apareciera medio edificio y los viera, pero su pasión se desinfló al notar como sus dos piernas eran «poseídas» con total desenfreno, se separó de Carol y miró a la pareja de «folladores compulsivos de extremidades» que tenía a sus pies, sus pequeñas patas abrazaban sus pantorrillas y las estaban «montando» a una velocidad vertiginosa, parecía que les habían dado cuerda.

—¿Se puede saber que cojones comen los pequeñajos estos?, ¿no le

estarás dando viagra, verdad?

Ella se sonrojó con intensidad, no sabía si era por sus palabras o por el tórrido beso que acababan de compartir. Cogió en brazos a los dos

~ 84 ~

pequeños que se resistieron como dos locos, al final tuvo que encargarse él de llevarlos a la pequeña habitación dónde estaban sus camas y dejarlos allí y escucharon sus gimoteos hasta casi llegar al portal.

Cuando llegaron frente a su coche Carol lo miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Es...esto es tu coche?

Pues sí y no era un «esto», era un Nissan Patrol, vale que el pobre tenía muchos años y que, según sus hermanas, por fuera, y en especial por dentro, llevaba «más mierda encima que el palo de un gallinero», pero era suyo, el primero que había podido comprar con su propio dinero y que, al mismo tiempo, era su «vehículo de empresa». La vio estremecerse cuando, al tercer intento, logró subir y miró el asiento como si fuese un agente patógeno, con las puntas de los dedos apartó el metro, un nivel, su paleta de albañilería y una gorra.

—¿Sabes que existen centros de limpieza para vehículos? No entiendo cómo te permiten circular por la carretera con algo así, ¿puedes ver con

esos cristales llenos de... inmundicia?, ¿no habrá nada «vivo» escondido por aquí, verdad?

Sonrió y por el rabillo del ojo la vio intentar sentarse recatadamente y estaba seguro que su culo se mantenía en suspensión encima del asiento, aceleró y ella cayó con fuerza y levantó una densa capa de polvo.

—¡Por la D de Dior! ¿Quién te piensas que eres, el primo de Dominic Toretto?

La miró asombrado.

—¡No me jodas! ¿Has visto la película de *The fast and the furious*?

Ella seguía moviendo las manos intentando alejar la polvareda de su alrededor.

—Sí, todas y cada una de ellas. Parece ser que es una especie de prueba que tuve que superar con mis hermanastras, en especial con Raquel, le encantan esas películas.

Sonrió.

—¿Y a ti te gustaron?

La vio asentir emocionada.

—Sí, aunque reconozco que al principio no me hacía especial ilusión, pero después de ver al actor que protagoniza a Toretto soy una fan de lo más entusiasta.

~ 85 ~

—Así que te van los musculitos, ¿no?

El rubor no tardó en aparecer en su cara.

—Sí, no, bueno, la verdad es que no sabría decirte, simplemente que creo que Vin Diesel es bastante, *osea*, que es muy atractivo.

El rojo de su cara se intensificó y volvió a agarrarse con fuerza al cinturón de seguridad cuando dio un giro para entrar a la calle dónde estaba el edificio en el que vivía, entró al aparcamiento y vio como ella miraba a un lado y a otro extrañada.

—¿No íbamos a cenar?

—Sí, pero en mi piso.

Mirarla fue todo un espectáculo y no aparto la vista de ella mientras daba la vuelta, le abría la puerta y la ayudaba a bajar del coche, su boca estaba abierta, había alcanzado un nivel de rojo que parecía a punto de que saltaran todas las alarmas de la ciudad y cuando la tomó de la mano la sintió temblar.

—¿Tu piso?, *osea*, ¿tu piso, pero que no es restaurante, verdad?, ¿tú y yo, no?

¿De qué tenía miedo?, pensaba, tal vez, ¿qué le saltaría encima nada más entrar por la puerta?, bueno, a lo mejor nada más entrar no, pero

estaba intentando hacer todo lo posible por aguantar a terminar de cenar.

Cuando entró en el piso la vio mirar, más bien escanear, toda la estancia. Era un apartamento pequeño, una sala con una cocina al fondo y separada de esa habitación por una barra y un estrecho pasillo que llevaba a la habitación y el baño. Tanto los muebles como las paredes eran de color blanco, solo las cortinas y los sillones eran de color, las unas en un verde pálido y los otros en verde oscuro. Ella seguía mirando a su alrededor, quizás pensaba que todo estaría manga por hombro y que tendría que ponerse unas botas de goma para poder pasar, pero si algo le había enseñado su madre era a mantener limpio y en orden su entorno, algo que cumplía a rajatabla... salvo en su coche.

—Deja el abrigo en el colgador que hay detrás de la puerta, Carol y siéntate, voy a poner la mesa y a sacar la cena.

Mientras ella se quitaba el abrigo se dirigió a la cocina y sacó los manteles individuales, los platos, cubiertos y copas, los colocó en la mesa y al volverse la vio parada detrás de él.

~ 86 ~

—¿Necesitas ayuda?

—No, siéntate a la mesa, solo falta la cena.

Ella se quedó mirando la ensalada, los filetes empanados y el pastel de verduras que puso frente a ella.

—¿Has cocinado tú?

—Por supuesto, ¿te extraña?

—Pues sí, la verdad es que sí. Yo apenas sé, me está enseñando Carmen, mi *mamastra*.

—¿Tú madre no te enseñó?

—¿Mi madre? No, *osea*, ¿mi madre meterse a la cocina?, no creo que sepa distinguir un cazo de una sartén.

Vio como disfrutaba de la cena, partía trocitos pequeños y masticaba suavemente, todo en ella era delicado, cuando levantó la cabeza y lo vio mirándola con tanta insistencia volvió a ruborizarse.

—¿Te molesta que te mire?

—Bueno, me siento incómoda.

—¿Pero deberías estar acostumbrada, no? Eres preciosa, rubia, no me canso de mirarte, más bien de admirarte.

Miró, de nuevo, al plato y cuando volvió a levantar la cabeza el rojo de sus mejillas se había intensificado.

—¡Deja de mirarme así, Lolo!

Se levantó y se acercó a ella, se arrodilló a su lado, le cogió las manos

y se las colocó sobre sus hombros mientras que él le colocó las suyas en la cara.

—¿Por qué?, ¿por qué tengo que dejar de mirarte si me encanta?

Los dedos de ella arrugaron el jersey y se clavaron en su clavícula.

—Sabes que te deseo, princesa, que cada vez que estoy a tu lado me vuelvo loco por besarte, por acariciarte y también sabes que, esta noche, no sales de aquí sin que te haya hecho el amor hasta que nuestros cuerpos se rindan y agoten. Y no me digas que no sientes lo mismo, Carol, porque siento como tiembla tu cuerpo cada vez que te toco y como te fundes conmigo cuando te abrazo.

~ 87 ~

—Yo nunca, *osea*, Lolo, yo no hablo de... «eso», no soy tan... franca para hablar del deseo. Me enseñaron a no demostrar mis emociones, a que no se habla de sexo y mucho menos exteriorizarlo como tú... lo haces.

Dejó la boca a escasos milímetros de la de ella.

—Pues quiero reeducarte, rubia, quiero que me digas lo que sientes y deseas, necesito que me digas lo que quieres.

La besó con suavidad, tanteando sus labios, acariciándolos con ligereza.

—¿Te gusta?, ¿quieres más, princesa?

Ella asintió. Se puso de pie y la ayudó a levantarse, andando hacia atrás tiró de ella hasta llegar al sofá, cuando se sentó la puso a horcajadas sobre sus piernas.

—Pon tus manos en mis hombros y acerca tu boca a la mía, Carol.

Ella obedeció y volvió a besarla, esta vez coló la lengua entre sus labios e intensificó el beso, sus manos, que había colocado en la cintura, fueron subiendo hasta llegar justo debajo de sus senos y acarició la zona con sus pulgares, los gemidos de ella lo encendieron y profundizó el beso mientras que sus dedos alcanzaron las cimas de sus pechos, sus pezones eran pequeños y estaban duros, empezó a trazar pequeños círculos sobre ellos y Carol se frotó contra él.

—¿Sientes cómo te deseo, princesa?, estoy deseando tenerte desnuda y acariciar cada pedacito de tu cuerpo, quiero lamerte de arriba abajo, necesito sentir tu piel pegada a la mía.

Ella no contestó, se apartó y la miró, tenía los ojos cerrados, sus labios estaban mojados y algo hinchados por sus besos, jadeaba y frotaba la pelvis con la suya.

—Mirarte es un placer, rubia, no había visto tanta hermosura junta en mi vida.

Abrió los ojos y lo miró fijamente.

—¿Vas a dejar que te folle, verdad?

La cara se le enrojeció en un segundo.

—Eres tan... primitivo.

—¿Por qué?, ¿porque digo las cosas como las siento?

~ 88 ~

—Porque eso es... vulgar, descarnado.

—No, eso es como quiero poseerte. Porque quiero verte temblar, gritar, retorcerte y agitarte sobre y debajo de mí. Quiero morder tu cuello, chupar tu clítoris y beber tu esencia. Necesito sujetar tus caderas con fuerza mientras me entierro en ti y me encierras entre tus piernas y me abrazas con ellas. No voy a hacerte el amor, Carol, voy a follarte y mañana, cuando te deje en tu casa, aún me sentirás dentro de ti.

Cuando frotes tu cuerpo en la ducha sentirás mis manos y el calor de mi cuerpo pegado al tuyo, no, rubia, no voy a hacerte el amor, voy a follarte hasta que jures por la P de mi polla y no por la del dichoso Prada.

Estaba siendo demasiado rudo, lo sabía, pero ella le hacía sentirse como un hombre de las cavernas, lo volvía loco y quería hacerle perder todo ese estiramiento, quería verla desnuda, en cuerpo y alma, para él.

Se levantó con ella entre sus brazos, soltó un gritito y se abrazó, con

piernas y brazos, a él. La llevó hasta su habitación y la dejó resbalar por su cuerpo hasta quedar de pie, frente a frente y empezó a desabotonar su blusa, cuando terminó se la quitó y la lanzó sobre la silla que tenía a los pies de la cama, ella llevaba un sujetador morado con encaje negro y que apenas cubría sus pechos. Le desabrochó la falda y dejó que cayera a sus pies, la tomó en brazos y la puso, atravesada, en la cama, sus piernas colgaban y se arrodilló entre ellas, con suavidad le fue bajando las bragas, se las quitó al igual que sus botas y se quedó mirando fijamente su coño, estaba totalmente depilado, sonrosado y húmedo. Se inclinó y frotó la cara contra él.

—Me encanta tu aroma.

Carol se tapó la cara con las manos.

— *Osea*, Lolo, es muy... muy fuerte que me digas eso.

Lamió su raja de arriba abajo y enredó la lengua en su clítoris para chuparlo con fuerza.

—¡Por... la D de Dior!

Volvió a chupar y ella se estremeció, fue deslizando la lengua por su monte y subió hasta su ombligo mientras sus manos acariciaron sus pechos por debajo del sujetador, tomó los pezones entre los dedos, apretó y tiró de ellos haciendo que Carol se arqueara sobre la cama.

—¿Te gusta, rubia?

La vio asentir, pero él quería hacerla gritar y apenas había sacado algunos gemidos de ella. Se apartó y desvistió en apenas dos minutos,

~ 89 ~

tomó un preservativo del cajón de su mesita y se lo colocó con rapidez, se acercó y la despojó del sujetador dejándola totalmente desnuda, tenía unos pechos preciosos, redondos y coronados con dos pequeños pezones de un rosado oscuro, arrodillado cerca de su cadera se inclinó y lamió uno de ellos para luego meterlo en su boca y chupar con fuerza.

—¡Oh, Lolo, oh, Dios mío, Lolo!

Sus manos abarcaban ahora su cintura mientras deslizó la boca hasta su cuello y la mordió allí para seguir subiendo y alcanzar sus labios y besarla con pasión, se colocó sobre ella y la obligó a abrir las piernas y posicionarse entre ellas, frotó su pene erecto contra el coño de ella, humedeciéndolo con su esencia, tomó una de sus piernas y la puso sobre su cintura y siguió empujando y al mismo tiempo devorándole la boca, Carol se retorció debajo de él y clavaba las uñas en su espalda.

—¿Estás caliente, princesa?, ¿me deseas?

Susurró las palabras sobre su boca.

—Sí, Lolo, sí.

—¡Dime lo que quieres!

La vio tragar con fuerza.

—A... a ti, te quiero a ti.

Sonrió de forma irónica.

—No, rubia, pídemelo lo que deseas o dónde me necesitas.

Bajó la boca a su pecho y empezó a mamar su pezón mientras metía un dedo dentro de su empapada vagina.

Ella se agitó, clavó las uñas con más fuerza e hincó los talones en su culo mientras se frotaba contra él.

—¡ *Porfaplls*, Lolo!

No contestó, siguió asaltando el cuerpo de ella a pesar de que estaba a punto de explotar, su pene estaba duro y goteante, sus pelotas estaban apretadas y calientes.

—¡Lolo!

Sacó los dedos del interior de su canal y colocó su polla allí, solo la punta y friccionó el clítoris con su pelvis.

—¿Me quieres dentro de ti, princesa? Pues pídemelo y libéranos de esta tortura.

~ 90 ~

Siguió frotándose, como ella no hablara pronto la diversión se

acabaría antes de empezar porque no podía aguantar mucho más.

—Te quiero dentro, quiero que me poseas, que me hagas el amor, no me hagas suplicar más, te necesito.

—¿Así?, ¿me quieres así?

Y se confundió en ella lentamente, centímetro a centímetro, hasta sus pelotas.

—Sí, justo a... así, más, quiero más, Lolo.

Empezó a moverse con más rapidez y ella salió a buscarlo cada vez que se retiraba, juntos, sudados y jadeantes empujaron y se retorcieron.

Estaba llegando al límite, no podía aguantar mucho más, pero antes quería que ella se corriera, la cogió de las nalgas y se las apretó con fuerza mientras embestía con energía y firmeza contra su coño.

—Venga, Carol, córrete conmigo.

Se aferró con tanta fuerza a él que parecía que quería absorberlo.

—¡Por el armario encolado de la Barbie! Sí, sigue, sí, ¡oh, sí!, sí.

Las paredes de su vagina lo apretaron con fuerza, ella gritó, sí, al final se había soltado y gritó, gritó y gritó, estaba seguro que al día siguiente tendría quejas de los vecinos, pero no le importó, se dejó llevar por un orgasmo que lo dejó viendo puntos de mil colores frente a él, apretó los dientes, gruñó y se dejó caer sobre ella totalmente satisfecho y vencido.

~ 91 ~



Respiraba porque era algo innato, pero moverse, lo que se dice mover un músculo o parpadear siquiera, le estaba costando, apenas tenía fuerzas. En su vida había sentido algo así, ahora entendía que hubiera personas que solo pensarán en sexo, si es que era la octava maravilla, algo sublime, no tenía comparación con nada, si ahora mismo le ofrecieran un vestuario completo de la casa Chanel o repetir con Lolo, a ojos cerrados pedía un bis, un tris o un cuatris.

Él jadeaba encima de ella con la cara enterrada en su cuello y haciéndola estremecer. Con suavidad se levantó, la miró con detenimiento durante unos segundos y después de darle un beso en los labios se levantó.

—Vuelvo enseguida, Carol.

Lo vio andar hasta el baño y se deleitó con sus nalgas, ¡menudo

pompis tenía! Se ruborizó, ¿cuándo se había vuelto tan desvergonzada?

Estaba segura que su madre, si la viera en ese momento, tendría mil recriminaciones que hacerle. Se sintió molesta por pensar en ella en aquel instante y hasta algo avergonzada, pero recordar cómo había

~ 92 ~

disfrutado unos momentos antes borró, de un manotazo, todos esos pensamientos.

Él volvió unos minutos después y entonces si se sintió abochornada, seguía en la misma posición en la que Lolo la había dejado, desnuda, con las piernas abiertas y colgando, intentó levantarse pero vio cómo se acercaba y la empujó, con suavidad, de nuevo al colchón.

—¿No pensarás irte, verdad?, esto no ha terminado todavía, Carol, porque te juro que tengo la «Black & Decker» en marcha y el «taco» del veinte preparado. Tú y yo esta noche, rubia, vamos a mover las caderas como si fuésemos una maldita hormigonera y haremos «hormigón» del bueno.

¿Bruto?, ¿ordinario?, no, él había alcanzado un nivel superior, pero cuando se colocó sobre ella y hociqueó su cuello, chupando y lamiendo, todas sus «quejas» sobre Lolo y sus groserías saltaron por los aires.

—¿Crees que, en algún momento de esta noche, conseguiré que me

pidas que te folle?

Tembló cuando sintió que los dientes de él «pellizcarle» un pezón.

—Yo no... digo nunca la palabra que empieza por f, Lolo.

—¿Estás retándome, princesa? Porque yo estoy más que dispuesto a sacrificar mi cuerpo en el altar del tuyo, rubia.

Él estiró la mano y volvió a sacar un preservativo del cajón, gimió al verlo tan decidido y sentirlo tan duro entre sus piernas que empezó a pensar en palabras que empezaran por f, flan, freidora...

Eran las ocho de la mañana y estaba mirándose fijamente en el espejo del cuarto de baño, tenía los ojos rojos, los labios hinchados, dos pequeñas rojeces en el cuello, los pelos que parecía que habían vuelto a los ochenta y se había cardado la melena y, a pesar de no haber dormido ni dos horas, se sentía llena de energía. Estaba por danzar por todas las calles de Madrid, ¿cuántos orgasmos había tenido?, ¿cuántas veces la había despertado él para... *osea*... para practicar sexo? No podía enumerarlas, ¿cómo podía ser él tan... fogoso? Recordó, por un amargo momento, su relación con Charles, era cierto que jamás llegaron a dormir juntos, iban a su apartamento, mantenían sexo una sola vez y después la llevaba, de regreso, a la casa de su madre, pero nunca, en todo aquel tiempo, él parecía tan entusiasmado ni tampoco preocupado

por si ella quedaba satisfecha o no, en cambio, Lolo, se había encargado de que ella disfrutara todas las veces que... lo hicieron.

~ 93 ~

—Carol, ¿estás bien?, llevas encerrada ahí más de media hora.

—Salgo... salgo enseguida, Lolo.

—Bien, princesa, el desayuno está preparado y cuando estés lista te llevo a tu casa.

Se lavó, vistió y peinó en tiempo record y abrió la puerta para darse de bruces con él que estaba apoyado en el marco, estiró la mano y le acarició la mejilla con suavidad.

—¿Estás bien, Carol?

Tragó con fuerza, estaba vestido solo con un pantalón de chándal, su pecho desnudo y velludo frente a ella y a pesar de que nunca le habían gustado los hombres así recordó cómo, durante la noche, había frotado su cara contra ese mismo torso y lo mucho que lo había disfrutado.

—Sí, estoy bien, ¿desayunamos?

Él se inclinó, la tomó del mentón y le alzó la cara, la miró fijamente y luego la besó con suavidad, cuando se separó no le soltó la barbilla.

—¿Te arrepientes de haber hecho el amor conmigo, es eso?

Intentó negar con la cabeza, pero él se lo impedía dada la firmeza con

la que la sujetaba.

—No, es... Lolo, hasta —se mojó los labios nerviosa— hasta esta noche yo no... yo no había dormido nunca con un hombre, es decir, no había pasado la noche en su cama y tampoco —sintió como se ruborizaba con violencia— había disfrutado tanto.

Él volvió a besarla, esta vez con más intensidad.

—No puedo saciarme de ti, rubia, eres adictiva y me he enganchado a tu sabor, a tu cuerpo y a tus gemidos. No sé qué clase de relaciones has mantenido con anterioridad, Carol, pero todo el tiempo que pasemos juntos será igual de intenso, estoy seguro. Solo quiero hacerte disfrutar, descubrir que te gusta, necesitas y deseas y dártelo. No sabes lo hermosa que eres cuando gimes y me pides más y como me excita sentir las caricias de tus manos. Me vuelvo loco cada vez que estoy dentro de ti y aprietas mi polla de tal manera que pienso que las vas a estrangular. No, no te apartes ni te sientas mal.

—Es que...

—Sé que te sientes incómoda, pero no hay nada malo en lo que experimentas y en suplicar que te dé más o reclamar lo que deseas.

~ 94 ~

Soltó un pequeño suspiro, entendía lo que le quería decir, pero su

educación había sido muy estricta y era difícil olvidarse de todas aquellas reglas e imposiciones, volvió a suspirar, se acomodó y se perdió entre sus brazos.

Él la dejó en su piso después de desayunar y despedirse de ella con un beso intenso y húmedo.

Cuando llegó a la boutique su socio ya estaba allí y le echó un vistazo de arriba abajo.

—¡Churri, no sé lo que te has hecho, pero te veo distinta, radiante, divina de la muerte!

Intentó controlar su rubor y, al mismo tiempo, su sonrisa, porque sí, se sentía feliz, contenta, entusiasmada. Pasó el día flotando como en una nube, no le importó ni el ajetreo ni la avalancha de clientes y cuando cerraron casi voló para llegar a su apartamento, no sabía si él la llamaría o si le... ¡por la pasarela de Milán! Él estaba allí, apoyado en la pared al lado de la puerta de su piso y cuando la vio venir se incorporó y le sonrió, llegó a su lado y antes de poder sacar las llaves del bolso, Lolo la tomó de la nuca y le pegó un beso muy intenso que la dejó temblorosa como una gelatina de arándanos.

—¡Hola, rubia! ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, algo estresante, osea, en estas fiestas siempre pasa lo mismo,

viene muchísimas personas, además con las fiestas de Navidad tan cerca es todo...

Él le puso un dedo en los labios.

—¡Tranquila, princesa, toma aire! No quiero que estés nerviosa a mi lado, ¿entendido? Me he imaginado que estarías cansada y he tenido el atrevimiento de comprar la cena, ¿te apetece que la compartamos?

Asintió y lo invitó a entrar, nada más pasar, Bubble y Muffin pasaron olímpicamente de ella y se lanzaron, como dos petardos, hacia Lolo y empezaron a mostrarle su cariño con mucha «fogosidad» y el pequeño perrito con tanto entusiasmo dejó escapar uno de sus sonoros y olorosos «efluvios».

—¡Joder, con la Burbuja pedorra! ¿Come legumbres a diario? Porque tiene el «muelle» algo flojo y apesta un huevo.

Lo vio cogerlo y levantarlo a su altura con el consiguiente ataque de celos de su gato.

~ 95 ~

—Colega, tienes que dejar de ventosear así, majo, a este ritmo va a dar miedo encender una cerilla aquí dentro, saltaremos por los aires. A pesar del momento bochornoso le encantó verlo interactuar así con sus pequeñines. Se estaba acercando a él para tomar a Muffin cuando

sonó su teléfono.

—¡Carmen!

—¡Hola, conejita! ¿Cómo está mi niña?

Lolo tomó a los dos animalitos y se sentó en el sillón con ellos, pero no apartó la mirada de ella.

—Estoy bien. ¿Y vosotros?

—Bien y deseando que llegue el fin de semana que viene, a partir del domingo tendré a todas mis niñas en casa. Raquel me ha comentado que irá a buscarte con Dearan a la estación, ¿no te molesta?, quedamos en que iríamos tu padre y yo, Carol, pero ya sabes que a la ratona, en estos momentos, no se le puede decir que no a nada y menos estando su marido delante. He hecho un pedido especial de sedantes para el día del parto, al pobre la va a dar un síncope.

—Está loco por ella, Carmen, es normal.

—Normal, normal no, conejita, está embarazada no a las puertas de una operación a corazón abierto. ¿No te molesta que no vayamos nosotros, verdad, cielo?

—Por supuesto que no, Carmen, tranquila.

—Bueno. ¿Y se puede saber quién es Lolo?

Se ruborizó por completo y más cuándo lo vio a él sonreír con ironía.

—¿Lo... lo?

Iba a matar a Raquel, bueno, matarla no porque en su estado sería un doble homicidio y el pequeñín no tenía la culpa, ¿es que no podía mantener la boca cerrada? Claro que el error era de ella por irse de la lengua, ¿cómo se le ocurría hablarle a su hermana de Lolo?

—Me imagino que en estos momentos estás deseando ponerle las manos encima a la ratona, pero tengo que confesar que no fue ella, el caso es que Raquel se lo contó a Gloria y ella a mí.

¡Cachis en los vestidos con hombreras! Tampoco podía aniquilar a Gloria, estaba en el mismo «estado».

~ 96 ~

—No hay nada que contar, mamastra.

—Pues a ver cómo te digo yo esto, según tus hermanas hay por ahí un mozo que está metiéndose con mi niña, ¿es eso cierto?, ¿qué pretende ese tal Lolo? , porque si tengo que ir a Madrid y tirarle de las orejas hasta que pueda hacerse un recogido con ellas no voy a cortarme. Respiró aliviada... por unos segundos, la mirada del aludido fue intensa e interrogante, luego tendría que dar explicaciones, pero por ahora se sentía agradecida de que Raquel solo hubiera contado lo que le dijo hacía un par de días sobre el carácter de él y hubiera olvidado la

anterior llamada y lo de relacionar al «Rambo rompebragas» con Lolo.

—Ya conoces a la ratona, saca las cosas de contexto, es un amigo — lo escuchó carraspear y evitó mirarlo— y bastante bromista, no pasa nada.

—Bueno, cariño, ya no te doy más la lata que seguro que estás cansada. Ya te iré llamando esta semana, conejita, ¡cuídate! Y nos vemos el domingo. Besos, mi niña.

—Besos, Carmen y dale también uno a papá de mi parte.

—Ya se lo daré, cielo. Ahora mismo ha salido con tu tío Rafa a comprar la cena.

Cuando colgó vio, por el rabillo del ojo, cómo él se levantaba, dejaba a los peques sobre el sofá y se acercaba a ella.

—Así que hablando de mí a tus hermanas, rubia, ¿eso quiere decir que te tengo impresionada?

—Eso solo quiere decir que eres un bruto y con alguien me tenía que desahogar.

Le puso las manos en la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Te has dado cuenta de que cuando hablas con Carmen tu voz se suaviza? Hasta tu forma de hablar y expresarte cambia.

—Es... que ella me hace sentir cómoda y cuando paso tiempo con ellas

me siento más relajada y se me olvidan todas las normas y reglas que me obligó a aprender mi madre.

Él la besó en la mandíbula, en el cuello y luego en la boca, para terminar depositando uno en la base de su garganta.

—Me gusta verte así, te vuelves más dulce y cálida, igual que anoche entre mis brazos.

~ 97 ~

Empezó a ponerse nerviosa y con suavidad se desprendió de sus brazos, le dijo que se pusiera cómodo mientras se daba una ducha y salió, casi a la carrera, hasta su habitación. Cuando llegó allí soltó un largo suspiro. Él la descontrolaba y le hacía olvidarse hasta de sí misma. Cogió su ropa íntima, unas leggins y una camisola y se dirigió al baño. La espuma corría por su cuerpo y a pesar de que intentaba calmarse no podía apartar de su mente las sensaciones que Lolo despertaba en su cuerpo, oyó como se abría la puerta de la mampara y cuando se volvió se encontró con él... totalmente desnudo,... «dispuesto» y con el «arma» enfundada.

—¡Por todos los cristales Swarovski! ¿Qué... qué haces aquí, Lolo?

Se acercó a ella y la aprisionó entre su cuerpo y la pared.

—¿Has follado alguna vez en la ducha, rubia?

—¿Tienes que ser tan sumamente ordinario y utilizar siempre la palabrita que empieza por f?

Él deslizó la lengua por su cuello y siguió bajando hasta sus pechos y sus pezones se endurecieron solamente con su mirada.

—Pues la utilizo porque quiero tomarte rápido y duro, porque quiero que tiembles, que te retuerzas, que busques con tus caderas las mías, porque voy a morderte y chuparte de tal manera que vas a sentir mi boca en tu cuerpo por mucho tiempo, por eso mismo te digo que voy a follarte, princesa.

Chupó su pezón con ganas, estirando y retorciéndolo entre su lengua y el paladar, la tomó de las piernas y la alzó, la enredó a su cintura y la cogió del pompis y se clavó en ella, no hubo más preliminares, solo su cuerpo empujando, entrando y saliendo de ella con vigor y haciéndola estremecer y gemir, cuando sintió los dientes sobre la dureza de su pecho soltó un pequeño grito que se quedó suspendido en su garganta cuando él salió casi por entero de su cuerpo para entrar, con más fuerza, en su canal.

—Grita, rubia, grita para mí, me vuelves loco cuando lo haces, venga, princesa.

Sus caderas la empujaban con fuerza, pero en ningún momento

golpeó la pared, las manos en sus nalgas la protegían de eso, se abrazó con fuerza a él y siguió a su cuerpo cada vez que se alejaba de ella. Lolo recrudenció sus empujes y a ella se le olvidó todo, hasta respirar, solo podía jadear, gruñir y gritar, cuando llegó su orgasmo clavó las uñas en

~ 98 ~

su espalda y los talones en su culo mientras él soltaba un rugido y temblaba entre sus brazos.

—Me vas a matar, Carol, no puedo pensar en otra cosa que no sea en estar así, enterrado en tu coño, con tus uñas rasguñando mi espalda y tus dientes clavados en mi cuello.

Soltó un jadeo cuando descubrió que lo había mordido, ¡madre mía! Había perdido todo el control de sí misma.

Él la ayudó a «desenredarse» de su cuerpo y le permitió que la lavara, juntos salieron de la ducha para encontrarse a sus pequeñines parados en medio del baño, mirándolos fijamente, estáticos y con la boca abierta.

—¡Por todas las uñas de porcelana, hemos pervertido a mis pequeñines!

~ 99 ~



Había pasado todo el fin de semana en el apartamento de ella, en todo ese tiempo habían follado, comido y dormido y... vuelta a empezar, debería sentirse agotado, pero era todo lo contrario, se sentía con energías renovadas.

El lunes, cuando llegó al trabajo, Fermín lo miró fijamente.

—¿Qué, cómo va ese resfriado?, ¿ya no toses ni tienes fiebre? ¡Menuda jeta tienes, macho! ¿Catarro? Ya, claro, las fiebres «Carolinas» son las que tienes tú, Manu.

—¡No sé de qué cojones me estás hablando!

—Mandas ayer un mensaje a mi mujer diciendo que no puedes ir a comer, como todos los domingos, porque estás malito, ¡angelito la criaturita! Estás desaparecido en «combate» todo el fin de semana y se te olvida llamar a tu madre qué, a mediodía, llamó preguntando por ti, no había podido hablar contigo porque tu móvil estaba desconectado, ¿cómo crees que se lo tomó, figura, cuando mi Mari le soltó que su

«peque» estaba malito?

¡Joder! ¡Se le había pasado llamar a su madre! Tomó su teléfono, lo conectó y vio como unas tropecientas llamadas de su madre y de

~ 100 ~

WhatsApp tenía como unos quinientos mil y cada vez más alterados.

Fermín seguía mirándolo y, cuando palideció, empezó a reírse a carcajada limpia.

—Saluda a Reme de mi parte y dile que aquí, su nene, no la llamó porque pilló un «resfrifollarín» de tres pares de cojones, ¡catarro, tendrá morro!

—¿Y por qué no te vas un poquito a la mierda? No, mamá, que no es a ti, es Fermín que hoy tiene el día tonto. No, no pasa nada, ¿quieres escucharme? Estoy bien, un virus.

Volvió a oír a su amigo reírse, le sacó el dedo en clara señal de dónde podía metérselo y lo escuchó decir algo así como que lo que había pillado era un virus «*osea*».

—¿Y por qué, Manu, no me cogías el teléfono?

—Lo apagué para poder descansar y se me olvidó conectarlo, mamá.

—Entonces, ¿estás mejor?

Se sentía fatal por mentirle así.

—Sí, estoy bien, no te preocupes y deseando que llegue el domingo para poder ir a casa.

—¿Domingo?, ¿cómo qué domingo?, me habías dicho que vendrías el sábado. Manu, hijo, ¿pasa algo?

—¡Buenos días, Lolo!

¡Mieeeeerda! —Hala, machote, a ver como arreglas esto— pensó.

—¡Hola, Carol!

Se acercó a ella dispuesto a besar esos labios rojos que lo volvían loco cuando escuchó a su madre al otro lado de la línea.

—¿Quién narices es Lolo?, ¿y Carol?

Hoy no era su día, se estaba cubriendo de gloria. Miró a Carol como disculpándose y ella lo miró seria antes de desaparecer por las escaleras.

—Mamá, son unos vecinos del edificio dónde estoy trabajando.

Escucha, te llamo más tarde.

—Si te atreves a colgarme, Manu, te juro que cuando vengas a casa vas a estar comiendo sardinas en escabeche hasta en la cena de Nochebuena, ¡he dicho!

~ 101 ~

¡Odiaba las putas sardinas! Miró apenado la escalera, el teléfono y

hasta su propio reflejo en el cristal de la ventana que tenía enfrente y se quedó, resignadamente, hablando con su madre. Sabía que le había prometido estar allí el sábado, pero dado que Carol saldría el domingo para Barcelona y estarían dos semanas sin verse decidió llevarla a la estación, despedirse allí de ella y viajar, después, a Murcia. Explicarle a su madre que todo era por trabajo ya fue harina de otro costal.

Carol lo llamó, a última hora de la tarde, para decirle que esa noche no podrían verse como tenían pensado, le había surgido un problema de última hora.

Al día siguiente no la vio y por la tarde, esta vez ni lo llamó, le mandó un mensaje para avisar que le era imposible poder verlo.

Miércoles cuando recibió un maldito y escueto WhatsApp en el que tan solo le decía que había quedado con las chicas que trabajaban, en esas fechas en la boutique, para ir a tomar unas copas ya se mosqueó, no sería un lince, pero aquello le sonaba a que ella no quería verlo y le estaba dando largas.

El jueves se volvió a excusar con una cena con sus socios y él, más mosqueado que un pavo escuchando la pandereta, mandó a la mierda todo y se plantó ante su puerta, si era necesario acamparía allí por los siglos de los siglos.

Una hora después la vio llegar, la contempló mientras rebuscaba en su bolso buscando la llave, no se le escapó ningún detalle cuando la vio alzar la cabeza y verlo allí, sorpresa, duda y algo de recelo.

—¡Lolo!, ¿qué haces aquí?

Se levantó del suelo dónde llevaba ya sentado un buen rato.

—¿Tú que crees? Llevas toda la semana dándome esquinazo, así que decidí esperarte y descubrir que es lo que pasa.

Carol enrojeció y apartó la mirada.

—He... he estado muy liada.

—¿Y no tiene nada qué ver con que hayamos mantenido sexo todo el fin de semana? No tendré un master, rubia, pero sé cuando me están dando largas para ver si me aburro y no insista, pero conmigo te has equivocado, princesa, soy más pesado que una vaca en brazos.

Ella abrió la puerta y lo invitó a entrar y en cuánto entraron se vio asaltado por la pareja de animalitos que, totalmente entusiasmados,

~ 102 ~

decidieron darle un homenaje a sus piernas y al perro, de nuevo, se le escaparon un par de «bombas fétidas» que enturbiaron el ambiente.

—Vamos a ver, «dispensador de gases poco nobles», no es necesario que demuestres tu entusiasmo celebrando, por todo lo alto, con

«petardos» y que encima lo hagas a traición, colega, haz algún ruido al menos y advierte de la presencia de tus flatulencias.

Los alzó a los dos y se vio «recompensado» con un baño de babas y los dejó hacer mientras los llevaba a su habitación y los dejaba allí, fue al baño y se lavó la cara, cuando salió vio a Carol parada en medio de la sala, se había quitado el abrigo y lo miraba inquieta. Estaba preciosa, llevaba un vestido de lana en color burdeos, unas botas altas y estaba maquillada impecablemente, su boquita, pintada de rojo, lo volvió, como siempre, loco.

—Entonces, ¿no me has estado evitando?

Ella se ruborizó y le dio, con ese dato, la respuesta. Le hizo una seña con su dedo para que se acercara, la vio titubear, pero al final dio los tres pasos que la dejaron a dos de él.

—Bien, princesa, ahora responde con sinceridad, porque tú y yo sabemos que me estás dando excusas. ¿Por qué no has querido verme estos días?

Carol clavó la vista justo detrás de él, intentando evitar su mirada.

—El... el lunes, cuando te vi y me acerqué a ti parecía que... querías besarme, pero luego te echaste para atrás, cómo si te lo hubieses pensado mejor, *osea*, pensé que... te arrepentías y yo...

—Estaba hablando por teléfono con mi madre, Carol y no, no te estaba evitando. Así que, en vez de preguntarme, decidiste, por tu cuenta y riesgo, evitarme, ¿no?

Se acercó hasta ella y la tomó del mentón clavando, con seguridad, sus dedos en él, alzándole la cara y obligándola a mirarlo.

—Cuándo tengas dudas, pregunta, rubia, pero no vuelvas a ignorarme, ¿entendido?

—Sí, pero...

Le puso un dedo en la boca evitando que siguiera hablando. La cogió de la cadera, la pegó a él y a su erección.

~ 103 ~

—Hemos perdido un montón de polvos por tu culpa, princesa, ahora tendremos que recompensar el tiempo perdido. Túmbate sobre el respaldo del sofá.

Carol giró la cabeza y miro, de forma alternativa, al sofá y a él. Le dio un ligero empujón hacia el mueble y ella, renuente, empezó a andar hacia allí, llegó y apoyó las manos en él y luego se volvió para clavarle la mirada.

— *Osea*, Lolo...

No la dejó seguir hablando, se colocó detrás de ella y con suavidad,

pero también con firmeza, la obligó a recostarse. Acarició sus muslos y fue ascendiendo por ellos arrastrando el vestido con sus manos, cuando llegó a sus caderas lo dejó arremolinado allí. La sintió tensarse, temblar y con decisión le bajó las medias y las braguitas.

—Estás en una posición muy interesante, rubia, ahora mismo podría azotar tus nalgas o follarte, quizás haga las dos cosas, ¿qué dices, princesa?

—¿Pero tú de que vas, tío? ¡Pero qué fuerte! No te atrevas a ponerme las manos encima, Lolo.

Le dio una pequeña nalgada.

—¿Así? —acarició su culo, luego deslizó el dedo por su raja encontrándola empapada y clavó el dedo dentro de su coño— ¿o así? Carol gimió cuando empezó a penetrarla con decisión.

—Me sigues deseando, ¿verdad, rubia?, me necesitas y yo estoy loco por estar dentro de ti, princesa. Nos has hecho perdernos esto por tus dudas e indecisiones, Carol, ¡no vuelvas a hacerlo! No tengas nunca miedo de decirme las cosas y preguntarme, ¿entendido?

Ella no contestó, siguió gimiendo, retorciéndose y buscando su dedo cuando lo alejaba. Se desabotonó el pantalón, sacó su pene y lo frotó contra el suave culo de ella.

—Dame tu boca, rubia, necesito besarte.

Ella giró la cabeza, se inclinó y la besó con ganas, deleitándose en su sabor y trenzando las lenguas, batallando por llegar al fondo y poseerla por completo.

Estiró la mano y sacó, del bolsillo trasero de su pantalón, la cartera, se separó de ella unos instantes para buscar un condón y enfundarse en él, cuando lo hizo volvió a besarla y con ambas manos se sujetó a

~ 104 ~

sus pechos y empezó a masajearlos. Carol se arqueaba contra su cuerpo, gimoteando y arañando el sofá con sus uñas. Soltó uno de sus senos para guiar su pene y cuando estuvo situado volvió a colocar los dedos sobre sus pezones y a girarlos mientras, de un solo golpe, entraba en ella.

—¡Dios, sí, qué rico, princesa! ¡No sabes lo que he echado de menos estar así, rodeado de tu calor y tu humedad!

—¡Jopetas, Lolo!, ¿tienes que retransmitir todo lo que hacemos?

Empujó más fuerte y se dejó caer sobre la espalda de Carol.

—Tendrás que acostumbrarte, rubia, a mi boca sucia y —movió más fuerte sus caderas y las giró— a que te diga todo lo que me haces sentir mientras estoy dentro tuyo, ¿cómo, si no, vamos a descubrir lo que nos

gusta si no nos lo decimos?

—Pero es que es tan... *osea*, fuerte y ordinario.

Paró de moverse y lamió su nuca.

—¿Pretendes que lo hagamos en silencio y con la luz apagada? No, Carol, quiero oírte hablar y gemir, me encanta ver tu cuerpo moviéndose al ritmo de mis embestidas y el sudor bañando tu piel.

Ella se arqueó y llevó las caderas a las de él.

—¿Podrías... agitarte un poco?

Mordió su cuello con suavidad.

—¿Agitarme?, ¿piensas que soy una coctelera?

—¡Lolo, *porfaplls*, actívate!

Soltó una risotada y la embistió con fuerza.

—¿Te parece así lo bastante activo, princesa?

Ella se inclinó más aun, invitándolo a poseerla con más ímpetu, se agarró con fuerza al sofá y soltaba gemidos y palabras incoherentes y se volvió loco, no había otra manera de describir su estado, apretó con ganas sus pechos y empujó sin control, totalmente desenfrenado la escuchó gritar y siguió embistiendo, llegando lo más profundo que podía dentro de ella, el sudor resbalaba por sus sienes, apretó los dientes y se dio más impulso poniéndose de puntillas y llevándola con él, oyó sus

gimoteos, la sintió temblar y caer, sin fuerzas, sobre el respaldo, su propio orgasmo le arañaba las pelotas y crecía desbocado, hasta que

~ 105 ~

con dos fuertes estocadas se corrió gritando su nombre, chupó su cuello antes de dejarse caer al suelo y arrastrarla con él.

—¡Joder, rubia, vas a volverme del revés!

Cuando recuperó el aliento se levantó, la tomó en brazos y la llevó a la habitación, la ayudó a desnudarse con mucha tranquilidad, la tumbó en la cama, se colocó detrás de ella en cucharita y besando suavemente su cuello la abrazó con fuerza.

Estaba amaneciendo cuando volvió a despertarse, abrió los ojos y vio a Carol pegada a él, una de sus manos estaba en su pecho y la otra, pegada al colchón y muy cerca de su erección, la miró con detenimiento, ¿qué le pasaba con ella?, habían hecho el amor hasta en tres ocasiones más, no se saciaba y aún, en sueños, la buscaba, cuando ella, de madrugada, se levantó para ir al baño se despertó en cuanto abandonó sus brazos. Carol le gustaba mucho y a pesar de su apariencia sofisticada y de mujer de mundo era dulce, ingenua y muy receptiva. Sacudió la cabeza, ¡Dios, estaba empezando a caer embobado!

Se vistió y bajó hasta el coche para recoger ropa limpia, después de

un baño se cambió y preparó el desayuno, esperaba que ella no se molestara por aquella pequeña invasión de su espacio. Entró en la habitación con una bandeja con un café con leche y unas tostadas, la dejó sobre la mesita al lado de la cama y se arrodilló frente a ella, le apartó el pelo que tenía sobre la cara y le dio un beso en los labios al que Carol respondió de inmediato, abrió los ojos y lo miró fijamente, pero de repente dio un salto y, liándose en la sábana, lo miró con timidez.

—¡Jopetas, qué fuerte! Debo parecer un mapache ahora mismo, no sé ni cómo puedes querer besarme, Lolo.

Se levantó despacio y se acercó hasta ella, le tomó la cara con las manos y le frotó la nariz con la suya.

—Estás preciosa, rubia, me gustas así, natural, sin maquillaje, aunque, si te digo la verdad, tengo un pequeño fetiche con tu boca pintada de rojo, me muero por verla envuelta en mi polla y con esa linda lengua rosada enroscada en ella.

El sonrojo apareció antes de terminar de hablar.

—Tengo... tengo que ducharme, arreglarme e ir a trabajar, Lolo, yo...

—Te he preparado el desayuno, tómatelo antes de que se enfríe. ¿Nos veremos esta noche?

~ 106 ~

Ella se mojó los labios deslizando la lengua por ellos.

—Si tú quieres sí, claro.

—Vale, estoy deseando y como mañana no trabajamos ninguno de los dos podemos pasar el día juntos, ¿te parece bien?

Asintió a sus palabras y después de un beso largo y apasionado salió de su piso silbando.

~ 107 ~



Sus socios no apartaron la vista de ella en casi todo el día y más de una vez llegaron a preguntarle que le pasaba que estaba tan entusiasmada, pero no se atrevía a contar nada; además, ¿qué nombre le ponía a todo lo que le estaba pasando?, ¿qué era, en realidad, lo que tenía con Lolo? Suspiró por quinceava vez y decidió disfrutar del momento sin darle muchas más vueltas al tema.

Faltaba una hora para cerrar cuando recibió una llamada y vio que era de su amiga.

—¡Hola, Mayo!

—¡Hola, Cuqui! Tía, te llamo porque resulta que tenemos que retrasar la hora de la cena. Resulta que Mario tiene un cóctel con los compis del trabajo, tía y no puede salir antes, *osea*, sé que es muy fuerte, pero no te preocupes, ya he llamado al restaurante y a pesar de que todo el mundo por estas fechas anda muy *crazy*, nos cambiaron la reserva. ¿No te molesta, verdad, Cuqui? Solo es una hora, ¡te lo juro por mi manicuro! ¡Se le había olvidado la cena! Y ahora, ¿cómo se lo decía a Lolo? No podía llevarlo a cenar, *osea*, Mayo se volvería más *crazy* de lo que ya ~ 108 ~

estaba e iba a flipar en veinte tonalidades de morado y no le apetecía nada de nada que se fuera de la lengua con su madre y esta se lo contara a la suya.

Cuando llegó a su piso, después de cerrar la tienda y despedirse de sus socios, estaba de los nervios y cuando sonó el timbre empezó a ponerse casi frenética, ¡pero qué fuerte! Ella no estaba obligada a nada con él, ¿verdad?

Y allí estaba Lolo, todo vestido de negro, con sus impresionantes

ojazos azules clavados en ella, su barba, ¡jopelines con los pelitos faciales!, bien recortada y esos labios, mmm, aprobados para el uso y abuso y cuando se acercó a ella, la tomó del mentón y la besó se olvidó de Mayo, Junio y todo el jo...petas calendario.

—No sé cómo lo haces, rubia, pero cada vez que te veo estás más buena, me pones como una moto y el «taladro» en marcha.

Osea, se podía ser bruto, casi hasta llegar al nivel de animal cuadrúpedo, pero él lo rebasaba.

—Lo sé, soy grosero, pero te juro que es como me haces sentir, princesa.

Vale, no tenía nada que refutar contra eso, la dejaba sin argumentos.

—No he podido preparar nada para la cena, pero si quieres puedo calentar una pizza, ¿qué te parece?

—Me imaginaba algo parecido así que me he encargado de pasar por ella. He traído toda una variedad de platos italianos.

Y cuando decía variedad era en serio. Había comprado lasaña de verduras, risotto de gambas, ensalada César, hamburguesas de ternera con trufa y de postre, cannoli y acompañado con un par de botellas de vino Barbaresco.

—¿Y a quién has invitado a cenar?, ¿no pensarás que podemos

comernos todo eso, verdad?

Le dio un ligero beso en los labios y pasó dentro del piso, dejó las bolsas sobre la mesa del pequeño salón y le dedicó una sonrisa que hizo que todo su cuerpo pareciera una botella de champán a punto de ser descorchada y hacer pum, catapum.

—Tranquila, rubia, ya haremos el suficiente ejercicio después para quemar todas esas calorías y alguna más, te prometo que vamos a

~ 109 ~

dormir muy poco. Tengo que «trabajar a destajo», recuerda que a partir del domingo estaremos dos semanas sin vernos.

¡Por el lazo de Hello Kitty! Todo su cuerpo empezó a temblar y emocionarse, porque estaba muy segura de que él cumpliría todo lo que acababa de decir, no iba de farol y a ella empezaba a... *osea*, ¡qué fuerte! Se estaba volviendo una adicta al sexo... o quizás era adicta a él y a su forma de hacérselo.

Pusieron la mesa y se sentaron a cenar, al principio se sentía algo nerviosa, pero cuando él empezó a hablar se relajó.

Hablaron sobre las tradiciones de sus familias para Navidad y le encantó descubrir que eran casi idénticas a las de Carmen, cena en abundancia, toda la familia reunida, villancicos y risas.

—¿Y en Nochevieja que hacéis?

—Bueno, el año pasado salimos a una discoteca, pero como este año Gloria y Raquel están embarazadas han alquilado un pequeño local y nos reuniremos allí, irán mis hermanas y sus parejas y los socios de Raquel, estoy segura de que lo pasaremos estupendamente, en especial con Neus, es... digamos que muy especial, no tiene filtro ninguno a la hora de hablar. ¿Y tú?

—No sé, ceno en casa y después de las campanadas me imagino que saldré a tomar unas copas con los amigos. Entonces, ¿no verás a tu madre en estas fiestas?

—No, mi madre, cada año, las pasa en un sitio diferente y con los amigos de mi padrastro y puedo jurarte que no son fiestas familiares. Los hombres utilizan esas cenas para hablar de negocios y las mujeres compiten para ver quién lleva el mejor vestido y en presumir de cuál ha sido la última operación estética a la que se han sometido.

Él la miró fijamente durante unos segundos, los cuáles la hicieron ponerse nerviosa.

—¿Por qué no te pintas los labios?

¿¡Qué!?

—¿Vamos a salir?

Lolo se removió en la silla, cómo si le molestara algo y le dedicó una sonrisa perversa, mmm, ¿qué le estaba pasando por la cabeza?

—No, estoy pensando en que me gustaría hacer realidad una fantasía que tengo con tu boca maquillada.

~ 110 ~

Sintió como el rubor le cubrió toda la cara, ¿cómo podía ser tan... tan... descarado?

No se movió cuando lo vio levantarse y acercarse a ella, apenas respiró cuando se agachó a su lado, le tomó las manos y las llevó hasta los hombros y cuando acercó la boca inhaló con fuerza.

—No te imaginas lo que me haces cuando me miras así, entre asustada, tímida y ansiosa. Te veo aquí sentada, firme, delicada y prácticamente intocable y luego recuerdo cómo eres cuando estamos desnudos y follando como locos, te entregas por entero, eres ardiente, cálida y apasionada y solo pienso en tenerte así de nuevo hasta que vuelvas hacerme gruñir y dejarme agotado.

—Lolo...

—Sé lo que vas a decir, rubia, pero quiero que sepas algo, eres toda una princesa y vives encorsetada, tu madre estaría orgullosa de esa actitud, pero cuando te tengo en mis brazos te olvidas de todo y eres un

volcán, una mujer apasionada y fogosa. Deberías sentirte orgullosa, porque eres dulce, tierna y a la vez fuerte, decidida y valiente, eres capaz de dar y pedir, de entregarte y reclamar para ti lo que necesitas y deseas. No eres la persona que quiere tu madre que seas, eres la que tú quieres ser, ¿lo entiendes, Carol? Eres única, valiosa, especial y maravillosa, esa eres tú, no la muñeca de porcelana que ella te obliga que seas. Te admiro, rubia, por ser valiente, luchar y seguir adelante.

Cuando la besó se entregó en ese beso. Y por primera vez fue ella quien buscó su lengua y quien acarició su boca y le gustó estar al mando de la situación, le acarició los hombros y enredó los dedos en su pelo, lo besó en el mentón, chupó su cuello y hasta se lo mordió, después, con una calma que estaba muy lejos de sentir, se separó, se levantó y desde su altura, pues él seguía agachado al lado de la silla, lo miró y le guiñó un ojo.

—Voy a pintar mis labios, Lolo y, en digamos dos minutos, estaré en mi dormitorio... desnu... *osea*, des... desvestida.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia el baño, tenía clavada en la retina la cara de asombro que a él se le había quedado y no pudo evitar una pequeña carcajada y se sintió libre, decidida, fuerte, tal como lo había descrito Lolo y aunque, por un momento, la imagen de su madre se coló

en su mente la apartó, no iba a dejar que ella se inmiscuyera en *su* noche.

~ 111 ~

Todavía seguía atónito cuando unos segundos después se dirigía a la habitación de Carol, ¿de verdad ella había dicho lo que creía haber escuchado? Intuía que había mantenido pocas relaciones y estaba casi seguro que no habían sido muy satisfactorias para ella y si a eso sumabas que era bastante tímida y muy poco desinhibida, el que dijera algo así tenía que reconocer que lo había descolocado.

Cuando llegó al dormitorio estaba tumbada en la cama y... tapada hasta el cuello con la sábana, no era la imagen que había deseado encontrarse, pero sí la que esperaba, pero sus labios sí estaban pintados de rojo y eso hizo que «esa» parte de su anatomía con vida autónoma e independiente decidiera alzarse y presentar su candidatura a «émbolo bucal de la rubia» ¡Joder! Esa boca debería estar catalogada como arma de destrucción «pollera» y no se refería, precisamente, a las aves de corral.

—Mmm, creía haber escuchado que estarías esperándome desnuda, princesa.

El color de sus mejillas rivalizó con el de sus labios.

—Es... bueno... yo... casi lo estoy, de verdad, *osea*, es que...

Se acercó hasta ella y cuando llegó a su altura se inclinó, la tomó del mentón y la besó en la mejilla, dejó que sus labios se deslizaran hasta el cuello y con suavidad fue desprendiendo la sábana de entre sus dedos y fue bajándola por su cuerpo, Carol se ruborizó más aún, pero no cejó en su intento y siguió desprendiéndola de su «escudo protector», cuando llegó a las piernas tiró, con decisión, la pieza de tela hasta el final de la cama y se quedó mirando el cuerpo de ella, sus pechos estaban desnudos y sus pezones apuntaban, de forma descarada, hacia él, siguió bajando los ojos y llegó hasta su entrepierna, llevaba unas braguitas en color rojo de encaje y con un lacito negro en el centro. Sus manos, por propia decisión, volaron hasta su cuerpo y tomó esos pechos entre ellas, los acarició con suavidad y se agachó para tomar uno de sus pezones entre los dientes y mordisquearlo.

—¡Haces que me vuelva loco de deseo, rubia!

Siguió acariciándola y bajando la mano hasta llegar a su coño.

~ 112 ~

—Esto está en mi camino, princesa y aunque es una preciosidad creo que tendremos que prescindir de él.

La suave tela se desgarró cuando le dio un fuerte tirón. Ella lo miró alterada.

— *Osea*, Lolo, ¿no puedes hacer eso!

Levantó la cabeza para observarla y alzó una de sus cejas.

—¿No irás a decirme que es una prenda insustituible, verdad? ¿O es que es una *Vicky* de esas?

—¿¡ *Hello!* ?¿Acabas de llamar a unas braguitas de Victoria' s Secret, *Vicky*? ¿Cómo puedes ofender así a la «diosa de la lencería»?

Sonrió ante el enfado de ella.

—La verdadera diosa, rubia, eres tú y «eso» se interponía entre tu deseo y el mío y de la «fuente» de que la pretendo beber, princesa. No te preocupes, las repondré... por partida doble, porque no prometo no volver a hacerlo.

Pegó la boca a su pezón y lo chupó con fuerza, haciendo que Carol se arqueara en la cama y clavara las uñas en su cuero cabelludo.

—Creí que... que querías cumplir... ¡Oh, ah, ooooh! Tu fantasía, Lolo.

—Y la cumpliré, pero después de que te corras en mi boca y te haya «bebido» por entero, solo entonces y si tú quieres.

Fue bajando hasta su ombligo, luego más abajo y cuando llegó a su vulva abrió los labios, posó la boca en su clítoris y empezó a succionarlo

con suavidad, deslizando la lengua por él y acarició el interior de su vagina con dos dedos, doblándolos y frotándolos contra su punto G, siguió friccionando mientras ella gemía e imploraba por más.

—¡Cabalga mis dedos, rubia!

—¡Por la D de Dior, Lolo!

Movió los dedos y frotó su mentón barbudo contra el clítoris de ella arrancándole un gritito.

—Venga, princesa, mueve esas caderas como si estuvieras «garbillando»².

La cara de ella fue un cruce entre espanto y no saber que porras le estaba pidiendo, pero cuando metió un tercer dedo en su empapado

² Referencia al movimiento enérgico y circular que se hace cuando utilizas el garbillo o cedazo.

~ 113 ~

coño empezó a mover las caderas como las aspas de un molino y siguió hasta que sus dedos estuvieron humedecidos y pegajosos, la oyó soltar un grito y cayó rendida y agotada. Dio un último lametón a su vulva, subió hasta su cara y besó con suavidad su mejilla.

—¿Estás bien, Carol?

La vio asentir y sintió sus manos abrazándolo. Durante unos minutos no se movieron, cuando la respiración de ella se estabilizó la vio abrir

los ojos y mirarlo con fijeza.

—Ahora te toca a ti.

Se levantó y lo obligó a él a hacer lo mismo, lo desnudó con torpeza pero con decisión y cuando solo le quedaban sus calzoncillos ella alzó la cabeza y lo miró muy seria.

—Lolo, ¿me guiarás?, es que yo... *osea*, tío... yo solo he hecho esto un par de veces y no estoy muy segura de que lo haga bien, no quisiera echar a perder tu fantasía, yo...

La tomó de la barbilla y la miró con toda la pasión que le despertaba.

—Rubia, estoy más que seguro que lo harás perfectamente, pero no se trata de eso, Carol, ¿estás segura que quieres hacerlo?, no quiero obligarte a hacer nada que no te apetezca.

Se arrodilló en el suelo con mucha rapidez y clavó sus ojos color miel en él.

—Pero quiero hacerlo, Lolo. Me gustaría darte tanto como me das tú, *porfapllis*.

Se levantó y se colocó frente a ella totalmente desnudo y erecto. Carol deslizó la yema de uno de sus dedos por su pene, acariciándolo con lentitud.

—Es tan suave y caliente, me gusta y es muy grande y... y duro.

Vale, como siguiera hablándole así se iba a correr sin siquiera ver esa boquita cerca de su verga.

—Rubia, quiero esos labios envueltos en mi polla y si sigues susurrando cerca de ella no voy a aguantar ni un segundo.

Toda sonrojada se inclinó y le dio un lametón en la punta que le hizo ver puntos de colores flotando frente a él, pero cuando la cogió con las dos manos y se la metió en la boca alzando la mirada supo que estaba perdido, que no duraría nada, podría ser torpe pero le ponía

~ 114 ~

entusiasmo... ¡joder! demasiado entusiasmo, lo chupó como si fuese una piruleta y hasta tuvo el atrevimiento de darle un mordisquito en la punta y entonces, los puntos, pasaron a ser estrellas del tamaño de melones, sus pelotas se contrajeron y pusieron igual de duras que se polla, su orgasmo creció de forma vertiginosa, posó las manos en su cabeza para intentar apartarla, pero ella estaba o demasiado entusiasmada o intentaba aspirarlo, porque siguió a lo suyo y de forma más contundente.

—Carol, nena, estoy a punto, suéltame. ¡Joder, cariño! Para, princesa, tienes que... ¡mierda, allá voy!

Antes siquiera de terminar de hablar sitió el primer chorro de semen

salir disparado y a pesar de estar sumido en esa agonía exquisita sintió el entusiasmo de ella al seguir chupando, tragando y lamiendo, ¿cómo cojones lo hacía? Se quedó para el arrastre, sus piernas apenas lo sostenían y cuando ella dejó a su pobre pene flácido salir de su boca se derrumbó sobre la cama extenuado.

—¿Te... te ha gustado?

Sí, tanto que si quisiera repetir tendría que hacerle el boca a boca o darle un masaje con un desfibrilador.

—Rubia, si me hubiera gustado un poco más habría explotado como un puto cohete.

~ 115 ~



Conforme se acercaba la noche se estaba poniendo más nerviosa, todavía no le había comentado nada a Lolo de la cena con sus amigos esa noche y sospechaba que no le iba a hacer mucha gracia que no lo

invitara ir a él y más después de la noche y el día que habían llevado. Todavía sentía calor en las mejillas cuando evocaba todo lo sucedido. Su opinión sobre el sexo había cambiado radicalmente, se sentía otra, más segura, sexi y confiada. Habían hecho el amor dos veces y habían despertado abrazados, él le había dicho que era preciosa, la había acariciado y terminaron haciendo el amor de nuevo. Después de desayunar juntos, Lolo se fue a su casa a preparar su maleta y ella hizo lo propio. Comieron juntos en un pequeño restaurante y después decidieron pasear por el centro de Madrid, agarrados de la mano, como una pareja de... *osea*, ¡qué fuerte, ¿novios? No, no lo eran, pero entonces, ¿qué eran en realidad?

—¿En qué piensas, rubia?

Bueno, pues ese era el momento de la «verdad».

—Lolo, yo... verás, no te he comentado que esta noche tengo... resulta que antes de ir a Barcelona, siempre cenó, el día anterior, con mi amiga Mariola y...

~ 116 ~

—Por mí no hay problema, Carol, no me importa ir.

Y ahí estaba el meollo de la cuestión.

—Es que... Lolo, no es por ti, pero es mejor que no vayas.

La cara de él cambió por completo, se puso serio, se paró en medio de la acera y la miró fijamente.

—¿En serio?, ¿y por qué?, si puedo saberlo, claro. Aunque tal vez no debería preguntar, ¿verdad? Soy bueno para un polvo pero no para «departir» con tus amigos, total solo soy un maldito albañil y ellos son la *jet set* de Madrid. Está bien, Carol. No pasa nada, llamaré a mis amigos, los cuales no se avergüenzan de mí y me iré a tomar unas cañas con ellos.

—No es eso, Lolo. Es que conozco a Mayo y la facilidad con la que se le escapan las cosas y si le dice a su madre que ha ido a cenar conmigo y que me acompañabas tú estoy más que segura que, unos cinco minutos después, llamará a mi madre y... bueno, no quiero ni imaginarme la de preguntas que me hará, tú no la conoces, pero yo sí y sé de lo que es capaz.

—Ya y sería muy vergonzoso decirle que estás saliendo conmigo, ¿no?, ¡un albañil!, un maldito albañil con su querida niña.

¡Jopetas! No era eso, ¿cómo podía hacérselo entender?

—¡*Porfapllís*, Lolo, no te enfades!

—Te acompaño a tu casa.

Él echó a andar de forma enérgica y decidió caminar a su lado en

silencio. Cuando llegaron frente a su puerta se pararon y se miraron fijamente.

—Si... si quieres que te lleve mañana a la estación, como ya hablamos, llámame. Espero que disfrutes de tu cena y tus amigos.

—Lolo, no te vayas así. ¿No puedes entenderme?

—¡Oh, sí, princesa! Te entiendo perfectamente. Diviértete.

¿Divertirse? ¡Por la V de Valentino! La cena estaba resultando un absoluto incordio. Mario y Mayo estuvieron toda ella lanzándose puyas y cuando, después de los postres, él sugirió ir a tomar una copa, su amiga se puso todavía más borde.

—En serio, Cuqui, yo es que, *osea*, tía, no tengo nada que ver con las *crazy* ideas que tiene Mario, además, nena, pensé que vendrías con el

~ 117 ~

tío de los labios «imprimibles», pero tía, vas tú y se te ocurre venir sin él, *osea*, espero que comprendas que yo no tengo nada que ver con eso, ¿entendido, Cuqui?

—¿Qué pasa, Mayo?

—Es mejor que lo veas en *live and direct*.

Cuando su amiga se ponía así era mejor dejarla porque no sacaría nada de ella, salvo un dolor de cabeza, eso era lo único garantizado.

Pero todo el misterio quedó revelado cuando llegaron al *Ramses*, allí les esperaba Íñigo.

—Te juro, Mayo, qué no te mato porque no me apetece manchar mis Miu-Miu de sangre.

—¿¡Hello?, *osea*, ya te lo dije, ¿por qué crees que estaba tan exasperada con Mario? Estábamos preparándonos para salir cuando el soporífero este ha llamado y mi *gominola* le ha soltado que habíamos quedado contigo para cenar y que vendríamos luego aquí y él, tía, se auto invitado, por toda la *face*, nena.

Estupendástico, pues aquello era el colofón de una noche de mie... miel, eso, de miel.

—¡Hola, Carol! Es todo un placer verte y más sin esa compañía tan desagradable con la que vas últimamente.

El tipo le estaba cansando mucho y le colmaba los nervios.

—Cuando hablas de compañías desagradables, ¿te refieres a ti?

Íñigo la miró serio, pero como su cerebro debía tener el tamaño de una nuez y eso siendo generosa, pensó que era una broma y empezó a reír, algo que la puso todavía más alterada. Con semejante plan estaba por dar finalizada la noche en ese momento, pero por el cariño que le tenía a su amiga se juró aguantar al menos media hora.

Podía adorar a Mayo, pero aquello era una tortura y solo habían pasado quince minutos, el ex del Marqués Barrantero había decidido monopolizar la conversación y dedicarse a hablar de su tema favorito: él mismo.

—Y así que he decidido invitarte a ti, ¿qué te parece?

Alzó la cabeza y vio los tres pares de ojos clavados en ella, en especial los de Íñigo, ¿le hablaba a ella?, ¿la había invitado a qué?, ¿y por qué, de todos los presentes, tenía que ser ella la «afortunada»?

~ 118 ~

—¿Qué me parece el qué?

—Pues mi invitación, ¿no me estabas escuchando?

Él la miró como si aquello fuese un sacrilegio.

—Perdona, pero es que tengo muchas cosas en la mente. ¿Podrías repetir lo que has dicho?

—Mario me ha comentado que vas a pasar las navidades con tu padre y como no tienes otra familia aquí he pensado que podrías pasar la Nochevieja conmigo, me imagino que después de estar con esa familia de clase tan... digamos, vulgar, estarás deseando salir corriendo de allí, por eso te invito a mi fiesta en mi yate en Marbella, ¿qué dices?

¿Qué decía? Lo primero es que dejara de pensar porque era un

gili... *pichi* de primera, solo le había faltado soltar «y mi Marbella», las ideas debían entrarle reptando por su estrecha mente. Lo segundo es que nadie, pero nadie, llamaba vulgar a su familia y tercero podía meterse su invitación por la parte trasera de su repugnante cuerpo. Tomó aire y recordó la educación recibida e intentó ser correcta.

—Te lo agradezco, pero debo declinar tu invitación, pasaré las fiestas con mi familia, pero muchas gracias.

—Pero, ¿cómo puedes rechazarme por «esas» personas? Carol, no seas niña, a mi fiesta vendrá gente muy importante y por lo que me ha comentado Mario, Carmen y sus hijas son personas *non gratas* para tu madre, una mujer con mucha clase, solo hay que ver por los círculos donde se mueve.

¡A la mier...coles su educación!

—Si vuelves a decir una palabra ofensiva de mi familia te pongo tu yate, tripulación incluida, de sombrero, ¿entendido? Y me importa muy poco si mi madre se mueve en círculos, cuadrados o rectángulos, yo no soy ella y ni me siento identificada, ni pienso y siento como ella.

Se levantó y se echó el bolso al hombro mientras todos la miraban con la boca abierta.

—Me voy porque la compañía, en especial la tuya Íñigo, es de todo

menos agradable.

Cuando llegó a la calle empezó a respirar con tranquilidad, pero en ese momento alguien la agarró de forma brusca del brazo, se volvió y se encontró con un indignado Íñigo.

~ 119 ~

—Escucha, guapa, nadie, ¿me oyes?, nadie me habla así y menos una niña tonta que se cree de los más «guay» porque de parte con gentuza.

He sido bastante agradable contigo porque me pones cachondo, pero para un polvo, nena, no necesito arrastrarme, tengo las tías a patadas.

—Pues ya sabes, aparta el pie y ve recogiendo a las «tías» para llevarlas a tu cama, pero recuerda luego abonar por el «placer, guapo».

El apretón sobre su brazo se intensificó y le hizo soltar un grito, forcejeó para soltarse.

—Reconócelo, Carol, te mueres por estar con un verdadero hombre como yo.

—Es cierto, me muero... de asco. ¡Suéltame!

—¿Qué pasa, nena, te gusta hacerte la dura?

Se estaba rifando una torta y él no solo tenía todas las papeletas, es que todas tenían el mismo número.

—O me sueltas o te estampo el bolso en la cabeza y no sabes la

cantidad de cosas que soy capaz de llevar dentro.

Intentó desasirse de él, pero lo único que consiguió es que apretara con más fuerza.

—¡Suéltame... merluzo!

—¿Tienes problemas de audición, imbécil? ¡Te ha dicho que la sueltes!

Giró la cabeza y vio a Lolo frente a ellos con los puños apretados y mirándolos muy cabreado.

—¡Vaya, el albañilito al rescate!

—El albañilito, como no la sueltes, te va a dar una hostia que va a hacer a tu dentista muy feliz.

Íñigo, ¡al fin!, la soltó y frotándose el dolorido brazo se acercó hasta Lolo, le sonrió agradecida, pero él no le devolvió la sonrisa.

—Gracias, por mí no te prives, puedes saltarle todos los dientes y romperle la nariz, así haces feliz también al otorrino.

Eso sí que sacó una sonrisa de él.

—No sabía que eras tan sanguinaria, rubia.

Sin previo aviso, Íñigo, se lanzó contra Lolo, pero este debía estar esperando el asalto y de un puñetazo dejó tirado en el suelo al idiota

~ 120 ~

aquel retorciéndose de dolor y jurando con denunciarlo por los daños y

perjuicios. Se acercó hasta él y le dio un golpe, con el bolso, en el centro del pecho.

—No vas a hacer nada, Íñigo, recuerda que yo soy la víctima de tu ataque y él solo me ha defendido, así que, ¡ahuecando la hélice!

Lolo empezó a negar con la cabeza.

—No puedo sacar punta de ti, princesa, es ahuecando el ala, rubia.

La tomó de la mano y empezaron a andar por la calle de forma muy apresurada.

—Gracias, Lolo, Íñigo se estaba poniendo muy pesado y no aceptaba un no por respuesta.

—¿Y por ese idiota me has dado plantón esta noche? Soy un gilipollas, todavía iba a llamarte pidiéndote perdón por haber sido tan obtuso y resulta que lo que querías era despedirte de él y no de tu amiga como me habías dicho.

—¿¡Qué!? *Osea*, Lolo, no puedes estar pensando eso en serio, ¿verdad? Se ha presentado solito, sin aviso ni cita previa. ¡Mal... maldita sea, yo no he quedado con él!

—¿Acabas de decir un taco, rubia?

Se soltó de su mano y lo miró fijamente.

—Sí, me sacas de mis casillas y si no me crees no me importa; yo no

soy ni mentirosa ni doy puñaladas por el dorso.

Él empezó a reír.

—Princesa, te hace falta más experiencia a la hora de maldecir y expresarte.

Soltó un grito y levantó el brazo para lanzar el bolso contra él.

—¡Ah, no, de eso nada, a saber que cojones llevas dentro de esa arma arrojadiza!

Cogió el bolso, tiró de él y la arrastró hasta su cuerpo, cuando estuvieron pegados la tomó de la cara y la miró con intensidad.

—Me vuelves loco, rubia, loco de deseo y de celos.

Y la besó, *osea*, no le importó estar en medio de la Plaza de la Independencia, ni que la gente los mirara y a ella... tampoco.

~ 121 ~



Se sentía como un idiota, ella tenía todo el derecho a quedar con quien

quisiera y él no debería haberse ido refunfuñando como un niño.

No había llamado a nadie, se quedó en su piso atrincherado con dos cartones de vino Don Simón y bebiendo a morro, una hora después había tomado ya tal confianza que, el vino, había perdido el Don y había pasado a llamarse Simoncito... para los amigos. Recordó, entonces, que al día siguiente tenía un viaje por delante y esas no eran las mejores condiciones para hacerlo y más acompañado de María y de Fermín.

Decidió darse una ducha y salir a dar una vuelta para despejarse.

Sumido en sus pensamientos llegó hasta la Plaza de la Independencia cuando, unos metros delante suyo, vio a una pareja forcejeando, el tipo se estaba pasando con la mujer... una mujer que le recordaba y mucho a su rubia y cuando estaba a un par de metros se dio cuenta de que no era que se le pareciera, no, es que era ella. Alterado y cabreado se acercó hasta ellos, de «buenas maneras» le pidió que la soltara y cuando aquel cerdo intentó golpearlo le dio un puñetazo que lo lanzó, directamente, al suelo, tomando a Carol de la mano la arrastró tras él, su malhumor

~ 122 ~

se había intensificado, ¿cena con su amiga?, pues que bien la habían operado porque parecía un tío y encima igualito al idiota del tal Íñigo, cuando se lo echó en cara y ella maldijo sabía, sin apuntes ni pistas

ninguna, que ella no le había mentido.

Cuando se separaron tras el tórrido beso Carol lo miró muy seria.

—No te he mentado, Lolo, de verdad que había quedado con Mayo y su novio.

—Perdóname, rubia, no sé qué me pasa contigo, es algo superior a mí, te veo, me descoloco y no razono.

—Entonces, ¿me crees?

—No tengo porque dudar de ti, Carol y además, no soy nadie para decirte con quien debes quedar o no.

Ella le acarició la mejilla con suavidad y su cuerpo, que aún seguía «recalentado», reaccionó a la tierna caricia mostrando más que un evidente entusiasmo.

—No... no sé mucho de relaciones, Lolo, la verdad es que solo he tenido una en mi vida y no es que sea muy buena carta de recomendación, me vi, casi empujada, a ella.

—¿¡Qué!?

Carol se mojó los labios con la punta de la lengua, estaba nerviosa, así que pensó que era necesario que hablaran.

—¿Quieres que vayamos a tu casa y hablamos?, ¿o prefieres pasear?

Su mano, pequeña y fría, se colocó en la de él.

—Vamos a casa, creo... creo que tenemos que hablar.

Llegaron a su piso que estaba en silencio, esa misma tarde habían llevado a los pequeñines a la clínica veterinaria donde se quedarían esos días que ella estaría fuera. Según le había dicho Carol se mareaban en el tren y llegaban muy estresados, por eso y a pesar de que le costaba separarse tantos días de ellos, prefería dejarlos en la guardería del centro.

Se quitaron los abrigos y ella le preguntó si le apetecía tomar algo, rechazó la invitación, se sentó en el sillón y tomándola de las caderas la puso sobre él. Carol se acurrucó entre sus brazos y durante unos minutos se mantuvieron así.

~ 123 ~

—Mi... mi madre siempre controló mi vida, no me rebelaba y lo veía «normal». Elegía mis amistades y me controlaba las horas de entrada y salida. Cuando cumplí los dieciocho años empezó a invitar a amigos de mi padrastro que tenían hijos solteros, durante casi un año desfilaron por allí todos los hombres casaderos del estado y así fue como conocí a Charles.

No habló ni dijo nada, esperó a que ella siguiera hablando.

—Yo pensé que él se había fijado en mí... por su cuenta, ¡fui una ilusa!

Empezó a visitarme, me llevaba al cine, a cenar, a bailar y me sedujo.

No estaba enamorada, pero sí muy ilusionada, además, creía que estaba enamorado de mí, según mi madre cuánto más te «respetas» un hombre, más te ama, por esa lógica que él llevara un año saliendo conmigo y salvo algunos besos no hubiera querido nada más, tendría que estar loco por mí, ¿no?

—¿Estuvisteis saliendo un año y no se acostó contigo?, ¿de qué cojones estaba hecho, de hielo?

Ella se ruborizó intensamente y tomó aire con fuerza.

—El día que cumplí los veinte años me llevó a su piso y... me, el me hizo, ya sabes, «*pinkie, pinkie*», era mi primera vez y no fue agradable. Después me llevó a mi casa.

—Para que yo me entere, el tipo te hace el amor y tú eras virgen, no te hace disfrutar y te lleva a tu casa dejándote insatisfecha y dolorida, ¿es eso lo que me estás diciendo, Carol?

La vio asentir.

—¡Maldito cabrón! Deberías haberle cortado las pelotas, rubia. Él tenía que haberte mimado, prepararte y hacerte gozar antes de tomarte, fue un puto inepto, princesa.

Su cuerpo se removió sobre el suyo y lo miró avergonzada, para bajar

luego la cabeza y seguir hablando.

— Eso se convirtió en la tónica de nuestra relación. Salíamos los fines de semana y dos veces al mes él me llevaba a su piso, lo hacíamos y luego me llevaba a mi casa. Cuando llevábamos un año saliendo, una noche después de... de estar en su piso y dejarme en mi casa, Mayo me llamó y me invitó a salir a tomar unas copas. Mi madre no estaba así que acepté. Bebimos demasiado y terminé contándole lo de Charles y ella me dijo que él era un egoísta, no sé bien como pero acabamos en su

~ 124 ~

piso. Mayo me instaba a entrar, sorprenderlo y hacer que... vamos que él... me diera un orgasmo.

—Esto mejora por momentos, ¿en un jodido año no hizo que tuvieras un orgasmo?

Ella negó con la cabeza.

—Carol, no fue culpa tuya, como has podido comprobar eres una mujer que disfruta del sexo y que puedes tener orgasmos, el incompetente fue él, ¿lo sabes, no?

—Sí, ahora lo sé... gracias a ti.

¿¡Cómo!?

—A ver, ¿me estás diciendo que no habías tenido orgasmos antes?

—Ya te he dicho que Charles no... no se preocupaba de eso.

—¿Y los otros?

—¿Otros? No ha habido otros, Lolo, solo él y tú.

¡Joder! Eso sí que era fuerte.

—¡No me lo puedo creer, rubia! ¿Has prescindido todos estos años del sexo por lo que te... bueno, por lo que no te hizo sentir él?

—¡ *Osea*, Lolo! ¿Me estás escuchando? No sentía nada, bueno sí, dolor, yo no... no estaba pre... preparada cuando lo hacíamos, me hacía daño y luego, durante un par de días, sentía escozor, como debes imaginarte no me apetecía mucho repetir la experiencia.

Algo tierno se estableció en su corazón, él había sido el primero que la había hecho disfrutar, gritar y temblar, se sentía... ¡joder, como el puto amo!, ¡maldita sea! Aquello era mucho para digerir, demasiado, mejor seguir con lo que estaba contando, porque a ese ritmo el que iba a escupir purpurina era él.

—Bien, entonces fuiste a su piso, ¿y?

—Él... estaba acompañado y por los gritos y gemidos... estaba claro que con ella si se había empleado a fondo. Yo... yo no pude decirle nada, solo quedarme allí parada con cara de tonta, pero Mayo se desahogó y se quedó a gusto. Después me fui a casa y cuando volvió mi madre y le

conté lo que había pasado... ella... ella me dijo que los hombres eran así, necesitaban «desfogarse», pero que todo cambiaría cuando nos casáramos.

~ 125 ~

—¡Joder! ¿Ese año le dieron el premio a la mejor madre del mundo, no?

—Ya te dije que no era muy maternal.

—Princesa, hay una gran diferencia entre no ser maternal y ser más fría que una pescadilla congelada y créeme, ella lo es.

—Lo sé, Lolo. Las cosas, a partir de ese momento, se pusieron peor, ella insistía en que siguiera con Charles, él llamaba casi a diario y se presentaba en casa a todas horas. Cuando trasladaron al padre de Mayo a España decidí venirme con ellos y entonces se desató el caos, mi madre decidió «cerrar el grifo» para obligarme a que me quedara, pero entonces llegó mi padre y me sacó de allí.

—¿Y te fuiste a vivir con él?

—No, tenía que volver a Venezuela donde estaba trabajando, pero me dejó en casa de Mayo y abrió una cuenta corriente a mi nombre. Cada vez que podía venía a verme, me pagó los cursos de asesoría de imagen, escaparatismo y diseño de espacios comerciales y cuando los terminé

me dio el dinero para hacerme socia de la boutique.

—Y por eso, cuando decidió casarse con Carmen, te entró miedo, pensabas que te quitaría el cariño de tu padre, ¿no?

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Sí, pero ella es... es especial, Lolo, es una mujer fuerte, decidida y al mismo tiempo dulce y cariñosa. Me perdonó por interponerme entre ellos y desde entonces ha sido más madre para mí que la mía.

Volvió a removerse sobre su regazo y su erección, que hasta ese momento intentaba, sin mucho éxito la verdad, controlar, se «descontroló», tenía que relajarse un poquito, solo un poco, bueno un mucho enorme.

—Quiero que sepas que yo no, *osea*, yo no he quedado con Íñigo, de hecho huyo de los hombres que son... iguales a Charles.

—Y yo quiero que sepas que no suelo ser tan burro, la gran mayoría del tiempo. Siento haberme comportado de la manera que lo he hecho, rubia.

La tomó del mentón, le alzó la cabeza y la besó, quería reconfortarla, pero lo único que consiguió fue encenderse más aún, aquello era, más que echar leña al fuego, hacer entrar en erupción un volcán y cuando ella le correspondió con efusividad, la levantó y se llevó a la cama, no

~ 126 ~

quería que la «lava» brotara antes de tiempo y pasara de activo a extinto en segundos.

~ 127 ~



Acababa de llegar a la estación de Sant y empezó a buscar, con la mirada, a su hermana, pero no le hizo falta, escuchó un grito y vio, asombrada, como un pasillo de gente se abrió frente a ella para dejar pasar a una mujer muy embarazada, con su pelo negro flotando detrás de ella, sus ojazos negros brillando, berreando y corriendo como loca hasta ella y seguida de cerca y con cara de preocupación, un hermoso, grande y musculoso hombre.

—¡Mi niña melona! ¡Conejita! ¡Aquí, Carol, estamos aquí!

¿Pensaba que no la había visto? Era imposible, aquel terremoto de mujer llegó como un tren de mercancías y la abrazó como si fuese una

boa constrictor.

—¡Joder, ratona, me acabas de quitar diez años de vida! ¿Cómo se te ocurre, en tu estado, lanzarte a correr una puta maratón?, ¿estás loca?

Dearan miraba a su mujer asustado y enfadado al mismo tiempo.

~ 128 ~

—¡Por Dios, Dear, cariño, solo ha sido una carrerita de nada!, además, solo, repito, solo estoy embarazada no enferma y créeme, si el niño saliera solito estaría por hacer un festejo para el día del parto, ¡coño!

Dearan se acercó, era muy rubio y tenía unos hermosos ojos azules que te desestabilizaban cuando te miraban y la abrazó antes de volverse a mirar con seriedad a su mujer.

—Miedo me da ese día, me imagino el paritorio como centro de reunión y convecciones de toda la familia Sánchez al completo.

Los tres rieron al imaginarse la situación, porque ella estaba segura de que sería así, las mujeres de esta familia estaban muy unidas. Raquel la cogió de la cintura mientras Dearan cogió todo el equipaje, abrazó a su hermana y juntas echaron a andar detrás del hombre.

—Ratona, estás... estás...

—Dilo, no te cortes, gorda, enorme, si hasta Greenpeace anda recogiendo

firmas

para

declararme

especie

protegida

de

«ballenatiroedor».

—Mira que eres exagerada, solo quería decir que estás preciosa, de verdad, tan redondeada, con ese brillo en los ojos, ¡estás guapísima! Y ¡felicidades!, no creas que me he olvidado que es tu cumpleaños, Raquel.

—Muchas gracias, cariño. Vamos para casa que hace un frío de tres pares de co... narices y mamá está deseando verte y empezar con los «festejos», ya sabes lo exagerada que es para preparar fiestas y más cuando tiene a toda la familia reunida.

El trayecto hasta la casa de su padre estuvo lleno de momentos dulces y de risas, Raquel era todo un torbellino y más desde que había conocido a su marido, su carácter se había dulcificado, la mirada triste que solía arrastrar, por una relación anterior y que la había llevado a negarse volver a enamorarse, había desaparecido. Dearan la había conquistado con persistencia y mucho cariño, era doce años mayor que ella, pero se

había enamorado como un loco y había hecho hasta lo indecible para conquistarla.

Cuando llegaron, y sin haber parado el coche todavía, la puerta de la casa se abrió para dar paso a su padre, un padre muy alto, muy «anchote», de preciosos ojos color miel, moreno de piel y pelo y con entraditas ya y a Carmen, que lo sobrepasó como un rayo y llegó a ella en un segundo y en cuanto salió del vehículo se vio entre los brazos de su mamastra abrazada con fuerza y cariño.

~ 129 ~

—¡Mi conejita, cuantas ganas tenía de verte!

¡Eso era lo que echaba de menos cuando estaba en Madrid! El cariño, el calor, la efusividad. Cogida de la cintura de su padre y de Carmen entró en la casa y entonces se armó el lío, todas sus hermanas, parejas e hijos estaban allí y sintió ese sentimiento que bullía en su interior cuando estaba allí, esa sensación de encontrarse en su «hogar».

Volver a casa siempre era motivo de felicidad, cuando apenas le faltaban unos kilómetros para llegar ya sentía ese cosquilleo en su interior. Ver a sus hermanas, a sus cuñados, su abuelo, ese ser tan «entrañable», su padre y, en especial, su madre. Siempre habían tenido

una conexión única, no sabía si era por ser su único hijo varón, pero era algo especial. Siempre sabía cómo se sentía, como estaba y hasta qué pensaba. Aunque ese día en especial sentía que le faltaba algo, se había despedido de Carol en la estación y nada más montarse en el coche ya la extrañaba, su voz nasal, sus risas, su forma de mover las manos... ¡joder! aquello se estaba complicando y mucho.

Cuando llegó a la casa su madre ya estaba en la puerta, ¿cómo sabía que había llegado?, lo ignoraba, pero era como si tuviese un radar; no le dio tiempo ni de abrir la puerta, ella misma lo hizo y enseguida se vio envuelto en sus brazos y en su aroma, azahar. Su madre era bajita, tenía el pelo muy negro y unos impresionantes ojos verdes.

—¡Mi niño! ¡Dios, cuánto te he echado de menos! ¡Estás más delgado!
¡Por Dios, hijo!, ¿es que no comes?

Y ahora su única meta sería «cebarlo» durante esos días. Pronto se vio sumergido en un mar de abrazos y besos y hasta la noche no tuvo ni un minuto para él, todos querían ponerse al día con su vida.

Eran ya cerca de las once de la noche cuando, después de una cena que tardaría unos dos días en digerir, se acostó, tomó su teléfono y decidió llamar a Carol, lo cogió al segundo toque.

—¡Hola, rubia! ¿Cómo ha ido el viaje y el reencuentro con la familia?

~ 130 ~

—¡Hola, Lolo! Bien, el viaje tranquilo y bueno, el resto una locura.

Están todos en casa y ya tengo casi todas las horas, de los siguientes días, programadas. ¿Y tú?

—El viaje de lo más entretenido, Fermín ha amenizado todo el viaje con los éxitos de Manolo Escobar y María hacía los coros, la tercera vez que he escuchado el «porompompero» he estado a punto de dejarlos tirados en una gasolinera, pero me ha dado pena... el «gasolinero». Y bueno, el reencuentro con la familia como me esperaba. Mi madre se ha puesto como objetivo engordarme, mis sobrinos me han vuelto loco y mi abuelo me ha contado unas cuantas de sus «batallitas», lo normal.

—Carmen me ha hecho lo mismo, jura que he debido perder cinco kilos y que tengo hasta mal color, pero me encanta como me mima. Los niños están preciosos y Gloria y Raquel están muy gorditas y monas. Mi padre feliz de tenerme en casa y hasta hemos tenido un ratito para hablar a solas y... bueno, bien, todo bien.

La notó rara, ¿ya se había olvidado de él?, ¿le molestaba que la hubiera llamado?

—¿Pasa algo, Carol?

—No, nada.

—¿Te molesta que te haya llamado?

— *Osea*, Lolo, no puedes decirme eso, en serio, me... me alegro de que me llames, de verdad, es solo que hay una idea que me ronda la cabeza hace tiempo y la he comentado con mi padre.

No quiso insistir, pero quería dejarle claro que la tenía presente.

—¡Te echo de menos! ¿Qué me has hecho, rubia? Apenas llevo unas horas sin verte y ya tengo ganas de estar a tu lado, no podía dormir sin antes oír tu voz, ¿te pasa lo mismo, princesa?

—Sí, yo también te echo de menos. Lolo, no te enfades, pero *osea*, me ha llamado Íñigo.

¡Me cago en la puta! ¿Qué quería el mamarracho aquel ahora? Cuando se lo preguntó a ella le contó que quería disculparse y que como pasaría, dentro de un par de días, por Barcelona quería invitarla a un café para poder hacerlo en persona.

—¿Y vas a ir?

—Al... al principio, *osea*, he dudado, ¿sabes?, pero claro, él es amigo de Mario y me ha parecido muy descortés.

~ 131 ~

¡Descortés, mis huevos! —Pensó— pero, ¿quién era él para decirle con quien salir o no?, ya era mayorcita y ella decidía si quería volver a ver

al pulpo maleducado aquel.

—Me parece estupendo.

¡Y una mierda como el sombrero de un picador! No le parecía bien, ni poco, ni mucho, ni nada, pero no iba a decir esta boca es mía, calladito estaba mejor.

—Esto... pues, okay, en fin, Ra...Raquel estaba a mi lado cuando él ha llamado y luego, *osea*, me ha preguntado quién era y cuando se lo he contado... pues ha decidido acompañarme, dice que a ver si tiene... esto, hue... eh, testículos, a sobrepasarse estando ella, porque si lo hace le va a hacer una... una... «*huevicura*», algo así como una depilación testicular pero con un soldador de estaño y es muy capaz. Empezó a reírse, mira, le caía bien la tal Raquel, estaba claro que era una mujer con un par de ovarios bien puestos.

—Creo que me llevaría muy bien con tu hermana.

—Seguro, ella maneja cacharritos de esos que utilizas tú, hasta tiene un cinturón de aparejos e instrumentos y los sabe usar.

—Herramientas, rubia, es un cinturón de herramientas. Carol, lleva cuidado con Íñigo, ese tío no me gusta nada, sé que sabes defenderte sola, pero me alegro de que te acompañe tu hermana.

—¡Y porque no lo saben ni Gloria ni Lucía! Estoy segura de que si

supieran algo vendrían ellas también. A mí tampoco me gusta, Lolo, pero quiero darle una oportunidad y, al mismo tiempo, no deseo crear malos rollos entre Mayo y Mario, es muy rarito y muy súper-mega-fan de sus amigos.

—Está bien, te entiendo, haz lo que creas conveniente. Me despido ya, rubia, ha sido un día largo y estoy molido. Me gustaría llamarte estos días, espero que no te moleste.

—¡Pero qué fuerte, tío!, ¿cómo me dices eso? Me encanta hablar contigo, Lolo. Yo también voy a dormir.

—Un beso, princesa, aunque me gustaría dártelo en persona y a poder ser con lengua.

—¡Jopetas! Eres... tan desvergonzado. Un beso, Lolo.

A pesar del cansancio no logró dormirse enseguida, ¡Dios! la deseaba y ahora mismo se moría por tenerla con él, no se veía capaz de resistir

~ 132 ~

estar todo ese tiempo sin ella. Carol había despertado en él sentimientos fuertes y en muy poco tiempo y eso lo tenía, por un lado, feliz, contento e ilusionado, pero por otro se sentía abrumado, nervioso y con mucho miedo, no quería volver a pasar por lo mismo que pasó con Paqui, no, no sabía si podría resistir algo así otra vez.



El martes por la tarde estaban a la puerta de la cafetería dónde había quedado con Íñigo y su hermana la miraba seria.

—¿Tú estás segura de que quieres ver al idiota este? En serio, conejita, no tienes que verlo ni hablar con él porque sea amigo del jodido Mario ese, que si quieres mi opinión debe ser un completo imbécil si tiene un amigo así.

—Lo sé, Raquel, pero Mayo me ha llamado y dice que está arrepentido.

—¡Y que va a decir la pava esta si es amigo de su «gominola»! En fin, aquí estoy yo de comodín del público, si se atreve a decir alguna grosería le meto el bolso por el culo y me importa una mierda que su padre sea el Marques del Barandaje.

—Su padre no es el Marqués, era el de su ex, *osea*, que el único título «nobiliario» que tiene es el de cretino.

—Carol, llama a las cosas por su nombre, el tío es Sir Gilipollas del Yate Marbellí y los Sietes Cavallinos.

~ 134 ~

Cuando entraron al local Íñigo ya estaba allí, se levantó al verla entrar, pero puso cara de fastidio cuando vio que venía acompañada.

—¡Vaya, Carol!, ¿has traído refuerzos?, ¿hoy no tenía el día libre el albañilito?

¿Arrepentido? ¡Y un huevo de Fabergé! Pero antes de poder abrir siquiera la boca, su hermana se colocó frente a él, lo miró de arriba abajo y se sentó en una silla como si tal cosa.

—Perdona que me sienta en tu «grata» presencia, pero como habrás podido comprobar estoy embarazada. Soy Raquel, la hermana de Carol.

—Será hermanastra.

—Será tu madre montada en patineta, guapo. Ella es mi hermana, tío, *osea*, la hija de Daniel, mi papastro y marido de mi madre, ¿lo captas, chato? Y tú, ¿dónde dices que has estudiado? Porque por tus modales diría, sin temor a equivocarme, que suspendiste guardería y hasta el recreo, monín.

Ella todavía seguía alucinando en pajaritas de colores con la presentación de Íñigo, pero cuando vio como trataba a su hermana todo

en ella se reveló.

— *Osea*, tío, te hago el favor de venir a verte para que te disculpes, ¿y tratas así a mi familia?, ¿pero de qué vas? Raquel, vámonos, este idiota no se merece que le dé la hora ni en digital.

—¡Ostras, que bueno, conejita! La hora en digital, esa me la apunto para cuando Neus se ponga burra. Pero no nos vamos, aquí el «sujeto» nos ha invitado y yo pienso merendar a su costa, por lo de las molestias y tal.

—Yo solo invité a Carol.

—Y encima el tipo es un racán —su hermana volvió la cabeza y la miró fijamente— Oye, cuando se refiere al «albañilito» habla de Lolo, ¿no?, el que le arreó un puñetazo que le dejó el hígado bailando un tango con el páncreas, ¿verdad? ¡Bien por él! Yo le hubiera dado una patada en las partes «reproductivas» y me hubiera asegurado el fin de su «especie».

Íñigo pasó a convertirse en un semáforo, cambió de color unas cuatro veces y sus ojos parecían querer taladrarla.

—¡Ahora entiendo porque tu madre está tan alterada por las visitas que haces a la familia de tu padre!

Mayo se merecía que le sellara la boca con cosa de esa, ¿cómo se llamaba?, ¡ah, sí!, silicona, ¿cómo porras se le ocurría contarle eso a este tipo?

—Mi madre puede meterse las opiniones sobre mi familia —recalcó la palabra mi— por el único lugar de su cuerpo que no se ha «dorado».

Raquel soltó una carcajada.

—Traducción, ¡por el culo! Es que estos tíos con master en «idiotitis» no suelen captar los símiles.

—Mira, Carol, yo solo he venido a saludarte, a pedir disculpas porque creo que malinterpretaste mis acciones y a invitarte, de nuevo, a pasar las fiestas conmigo, creo que te equivocas al rechazarme y estoy seguro de que si Sarah se enterara se enfadaría muchísimo contigo y créeme, lo sabrá.

Vio la indignación crecer en su hermana, pero por mucho que se enfadara no iba a lograr llegar a su altura.

—Bien, he intentado ser cortés y agradable contigo, pero como veo que debe faltarte algo de «cocción», no sé, ¿un par de vueltas más de la valvulita esa de la olla exprés? y encima eres un... memo...

—Capullo, Carol, es un capullo en toda regla, no te reprimas.

Sonrió ante las palabras de su hermana.

—Pues eso que ha dicho Raquel, creo que, dado tu estado exacerbado de egocentrismo, tengo que aclararte un par de cosas. Primero, Íñigo, no malinterpreté tus acciones, fuiste un patán machista y trataste de imponerme tu persona. Segundo, nadie, repito, nadie me amenaza, ¿quieres ir a contarle a mi madre que rechazo tu invitación?, hazlo, no me importa. Buenas tardes.

Echó a andar y escuchó, detrás de ella, los pasos acelerados de su hermana.

—¡Oye, conejita!, ¿te vas a ir así?, ¿y la patada en los huevos que se merece?, ¿o una torta a mano abierta que le recoloque los empastes?

Cuando salió a la calle se apoyó en la pared de la cafetería y empezó a hiperventilar, Raquel se paró frente a ella y le tomó la cara con las dos manos.

—Carol, cariño, respira, ¿vale?, tranquila, inspira, expira, inspira, venga, tú puedes, solo un poco más.

~ 136 ~

Empezó a sonreír y el temblor de su cuerpo amainó.

—¿Estás intentando tranquilizarme o me utilizas como prueba de tus clases de preparación al parto?

Raquel se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Estaba intentando colocarme en la piel de Dearan y oye, lo va a pasar fatal, porque yo estaba al borde del colapso, nena. ¿Lo qué te ha puesto así ha sido la amenaza del imbécil ese de decirle a tu madre que has rechazado al Marqués «Embarandado»? Conejita, no puede hacerte nada, ¿no?

Tomó aire con fuerza y lo soltó muy despacio.

—Física y legalmente no, ratona, pero la conozco y sé de lo que es capaz, te puede destrozar, anímicamente, con dos frases. No me fui de casa solo por lo de Charles, sino por lo que ella sería capaz de decirme, sabía que me haría daño y... es incapaz de pedir perdón, Raquel, comprendía que si me quedaba perdería el lazo que nos unía, es... es una apisonadora con la boca.

—Lo que no entiendo es que narices le pasa al tío este, no es ni novio ni nada tuyo, ¿a qué viene esa obsesión contigo? Y no es que esté diciendo que no estés maciza, nena, simplemente que no entiendo este empecinamiento, ¿no tendrá relaciones comerciales con tu padrastro? Se separó de la pared, ya se sentía más tranquila y empezó a andar al lado de su hermana.

—No sé, no tengo ni idea.

—Dejemos de hablar del «medio cocido» este y hablemos de lo

realmente importante, ¿Qué hay con el tal Lolo?

Se ruborizó con intensidad, debía hacer algo con eso, era altamente irritante.

—¿Con... con Lolo? Es... es un amigo.

—Claro y yo soy la nueva presidenta de la asociación de la línea recta, ¡venga, Carol, qué no soy tonta! Estás más ilusionada, hablas, cada dos por tres y a escondidas, por teléfono, cuando termina la llamada te brillan los ojos y hasta estás menos melona que de costumbre, eso, nena, solo significa una cosa, que has empezado la dieta de «Lolazos».

—¿La dieta de qué?

~ 137 ~

La sonrisita irónica de su hermana la puso en pre-aviso y pre-alerta, ¿qué iría a soltar por esa boquita?

—Ya sabes, la de Lolo y sus *polvazos*.

—Pensé que el estar casada haría algo con esas «perlas» que sueltas por la boca, pero creo que ha sido peor, ratona.

—Tú sigue la línea de mis palabras y no te me desvíes. Háblame de Lolo y su «paleta» mágica.

—¡Raquel, mira que eres... gansa!

—Hasta los animales me confundes, no sé qué voy a hacer contigo, es

burra, cielo, burra, asna, pero ¿gansa? Bueno, ya veo que no me quieres contar nada del albañil, tendré que pasar al segundo nivel.

Su hermana aceleró el paso y sonrió, ¡hasta los pelos depilados se le pusieron de punta! ¿Segundo nivel?, ¿cuál era el segundo nivel? Y ya de paso podía explicarle cual era el primero.

El lunes lo había pasado, prácticamente comiendo, durmiendo y por la noche había salido con Josema y Nacho, sus dos mejores amigos, quedaron en la cafetería de «toda la vida», casi su segunda casa cuando eran chavales, Triana, siempre había estado allí, es más, ya estaba antes de nacer él siquiera y ese había sido su punto de encuentro. Con unos «cubatas» y una conversación de tres horas se pusieron al día y quedaron para el jueves, el día de Nochebuena, para ir a tomar unas cervezas, al mediodía, a la Plaza de las Flores, en la capital, algo que se había vuelto un tópico entre ellos en estas fechas.

El martes se levantó temprano, quería ayudar a su madre en la panadería, añoraba aquello, el olor del pan recién hecho, a su madre cantando y lo mejor, su abuelo apoltronado en su sillón y en la entrada, dando la bienvenida a todas las clientas, adoraba a las mujeres y para cada una de ellas tenía siempre un piropo, según él no había ninguna

fea, todas tenían su encanto, por eso, cuando sacaba un carro de pan para recargar las estanterías, le extrañó mucho la frase que soltó.

~ 138 ~

—¡Y la puerta se abrió, el cielo se nubló y el día se torció, a tomar por culo!

Levantó la cabeza y descubrió el motivo de semejante comentario.

—¡Hola, Manu!

La que levantó la cabeza como un rayo en ese momento fue su madre.

—¡Mucho has tardado tú! ¿Vienes a comprar el pan, Paqui?

Se quedó mirándola y sonrió para sí, ya no sentía nada al verla, ¡nada!, ni rabia, ni dolor y, mucho menos, amor, era como si tuviera frente a una extraña, una persona que no significaba nada, por eso la saludo casi desganado.

—¡Hola, Paqui!

—No, Reme, no he venido a comprar, solo quería saludar a tu hijo.

—¡Hala, pues ya lo has visto, buenos días y adiós!

La cara de su ex fue todo un poema, estaba claro que no esperaba un buen recibimiento, pero se sentía, encima, «ofendida».

—¿Podemos hablar, Manu?

—¡Esta tía tiene más morro que espalda y mira que el par de morcillones que se ha puesto por labios son grandes!

No pudo evitar la sonrisa con las palabras de su abuelo, pero antes de crear un momento más tenso decidió dejarle claro a Paqui las cosas de una vez por todas.

—No creo que tengamos nada que hablar tú y yo, es más, creo que eso es algo que me dejaste claro, ¿no?

—¡Manu, por favor, era una niña!

—¿Ha dicho que era una niña? Entonces, ¿lo que perdiste no fueron las bragas sino los pañales, no? ¡Pero que jeta tiene la tipa esta!

—¡Abuelo, cálmate! Paqui, no pierdas tu tiempo y no me hagas perder el mío, ¿vale? Aquello ya está olvidado, muerto.

—¿No vas, al menos, a dejar que me explique?

En ese momento entró, desde la sala del horno, su hermana María, ¡joder, joder! Ahora sí que se podía liar parda. Ellas habían sido muy

amigas y la había engañado y usado igual que a él.

~ 139 ~

—¿Qué narices haces tú aquí? Si no quieres que te tatúe la suela de mis deportivas en tu maldito culo ya puedes abrir la puerta y largarte, zorrón.

Se volvió y sujetó a su hermana que venía dispuesta a cambiar la panadería y reconvertirla en un tatami.

—Nunca vas a tener modales, María.

—Y tú no vas a llevar las bragas puestas más de cinco minutos cuando abran una cartera.

—¡Ya está bien! Paqui, aquí no eres bienvenida, ya puedes irte por dónde has venido. Manu, hijo, lleva a tu hermana adentro.

La vio irse, uno pensaría que después de las palabras que se habían dicho y de todo lo que había hecho bajaría la cabeza, pero no, se mantenía altanera y orgullosa. Y pensar que un día la quiso con locura y que hubiera dado todo por ella, lo peor fue la traición, el engaño, porque él había confiado en ella plenamente.

Llevó a su hermana hasta su habitación y se sentó en la cama mientras la veía «calentarse» conforme hablaba.

—¿Cómo puedes hablarle siquiera?, ¿no te da asco mirarla? ¡Menuda

zorra! ¡Ladrona de mierda! ¡Traicionera, cerda, asquerosa!

Miró a su hermana pasear... bueno, más bien «cabalgar» de lado a lado de la habitación, su larga melena negra más que flotar saltaba detrás de ella y sus ojos verdes brillaban de indignación.

—¡María, basta ya!

—¿Basta? El zorrón ese era mi amiga, mi mejor amiga, iba a ser mi cuñada y la quería como a una hermana. ¡Joder, Lolo!, ¿tú que tienes en las venas, un surtido de granizados? Te puso tantos cuernos que no entiendo como entrabas por las putas puertas y, por si eso no fuera suficiente, ¡nos robó, coño!, ¿cómo no voy a cabrearme? Ella sabía que ese dinero era para pagarme el viaje de mi vida y la muy cerda se lo llevó ¡todo! ¿Y a ti? ¡Joder, te dejo en gayumbos la muy guarra! Se llevó hasta el último euro que tú habías ahorrado.

Tomó aire y lo soltó con cuidado.

—Escúchame, hermanita, ella ya no me importa, no siento nada cuando la veo, bueno sí, asco y desprecio, pero ya no me altera, Paqui no existe para mí.

María abrió la boca y los ojos.

~ 140 ~

—Es... es verdad, ¡ostras, no me lo puedo creer! ¡Ya no sientes nada

por ella!, ¡al fin!

—¿Qué cojones quieres decir? Hace años que os vengo diciendo que no siento nada por ella, ¿y ahora lo captas? cielo, ¿en serio estás capacitada para dar clases?

—¡Venga ya, Manu! Tú podías cantar misa desde lo alto de un pulpito, guapo, pero cuando escuchabas el nombre de esa mala pécora tu cara lo decía todo, parecía que te estaban haciendo un examen proctológico con el palo de la azada. ¿Qué es lo que ha pasado para este cambio? Su hermana se arrodilló frente a él y lo miró fijamente, le tomó la cara entre las manos, se la giró, la inclinó y luego, de golpe, lo soltó y empezó a dar saltos por toda la habitación como si tuviera una nube de mosquitos rondándole.

—¡Tú te has enamorado, capullo! ¿Quién es ella?, ¿cómo se llama?, ¿cómo es?, ¿lo sabe mamá?

—Para el carro que vas a descarrilar. No me he enamorado.

—Sí, claro, ¿cómo si no te conociera! Desde lo de la guarra esa tenías cara de estreñido y ahora, de repente, hablas de ella como si hablaras del cónsul belga en Comoras.

—¿Comoras, dónde cojones está eso?

—¿Ves? Esa es la cara, como si no tuvieras ni puta idea de quién es

la cerda esa. ¡Qué fuerte, qué fuerte! ¡Cuando se enteren todos van a flipar!

La vio dirigirse a la puerta, conocía a su hermana, habían compartido útero, parto y hasta cuna y la muy ladina, junto a su madre, eran capaz de mirarlo y saber hasta lo que había comido un mes antes, así que su misión, en ese momento, era detenerla y a ser posible amarrarla a la pata de la cama antes de que soltara por esa boquita todo lo que «sospechaba».

—¡Mamá!

—¡María, joder, eres una maldita chivata! ¡Ven aquí!

—¡Mamaaaaaaaaaaaaaá!

—Pienso contarle a mamá que perdiste la virginidad en su cama.

Su hermana se paró en seco y lo miró fijamente. Todos sabían que su madre se había preocupado de hablarles sobre el sexo y, desde muy

~ 141 ~

jóvenes, les instó a ir preparados por la vida, no salir de casa nunca, bajo ningún concepto, sin condón, pero en su casa, ni uno de sus hijos, hombre o mujer, podía compartir habitación con su novia a no ser o que estuvieran casados o vivieran ya en pareja.

—¡No te atreverás, Manu!

La sonrisa irónica tuvo que ser la que la hizo desistir, pero estaba seguro que tendría que darle algo de «carnaza» si quería que no se fuera de la lengua.

—Se llama Carol.

—Ahora nos entendemos, hermanito.

Y ya no pudo echarla de su cuarto hasta una hora después.

~ 142 ~



Miércoles esperó, temerosa, la llamada de su madre, pero esta no se produjo. Jueves estaba algo más relajada y esa tarde se metió en la cocina, para preparar la cena de Nochebuena, con Carmen y Lali, la mejor amiga de su mamastra, y que estaba casada con Evander, hermano de Dearan, y como este, un hombre guapísimo, tenía el pelo castaño, ojos azules, barba y bigote. Lali era un mujer dulce y encantadora, había estado casada con un tirano, que según Carmen, le

hizo el inmenso favor de estirar la pata, eso sí, no sin antes haberla maltratado física y psicológicamente y haberle regalado «ornamentos» para la cabeza para surtir a todos los centros comerciales de Cataluña y provincias colindantes.

Le encantaba verlas moverse por la cocina, las dos eran unas cocineras maravillosas y todo un contraste, Carmen era muy rubia y tenía los ojos azules y Lali tenía los ojos y el pelo muy negros. Ella estaba feliz de poder estar allí y aprender, disfrutó de todas las veces que su padre y Evander entraron en la cocina, los mimos que se prodigaban y el cariño que se tenían.

La cena estaba siendo divertida, amena, hablando y poniéndose al día. Cuando estaban tomando los postres sonó su teléfono, lo miró y vio que era la llamada que «esperaba». Se levantó de la silla y salió al pasillo.

~ 143 ~

—¡Hola, mamá! ¡Feliz Navidad!

—¿Feliz Navidad, Carol? ¿En serio crees que pueden ser felices con lo que me acabo de enterar?

Pues allí estaba, el idiota de Íñigo le había ido con el cuento a su madre y se iba liar parda, se lo estaba viendo venir.

— *Osea*, mamá, no... no sé qué quieres decir.

Lo mejor era hacerse la ignorante, pero no por eso se iba a librar de lo que venía.

—¡Carolina Ferrer Doménech!, ¿vas a hacerte la tonta? Me acaba de llamar Íñigo y espero, por tu bien, que lo que me ha contado no sea cierto.

El nombre al completo... malo, malísimo. Pero lo que peor le sentó fue que su madre, la que la parió... aunque se molestó poco en criarla eso también era verdad, creyera a... a aquel fantasmón y la condenara antes de escucharla.

—No sé qué te habrá dicho, pero espero que haya sido que intentó sobrepasarse y que me trató como si fuese un pedazo de carne, si es eso, sí, es verdad, mamá.

—Déjate de sandeces, Íñigo es un hombre íntegro, serio y formal, su padre es dueño de uno de los bancos con los que opera Brent. Pero no es eso de lo que quiero hablarte. ¿Un albañil, Carol, te estás dejando ver por Madrid con un albañil? Y encima un musculitos pretencioso y matón que le asestó una paliza al pobre de Íñigo. Y ya, lo último, es que apareces con una de las hijas de esa mujer a tomar un café con él y esa maleducada y deslenguada le faltó al respeto. ¿Es esa la educación que recibiste?, ¿cómo puedes hacerme algo así? Quiero que hagas tu

equipaje y vuelvas a Madrid, ¿entendido, Carol?

¿¡Qué!? ¿Pensaba que era una niña?, ¿imaginaba, siquiera, qué le iba a hacer caso?, ¿y creía que iba a dejar pasar el insulto a su familia y a Lolo? Pues no, se acabó, ya había tenido más que suficiente de sus maneras autoritarias y de su manía de meterse en su vida.

—Primero, mamá, Lolo...

—¡Por Dios Santo Bendito! ¿Lolo?, ¿qué clase de nombre es ese? No, no contestes, me lo imagino, uno que va acorde con la personalidad, ¿no?, ¿cómo, Carol, has podido caer tan bajo?

~ 144 ~

—Como te iba diciendo, él solo lo golpeó cuando Íñigo intentó atacarle, me defendió, ¿sabes?, porque el idiota ese podrá tener dinero y estudios, pero ¿clase? No, de eso no tiene y ¿sabes por qué mamá? Porque puedes imitar un diamante, pero siempre será eso, una pobre copia. Segundo, no pienso volver a Madrid, ¿me escuchas?, *osea*, no puedes tratarme como si fuese una niña, hace años que dejé de serlo.

—¡Carolina...

—Y tercero, «esa mujer» como tú la llamas ha sido, en este tiempo, más madre que tú y sus hijas mis hermanas, las quiero, las adoro y ellas sienten lo mismo por mí.

—¡Por favor, Carol, no seas niña! Esas mujeres son de clase baja, zafias y vulgares y lo único que pretenden es quitarle, que por cierto tampoco creo que sea mucho, todo lo que posee tu padre y que por derecho te pertenece.

—¡Qué fuerte, mamá, pero qué «súperfuerte»! Piensa lo que quieras, pero yo voy a seguir visitándolas, es más, estoy tratando de vender mi parte de la boutique y venirme a Barcelona con mi familia y con respecto a Lolo te aviso que voy a seguir viéndolo y si no te gusta mi decisión me da igual, es más, ¡me importa una mierda!

Y colgó.

—¿Ha dicho mierda?

—Sí, con todas las letras.

—Pero, ¿Carol, nuestra conejita?

Se volvió y vio a toda su familia, de pie en la puerta del comedor, con la boca abierta y mirándola con cariño, respeto y apoyo.

—¿Quién cojones es ese Lolo?

Todos ignoraron la pregunta de su padre, clavó la vista en Carmen que la miraba con los ojos llenos de lágrimas y, al mismo tiempo, con una sonrisa de amor y, pasando de los brazos de su padre, se lanzó a los de ella que la recibieron y la apretaron a su cuerpo y entonces se

derrumbó y empezó a llorar.

—Chsst, cariño, no llores, mi cielo, ven, vamos a tu habitación.

Escuchó a su padre maldecir.

—¡Me va a oír, joder si me va a oír! ¡Me cago en la puta, no va a volver a hablarle así, en la vida, a nuestra hija!

~ 145 ~

Sabía que a su madre le esperaba un buen rapapolvo de parte de su padre, pero no le importó, se acabó, ya había llegado a su límite, ahora, la «pelota» estaba en el tejado de su madre, a ella le tocaba hacer el siguiente «pase», pero conociéndola como la conocía estaba segura que era capaz de anular su siguiente operación de implantes mamarios antes que de llamarla y pedir disculpas.

Había terminado de cenar y todos empezaron a mover los muebles y dejar espacio para sentarse frente a la chimenea y empezar a cantar villancicos, bueno, en realidad lo que ellos cantaban era el «aguilando murciano»³, su abuelo ya se había preparado la «castañeta»⁴, sus sobrinos llevaban panderetas, su padre tenía su guitarra y él utilizaría la bandurria. Pero antes decidió llamar a Carol, quería felicitarle la Navidad, salió, por la puerta de la cocina, a la sala del horno y la llamó.

—¡Hola, rubia!

—Lo más cerca que he estado yo de ser rubia, guapetón, fue cuando decidí utilizar las acuarelas amarillas y me embadurne todo el pelo con ellas, pero salvo eso, pues no, soy morena.

—Lo siento, ¿no eres Carol?

—No, muchachote, no soy Carol. ¿Eres Lolo?

—Sí, siento la confusión, ¿podrías pasarme con ella?

—Podría, cierto, pero va a ser imposible, mi hermana está algo indispuesta.

—¿Está enferma, qué le pasa?

3 En el lenguaje de la huerta de Murcia, conocido comúnmente por el panocho, predomina

con gran arraigo y uso el aguinaldo en vez de aguinaldo. El aguinaldo murciano son los villancicos que se cantan en Navidad y era tradición salir, después de la cena y la misa del gallo, a cantarlos de casa en casa y los habitantes de la casa los invitaban a licores y dulces. Aún hoy se sigue haciendo, pero es una tradición que se está perdiendo, eso sí, en muchos hogares se canta al calor de la chimenea.

4 La castañeta es un instrumento de percusión fabricado con una simple caña y que al tocarla hace un ruido similar al de una castañuela, de ahí su nombre. El sonido se produce al golpear con la mano la base de la caña (a la cual se le ha hecho una raja y un hueco), mientras la sujetamos con la otra mano a la empuñadura.

~ 146 ~

—Tiene «sarititis crónica» o lo que es lo mismo, el pendón desorejado

de su madre la ha llamado y cual capitán de los siete ejércitos y una cuadrilla de picapedreros, le ha dado sus órdenes, pero mi niña melona ha estado de vicio.

—¡Eres Raquel!

—¡Coño!, ¿qué me ha delatado?

—Lo de la niña melona. Así que su madre la ha llamado y le ha hecho sentir mal ¿Qué mierda le ha dicho para ponerla así?

—Pues para abreviar le ha prohibido relacionarse con la «familia zafia» y con un albañilito, ¿tienes idea de quién puede ser?

—¡Hija de...!

—No te reprimas, puta, con todas las letras y si por mi fuera le mandarían a que le depilara el «chichi» el primo bizco de Eduardo Manostijeras, la tipa no es más borde porque no está más a la orilla. Pero Carol se ha negado a dejarse someter por ella y la ha mandado a la mierda.

—¿Carol?

—Estupefacto te has quedado, ¿verdad?, pues así nos hemos quedado todos. Mi madre está con ella en la habitación, después de semejante disgusto se ha derrumbado. Le diré que la has llamado y cuando se encuentre mejor estoy segura de que te devolverá la llamada.

—¡Gracias, Raquel y Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad para ti también, Lolo! Y espero poder conocerte pronto.

—¡Igualmente, Raquel!

Después de colgar se quedó un buen rato mirando al teléfono.

—¡Maldita sea! ¡Joder!

—¿Carol es la chica que te tiene loco, Manu?

Se volvió y se encontró con su madre que lo miraba con ternura.

—Mamá...

—Lo sé, eres mayor, todo un hombre y no tienes por qué darle explicaciones a tu madre. Pero también recuerdo que siempre nos lo hemos contado todo, te ponías a mi lado y me ayudabas a sacar el pan

~ 147 ~

y terminabas comiéndote una barra entera bien calentita mientras me hablabas de tus cosas, lo echo de menos, hijo.

Era verdad, su madre siempre había sido quien mejor lo comprendía y en sus peores momentos, aquellos que pasó por culpa de Paqui, ella siempre estuvo a su lado aguantando sus malas respuestas, sus noches de borracheras y hasta las de lágrimas.

Se guardó el teléfono en la camisa y metió las manos en los bolsillos

de sus pantalones, dio un par de pasos, se paró, tomó aire y miró a su madre.

—Sí, mamá, Carol es la mujer que me está volviendo loco, no sé muy bien que siento por ella, es preciosa, simpática, dulce.

—Bueno, pues me parece que es una chica fantástica, ¿no?, entonces, ¿qué es lo que te da miedo?

Lo conocía demasiado bien.

—No lo sé, tal vez... ella tiene algo... algo que me hace recordar a Paqui, es cursi y algo pija, vive por la moda, el estilo, las marcas, todas esas chorradas.

—A ver, Manu, tu ex novia es burra, siempre lo ha sido y siempre lo será, no sabe hacer un círculo ni con el culo de una botella y de repente se pone dos tetas como dos cántaros y empieza a soltar eses de tres en tres, se cree que es la ganadora de siete premios Pulitzer y se hace especialista en «monta y derribo» de toda la especie masculina de dos piernas, eso, cielo, no la hace una chica pija, ni cursi, eso la hace lo que es, «miss colchonetas». Cariño, ¿Carol es así?

No, ella no era así, ¡por Dios, si solo había tenido sexo con otro antes que con él!

—No, ella es inteligente, eso sí, no se «come» una ese, pero las coloca

todas y es... demasiado inocente.

Su madre se acercó hasta él, le colocó la mano sobre el hombro y se lo apretó con cariño.

—Entonces, cielo, date la libertad de conocerla, de saber cómo es realmente y déjate llevar, Manu, no te cierres en banda y dale una oportunidad a esa chica. No la juzgues y condenes por lo que hizo —la vio tomar aire y soltarlo con brusquedad— esa mujer.

Sí, como siempre su madre tenía razón, Carol podía ser cursi, podía vivir obsesionada con la moda, hablar de aquella forma que lo volvía

~ 148 ~

loco, pero era algo innato en ella, su rubia era real, natural y era incapaz de hacer daño, traicionar o mentir, no tenía nada que ver con Paqui, todo era artificial, forzado y falso en su ex.

~ 149 ~



Cuando abrió los ojos se sintió descansada, ¿cuánto tiempo había dormido?, se dio la vuelta y se encontró en la cama de al lado a sus tres hermanas mirándola sonrientes y expectantes.

—¡Hola, cielo!

—¿Qué hora es, Raquel?

—¡Las diez y media, dormilona!

¿Había dormido toda la noche? Se tapó la cara con las manos.

—¡Qué fuerte, os estropeé a todos la noche!

Unas manos apartaron las suyas de la cara, Lucía la miraba seria pero con ternura.

—Tú no has estropeado nada, cariño, ¿entendido? Además, somos familia, si uno se siente mal los demás le apoyamos.

Gloria se sentó al otro lado y le sonrió.

—Y encima ha sido una noche maravillosa. Nos quedamos todos aquí, los hombretones de la casa prepararon una especie de tienda india y los

~ 150 ~

peques se quedaron durmiendo allí y nosotros estuvimos jugando a las cartas, después nos fuimos a dormir mientras que ellos siguieron jugando y cayeron rendidos en los sillones. Esta mañana andan todos con el cuello torcido.

Raquel se sentó a los pies de la cama y siguió contando como había ido la noche.

—Lali y mamá durmieron en la habitación de ella y nosotras en la de invitados, las tres juntas, fue como en los viejos tiempos —en ese momento miró a sus dos hermanas— y ahora recuerdo porque era un coñazo, Gloria habla en sueños, algo molesto cuando la nena le da por soñar con su Chris y se tira gimiendo toda la noche y Lucía ronca como un oso hibernando.

Empezaron a discutir, en broma, las tres, hasta que se abrió la puerta y entraron Lali y Carmen con una bandeja con el desayuno.

—¡Buenos días, chicas!

Su sonrisa se ensanchó cuando le colocaron la bandeja frente a ella y la besaron, ambas, en las mejillas.

—Ya tienes mejor color y todo. ¿Has descansado bien, conejita?

—Sí, Carmen.

—Bien, me alegro, ahora desayuna —se volvió hacia sus hijas— y vosotras dejad a vuestra hermana tranquila.

Cuando salieron las dos mujeres por la puerta, las cuatro empezaron a reír.

—Mamá pata ha dado una orden, así que arreando.

Se levantaron las tres, pero antes de llegar a la puerta se giraron y la miraron fijamente y sonriendo.

—¡Ah, se me olvidaba! Cuando termines de desayunar te das una ducha y haces una llamada.

¿¡Qué!? ¡Ni loca iba a llamar a su madre! Estaba segura de que si lo hacía pensaría que había «claudicado».

—Raquel, no pienso llamar a mi madre.

—¿Y quién ha dicho que la llames? Yo te estoy hablando de devolver la llamada a un tipo que, cuando descuelgas, te suelta un ¡hola, rubia! Y que tiene una voz que hace que tus bragas pasen a ser «autodeslizantes» y se estrellen contra el suelo.

~ 151 ~

—¿Ha llamado Lolo?

Su hermana, en vez de contestar, se volvió hacia Lucía y Gloria y les guiñó un ojo.

—¿Qué os dije? Estaba segura de que iba a adivinar quién era en el momento que hablara de las bragas.

Se sonrojó ante las palabras de su hermana.

— *Osea*, ratona, ha sido por lo de rubia.

—Ya, ya. Bueno, desayuna tranquila, te das una ducha y luego lo

llamas, se quedó bastante preocupado cuando le conté lo que había pasado.

Ahora sí que se ruborizó con intensidad.

—¿Le contaste lo que había pasado? ¡Por la D de Dior, Raquel! ¿Qué va a pensar ahora? ¡Qué fuerte! No... no le dirías lo que dije sobre, *osea*, lo de... ejem, las deposiciones, ¿verdad?

—Pues sí y flipó en colores.

—¡Jopetas! ¡Te has pasado, ratona! No... no puedo llamarlo, va a pensar que soy de lo peor, en serio, esto es muy fuerte.

—¿¡Hello!?! *Osea*, tía, ¿tú es que no prestas oído, nena? El *boy* está *crazy* por ti, anda que pierde el *casco* por tu *body* y se ha quedado encandilado, tía, ¡te lo juro por los morritos de Donatella Versace! Así que coge el *phone* y le das una llamada antes de que le dé un soponcio, ¿*okay*? Porque si no lo fuerte va a ser la *slap* que te voy a dar y que va a hacer que no te ubiquen ni con el *google maps*.

Todas se quedaron mirando, con la boca abierta, a Gloria.

—¿Qué? ¡Yo también se hablar en «píjilandi»!

Cuando las tres salieron y cerraron la puerta tomó su teléfono y llamó a Lolo que descolgó al primer toque.

—¿Rubia?

—¡Hola, Lolo!

Antes de que él dijera nada más escuchó a Raquel hablar con sus hermanas.

—¡Los veinte euros, nenas! Ya os he dicho que lo llamaba antes de desayunar.

~ 152 ~

Sonrió y se sintió mucho mejor, adoraba a ese trío de locas.

—¡Hola, princesa! ¿Cómo estás?

—Bien. Lolo, sé que llamaste anoche y mi hermana, *osea*, ella te contó lo que pasó, es que... sé que es muy fuerte, tío, no sé qué me pasó por la cabeza, pero ella estaba diciendo todo aquello y prohibiéndome...

—Carol, cielo, respira. Hiciste lo correcto, rubia; es tu madre, cierto, pero no tiene que decirte a quién debes ver o no. Princesa, ¿pensaste, acaso, qué pensaría mal de ti por decir... mierda? ¿Pero que pasa por tu cabecita, cariño? Cuando me lo contó Raquel te juro que hubiera pagado por estar ahí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, ¡jopetas!, lo extrañaba tanto y no dudó en decírselo.

—Yo también te echo de menos, Carol, mucho, sobre todo esa boquita que me vuelve loco y ese cuerpo que hace que pierda todo el control, me

muero por estar de nuevo entre tus piernas, rubia.

—¡Jopelines, Lolo, eres un bruto!

—Y eso te gusta, princesa, no lo niegues, ¿o te recuerdo cómo gimes y gritas?, ¿o cómo me pides más mientras te agitas entre mis brazos?

—¿A ti te parece normal decir esas... esas cosas a estas horas?

—¿Y qué quieres que haga? Si es pensar en ti y me pongo «firme» y cuando oigo tu voz haces que hasta mis manos tiemblen de deseo.

¡Joder, rubia! Estoy desesperado por follarte, apenas llevamos unos días separados y me muero por estar contigo. ¿Cuándo vuelves a Madrid?

—Pues pienso quedarme aquí hasta el día nueve.

Escuchó su gemido, alto y claro.

—Adelanta la fecha, princesa, porque si no soy capaz de presentarme ahí y hacerte al amor delante de todo el mundo. ¿Por qué no vuelves el siete? Yo llegaré el domingo anterior y no puedo imaginar estar allí sin ti, venga, rubia, dime que sí, por favor, ¿no ves que te estoy rogando?

Sonrió ante las palabras de él y la forma en que se lo pidió, con voz baja y ronca.

—Tal vez... podrías convencerme.

—¿Y qué tengo que hacer para conseguirlo? ¿Quieres una foto de mi polla en estos momentos?

~ 153 ~

—¡Lolo!

—¡Pero si es que parece un maldito «cañón» de artillería! Rubia, es pensar en ti y se me pone una sonrisa tonta en la cara, todos en casa se han dado cuenta de que me pasa algo, la opinión generalizada es que estoy «agilipollado», pero la realidad es que me vuelves loco, princesa, tengo tantas ganas de tenerte en mis brazos que, por primera vez, estar aquí no es tan emocionante como otras veces, si hasta echo de menos a la bola de mocos del Burbujas y al gato «despellejado». Dime que tú también estás deseando estar conmigo, que te mueres por estar piel con piel y con nuestras bocas pegadas, dímelo para que la jodida «cosa» esta que tengo entre mis piernas deje de doler y el temblor de mis manos disminuya, Carol.

—Si tú estuvieras aquí, Lolo, estas fiestas serían perfectas, *osea*, te echo tanto de menos que por las noches yo... yo te extraño tanto que mi cuerpo se enciende, se agita por ti, te necesita.

—¡Maldita sea, rubia! Estoy a punto de correrme nada más que escuchándote decir eso. Mejor voy a darme una ducha fría, cariño. Ya te llamo mañana, ¿de acuerdo? Y Carol, deberías sentirte orgullosa de haberle plantado cara a tu madre. No olvides nunca que eres una mujer

muy especial, maravillosa y que eres libre para tomar tus decisiones, ni ella ni nadie tiene que decirte que hacer, decir o con quién quieres estar.

¡Ah! y otra cosa, tienes una familia estupenda y que te adora.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, sus palabras la habían emocionado.

—Gracias, Lolo. Sé que tengo una gran familia, me lo demuestra siempre, pero anoche más aún, me sentí muy arropada y quiero que sepas que tú eres parte de ella.

—¡Hasta mañana, rubia!

—¡Hasta mañana!

Cuando colgó el teléfono se quedó mirándolo embobada, ¿qué era aquello que él le hacía sentir? Su familia le daba cariño, apoyo y comprensión, con ellos se sentía segura, él le daba fuerzas, alas, seguridad, pasión, mucha pasión y le había hecho descubrir una parte de sí misma muy interesante. Nunca llegó a imaginarse que podría ser tan sensual y que disfrutaría tanto del sexo. Sin ninguna duda, Lolo, le hacía sentir algo que no había sentido nunca por nadie, ahora solo faltaba descubrir que era y si él sentía algo igual.

~ 154 ~



Ese día era Nochevieja, después de cenar y comer las uvas con su familia salió a tomarse unas copas con Josema, Conchi, su mujer, con Nacho y su pareja, Candy.

Llevaba una hora en el local cuando se acercó a él Paqui, su ex, todo su cuerpo se tensó, no le apetecía nada hablar con ella, miró a sus amigos, en especial a Josema que, al ver a su hermana, empezó a refunfuñar.

—No le hagas ni puto caso, Manu, no dejes que te líe, ¿entendido?

Los ojos de su amigo lanzaban chispas y en vez de verdes parecían negros, lo calmó diciéndole que no se preocupara, que ni con un palo tocaba a su hermana, ya había tenido bastante de ella para, por lo menos, siete vidas.

Paqui llevaba un vestido negro ajustado que marcaba, sin dejar nada a la imaginación, todo su cuerpo. Era alta y morena, como la recordaba desde su juventud, pero allí acaba todo lo «natural» en ella, tenía un par

de tetas que parecían balones de reglamento y los pómulos muy

~ 155 ~

marcados. Se acercó hasta él y puso los dos plátanos de Canarias que tenía por labios en su oreja.

—¡Feliz año, Manu! ¿Podemos hablar?

La miró de arriba abajo, más que nada por ver cómo había quedado su «inversión... por cojones», sí, porque él había pagado toda la «transformación» de ella y no porque le apeteciera o le pidiera el dinero, no, simplemente porque se lo robó. Se había hecho una liposucción, había reducido su cintura y estaba seguro que también los muslos, era como mirar a una muñeca hecha por encargo y se le revolviéron las tripas.

—Mira, Paqui, creo que tú y yo ya nos lo hemos dicho todo. No me hace ni puta gracia el verte así que imagina lo que me apetece hablar contigo.

—¿No merezco ni diez minutos, Manu? Al menos deja que te explique...

Se puso de pie y le hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera, no quería ni rozarla.

Cuando llegó a la puerta del local salió por ella y se volvió a mirarla.

—¿Qué quieres explicarme, Paqui? ¿Por qué nos robaste a tu abuela, a mi hermana y a mí? ¿O es, simplemente, que quieres hablarme de todos los hombres que han pasado por tu cama? Porque si es lo último tengo que decirte que pasado mañana vuelvo a Madrid y no creo que tengas tiempo suficiente para enumerarlos a todos.

—¡Joder, Manu, no han sido tantos! La gente habla demasiado.

—¿Habla demasiado, Paqui? ¿Recuerdas cómo te apodaban? «El Álamo», porque no se te escapa ni uno «vivo», ¡te los «cepillabas» a todos! Cuando empecé a salir contigo ya sabía que eras ligerita de «cascos», pero pensé que me amabas y me respetarías, pero mira, me equivoqué; seguías acostándote con todo aquel que se te ponía a «tiro».

—Manu, estás equivocado.

—Mientes más que hablas, ¿acaso se te ha olvidado que te pillé, Paqui? ¡No me jodas! Cuándo te largaste con todo el dinero, todos y cuando digo todos incluyo a tu propio hermano, me dijeron que te denunciara, pero fui un imbécil y por el cariño y la amistad que tengo con Josema no lo hice. Mi hermana estuvo meses, ¿me oyes? ¡Meses sin hablarme! Pero no cedí y el pobre de tu hermano vendió la casa de tu abuela y me devolvió casi todo el dinero, lo rechacé, pero aun así él

insistió, se sentía en «deuda» conmigo y no solo por el robo, sino por la puta de su hermana que nos había destrozado la vida a todos.

—¡No querías dármelo, Manu!

—¿Y eso te daba el derecho a robarlo? Era mío, para construir mi casa, una casa que pensé que tú querías compartir conmigo; pero no, para ti era más importante largarte y buscar tu futuro y todo porque un idiota te dijo que tenías una cara fotogénica pero que tenías que hacer un »reajuste« a tu cuerpo. ¿Dónde están todas esas películas que ibas a rodar? ¿Y las series?

—Ese mundo no es fácil, Manu. Necesitaba el dinero para las operaciones, ropa, zapatos y poder mantenerme. Sé que hice mal, pero pensaba que triunfaría y luego podríamos casarnos y vivir como reyes. Fui una ilusa, cierto, pero lo hice por nosotros.

—Ya verás cómo le das la vuelta a la «tortilla» y al final la culpa va a ser mía y todo. Paqui, vive tu vida, haz con ella lo que te salga de las narices, pero a mi olvídate, no siento nada por ti.

Eché a andar de vuelta a la cafetería, pero se volvió y la miró fijamente.

—Una corrección, si siento algo por ti, asco y desprecio. No vuelvas a acercarte ni a mí ni a mi familia, ¿entendido?

—Manu, por favor, yo te quiero.

Se echó a reír.

—No, tú no me quieres, tú solo te quieres a ti misma y ahora que vuelves con el rabo entre las piernas crees que puedes tenerme a mí y una vida cómoda, lo siento, Paqui, pero llegas muy tarde, diría que unos cinco años tarde.

Se sintió libre, podía haberle dicho muchas cosas más, podía haberle dicho las noches que lloró por ella, la vergüenza que sintió ante todo el pueblo, en especial ante su familia, la rabia por haber dejado que lo embaucara durante tres años, sí, podía haber dicho muchas más cosas, pero no se las merecía, por no merecer no se merecía ni los cinco minutos que le había dedicado, pero no lo importaba si con eso le dejaba claro que ella para él solo era pasado, pasado y olvidado, ahora tenía frente a él un futuro y respiró feliz, tranquilo y relajado.

Cuando llegó a la mesa donde estaban sus amigos todos lo miraron expectantes y preocupados, en especial Josema.

—No deberías haber hablado con ella, Manu, no se lo merece.

~ 157 ~

—Tranquilo, colega, tu hermana ya no puede hacerme nada porque le he quitado ese poder, no siento nada por ella.

La sonrisa de su amigo fue un bálsamo para su conciencia, Josema

no quería saber nada de Paqui, pero en el fondo sabía que se sentía culpable y que, durante todo aquel tiempo, arrastraba tras él el dolor de saber todo el daño que había causado su hermana.

—Venga, vamos a tomarnos unas copas, esta ronda la pago yo.

Por el rabillo del ojo vio entrar a Paqui que los miró enfadada, echó a andar hacia ellos y se tensó, pero al parecer se lo pensó mejor y salió, de nuevo, del local echando chispas por los ojos. No le importaba si se sentía mal, seguro que pensaba que podría reconquistarlo, pero él al fin se había liberado de su «yugo», la única mujer que le interesaba, a parte de las de su familia, era Carol, su rubia.

Las fiestas de Navidad habían terminado y al final se había dejado «convencer» y sin... *osea*, foto y volvía a Madrid el día siete. Lolo la iba a esperar a la estación y dado su estado de «impaciencia» esperaba un recibimiento muy tórrido y no se equivocó. Nada más salir de la estación de Atocha él estaba allí. ¿Cómo podía haber olvidado lo guapo que era y como hacía latir su corazón? Llevaba unos pantalones vaqueros, su cazadora de piel, una bufanda y un jersey en color negro y en cuánto la vio echó a andar de forma decidida hasta ella. Cuando llegó deslizó una mano por su nuca y la pegó a él, juntando, soldando sus bocas y

bebiendo sus gemidos, la otra mano de él se deslizó hacia su cintura y bajó hasta su nalga la cual apretó con delicadeza, se abrazó a su cuello y se permitió el gusto de saborearlo con la misma conciencia con la que lo estaba haciendo él. Se separaron un buen rato después y sus miradas se cruzaron.

—¡Dios, rubia, cómo te he echado de menos! Me moría por besarte, por tener tu cuerpo pegado al mío, ¡ni te imaginas la cantidad de sueños húmedos que he tenido contigo!

—¡Jopetas, Lolo! Mira que eres bruto.

~ 158 ~

—No, princesa, bruto sería si te dijera todo lo que he soñado y lo que pienso hacerle a ese cuerpo tuyo cuando estemos en tu casa, eso sí que va a ser «brutal».

Se ruborizó, tembló y se excitó solo con escucharlo hablar. Durante el corto trayecto, nerviosa, habló acelerada de cómo había disfrutado de las fiestas con su familia, cuando llegaron a su edificio él bajó las maletas y subieron en el ascensor, sus ojos no se apartaban de ella y apenas dijo una palabra.

— *Osea*, Lolo, me estás poniendo nerviosa mirándome de esa forma.

Él sonrió, pero una sonrisa que le puso los pelos de punta.

—¿Y cómo te miro, rubia? ¿Con deseo, hambre, necesidad?

Se acercó hasta ella, su mirada la quemaba, la hacía arder.

—Cada minuto de cada día has estado en mi mente... desnuda, con tus ojos brillando y tu piel húmeda, pidiéndome que te follara hasta volverte loca. He recorrido tu cuerpo con mis manos y mi boca mil veces y cada vez quería un poco más, te necesitaba y deseaba.

Le costó abrir la puerta, no atinaba a meter la llave en la cerradura por culpa del temblor de sus manos, cuando entraron en el piso él cerró la puerta con el pie, arrastró el equipaje hasta el centro del pequeño salón, lo dejó allí, se giró, la miró con intensidad y se acercó hasta ella.

—Ahora sí, rubia, ahora te tengo dónde quería, aquí, a mi lado.

La cogió de la cintura y posó la boca sobre su cuello, lo lamió con la punta de la lengua, deslizándola de arriba abajo y de lado a lado.

—Te he extrañado tanto, princesa, estos días se me han hecho interminables y las noches eran lo peor. He acariciado mi polla pensando en ti, mis manos eran las tuyas, te sentía tocándome, besándome y chupándome y me volvía loco de necesidad. ¡Dios, te necesito tanto!

Gimió y se abrazó a él.

—Yo... yo también te he echado de menos.

—¿Te has acariciado pensando en mí, rubia? ¿Has penetrado tu coño con tus dedos deseando que fuese mi pene?

—No, *osea*, Lolo, yo no... no suelo... hacer «eso».

~ 159 ~

—¿No? Pues esta noche vas a hacerlo, princesa, esta noche te tocarás para mí, abrirás tus piernas y dejarás que vea cómo te follas, vas a mostrarme cómo quieres que te toque y lo que necesitas.

— ¿¡Hello!/? ¿No has oído lo que he dicho, Lolo? No suelo hacerlo, ¡pero qué *súper-flipante*! No pienso hacerlo contigo mirándome.

La boca de él se quedó a escasos milímetros de la suya.

—Nunca digas jamás, Carol, porque esta noche no te haré el amor hasta que estés tan empapada y necesitada que lo único que quieras es que esté entre tus piernas y que me muestres cómo me quieres y necesitas, ¿apostamos, rubia?

Iba a perder la apuesta, estaba segura, solo había que ver como la miraba, como la tocaba y como se lanzó sobre su boca para devorarla, cuando sintió la lengua de Lolo acariciando a la suya y chupándola sabía que esa noche, por primera vez, haría cosas «*súper-mega-ultra-guarris*» por y para él... corrección, para los dos.

~ 160 ~



Desde la noche anterior ya había estado ansioso. La hora que estuvo paseando, de lado a lado en la estación, se le hizo interminable y cuando la tuvo frente a él todo su cuerpo se «entusiasmó» demasiado. Besarla fue necesario, pero al mismo tiempo una imprudencia, porque aquello terminó de volverlo loco, la deseaba de forma desmesurada.

El viaje hasta su apartamento, a pesar de que fue un trayecto corto, se le hizo eterno, pero en cuanto entraron en su casa ya no pudo aguantar más, se acercó a ella y a esos labios rojos que le hacían casi desvariar, quería tenerla sobre él, debajo, follarla contra el sofá o la pared, en la cama o en una silla. La alzó en brazos y la llevó a la habitación y dejó que resbalara por su cuerpo mientras seguía besándola. Con rapidez y poca eficacia, debido al temblor de sus manos, le quitó el abrigo y lo lanzó sobre una silla, se separó de ella y la contempló de arriba abajo, ¡iba a acabar con él! Llevaba un vestido granate de punto que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel,

unos zapatos negros de tacón muy alto que hacían sus piernas kilométricas. Despacio, se acercó de nuevo a ella y la giró, miró la espalda del vestido y frunció el entrecejo.

—¿Dónde coño tiene la cremallera esto?

~ 161 ~

Carol soltó una risita, una típica de ella, corta y nasal.

—No tiene, Lolo.

—¡Oh, vaya! Entonces se pone más interesante, rubia, tengo que sacártelo deslizándolo, con mis manos, por tu cuerpo, sí, muy interesante.

Pegó las manos a sus muslos y empezó a subirlas muy despacio, la besó en el cuello, dándole pequeños besitos y acariciándolo con la punta de la lengua, sintió su estremecimiento y como pegaba el culo a su pelvis, frotándose contra ella.

—¿Estás caliente, princesa? Yo puedo apagar ese fuego o hacer que ardas en él, ¿qué prefieres?

—¿A... arder?

—¿Estás segura, princesa? Porque si quieres fuego haré que cada poro de tu piel queme hasta que sientas que vas a incendiarte y yo, rubia, seré el único que podré apagarlo con mi «manguera».

Mordió su cuello con ansias.

—Eres tan... sumamente... rústico.

Deslizó las manos, junto al vestido, por sus caderas y palmeó, con suavidad, su nalga.

—Sólo soy un hombre ansioso junto a una mujer que le hace desear cometer mil locuras, rubia, soy adicto a tu cuerpo, estoy enganchado a tu aroma y sabor.

Tiró con fuerza del vestido y se lo sacó, lo lanzó y no le importó dónde caía, se quedó mirando embobado el cuerpo de ella. Llevaba un tanga y sujetador en color rojo intenso, su culo, redondo y duro, se mostraba en todo su esplendor.

—¡Joder, Carol! ¿Quieres que me corra con solo mirarte? Eres el pecado envuelto en encaje. Estás hecha para adorarte, princesa, haces que me tiemblen las manos y que las piernas apenas puedan sostenerme.

Ella giró la cara y eso fue su perdición, esa mirada coqueta e inocente, el rubor de sus mejillas lo hicieron enloquecer y el deseo acumulado de todos esos días sin ella lo atrapó en sus garras y su erección creció y se endureció más.

Se desnudó con prisas y llegó ante ella apuntando con su polla a su trasero, la volvió y no quiso mirar más abajo de su cuello, no, mejor dejarlo así porque estaba seguro que empezaría a babear más que el jodido Burbujas. Le tomó la cara con las manos, se inclinó y llegó hasta su boca, ella se lamió los labios y él tomó la punta rosada de su lengua entre sus dientes.

—Eres tentación y candidez en un solo paquete, haces que desee follarte y al mismo tiempo postrarme ante ti y adorar cada centímetro de tu cuerpo, quiero lamerte, Carol, quiero chuparte y quiero que te corras en mi boca, no puedo imaginar placer más grande que «beberte» mientras pegas tu coño a mi cara y me pides más.

—¡Por la D de Dior, Lolo! Eso es, *osea*, muy fuerte, tío. Dices... esas cosas y... y con esa voz que haces que todo mi cuerpo... tiemble.

—Fuerte es lo que me haces sentir, rubia, no sé ni que hacer contigo o por dónde empezar, me vuelves loco, ¡loco, maldita sea!

La besó con ansias, como si quisiera devorarla, la alzó hasta él colocando las manos en su culo y la frotó contra su erección, gimió en su boca y mordió su labio.

La llevó hasta la cama y con cuidado la dejó caer en ella, empezó a besar su cuello y fue bajando hacia sus pechos, sus pezones estaban

duros, se metió uno en la boca y lo acarició con la lengua, sus manos la sujetaban con fuerza de la cintura y sus pulgares la rozaban con delicadeza.

—¡Lolo... te necesito... yo, *osea*, quiero que tú, esto, te quiero dentro de mí, ¡jopetas!

—Y estaré, princesa, tanto que pensarás que soy parte de ti, de tu cuerpo, me fundiré con tu piel, pero antes, antes voy a ver como tocas ese coñito tuyo con tus propias manos.

—¡Lolo! ¿¡ *Hello!*? ¿Qué no has entendido de yo no hago eso y menos en presencia de, *osea*, de ti?

Chupó con fuerza su pezón mientras frotaba su pene contra su vulva.

—¿Y qué no has entendido tú de quiero ver cómo te follas con tus dedos, rubia? Quiero ver tu cuerpo arqueado, necesitado y suplicando por mí, tanto como he rogado yo por el tuyo —mordisqueó el lóbulo de su oreja y le habló en ella— Tú y yo princesa, vamos a reventar esta noche todos los sismógrafos de todo el país. Vas a volar, Carol y yo te daré las alas.

~ 163 ~

Ella levantó la cabeza y lo miró intentando centrar la vista.

—¿Eres ahora el encargado de la publicidad de los productos de

higiene femenina?

Sonrió irónicamente.

—¿Hablamos ahora de compresas, rubia?

Carol dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un pequeño bufido que apenas hizo vibrar sus labios, ¿cómo lo había hecho?

— *Osea*, tío, no puedo contigo, me rindo, eres incorregible.

—Ahora nos entendemos, ríndete, cielo, que ya me encargo yo de hacer que esta noche descubras tu verdadero poder sobre mí, tú eres la que marca el ritmo, princesa, ¿o es que no ves cómo me tienes?

Volvió a frotar su polla contra ella y despacio le recorrió todo el cuerpo con la lengua hasta llegar entre sus piernas. Se arrodilló y se colocó entre ellas y con los hombros la abrió por completo, exponiéndola a él y dejándole vía libre para explorarla.

—Ya estás mojada Carol y tan necesitada como yo, ¿verdad?

Ella solo asintió con la cabeza y se juró que esa noche la volvería loca, sacaría fuera de ella todas esas inhibiciones. La lamió de arriba abajo y cuando llegó al punto de inicio alcanzó su clítoris, lo tomó entre sus dientes y le dio un leve tirón.

—¡Jo... petas, qué bueno, *osea*, Lolo, no... no pares!

Siguió lamiendo, recogiendo los jugos que salían de ella, mezclándolos

con su saliva e impregnándose la boca con su sabor, Carol enterró los dedos en su pelo, sentía las uñas clavarse en su cuero cabelludo, escuchaba sus gemidos y sonrió, tuvo que sujetarla de las caderas porque ella las alzaba y giraba sin control; con cuidado tomó una de sus manos, desenredando el pelo de entre sus dedos y la llevó, despacio, hasta su coño.

—Ahora, rubia, acaríciate, toma tu clítoris entre tus dedos y tira de él con suavidad.

Notó como se tensaban los dedos, pero con delicadeza la obligó a tocarse, los guio y llevó hasta la pequeña dureza y los dejó allí, al principio no se movieron, pero después empezó, dubitativamente, a moverlos.

—¡Dios, Carol, ni te imaginas lo sensual que te ves!

~ 164 ~

La mano empezó a moverse con más rapidez.

—Sigue así, cariño, venga, ahora mete un dedo dentro de ti.

Vio cómo se mordía el labio y se sonrojaba con violencia, toda su cara y cuello tenían un rojo intenso, pero obedeció, primero lo hizo con lentitud y torpeza, pero cuando encontró su propio ritmo aceleró los movimientos, alzaba las caderas y las rotaba y pronto, al primer dedo,

se unió otro.

Trepó por su cuerpo y arrodillado en la cama junto a ella le cogió los pezones y se los acarició, tironeando y girándolos.

—¿Cómo te sientes?

Oyó su gimoteo y la miró a la cara.

—Va... vacía, ¡jopelines, Lolo, yo te quiero a ti!

Tomó sus pechos, los juntó y empezó a lamerle los pezones, enroscó la lengua en ellos y luego los chupó con fuerza.

—¡Mal... maletas, Lolo! ¿Quieres, de una buena vez, hacerme el amor?

Siguió chupando, quería... ¡mierda!, estaba claro que lo necesitaba y mucho, ¡joder!, ella había cogido su pene y empezó a masturbarlo.

—Si piensas... ¡oh!, que voy a... ¡ah!, «desfilar» yo sola, Lolo, es que no me conoces, o presentas tu «diseño» en mi «pasarela» o te juro que vas a dejar mis sábanas «pintadas al óleo».

Cuando las primeras gotas de semen empezaron a manar de él se dio por enterado, Carol estaba decidida a correrse con él dentro. Intentó quitar los dedos de ella de su polla, pero se resistió.

—Rubia, si no me sueltas no puedo ir a por los preservativos... ¡joder, nena, para! Solo voy a por ellos, te juro que todavía no me han integrado un brazo extensible.

Al fin lo liberó, no sin antes regalarle una mirada cabreada.

Se levantó con rapidez, fue a por sus pantalones, buscó en el bolsillo y sacó una tira de condones, tomó uno y el resto los tiró sobre la mesita y se enfundó en él a velocidad supersónica.

Volvió a la cama, se tendió en ella y tomó a Carol de la cintura, la mirada de ella era extrañada.

~ 165 ~

—Ahora vas a cabalgarme, rubia, sube sobre mí y llévame dentro, venga, no me irás a decir que habiendo vivido en Texas no has montado nunca, ¿verdad?

El sonrojo, ahora, llegó hasta sus pechos.

—Ca... caballos, Lolo, pero nunca, *osea*, nunca un hombre.

Sonrió con picardía.

—Es lo mismo, Carol solo que en este caso, la «rienda» estará entre tus piernas y podrás encontrar el ritmo de tu cabalgada.

—¿Te ha dicho alguien que eres muy vulgar?

Le guiñó un ojo mientras la subía sobre él, las manos de ella se posaron en su pecho, la tomó de las nalgas acariciándoselas con suavidad, la acomodó con delicadeza, le tomó una mano y se la colocó sobre su polla.

—Solo tú, princesa. Ahora guíame dentro de ti y luego muévete, encuentra tu ritmo, gira, salta y agita tus caderas, tienes el control y serás tú la que nos lleve hasta la cima, venga, rubia, hazme gritar. Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Yo controlo, no?

Asintió. Notó la mano que lo guio hasta su goteante coño y pronto sintió su calor envolviéndolo, bajó con lentitud hasta enterrarlo por entero dentro de su vagina y los dos soltaron un gemido. Empezó a moverse lentamente, subiendo y bajando con suavidad, luego, con él clavado en lo más profundo de ella, empezó a rotar sus caderas, frotando pelvis contra pelvis.

—¡Oh... ah, esto, esto es muy bueno! ¡Pero qué fuerte, tío, *osea*, esto es... oh... es *fantabuloso*! ¿Por qué nadie me dijo... ¡ooooh!, que esto era tan bueno?

Tuvo que apretar los dientes y sujetarla de las caderas con fuerza, parecía una niña con un juguete nuevo y se movía con entusiasmo, demasiado entusiasmo, ¡joder! lo iba a hacer correrse en unos segundos como siguiera con tanto saltito.

—Rubia, oye, cielo, ¿puedes aflojar un poquito? Lo digo... ¡mierda! porque vas a provocar que el puto preservativo se funda con tanto

calor... ¿Carol?

~ 166 ~

Ni Carol ni porras, ella estaba como enloquecida, moviéndose, agitándose y girando, le faltaban las malditas espuelas y el sombrero así parecería una autentica vaquera, sus tetas rebotaban dado el ímpetu que le estaba dedicando a «montarlo». A ese ritmo, a partir de ese momento, pasaría a llamarse «condonman», se veía el puto profiláctico pegado a su pene como una segunda piel

—¡Por Dior, por Prada y por Hugo Boss!

Intentó frenar su «entusiasmo», pero no lo consiguió, parecía una pelota con tanto rebote, así que apretó los talones en el colchón y la «ayudó». Como decía su abuelo, «cuando no puedas con el enemigo, alíate con él». Llevó las manos hasta sus pezones y se los acarició mientras su orgasmo empezó a crecer dentro de él, el calor de su coño unido a la fricción y a sus saltitos hizo a sus pelotas botar, gruñó y gimió.

—¡Oh, Dios, rubia, maldita sea, eres puro fuego, nena!

Joooooooooooooooooder, princesa, me corroooooooooooooooooo

Las uñas de ella se clavaron en su pecho, lo arañaron y se enredaron en el vello.

—¡Yeehaaaaaaaaaaaaaaw!

Sí, decididamente había desatado a la «vaquera» que vivía en ella, la sintió estremecerse, las paredes de su coño lo abrazaron con fuerza y lo ordeñaron hasta dejarlo seco, como diría ella, ¡jo...petas!

~ 167 ~



Se despertó e intentó desperezarse pero todos los músculos de su cuerpo gritaron al unísono, estaba cansada, agotada, pero feliz como no lo había estado nunca. Abrió los ojos y se encontró con la mirada azul de Lolo y su sonrisa pícara.

—¡Buenos días, princesa!

Se acercó dispuesto a besarla, intentó apartarse, pero él le sujetó la barbilla.

—¿Qué pasa, Carol?

Pues, osea, no se había lavado los dientes, eso pasaba. El día anterior

había logrado escabullirse de sus brazos antes de que él se despertara y se había aseado, pero hoy no y se sentía incómoda.

—Es que... no he ido al... baño y no me he lavado los... grumpf

Lolo la besó profundamente, obligando a enredar las lenguas y saboreándola por completo. Se abrazó a su cuello mientras las manos de él abarcaron sus pechos, los toqueteó, apretujó y cuando sus pezones se convirtieron en dos puntos duros, dolorosos y necesitados, Lolo los tomó entre sus dedos, empezó a girarlos y tirar de ellos.

~ 168 ~

—¡Dios, rubia, me enciendes como un maldito horno con solo mirarte! Deberían estar agotados después de dos días haciendo el «*pinky-pinky*» de forma casi continua. Lo habían hecho de todas las maneras que ella había escuchado y alguna más.

La giró entre sus brazos y se posicionó sobre ella, abrió las piernas para darle espacio, su pene, totalmente erecto, se deslizó por sus pliegues, una vez, dos, antes de meter, solo la punta, como tentándola.

—¡Lolo, *osea*, no te has puesto... la «gorrita»!

—Déjame sentirte así, Carol, deja que tu calor me abrase, que note cada agarre a mi polla, la suavidad de tu canal, solo un momento, lo necesito, princesa.

Se le escapó un gemido, debería negarse, pero cuando la miraba así no podía decirle que no.

—No tomo... la píldora, ¿llevarás cuidado?

Dejó caer la cabeza y pegó la frente a la suya.

—Te juro que solo será un momento. Nunca he estado así con otra mujer, rubia, solo tú, pero ahora que somos novios...

Abrió los ojos todo lo que podía.

—¿Somos novios?

Él resopló antes de darle un tierno beso, se apartó y la miró con intensidad.

—¿Qué crees que somos, Carol?

—Pues no sé, osea, tío, no me habías dicho nada, en realidad, no me has pedido ser mi novio, yo creía que éramos «*pinkifriend*»

—¿«*Pinkifriend*»? Esa es una manera de decirme que solo somos amigos con derecho a polvo, ¿verdad?

Se ruborizó y se mordió el labio con nerviosismo.

—No me has dicho nada, Lolo, ¿tenía que adivinarlo?

Él se deslizó con suavidad por su canal, entró en ella con precisión y mucha lentitud, sus manos le sujetaban la cara y manteniendo los labios a milímetros de los suyos, cuando estuvo totalmente en su

interior soltó un gruñido y sus ojos azules se oscurecieron.

~ 169 ~

—Te he dicho mil veces que me vuelves loco, te he repetido, una y otra vez, que estos días separados han sido una puta tortura, ¿crees, sinceramente, que si no sintiera algo por ti estaría así, rubia? Me haces sentir cosas que no había sentido por nadie y nunca había deseado tanto a una mujer como te deseo a ti, ¡si todavía no he salido de ti y ya estoy pensando, nuevamente, en follarte!

Tragó con fuerza.

—¿Solo me deseas?

Le acarició la mejilla y esperó, temblorosa y tímida su respuesta. Él giró la cara y la besó en la palma de la mano.

—Es algo más, Carol, algo que se aferra a mi corazón, lo aprisiona y estruja, quiero adivinar qué es y donde nos lleva esto. Me gusta pensar que tú sientes algo parecido y mientras descubrimos que es quiero ser exclusivamente tuyo y que tú seas mía, mi novia, mi chica, mi pareja, llámalo cómo quieras.

Empezó a moverse, a entrar y salir de ella con suavidad, haciéndola gemir y que sus caderas se movieran al mismo compás.

—Quiero ser tu novia, Lolo, solos tú y yo, me gusta.

La besó con intensidad, mordiendo sus labios y acariciando su boca, estaba perdida en ese beso cuando sonó el teléfono.

—No lo cojas, déjalo sonar.

—¿Y si es alguien de mi familia? Tengo que contestar.

Lo vio estirar la mano, coger el móvil y luego se lo entregó.

—Puedes hablar lo que quieras, rubia, pero yo no pienso salir de ti, voy a estar dentro tuyo, duro, necesitado y disfrutando del único lugar en el mundo dónde mataría por estar.

¡Jopetas, qué fuerte! ¿Cómo podía pensar que podría mantener una conversación con él sobre ella y moviéndose de aquella manera?

—¿Sí?

—Hola, Cuqui, ¿dónde te metes? *Osea*, tía, volviste el jueves y no me has llamado, ¡pero qué fuerte! Me tienes *crazy* pensando que te han abducido unos tipos de esos verdes y con antenitas, en serio, nena, es mega-fuerte que no me hayas llamado. Espero que ni se te ocurra anular la comida de hoy, ¿entendido?, tenemos que vernos, tengo que ponerte al corriente de algo.

~ 170 ~

Lolo seguía agitándose sobre ella, mordiendo sus pezones y escuchar la charla, sin aire por medio, de su amiga Mariola en esos momentos no

le apetecía y encima se le había olvidado la dichosa comida.

—Per... perdona, Mayo, pero es que... mmm —miró a Lolo muy seria, intentando, al menos, que parara ese movimiento perverso de sus caderas, pero él siguió a lo suyo, es más, tuvo el descaro de chupar sus pezones— he estado... ¡oh!... liada.

—¿¡ *Hello*, tía!?! ¿Tanto como para no llamarme? ¿Y qué te pasa?, ¿estás enferma? Te escucho muy agitada, ¿no tendrás fiebre, verdad? Pues, en serio, no me importa, tienes que venir a comer, Cuqui, es súper-mega importante, *very important*, nena.

Tapó el auricular y clavó la mirada en Lolo.

— *¡Porfapllís*, tienes que parar! No puedo... ¡jopetas! Tienes que dejar de hacer eso.

—No puedo, rubia, así que acorta la conversación, porque si no, la tal Mayo va a tener pase directo al gruñido de un oso cuando me corra y eche mi semen sobre tu vientre marcándote, me tienes a mil, princesa.

—¿Por qué, *osea*, tienes que ser tan... crudo?

—¿Por qué, *osea*, tienes que encenderme así? ¡Joder, princesa, ni te imaginas lo que es perder de esta manera el puto control!

—Ma...yo, sí, te veo luego, ahora voy... es que, tía, he pasado una noche algo agitada —él tuvo el descaro de reírse— y estoy algo cansada.

Nos vemos luego.

—Ok, Cuqui, pero no te retrases, en serio, lo que tengo que contarte es *very strong*. Besitos de mermelada de fresa.

Lolo giró sus caderas como si estuviera bailando el *hula hoop* y apenas le dio tiempo a colgar, soltó un gemido, dejó caer el móvil en la cama y se abrazó a él con manos y piernas.

—Esto, tío, me lo vas a pagar.

—¿Quieres que pare, rubia?

Lo miró como si quisiera petrificarlo.

—¿Quieres que haga el «truquito» de estrangular tu pe...ne?

La risa de él se quedó atrapada en la garganta cuando echó mano del truco en cuestión.

~ 171 ~

—Tú ganas, princesa, soy arcilla en tus manos, puedes hacer lo que quieras conmigo.

Todavía tenía pegada una sonrisa enorme en los labios cuando, unas cuatro horas después, iba a la comida con su amiga. Había pasado toda la mañana en la cama con él y cuando se despidieron en su portal no paraba de ponerle morritos, se negaba a separarse de ella. Quedaron en la clínica veterinaria para recoger juntos a los peques y luego saldrían a

cenar.

Cuando llegó al restaurante lo hizo al mismo tiempo que su amiga, ¿de qué porras iba disfrazada? Mayo llevaba gafas de sol, *osea*, estaban en enero y el día estaba nublado, muy nublado, llevaba una pamelela, que no pegaba ni con cola con la gabardina que lucía, su amiga era el summum de la elegancia, nunca llevaba nada sin conjuntar y hoy se presentaba con aquellas pintas, ¿habría estado empinando el codo?

—¡Hola, Mayo! ¿Se puede saber de qué narices vas caracterizada?

—¡Hola, Cuqui! ¡Jopetas, tía! ¿Es que no se nota? Vengo de incógnito, *osea*, nena, yo no debería estar aquí, es más, lo tengo mega-absolutamente prohibido, esto es muy fuerte, Cuqui, de hecho tendrás que decir que no me has visto, júralo por tus Manolos más preciados y si alguien declara lo contrario tendrás que abstenerte de contestar y recurrir a tu abogado defensor, a la quinta enmienda y a una amnesia temporal.

Definitivo, Mayo había perdido la cabeza, pero lo fuerte no quedó en eso, no, cuando entraron al restaurante se negó a quitarse las gafas aunque apenas veía por donde caminaba, se llevó por delante un par de sillas, al camarero y chocó con el *maitre* cuando este se paró al lado de la mesa que tenían reservada, ¡menuda entrada discreta!

—Mientras miran la carta, ¿les sirvo algo de beber?

—A mí me gustaría tomar un Martini con hielo, mezclado, no agitado.

¡Jopelines! Sí que se había tomado en serio su papel, si, sonrió ante las palabras de su amiga y después de pedir una copa de *Chardonnay*, la miró con fijeza.

—¿Se puede saber qué te pasa?

No se había deshecho del disfraz y lo único que estaba consiguiendo es que todos la miraran extrañados.

—Al principio no le di importancia, ¡ya sabes cómo son esas dos cuando se ponen a maquinar! Las dejé por imposibles y seguí a lo mío,

~ 172 ~

pero cuando me incluyeron en sus planes empecé a híper-mega ventilar y cuando me sumaron a su «causa» supe que tenía que ponerte sobre aviso. Nena, antes que nada quiero que sepas que yo, en ningún momento, estuve de acuerdo con ellas, *osea*, tía, es mega-fuerte que quieran hacerte eso y aunque reconozco que te pasaste, ¡qué fuerte, Cuqui!, ¿cómo se te ocurre mandar a tu madre a la... «*merde*»?», creo que...

Alzó la mano para que cortara la charla.

—Primero, yo no mandé a mi madre a la *merde* como tú dices, le dije

que me importaba justo eso, la opinión que tenía sobre..., un momento, ¿cómo sabes eso?, ¿y que tiene que ver todo esto con lo que pasó aquella noche?

—Todo, Cuqui, todo. *Osea*, tu madre se quedó *offside* cuándo se lo soltaste, se lo contó a mi madre, toda indignada, y desde ese mismo día han estado maquinando algo, tía. Pero no fue hasta el martes cuando decidieron poner un plan en marcha y luego unirme, sin consultar, en él.

Empezó a molestarse, ¿un plan?

—¿Qué han planeado?

—Cuqui, tu madre está en Madrid, llegó anoche y está alojada en el *Wellington* y mañana, yo, tengo que llevarte allí, pero no debo decirte, en ningún momento, que es para reunirse con ella, se supone que tengo que llevarte engañada ... ¡qué fuerte! Quiere hablar contigo, pero eso no es lo peor, tía, lo peor es que, por un lado, espera que te disculpes y por otro... ¡jopetas en chancletas! Conozcas a tus futuros suegros.

—¿¡Qué!?

—Sí, han invitado a comer a Íñigo y sus padres, será una comida... digamos que «familiar». Tu madre está empeñada, tía, en, más que estrechar lazos, hacer nudos de esos... ¡marineros!

—¿Mi madre ha perdido la cabeza? ¡No pienso ir, Mayo!

—No, no, no, tienes que ir, guapa, porque si no sabrán que te advertí. Además... es que ... *osea*, su plan no acaba ahí, esto, tu madre piensa averiguar quién es el «sinvergüenza» ese que «atacó» al ex del Marqués de la reja cuadriculada y presentar cargos si es necesario. Tía, yo no sé si sigues viéndolo, pero por su bien deberías ir a hablar con tu madre, está toda *crazy*.

Su madre había perdido, totalmente, la cabeza.

~ 173 ~

Dos horas después se despidió de su amiga y decidió volver caminando a su casa, tenía que calmarse y no debía decirle nada a Lolo. Iría a la comida, le diría que solo era para hablar con ella y ni loca pensaba comentarle todo lo que se traía entre manos su «querida madre». Cerró los ojos y tomó aire.

~ 174 ~

.



Miró, de reojo, a Carol, iban en el coche de vuelta de recoger a los peques en la clínica. Había regresado muy callada y pensativa de la comida con su amiga. Según ella solo era porque no sabía que esperar de la comida que, al día siguiente, tenía con su madre, pero a él le daba que había algo más.

Nada más entrar en el apartamento, Carol abrió los transportines de los pequeños y los dejó salir, intentó abrazarlos pero ellos se lanzaron a sus pies

—Yo también me alegro de veros chicos y no es que quiera que me lo digáis con flores, ¿pero es necesario que actuéis así? Porque más que salir del armario, pequeñajos, parecéis salidos de «muebles Pepe y asociados»

El perrito, emocionado o algo cabroncete, le meó encima.

—¡Joder, Burbujitas, eso sí que es una buena meada! A ver, que yo también me alegro de verte, majo, pero no me meo encima, aunque casi

prefiero que te dediques a follar mi...

~ 175 ~

No le dio tiempo a acabar la frase, dicho y hecho, el perro empezó a montar su pierna, Carol intentaba apartarlo, pero el perro estaba afanado, demasiado afanado, de hecho gruñó a su «mami» cuando volvió a intentar sujetarlo.

—¡Déjalo! Total, no creo que vaya a preñarme, ¿no?

Ella se sonrojó, pero no contestó, intentaba provocarla, hacerla sonreír o que le echara uno de sus consabidos rapapolvos, pero seguía callada, seria, distante.

—¿Qué pasa, rubia?, ¿es por lo de la comida con tu madre mañana?

La vio asentir.

—¿Quieres que te acompañe?

No, evidentemente no, la cara de Carol se lo confirmó, lo miró espantada.

— *Osea*, tío, ¿te has vuelto loco?, ¿cómo sugieres algo así?

—Una tontería de las mías, entiendo que no quieras presentarme a tu madre.

Miró hacia los dos peques que seguían dale que te pego, parecían estar entusiasmados con sus piernas, algo más que su dueña con él. Estaba

claro que servía para un revolcón, pero no para ser presentado ante la señora de la *jet-set*.

Las manos de ella lo cogieron de la cara.

—Te presentaría a mi padre, Lolo, a Carmen, a mis hermanas, a todos, pero ¿a mi madre? No, es mejor que no y menos después de lo que pasó estas navidades.

La vio tragar con fuerza y apartar la mirada.

—Me imagino que va a pasar mañana y no quiero que estés allí. Ve a comer con Fermín y su mujer y en la tarde nos vemos aquí. Lolo, tío, no me avergüenzo de ti, si es eso lo que estás pensando, pero conozco a mi madre y puedo jurarte que la comida será de todo menos agradable.

Colocó las manos en su cintura y se la acarició.

—Qué te parece si cogemos aquí a «burbufollarín» y «magdafrotador» y los encerramos, un ratito, en su habitación y tú y yo nos ponemos a probar nuevas técnicas de movimientos de «hormigonera», ¿qué me dices, rubia? Creo que no te he follado, todavía, sobre la encimera de la cocina.

~ 176 ~

La idea era buena, cierto, pero intentar separar aquel par de «follarines» de sus piernas fue algo más complejo, máxime cuando se

dedicaron a arañar, gruñir y morder, así que el estreno de la encimera tuvo que ser retrasado hasta que aquellos dos se le acabaron las «pilas». Cuando a la mañana siguiente se despidió, contempló sus ojos, tenía la mirada triste, sabía que escondía algo, algo que sabía o presentía y él ignoraba.

—Prométeme que si ocurre algo me llamarás, Carol, ¡prométemelo, por favor!

—Hace algunos meses, Lolo, te hubiera dicho que vinieras conmigo, pero ahora no, ¿y sabes por qué?, porque ahora soy más fuerte, *osea*, me siento protegida, estimulada y confiada, tengo a una familia y —se mordió el labio con nerviosismo y una pequeña sonrisa le iluminó el rostro— un novio a mi lado. Sé que mi madre es... difícil, pero no me voy a dejar intimidar por ella.

Lo besó y metió la lengua dentro de su boca y lo acarició con dulzura.

—Gracias por darme alas, cielo y por ofrecerte a apoyarme. Nos vemos luego aquí, espero... *osea*, esto... que vengas con... el «taladro» preparado.

—¡Joder, rubia! Por una puta vez que me sueltas algo «obsceno» y tienes que irte. Te escapas porque sé que necesitas ir a esa comida, porque si no, princesa, iba a follarte en el suelo, a cuatro patas y le

íbamos a sacar brillo al parqué.

—¿Sabes qué? Está empezando a gustarme esa vena rústica que tienes.

—Eso es porque no me has visto montado en el tractor con el sombrero de paja y el palillo en la boca.

—¡Bruto!

Cuando él se fue, terminó de arreglarse, tenía que estar impecable, porque estaba muy segura de que su madre iba a saltarle a la yugular nada más verla, así que mejor ir preparada, refugiada y parapetada tras prendas de marca y capas y capas de maquillaje. Se puso un conjunto de chaqueta y pantalón en color negro, una blusa color berenjena y se calzó sus Manolos de tacones kilométricos. Se pintó los ojos y se esmeró remarcando sus labios en un rojo intenso.

Cuando llegó al hotel, Mayo ya estaba en la puerta junto a Mario que la miraron sonriendo nerviosos.

~ 177 ~

—¡Hola, Cuqui! El «escuadrón de la censura» ya está dentro.

—Mayo, cielo, así no me ayudas nada, no me pongas más nerviosa.

—¡Jo, tía! Solo quiero advertirte. Tu madre parece el capitán «Malababa» y tu padrastro el encargado de pompas fúnebres. Te juro,

tía, que no me he *pipiseado* encima porque, aparte de no ser *chic*, ya venía con los «deberes» hechos de casa. En serio, Cuqui, mira que he visto a tu madre en plan Maléfica más de una vez, pero ahora es tremendo. No se lo digas, pero las «rayitas» de su boca parecen las ranuras de una hucha.

Si no fuera porque estaba tan alterada se hubiera echado a reír.

Y cuando entró al hall del hotel tuvo que darle la razón a su amiga, no había visto así, nunca, a su querida madre.

—¡Mamá!

Intentó darle un beso, pero su madre no se acercó a ella, la miró de arriba abajo y le indicó, con la mano, que se sentara en un sillón.

La observó en silencio durante segundos, quería alterarla, apabullarla como cuando era niña, pero tenía veintiocho años, ya no se dejaba amilanar. Se había sentado muy recta y firme, igualito que si le hubieran metido, por el pompis, un palo.

Cuando empezó a hablar lo hizo pausadamente, sin alterar el ritmo de voz y sin mirarla a la cara, «bañándola» con su indiferencia.

—Me has decepcionado, Carol, jamás pensé que me hablarías así, ¿esa es la educación que te pagué? Tu comportamiento y modales dejan mucho que desear. ¿Qué te he dicho siempre sobre comportarte

correctamente en todo momento?

Y entonces empezó al discurso, bla, bla, educación, bla, bla, valores y bla, «requeteblabla», la escuchó en silencio durante cinco minutos, manteniéndose estoica y poniendo su mente, más que en blanco, en «punto muerto», si le hicieran un encefalograma en esos momentos sería un bit, bit continuo.

—Entiendo que aprecies a la mujer de tu padre y a su familia, pero debes saber, en todo momento, quien es tu verdadera familia y donde deben estar tus lealtades.

—Por eso mismo, mamá, porque sé quién es mi familia, quién está a mi lado cuando la necesito, quién responde cuando llamo...

Su madre siguió hablando como si ella no lo hubiera hecho.

~ 178 ~

—Voy a disculpar, aunque no a perdonar, tu salida de tono y te doy una nueva oportunidad, aunque no sé si la valorarás. Deseo —aquello le sonó más a orden— que nos acompañes a comer y espero que te comportes correctamente y la altura de las circunstancias.

Pues ella esperaba que la «altura» no fuese muy alta, porque entonces, el «golpe» la iba a dejar despachurrada, solo faltaba saber quién de las dos sería la «impactada».

La siguió hasta la mesa que les habían preparado, allí ya estaba su padrastro, que la saludó con seriedad, Mayo y Mario que ni siquiera alzaron la cabeza y Graci y Luis, los padres de su amiga que la saludaron con una simple inclinación de cabeza. Se sentó al lado de su amiga mientras miraba, ceñuda, las tres sillas, aún sin ocupar, frente a ella.

—Hoy nos acompañan a comer unos estupendos amigos de Brent.

Mira, aquí llegan.

Alzó la cabeza y vio venir a una pareja mayor, él tenía el pelo blanco, era bajito y orondo, ella era alta, estirada, de ojos pequeños, pelo caoba y peinado en un moño alto, justo detrás venía Íñigo que la miraba con burla.

Aguantó las presentaciones, la charla insulsa, vacía y cuando llegó a los postres sus nervios estaban como un gato exaltado, totalmente erizados.

Su madre llamó la atención de todos con un suave golpeteo con la cucharilla del café a su copa de champán.

—Hoy es un día muy feliz para mí, Íñigo, aquí presente, me ha pedido la mano de mi hija y yo, encantada, se la he concedido.

Alzó la cabeza y miró a su madre con sorpresa, ¡vaya, que suerte la

suya! ¿Por qué, en vez de concederle la mano, no le había regalado una casa en Madagascar o un curso por correspondencia de cómo no ser tan gili... *pichi*?

Tomó aire, lo soltó lentamente y dibujó una sonrisa enorme en su boca.

—¿Soy huérfana? Acaso, Daniel Ferrer con domicilio en Barcelona, ex marido tuyo y casado, felizmente, con Carmen García, ¿no es mi padre?, ¿tengo que pedir una prueba de ADN?

—¡Carolina!

~ 179 ~

—Tú, querida madre, que eres tan «amante» del *savoir faire*, de las reglas más encomiables y todo un libro de protocolo con piernas, ¿no sabes que es a los padres a quién se les pide la mano de sus hijas?

—¡Carolina, haz el favor de comportarte!

Se levantó, muy despacio, de la silla.

—¿Sabes, mamá, la edad que tengo?, ¿o que ya no vivimos en la Edad Media?, ¿o que no eres dueña de mi vida y decisiones? Si tan entusiasmada estás de relacionarte con Íñigo, ¿porque no te divorcias de Brent y te casas tú con él?

Se escucharon varios ¡oh!, ¡ah!, y hasta un ¡jopetas! Y cuando echó a

andar hacía la salida del comedor oyó a su madre, que para lo que dijo mejor que hubiera metido la lengua en la copa y hubiera imitado a Bubble.

—Si sales por esa puerta, Carol, ya puedes olvidarte de recibir nada de mí.

Lo de su madre no tenía nombre, bueno sí, lo tenía, pero uno que ella no solía utilizar, pero que le hacía pensar en la profesión más antigua del mundo.

—¿Normas? ¿Leyes? ¿Obligaciones? Porque que yo recuerde, mamá, de ti solo he recibido eso, ¿o es que vas a tener la cara dura de decir que me mantienes? El único que se ha preocupado de eso ha sido mi padre. Salió a la calle y se tuvo que apoyar contra la pared, le temblaba todo el cuerpo y sentía las lágrimas agolpándose en sus ojos.

— *Osea*, Cuqui, eso ha sido *very strong*, tía, tu *mother* está flipando en normando.

Miró a Mayo que se había parado a un lado.

—¿Está muy enfadada, no?

—Creo, Cuqui, que no hay palabra para definirlo. Yo te apoyo, tía, pero, *osea*, ¿no crees que deberías pensarte lo de rechazar a Íñigo?

Okay, el tío es más pesado que un piano de cola forrado en acero, pero

tía, tiene un montón de pasta y está muy bien relacionado, Cuqui.

—¿En serio, Mayo? ¿Crees, acaso, que eso me importa? Sé muy bien de que va todo esto, ¡ya lo viví! Tipo con dinero que necesita una mujer-bolso colgada de su brazo. A ser posible mona, impecablemente vestida, con una sonrisa «profidén» en los labios y nada en el cerebro, abstenerse mujeres con ideas propias y que pretendan tener la exclusividad de su

~ 180 ~

marido, porque él saldrá, a diario, con quién le dé la gana. Además, tengo novio.

La cara de Mayo cambió de colores a una velocidad pasmosa, parecía un cuadro de *Warhol*.

— *Osea*, Cuqui, no estarás hablando de... Lolo, ¿verdad?

—Sí, justamente hablo de él.

La boca de su amiga se abrió tanto que estaba segura de que podía contar todos sus impecables dientes.

—¡Qué fuerte, tía! A ver, Cuqui, deja que te ilustre. El chico es mono, cierto que no es un hombre de esos «cuadriculados»...

—Cuadrados, Mayo, se dice cuadrados.

Ella hizo un movimiento con su mano, como desestimando su comentario.

—Lo que sea, en fin, que no digo que te des una vuelta en su «yate», ya me entiendes, pero de ahí a enrollarte con un tipo así, *osea*, tía, es ultra-mega-fuerte, él es... de otra gama.

—¿Gama?

—Sí, ya sabes, coches de lujo, utilitarios y luego están las cosas esas... mmm, si, los cacharros esos de cuatro ruedas que transportan utensilios de trabajos manuales... ¿furgones? Pues eso, que Lolo es un furgón, tía y tú eres una limusina.

Sintió su ira crecer, ¿¡cómo!?, sabía que Mariola era *snob*, pero siempre, siempre había estado de su lado y no pensaba que Graci, al final, la había «convertido», conocía su frivolidad, pero jamás habría sospechado que mirara por encima del hombro.

—Dime una cosa, Mayo, ¿qué opinas de Carmen?

La mirada de su amiga fue de extrañeza.

— *Osea*, es una mujer extraordinaria, pero, cielo, tienes que reconocer que no es de nuestra clase... aunque es encantadora, de verdad, nena, súper-encantadora, servicial y... y cocina de vicio.

—Así que, en el fondo, opinas como mi madre, ¿no? ¡*Aluflipante*, tía!

—No es eso, Cuqui, pero si sigues con ese tal Lolo, ¿de qué pensáis vivir?, ¿lo vas a mantener? Además, tía, llevará ropa de trabajo, llena de

suciedad. ¿Te pondrá asistenta en casa o tendrías que hacerle tú la

~ 181 ~

colada? Además, piensa que si te «engarzas» con él tu madre nunca, jamás te lo perdonará.

—¿Pues sabes qué, Mayo? Si tengo que elegir lo elijo a él y a mi familia, al menos ellos no me obligan a hacer algo que no deseo, me quieren tal como soy y me apoyan en todo —se giró y empezó a andar, cuando había dados tres pasos se volvió y miró a su amiga— ¿Y sabes qué? Ellos nunca me obligarían a elegir y no harían ese tipo de comparaciones como las que hacéis vosotros. Adiós, Mayo.

~ 182 ~



La comida en casa de Fermín fue como siempre, María cocinó para un regimiento y siete cuarteles de artillería, la charla amena, divertida y ahora, frente a un café y unos dulces, derivó al trabajo y vio los ojos de

su amigo brillar.

—¿Has hablado con tus padres?

A ver por donde le salía ahora Fermín.

—Hablé con mi madre el jueves, la verdad es que he estado algo liado.

—¿Ahora se le llama así al «ligoteo»? ¡Joder, voy desfasado!

—¡Fer, no te pases!

—Vale, entendido, el tema de la rubia es tabú. En fin, a lo que iba, te he preguntado lo de si habías hablado con ellos porque hay noticias sobre el proyecto de la urbanización.

Miró a su amigo entusiasmado.

—¿No me digas que al final les ha gustado?

—Mejor que eso, Manu, mucho mejor, no solo les gusta es que nos dan el permiso.

~ 183 ~

Dio un grito de alegría. Llevaba con ese plan ya un par de años, a él le parecía bueno, algo arriesgado, cierto, pero bueno. Construir una pequeña urbanización, de pequeñas casas sencillas, económicas y al mismo tiempo con todo lujo de detalles. Pero eso no era lo más importante, no, lo interesante del proyecto era que sería, al mismo tiempo, construcción y una especie de aula formativa. Su idea era dar

trabajo, no solo a personas en largo periodo de desempleo, también a jóvenes sin estudios y de escasos recursos económicos y formarlos. Los especialistas, albañiles, pintores y carpinteros se beneficiarían de un trabajo, y al mismo tiempo, tendrían a su cargo a muchachos para enseñarles el oficio. Otra parte muy importante del plan era su propósito de utilizar, a ser posible al cien por cien, materiales reciclados o de derribos.

Estaba deseando decírselo a Carol... ¡joder, joder, joder! Esto... para explicárselo tendría que contarle otras cositas que, por idiota, le había ocultado y si le daban los permisos tendría que irse a Murcia en unos meses y dejar de verla... ¡mierda! no quería eso. Mil dudas le surgieron. Tomó aire, todavía tenía varios meses por delante, en aquel tiempo podría... ¿podría qué?, ¿convencerla de que se fuera con él?, ¿aceptaría ella? ¡Qué complicado era todo aquello del amor! ... ¿amor?, ¿estaba enamorado de ella? Con toda esa incertidumbre llegó frente al apartamento de Carol, pero en cuanto abrió la puerta perdieron importancia al verle la cara.

—¿Qué pasa, rubia?

Ella se lanzó a sus brazos mientras que los dos peques gimoteaban a sus pies, era como si se solidarizaran con su «mami», un par de minutos

después tenía el jersey y los bajos de los pantalones húmedos, arriba con lágrimas y abajo con babas y otros «complementos». Despacio y sin soltarla la llevó hasta el sillón y se sentó con ella en brazos.

—Me estás asustando, princesa, ¿qué pasa?

—¡Mi... mi madre!

Le apartó un mechón de pelo de la cara con delicadeza.

—¿Le ha pasado algo?

Aquello fue como si hubiera tocado un resorte, terminar de decir la frase y Carol se envaró, se apartó y lo miró hecha una furia.

—Todavía no, pero al paso que va está ganándose un pase *vip* para que le hagan una funda para el sofá con la silicona de sus implantes mamarios.

~ 184 ~

—Deduzco, por tus palabras, que la comida no ha sido, precisamente, motivo de paz, armonía y reconciliación, ¿no?

—¡Le ha dado, sin pedirme permiso, ni opinión, ni a mí, ni a mi padre, mi mano a Íñigo! *Osea*, tío, tiene la desfachatez de soltarme, en plena comida, que estamos de celebración por mi compromiso.

—¿Vas a casarte?

Ella lo golpeó, con el puño, en la frente.

— ¿¡Hello!?! ¿Hay alguien ahí o se han ido todos a hacer una ruta por los países nórdicos?

—¡Joder, rubia! ¿Qué quieres que piense?

La vio levantarse y empezar a pasear frente a él.

—Le dije que si tantas ganas tenía de incluirlo en la familia que se divorciara de Brent y se casara ella con Íñigo.

Se acercó y la abrazó con fuerza.

—¿Y por qué cojones tengo que perderme yo siempre todo esto? Me hubiera encantado estar ahí y verte diciéndole todo ese a tu madre, después, delante de todos, te habría besado hasta soldar nuestros labios. Eres toda una fiera, rubia y me encanta.

—¿Por qué no puede ser una madre normal, Lolo? Veo a Carmen y a mis hermanas juntas y me muero de envidia; me encanta como se preocupan unas de las otras, como se besan, se acarician y hasta discuten para luego abrazarse; se aconsejan, se tienen siempre que se necesitan.

Le besó la mejilla, la frente, los párpados y llegó hasta sus labios.

—No sé porque tu madre es así, princesa, solo sé que no tiene ni idea de la hija tan maravillosa que tiene, dulce, atenta, cariñosa y con un gran corazón.

Ella soltó uno de esos pequeños bufidos que le encantaban.

— *Osea*, eso lo dices porque... porque no me conociste antes, yo era igual que ella y a veces tengo miedo de terminar siendo una copia.

—Eso es imposible, Carol, tú eres única, inimitable, por eso me estoy

—tuvo que pararse y tragar con fuerza, había estado a punto de decirle que se estaba enamorando y no sabía si ella sentía algo, al menos, parecido, por eso rectificó la frase— quiero decir que yo estoy muy

~ 185 ~

orgullosa de ti, nunca serás como ella, rubia, además, creo que Raquel no te lo permitiría.

Con eso consiguió que ella sonriera.

—Estoy segura que la ratona me perseguiría con un bate para darme en la cabeza y hacer que mis neuronas se «desposeyeran» de tanto «píjerie».

La tomó de las caderas y la pegó a su cuerpo, carraspeó y la miró serio.

—¿Por qué no te vienes conmigo a Murcia unos días y te olvidas de todo esto?

Cuando vio la cara alucinada de ella tomó aire y empezó a aclararle, de carrerilla, sin tomar aire y casi sin poner comas para tomar un

respiro, lo que en realidad quería decir.

—Verás, el domingo que viene es San Antón y en mi pueblo celebran una pequeña fiesta, suelo ir todos los años y este con más motivos, tengo que arreglar un par de cosillas, ¿qué me dices, te vienes?

—Pero, *osea*, ¿qué... qué dirá tu familia?

—Si quieres que te diga la verdad la fiesta vas a ser tú, rubia, no veas lo contentos que se van a poner si llego acompañado de mi novia. Carol, cariño, mi familia te adorara, ya lo verás. Entonces, ¿vienes conmigo?

La vio morderse el labio con nerviosismo.

—¡Jopetas, Lolo! Todavía no he empezado a trabajar, ¿y pido días libres? No sé cómo se lo tomaran mis socios.

—Serán solo un par de días, salimos viernes de madrugada y el lunes estaremos aquí, te lo prometo. Anda, rubia, no me digas que no, por favor, tengo ganas de enseñarte mi pueblo y todo lo «rústico» que puedo llegar a ser.

—¿Más?

—Princesa, tú no me has visto en mi hábitat natural. Te llevaré a pasear en la Vespa de mi padre, te montaré en un tractor y te follaré apoyada en un limonero, ¿no me digas que vas a resistirte a semejante *tour*?

—Eres un bruto.

La besó en el cuello y le dio un ligero chupón.

~ 186 ~

—Ni te imaginas lo bruto que puedo llegar a ser, Carol. Es imaginarte desnuda en medio del huerto, rodeada de árboles como una diosa de la naturaleza —ella soltó un gemido y sonrió, estaba seguro de que no esperaba las siguientes palabras que iba a soltar— y es que se me pone la polla como el tubo de escape de un camión.

—Pues sí, puedes llegar a ser más rústico.

—Entonces, ¿me acompañarás?

—Después de describirme semejante ruta... debería negarme, pero me gustaría conocer a tu familia, en especial a tu abuelo.

—De ese te aconsejo que te mantengas alejada, si crees que yo soy un zopenco, ni me imagino lo que pensarás cuando lo conozcas a él.

Sabía que en cuánto llegaran a su pueblo ella descubriría todo el «pastel»; tal vez debería decirle que, lo de Lolo, solo había sido una broma, una tontería que se le había ocurrido cuando ella le soltó aquello de «Carol porque suena más *chic*», sí, tal vez debería decírselo y cuando se enterara de la segunda «sorpresita» estaría algo más... digamos, dispuesta a perdonarlo; pero cuando sintió que lo acariciaba se olvidó

de todo, total, en cinco días, su rubia se enteraría de todo y no era tan malo, ¿no? Solo esperaba que ella no decidiera cortarle las pelotas con aquellas ridículas tijeras que guardaba en el cuarto de baño, porque iba a ser lento y muy doloroso.

~ 187 ~



Cuando el lunes llegó al trabajo sus socios la sorprendieron con la noticia de que ya habían hablado con el asesor y tenían todos los documentos preparados y por sus sonrisas sabía que detrás de semejante celeridad estaban su padre y Carmen.

—¿*Osea*, tíos, en serio el valor es el doble de lo que aporté? ¿Y cómo os las arreglaréis sin mí? No quisiera dejaros en la estacada, ¿estáis seguros?

Ellos se quedaron mirándola extrañados.

—Carol, reina, ¿es que ya no quieres vender? Es *alufiplante*, rica, que

nos digas que si estamos interesados en comprar tu parte y cuando lo preparamos todo sales tú, tía, con estas preguntas, barra dudas, interrogante soy tan prescindible, exclamación no quiero dejaros varados en la autovía; no puedo con mi vida, nena.

Lore parecía molesto, *osea*, ella quería irse, pero es que ahora estaba Lolo y eran novios y aunque no le había dicho, en ningún momento, que estaba enamorado de ella sí que parecía bastante... digamos, «entusiasmado».

~ 188 ~

—No es eso, *of course* que quiero vender, pero... ¡jopelines! No sé ni yo misma lo que me pasa. ¿Cuándo tengo que ir a firmar?

Charly la tomó de la mano y le sonrió.

—El asesor se pasará esta misma mañana, Carol, tu pa... quiero decir... eh...

—¿Mi padre y Carmen están detrás de todo esto, verdad?

Lore le echó una mirada enfurruñada a su primo.

—Si tuvieras la lengua más larga, Charly, podrías hacerte una bufanda con ella, ¡era una sorpresa! —Giró la cabeza y la miró emocionado— Ese es su regalo de reyes, cielo, hemos estado en contacto estos días y lo hemos resuelto todo súper-mega-rápido, Carol.

A media mañana llegó el asesor con todo el papeleo listo y con una carta, era de su padre y de su mamastra, en ella le comentaban que todo estaba revisado por un abogado, la felicitaban por el paso que acababa de dar y que la esperaban, en Barcelona, con los brazos abiertos, así que no le quedó otra que firmar mientras que su cabeza hacía esfuerzos sobrehumanos intentando encontrar las palabras para comentárselo a Lolo, el próximo treinta y uno de enero dejaría de ser la socia de la boutique, tendría una cuenta de ahorros abultada y un futuro incierto por delante.

Estaba sumida en todas esas dudas, cuando llegó esa tarde al apartamento, recordó entonces que July, su vecina, estaría ya en casa y decidió visitarla; después de los saludos la mujer la miró fijamente.

—¿Qué te pasa, florecita?

Soltó las palabras a borbotones, como si no tuviera tiempo o como si se empeñaran en salir todas desfilando sin orden alguno. Los ojos negros de July brillaban emocionados.

—¿Y qué te preocupa, pequeña?

—Pues, *osea*, ¿no me has escuchado?, Lolo y yo somos novios, nuestra relación está empezando, ¿cómo voy a decirle que me voy?

Debería haber pensado las cosas un poco más, creo que me he

precipitado vendiendo mi parte en la boutique.

—¿Sabes, Carol? A mí me da en la nariz que tu paso por la boutique se ha finalizado, al menos aquí en Madrid, huelo cambios de aire en tu vida, sí, el aroma que me llega es de azahar, de tierra seca, árida pero fuerte y de la que se arraiga al corazón.

~ 189 ~

— *Osea*, July, ¡jopetas!, ¿no podrías hablarme en un español más claro? Eso que me dices me suena a jeroglífico de la época de Tutankamon, águila mirando a la derecha, libélula a la izquierda y un faraón bailando salsa. ¿Qué pretendes decirme?

La mano de la mujer tomó la suya y le sonrió.

—Pues que dejes de comerte tanto el «tarro», que abras bien los ojos y dejes que te hable el corazón. Todavía tienes este mes por delante y que yo sepa nadie te echa del apartamento, ¿no? Vive, Carol y por una vez piensa en ti y olvídate de todo lo demás, ¿entendido?

¡Pues, claro! Aquello estaba muy nítido, transparente, lo había pillado a la primera, ¡pues anda que no era buena ella resolviendo crucigramas y acertijos!, vamos, que no daba ni una, en fin, hablar con July había sido tan esclarecedor como andar por un laberinto en un día de niebla. Ni sus pequeñines que la recibieron dando saltos, frotándose contra

ella y mirándola con ojitos de cariño pudieron animarla.

Después del trabajo se pasó por su apartamento y aprovechó para hablar con su madre que le habló, entusiasmada, del proyecto.

—Manu, cielo, ¿no deberías estar dando saltos de alegría? Porque por tu forma de hablar parece ser que te han seleccionado para hacerte una operación sin anestesia ni nada. ¿Qué te pasa?

—Estoy feliz, mamá, sabes que ese plan era mi sueño, pero, bueno, no es nada. Quería decirte que este fin de semana iré a casa y... no voy solo.

—¿Fermín y María vienen? Me comentaron que no les apetecía hacer de nuevo otro viaje en tan poco tiempo.

—No, ellos no van. Voy con Carol... mi novia.

¡Joder! La oreja derecha se le incrustó en el lado izquierdo de la cabeza y juraría que oía como un repiqueteo de campanas, ¡menudo rugido!

Era evidente que su madre tenía unos pulmones de lo más sano.

~ 190 ~

—¡Mamá! ¿Quieres dejar de gritar?

—Estoy tan contenta, mi cielo, al fin has dejado el pasado atrás y vuelves a mirar al futuro. Oye, ¿y que le gusta comer?, ya sabes que

aquí en casa no somos muy «finolis» y que los potajes, guisos y comidas de pueblo es lo que mejor se nos da. ¿Come carne o solo verduras?

¿Bebe leche o bebidas de soja o alpiste o cosas de esas?

¿Alpiste? ¿En serio?

—No es un pájaro, mamá. Carol come de todo, no te preocupes.

—Sí, pero me dijiste que es una chica *chic*. ¡Ay, por Dios, voy a tener que comprar un edredón para la cama del Rodolfo Valentino ese!

Puso los ojos en blanco.

—Es Roberto Verino, mamá

—¡Leches! Con los nervios ya no sé ni lo que digo, hijo.

—Y no es necesario que hagas nada especial, mamá. Sé lo que te dije, pero estaba equivocado, he descubierto que ella es feliz con las cosas más sencillas.

Le habló de Sarah, de Daniel y su nueva familia a la cual, Carol, amaba.

—Pobrecita. Mi niño, creo que la vamos a adorar todos, ya me ha ganado el corazón sabiendo que te ha hecho reír de nuevo y por lo que me dices está muy necesitada de cariño y en esta familia de eso vamos más que sobrados. Lo malo va a ser el abuelo, ya lo conoces, voy a hablar seriamente con él, es capaz de darle una cachetada en el culo nada más

verla.

—No, no hables con él. Quiero que disfrute de todos nosotros en nuestro estado más... digamos, «bruto».

Su madre soltó una palabrota.

—¿Qué has hecho, Manu?

Ya se enteraría, junto a Carol, de lo que había hecho «su niño», le iban a llover las collejas a pares y por todos los lados, se lo veía venir y no es que no se las mereciera, no, pero es que su madre las daba de tal manera que, como las ofertas en los centros comerciales, te venían dos por una.

El resto de la semana fue tranquilo, aunque había algo en su rubia que lo tenía «descolocado», como si quisiera decirle alguna cosa y no se

~ 191 ~

atrevera, parecía distraída, a ratos triste y en otros momentos inquieta.

Habían pasado todas las noches juntos, salvo la noche anterior porque tenía que ir a su apartamento a preparar la maleta, pero había quedado con ella a las seis de la mañana.

Cuando ella abrió la puerta, sus ojos adormilados le hicieron sonreír.

—¡Buenos días, princesa!

Ella soltó un pequeño bufido «made in Carol», de esos que apenas

movía los labios.

—¿Buenos días? Es de noche todavía, ¡de noche!, hace tanto frío que tengo congeladas hasta las etiquetas de la ropa y tengo sueño, ¡jopetas, Lolo! ¿A ti te parece normal salir a estas horas? Si creo que todavía no han terminado de pintar los trazos de la carretera.

—Líneas, rubia, son líneas. Piensa que vas a ver amanecer, que los primeros rayos de luz te besaran la cara y jugaran con tu pelo.

Evidentemente no estaba apreciando, para nada, su vena poética, porque el bufido volvió a repetirse.

—Llegaré con los ojos tan cerrados que tendrás que ponerme esas cosas que colocas para que el techo no se junte con el suelo, la ropa con más arrugas que el papel Pinocho y bostezando de tal manera que mi boca parecerá la entrada de un túnel, ¿no puedo dormir un ratito más, *porfaplis?*

Tiró de ella, le quitó la maleta de la mano y las arrastró, a las dos, hasta el ascensor.

Cuando llegaron frente a su vehículo, todo el adormilamiento saltó por los aires y miró el coche pasmada.

— *Osea*, tío, esto es *estupendástico*, ¿cómo puedes llevar el coche así?, ¿vas recolectando todo el polvo o es que vienes de correr un rally por el

desierto?

Abrió la puerta para que se subiera, Carol asomó la cabeza y después se giró para mirarlo.

—¿Me juras que no hay nada «vivo» ahí dentro? Porque creo que acabo de descubrir de dónde vienen las cucarachas y el por qué se extinguieron los dinosaurios.

Le dio un pequeño azote en el culo.

~ 192 ~

—¿Crees que dejaría que algo te «comiera»? El único que va a «comerte» soy yo y como no te subas pronto y sigas provocándome con el meneo de tus caderas te follaré contra el coche.

—En serio, Lolo, ¿por qué eres tan bruto? ¿Y cómo, a estas horas, puedes tener ganas de «eso»?

Se frotó contra ella, que se subió, de forma casi instantánea, al coche.

—Yo siempre tengo ganas de ti, rubia, siempre, que no se te olvide.

Pensaba que nada más que empezaran el viaje, Carol se dormiría, pero no fue así, le hizo mil preguntas de su pueblo, de su familia y cuando estaban llegando, los dos, empezaron a ponerse nerviosos, se imaginaba el motivo de ella y del suyo estaba más que seguro, en cuanto llegaran y su madre saliera a recibirlos todo quedaría al descubierto.

Antes de apagar el vehículo su madre ya estaba en la puerta. Tomó la mano de Carol y se la besó.

—No estés nerviosa, rubia, te van a adorar igual que lo hago yo, ya lo verás.

Bajó, le abrió la puerta y la ayudó a descender. Su madre se acercó tranquilamente a ellos, algo que sabía que le debía estar costando mucho, ella era de lanzarse sobre él nada más llegar.

—¡Manu, hijo, ya estáis aquí!

—¿¡Manu!?! *Osea*, tío, ¡Manu!

Carol tenía una mirada de cabreo monumental combinada con una de: ¡no puede ser verdad!, pero cuando la que salió disparada de la casa fue su hermana María, la combinación se fue a la porra y solo quedó la de: ¡te voy a hacer un par de huevos fritos, con los que tienes entre las piernas!

—¡Manu, hermanito!

~ 193 ~

.



¡Manu! Se llamaba Manu y no Lolo, ¿se había estado burlando de ella todo ese tiempo?

—¿Dónde está la estación más cercana?

—Rubia, cálmate, todo tiene una explicación, de verdad.

—¿Qué me calme, *Lolo*? Osea, tío, ¿tienes la *face* de decirme que me calme? ¿Pero tú de que vas? ¡Jopelines, no me lo puedo creer! Lo tuyo es *strong, very strong*, has hecho que te presente a todos con ese ridículo nombre y le he hablado a mi familia de *Lolo*, ¿me oyes? Lo-lo, no Manu. No te parto la cara porque tu familia no tiene la culpa de que seas un idiota. ¡Qué fuerte, tío, qué fuerte!

Reme, la madre de Lo... Manu, los miraba ¿enfadada? Se acercó a su hijo y lo miró muy seria consiguiendo que él se ruborizara. La mano de la mujer salió disparada y le dio en la cabeza a su «niño».

—¿Se puede saber que has hecho, Manu?

—Es lo que intento explicar, solo fue una broma, una gilipollez, lo

reconozco.

—¿Broma?, ¿te has estado riendo de mi todo este tiempo?

~ 194 ~

—¡Joder, rubia, no!

Reme se acercó a ella y le dio un abrazo.

—¡Bienvenida, cielo! Me alegro de que estés aquí y te pido disculpas en nombre del ceporro de mi hijo. Ven, cariño que te presento a toda la familia y luego, Manu, que nos explique a todos lo de su «nuevo nombre».

En cuanto entró en la casa Reme le presentó a Manuel, su marido, a María, la melliza de Lo... Manu, le iba a costar acostumbrarse a llamarlo así... si es que lo llamaba porque lo mismo, a partir de ese momento, terminaba por decirle *gilipichi*.

Pero el mejor momento fue cuando le presentaron a Pencho, el abuelo, todo un personaje, muy cierto. El hombre, una copia en sepia y envejecida de Manu, se acercó, la miró de arriba abajo, se volvió a su nieto, le guiñó un ojo y le soltó un: ¡Joder, niño, sí que está buena, menudo pedazo rubia! Y acto seguido, sin mediar palabra, ante sus atónitos ojos y al grito unánime de la familia de un ¡no! le dio una palmada en el culo.

—¡Menudas carnes prietas tiene la niña! ¡Ven a los brazos de tu

abuelo, Carol!

—Papá, ¿quieres hacer el favor de comportarte?

Se vio apretujada entre los brazos del anciano que le guiñó un ojo y le dio una sonrisa pícaro.

—Reme, hija, ¿es que no puedo regalarme ni los ojos? ¡Joder, que ya solo me queda eso!

—¡Pues metete las manos en los bolsillos!, ¿entendido? ¿Qué va a pensar Carol de nosotros? Primero, mi hijo, le ha dicho que se llama Lolo y luego vas tú, pedazo de viejo verde y le das un cachetazo en el culo, ¡que cruz, por Dios!

Se volvió hacia Manu y le dijo que aclarara aquel embrollo.

—Fue una tontería, mamá, yo la llamé Carolina y ella me dijo que era Carol porque quedaba más *chic* y entonces, yo...

—Tus gracias, hijo, la gran mayoría de las veces tienen de todo menos eso, gracia. Cariño, no se lo vas a tener en cuenta, ¿verdad?

¿Qué podía decir? La mujer le recordaba, mucho, a Carmen, tierna, entrañable y con carácter.

—Si me lo pide usted...

~ 195 ~

—Nada de usted, Carol, llámame Reme y tutéame, por favor. Ven que

te voy a llevar a tu habitación para que te acomodes. Comeremos cuando estéis listos. Manu, lleva la maleta de tu novia a la habitación de tu hermana Ángela.

Cuando se quedaron solos se miraron fijamente, Lo... Manu se acercó hasta ella y deslizó un dedo por su mejilla.

—Rubia, te juro que en ningún momento pretendía reírme de ti, de verdad. Fue una idiotez, algo que surgió en el momento, te vi ante mí, tan... cursi, pija, hablándome indignada y me salió.

— *Osea*, tío, eso lo entiendo, en serio, lo que no logro comprender es que después no me lo dijeras.

Él le tomó la cara entre las manos.

—Mil veces estuve a punto de decírtelo, pero no encontraba la manera, no quería que creyeras lo que piensas, precisamente, ahora. Estábamos al inicio de nuestra relación, había momentos en que parecía que te avergonzabas de mí y yo me sentía inseguro. Me gustas mucho, me vuelves loco y no quiero perderte, Carol, perdóname, por favor, venga, princesa, en el fondo sabes que sigo siendo el mismo, tu Lolo, bruto y rústico.

La besó con tanta ternura que se ablandó, parecía sincero y ella, debía admitirlo, había estado bastante «melona» con él.

Agarrados de la mano bajaron a comer, sus padres, el abuelo y María ya estaban sentados a la mesa, una mesa que estaba llena de comida, ¿pero cuántos iban a comer? Allí había comida para toda una convención.

—Como no sabía que te gustaba, Carol, he hecho varios platos.

—Gracias, Reme, pero no deberías haberte molestado en cocinar tanto, de verdad, no como mucho.

—Se nota, hija, estás muy delgada.

¿Delgada? ¡Por la D de Dior! Sí aún no había podido quitarse los tres kilos que había cogido en Navidad y ya le sobraban, de antes, al menos un par.

—Y ahora es cuando mi mujer empieza su labor de «engorde».

Sonrió ante las palabras de Manuel, era un hombre serio, de pocas palabras, pero muy atento.

~ 196 ~

La conversación no paró en ningún momento, la familia de Manu era encantadora y su madre se encargó de rellenar su plato varias veces.

Cuando sacó el postre, una tarta de manzana exquisita, el abuelo miró a su hija y empezó a sonreír.

—¿Cuándo viene el brindis? Tenemos que celebrar que le han dado el

permiso al chico.

Miró extrañada al hombre y luego a Manu que sonrió con cara de circunstancias, mientras que Reme le contestaba a su padre.

—Papá, eres un impaciente.

—¿Qué permiso?

La mujer miró primero a su hijo y luego a ella.

—¿No te ha comentado que al final han aprobado su proyecto?, ¿era una sorpresa, Manu?

El dichoso Manu enrojeció y ella se olió, no había que ser un lince para hacerlo, que él había vuelto a ocultarle algo, pero antes de que volviera a preguntar, María lo soltó todo de sopetón, ironía incluida.

—No, mamá, ¿no ves la cara de culpabilidad de tu «niño»? Manu presentó un proyecto para la construcción de una urbanización, él es el arquitecto y promotor y su empresa constructora la encargada de realizarlo.

¿Arquitecto?, ¿promotor y constructor?

—¿Eres la gaceta informativa del pueblo, hermanita? Rubia, deja que te explique...

Se levantó, tomó la copa y vació todo el contenido encima de él.

—¡Eres...eres... un astado, señor arquitecto!

Salió del comedor y se dirigió hacia la escalera, antes de empezar a subirla pudo escuchar la voz de Reme.

—Hijo, tú cuando metes la pata no te quedas en la entrepierna, ¿verdad?, ¡tienes que meterla hasta el codo! ¿Se puede saber qué coño le has dicho a la chiquilla? ¡Ve ahora mismo y arréglalo!, porque si no lo haces, Manu, tengo siete latas de sardinas que llevan tu nombre, ¿entendido?

No sabía que tenían que ver las latas con lo que él había hecho, pero cuando escuchó que «Lolo-Manu» arrastraba la silla para levantarse corrió hacia la habitación y se encerró en ella.

~ 197 ~

Él intentó abrir la puerta, cuando vio que había cerrado con el pasador dio un par de toques.

—Carol, lo siento, ¿puedes abrir para que hablemos?

—No, no quiero abrir y no quiero hablar contigo.

—Princesa, deja que te explique.

— *Osea*, Manu, no solo me mientes con tu nombre, sino que encima vas y por toda la *face* me dejas creer que eres un albañil y resulta que no solo la empresa es tuya, es que, encima, eres arquitecto. ¿Era una apuesta?, ¿o solo querías reírte de la niña tonta y pija?

—¡Joder, Carol! soy albañil, la empresa era de mi padre y yo he trabajado siempre con él, cuando decidió retirarse, por problemas de espalda y porque bajó el ritmo de trabajo, yo me quedé con ella y la saqué adelante.

—Y el título de arquitectura te lo dieron cuando cobraste el primer mes como un plus, ¿no? Pues mira, Manu, seré cursi, pija y hasta una niña melona, pero no me río de las personas, ¿entendido? Y no me gusta que me lo hagan a mí, ¿vale?, y contigo, «Lolo», ya he superado mi cuota, te has pasado, tío, *osea*, por mi puedes comprarte un obús y utilizarlo de supositorio.

—Rubia, no me hagas esto, estoy loco por ti.

—Lo que estás es mal de la *head* y necesitas alguien que te haga una reconversión de neuronas. No pienso perdonarte esto, Manu, ¡vete!

—Eres un idiota, hermanito, no, un idiota no, eres un «*tontoelpijo*»⁵ y opositas para gilipollas integral. ¡Lárgate y déjala tranquila!

Escuchó a la hermana de Manu y sonaba bastante enfadada.

—María, esto es una conversación privada, ¿sabes lo que significa eso?

—Sí, sé lo que significa, pero tú, querido hermano, has metido la pata y la has cagado a lo grande, así que antes de que sigas hablando y caves

más hondo tu propia fosa te sugiero que bajes e intentes calmar a nuestra madre, porque te advierto que ya está preparando todo un menú que incluye en el desayuno, comida y cena una cantidad obscena de sardinas.

5 Expresión murciana que se utiliza para enfatizar el insulto

~ 198 ~

Las voces bajaron de tono y apenas escuchó unos murmullos, luego llegó el silencio y después un par de discretos golpes en la puerta.

—Soy María, Carol, ¿puedes abrirme la puerta?

¿Cómo negarse? Cuando la abrió, la muchacha entró y le dedicó una sonrisa. María era muy guapa, se parecía, mucho, a su hermano, en especial sus ojos.

—Siento lo que ha pasado, Carol y te pido disculpas en nombre de todos. Normalmente mi hermano no es tan gilipollas, ¿sabes?, eso sí, tiene un «venazo» de idiotez enorme, creo que es porque es el único chico en casa y las chicas nos llevamos todas la inteligencia y él se quedó con la justita para llegar al mediodía, a partir de ahí va por libre y con el piloto automático conectado.

Sonrió ante las palabras de ella.

—Cuando Manu estuvo en casa en Navidad me habló de ti, bueno, si

te soy sincera tuve que pincharle para que me lo dijera, pero debo decir que cuando habló lo hizo con mucho cariño y... asombro, ni él mismo podía creerse lo que estaba empezando a sentir por ti.

—A mí también me gustaba... hasta llegar aquí.

—¿Nos sentamos?

Se dejaron caer en la cama y María le cogió las manos.

—Pensarás que estamos como cencerros. Un abuelo que es todo un personaje y que tiene más manos que un pulpo. Mi madre que se empeña en «cebar» a todo el mundo. Mi padre... bueno, es de pocas palabras, de frases cortas y concisas, a veces sabemos que está por aquí por los ronquidos de oso. Yo que me meto donde no me llaman y mi hermano que es un imbécil, ¡menuda panda!

—No, no digas eso, sois estupendos y ahora comprendo porque, Manu, os adora a todos. Pero él... él se ha comportado como un idiota y no entiendo por qué.

La vio respirar hondo.

—¿Te ha hablado alguna vez de Paqui?

—¿Su ex novia?

María asintió.

—Muy poco, mejor dicho, casi nada.

~ 199 ~

—No voy a disculpar a Manu, pero puedo entender... no, no lo entiendo, la verdad. Aunque sí sé que todo lo que pasó con esa zorra, barra putón y que conste que estoy conteniéndome, lo cambió. Estas fiestas parecía, de nuevo, él, mi hermano perdido. Bromeaba, se reía más y había desaparecido esa mirada de tristeza y desconfianza que llevaba arrastrando desde que la cerda «desbragada» esa nos jodió la vida a todos.

Escuchar todo lo que la tal Paqui les hizo, en especial a Manu, le dio otra perspectiva de las cosas, las vio... algo diferentes. Era más que evidente que uno no pasa por algo así sin que queden «efectos secundarios». Cierto que ella no tenía la culpa. Más cierto aún que eso no le daba derecho a hacer lo que había hecho, pero podía comprender la desconfianza y el miedo, ella lo había vivido y su lado «repipi» no ayudaba mucho.

—Eso sí, Carol, lo que te he contado no es para que lo perdones así como así. ¡Dale una buena patada en los huevos! Haz que te pida disculpas mil veces si las necesitas y no se lo pongas fácil. Lo de la reconciliación lo vais a tener algo más complicado, aquí, en esta casa, no hay «fornicio» si antes no le traes a mi madre el acta de «convivencia»,

junto al consentimiento familiar y hasta los certificados médicos, es muy estricta en eso, de hecho, el capullo de mi hermano me amenaza con contarle que me salté, a la torera, el dichoso veto y tuve mi primera experiencia sexual en esta casa y, para más recochineo, en la cama de mis padres, yo es que soy así de «tocapelotas», ya me irás conociendo.

~ 200 ~



Se había tragado el rapapolvo de su madre, las miradas ceñudas de su padre y las frases, más que ocurrentes, del abuelo y ahora, una hora después, seguía mirando hacia la escalera, esperando, al menos, ver bajar a su hermana.

—¿Tú te has mirado eso, nieto? Lo tuyo no muy es normal, primero te lías con una mujer que abría las piernas más que un ángulo obtuso, luego conoces a una muy maja y vas y lías el ovillo de tal manera que no hay forma de encontrarle la punta.

—¡Joder, abuelo, ya sé que he metido la pata!

—No, Manu, la pata la has metido con el nombrecito de marras, pero tratar de quedar como un zopenco, hijo, eso es ser más tonto que orinar hacia arriba y decir que llueve.

Escuchó pasos, vio bajar a su hermana y se sintió desanimado, tanto que se reflejó en su cara.

—Así da gusto que te mire tu hermano, como si fueses una pelusa debajo de la cama.

—¿Si... sigue muy enfadada?

~ 201 ~

—Sí, Manu, sigo enfadada.

Se levantó, de un salto, de la silla y despacio se acercó hasta ella.

—¿Podemos hablar, rubia?

Ella asintió, estiró la mano para cogérsela, pero antes de llegar la retiró, no quería que se sintiera mal, obligada o que lo rechazara.

—Ven, vamos a la sala del horno.

Cuando llegó allí aspiró con fuerza, su madre seguía cociendo el pan en horno de leña y le encantaba el aroma de la madera mezclada con el de las hogazas y los dulces.

Metió las manos en los bolsillos y se volvió a mirar a Carol.

—Sé que si te vuelvo a repetir que solo fue una tontería ni me creerás y perderá fuerza la afirmación, pero es que pasó así, princesa. Cuando te conocí pensé que eras la clásica niña de papá, tu forma de hablar y de vestir me lo hacía creer, por eso actué como un patán, lo reconozco. Después, mi desconfianza y mis recelos me hicieron seguir manteniendo mi «coartada» y luego todo dejó de tener importancia, rubia, solo quería estar contigo, ibas calando cada vez más hondo en mí y pensé que ya nada importaba, solo tú y yo y lo que sentíamos.

—¿No me estabas poniendo a prueba, Lo... Manu?

—No, bueno, al principio solo quería ver si serías capaz de tontear con un albañil, pero luego no, te lo juro.

Se acercó hasta ella y le cogió las manos, al menos no las retiró.

—Carol, yo no le doy importancia a las clases sociales, me da igual en qué trabajas o si tienes más o menos estudios o si tu cuenta de ahorros está en números rojos, azules o violetas, para mí, lo que de verdad tiene valor eres tú y lo que me haces sentir.

Le llevó las manos a su pecho y las colocó allí.

—Cada vez que te miro mi corazón se acelera, rubia, haces que tenga ganas de reír, me has devuelto mis sueños y has conseguido que vuelva a creer. Te deseo tanto que cada instante separado de ti es una especie

de tortura. Te necesito, princesa, tanto que duele y creo que todo esto puede ser amor, no quiero perderte, no puedo. Confía en mí, te juro que no te oculto nada más, que todas las tonterías se han acabado, este soy yo, Manu, el hombre que se está enamorando de ti.

Ella seguía mirándolo fijamente sin contestar.

~ 202 ~

—¿Me das la oportunidad de demostrarte que soy sincero?

—¿No saldrás luego con algo como que eres sobrino del Rey de Bélgica o el primo del Emperador de Japón?

—Te prometo que no tengo ni una gota de sangre azul —le tomó la cara entre las manos y dejó la boca a escasos milímetros de la de ella— y para demostrarte que sigo siendo el mismo bruto te diré que quiero besarte de tal manera que haré que mis labios se queden tatuados en los tuyos y te acariciaré hasta que mis huellas dactilares se borren de mis dedos.

—Eso, Manu, no es ser bruto.

Alzó una de sus cejas.

—¿No?, entonces, ¿qué es?

—Espero que sea una promesa.

—¡Joder, rubia! Acabas de ponerme la polla como el rabo de un cazo.

—Eso sí que es rústico, Manu, *osea*, tío, ¿cómo puedes ser tan rudo?

—La culpa es tuya, rubia, haces que me vuelva loco.

La besó con suavidad, acariciándole los labios con la punta de la lengua.

—¿Vamos a dar una vuelta en la Vespa?

—¿Es una pregunta con trampa? Cuando dices Vespa, ¿hablas de una moto o te estás refiriendo a... tu... pen...«péndulo»?

—Moto, Carol, porque mi verga, princesa, tiene mucha más «cilindrada».

—Vale, iré a cambiarme, no creo que con esta falda pueda subirme a tu moto.

—Mejor no te digo como quiero que te me «subas» porque entonces sí que me vas a tomar por todo un burro —le mordisqueó los labios con delicadeza— Entonces, rubia, ¿me perdonas, no?

—Sí, pero no vuelvas a ocultarme nada ni a engañarme, Manu.

—Te lo juro, Carol.

La besó con pasión, devorándole la boca, poseyéndola y lamiendo cada recoveco de ella.

~ 203 ~

Estaba en el comedor cuando la vio entrar, llevaba unos vaqueros

ajustados, un jersey en color morado, un chaquetón y unas botas negras con unos tacones tan altos que harían a David el gnomo ser el hermano gemelo de Pau Gasol.

—Rubia, ¿estás segura de querer ir con esos «zancos»?

La vio asentir entusiasmada, ¡ya veríamos donde se quedaba ese entusiasmo cuando viera el lugar al que iban!

Carol miró la moto y sus ojos se iluminaron.

—¡Es preciosa, Manu! Y está muy bien cuidada.

—Era de mi padre, toda una reliquia. Venga, sube y agárrate fuerte.

—¿Tanto vas a correr? *Osea*, no me gusta la velocidad, Manu.

Sonrió y le guiñó el ojo.

—No es por la velocidad, princesa, es, digamos, por el camino.

Mientras fueron por la carretera la sintió relajada, pero cuando entró al camino, todavía sin asfaltar, que llevaba al terreno donde pensaba construir y estaba la sorpresa que quería que viera, ella se tensó y se agarró más fuerte.

Tuvo que «desenrollar» los dedos de Carol de su camiseta, se había agarrado tan fuerte que hasta le había clavado las uñas en el vientre.

Cuando consiguió que bajara de la moto la tomó de la mano y la llevó hasta el borde de la finca.

—¿Te gusta?

Ella miró la gran extensión de terreno... seco, sin un árbol, lleno de piedras, tierra y cuatro matorrales mal contados.

— *Osea*, ¿sí? Esto, Lo... Manu, no quiero ser grosera, pero es que es un terreno, ¿qué jopetas quieres que me guste? Todo está seco y tiene un color muy poco *cool*.

Empezó a reír, ¿poco *cool*?

—Aquí es dónde quiero construir, este terreno era de mi abuelo , hace unos años se lo compré y no te creas que por ser su nieto me hizo un precio especial, es un buitre y le gusta más el dinero que las mujeres, ¡que ya es decir!

—Entonces te tuvo que costar caro, tu abuelo es todo un mujeriego, pero es entrañable.

~ 204 ~

—Sí, pero no te acerques mucho a él y ni se te ocurra darle la espalda, es ver un culo y las manos se le van solas. Venga, sube que quiero que veas algo muy importante para mí.

Salieron a la carretera y unos quinientos metros después tomó una desviación, el camino estaba en buenas condiciones, aunque era algo estrecho y unos trescientos metros más adelante se encontró con la

puerta que llevaba a su sorpresa, la abrió y entraron a un pequeño jardín, a unos treinta metros estaba su oasis personal y su sueño, cuatro enormes sauces daban sombra a la casa, era de una planta, pintada en blanco, con puertas, ventanas y contraventanas en madera de roble.

—¡Oh, Manu, es preciosa! ¿La has construido tú?

Asintió y la vio mirar entusiasmada.

—¿De quién es?

La tomó de la mano con fuerza, los tacones de ella se quedaron, un par de veces, enganchados en los adoquines del camino que llevaba a la entrada, subieron tres escalones y llegaron al porche que rodeaba toda la vivienda.

—¡Bienvenida a mi casa!

Carol abrió la boca asombrada.

—¿Es tuya?

—Sí, está casi terminada, solo le falta la pintura interior, pero el resto está todo acabado.

Entraron al enorme salón y ella giró sobre si misma varias veces.

—Es impresionante, ¡me encanta!

—¿De verdad?

—Sí. ¿La construiste para vivir con... ella?

Entrecerró los ojos y la miró con fijeza.

—Ya veo que mi hermana te ha «puesto al día» y no, no la construí para mi ex, de hecho la empecé varios años antes de salir con ella.

—¿Por qué no me contaste lo que había pasado? Yo te hablé de Charles.

~ 205 ~

Metió las manos en los bolsillos, todo su cuerpo se tensó, tomó aire y lo soltó con lentitud, alzó la cabeza y se quedó contemplando la pared que había justo detrás de Carol, evitando sus ojos.

—¿Cómo te iba contar que fui tan imbécil? Estuve ciego, rubia, metí en mi casa a una mujer que me puso los cuernos, nos robó a todos y estuvo a punto de destrozar mi familia. Me daba vergüenza decirte lo idiota que había sido y encima fui tan gilipollas que ni la denuncié por el respeto y el cariño que le tenía a su hermano, mi mejor amigo. ¿Qué opinión tendrías de mí después de contarte eso?

Ella se acercó, lo abrazó por la cintura y dejó caer la cabeza colocando la frente en su pecho.

—La misma que tengo ahora, Manu, eres un gran hombre, porque solo siendo así, a pesar de todo el daño que ella hizo, fuiste capaz de

pensar en su hermano antes que en ti. No podías saber cómo era ella ni lo que podría hacer.

Soltó un gruñido y la abrazó con fuerza.

—Fui un prepotente, princesa, un chulo y un fardón, sabía, perfectamente, que Paqui era la fundadora del partido «anti piernas cruzadas», Josema, su propio hermano, me lo advirtió cuando se enteró de que estábamos saliendo. Pero creí que me amaba, que estaba tan fascinada conmigo que sería incapaz de ponerme los cuernos, al final de la relación todas las ganaderías del país pujaban por mí.

Carol lo miró sonriendo.

—Pero ya lo has superado, Manu, puedes hasta bromear sobre ello.

Tomó su cara entre las manos y le acarició los pómulos con los pulgares.

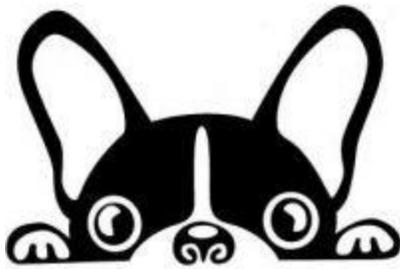
—Has sido tú, rubia, tú, con tu dulzura, ternura, tu lado cursi y esa ingenuidad con la que miras el mundo has conseguido que vuelva a ser yo de nuevo, me has devuelto los sueños que ella me robó, la ilusión y el deseo de volver a amar.

—Creo que somos tal para cual, ¿verdad, Manu? Tú eres el que me hace saltar y que no me preocupe si llevo o no paracaídas, porque sé que cuando llegue abajo estarás tú. ¿Es una locura? Nos conocemos tan

poco tiempo y siento como si fueras parte de mí y de mi vida desde siempre.

—Si esto es una locura, princesa, me declaro demente total y que mi único tratamiento seas tú, tus besos, tus caricias y tu cuerpo, rubia.

~ 206 ~



Miró, fascinada, a su alrededor, la mesa del comedor estaba llena de platos y bandejas, ¿pero cuantas personas iban a comer el día siguiente?

Recordó las últimas horas, como Manu le enseñó su casa que era toda una preciosidad, sus enormes habitaciones, cuatro en total. En la de matrimonio había un baño enorme en color negro y blanco y un vestidor que hicieron que casi se le saltaran las lágrimas, grande, enorme, con luces de led y varios espejos. La cocina era espaciosa y lo que más le gustó era lo luminosa y fresca que era toda la casa.

Después de cenar salieron a tomar unas copas con María y Fernando, su novio. Ya, en la cafetería, se encontraron con los dos amigos de Manu, Josema y Nacho con sus parejas. Observó detenidamente al hermano de Paqui, la ex, tal vez intentando descubrir, por algún parecido genético, como sería la «*putinganilla*» aquella, pero si

asemejaba algo al hermano no es que fuese gran cosa, ¿no? El chico fue muy simpático y amable con ella, bueno, lo fueron todos y lo pasó divinamente.

Al volver a la casa, sobre las dos de la madrugada, Reme y Manuel ya estaban trabajando, amasando panes, barras y baguettes. Manu le

~ 207 ~

susurró al oído que ya que no podía pasar la noche con ella, dado al «tratado de no *follabilidad* hasta no cohabitar», se quedaría ayudando a sus padres, durante un buen rato los estuvo observando en silencio, la complicidad que había entre ellos le encantó.

Por la mañana se levantó sobre las nueve y todos estaban en pie, todavía no lograba entender como Reme tenía toda esa energía, atendía la panadería y encima organizó todo un «escuadrón» de personas para empezar a cocinar para el día siguiente.

Pero el episodio más entrañable de la mañana lo protagonizó el abuelo, apenas entró al salón lo vio ponerse en pie con la taza en la mano, mirarla sonriendo y le soltó unas palabras que la hicieron llorar, luego, Manu, le dijo que aquello era un trovo, una poesía popular, normalmente con música y que se va improvisando sobre la marcha, aunque su abuelo era bastante negado con ellas, pero que cuando lo

hacía era porque estaba feliz y que era una forma de darle la bienvenida a la familia, aunque eso sí, las rimas, normalmente, eran todo un desastre por mucho que el hombre pusiera el alma en ellas.

—«*No hay en el mundo un hombre,
que cuando a la cara te mire,
de tu belleza no se asombre
y por tus besos suspire.*»

Luego se acercó a ella, la abrazó y le dijo que ya era parte de la familia y que todos se sentían felices de tenerla allí, luego se cargó el momento tierno con una palmada en su culo que hizo poner los ojos en blanco al resto de la familia.

Después del desayuno llegaron las otras dos hermanas de Manu con sus maridos e hijos, se vio envuelta en abrazos, besos y palabras de cariño hasta que Reme puso a todo el mundo «firme» y empezó a darle tareas a todos, hasta a ella, algo que la abrumó un poco al principio, pero que, en cuánto se puso a trabajar mano a mano con ellos, la hizo sentir como una más de la familia.

La comida fue toda una odisea, de pie, como en una especie de bufet y hablando todos a la vez.

—Pensarás que estamos locos, ¿no?

Miró a Manu con ternura y sonrió encantada.

—Pienso que tienes una familia maravillosa, tienes que estar orgulloso de ella, de verdad.

Él la tomó de la mano, se la llevó a la boca y besó sus nudillos, extrañada por el silencio que se hizo alzó la cabeza y los vio, a todos, mirándolos con una enorme sonrisa y no pudo evitar el sonrojarse.

Por la tarde, sobre la seis, estaba a punto de pedir que la conectaran a una máquina de café, ¿es que no descansaban nunca?, le dolían hasta los pespuntos de sus pantalones. Reme había hecho paparajotes, un dulce típico murciano, una masa, como de bizcocho, en la que se rebozaban hojas de limonero bien limpias y luego se freían; después de eso llegó el momento de hacer el postre estelar del día siguiente, rollos, o como ellos los llamaban: «*rollicos*» de San Antón. La sala del horno se vio inundada con el aroma del anís de los dulces. Se sentía cansada, sí, pero también feliz, Reme, en todo momento, estuvo a su lado y le enseñó a preparar las recetas, lo que más le agradaba de todo aquello, aparte de que la habían hecho sentir como en casa, es que todos colaboraban, desde el abuelo hasta los pequeñines, Manu fue el encargado de amasar y, le daba vergüenza reconocerlo, pero se había sentido excitada, *osea*,

ex-ci-ta-da, viéndolo mover las manos con destreza, con un delantal a la cintura y el gorro que, Reme, les obligó a ponerse a todos, pero cuando vio que él sacaba la mano de la enorme vasija dónde trabajaba la masa, se llevó el dedo a la boca y lo lamió no pudo evitar estremecerse y que casi se le escapara un gemido, el muy pícaro se dio cuenta y le guiñó un ojo.

La noche se presentó más tranquila, con los pequeños acostados, Reme y Manuel descansando y el abuelo roncando en el sofá, el resto decidieron jugar al parchís, comer palomitas de maíz y tomar unos refrescos antes de ir a dormir.

—¡Eres una tramposa, rubia!

— *Osea*, tío, ¿en serio?, tienes muy mal perder, Manu.

—No tengo mal perder, me jode que me hagan trampas, te has contado una de más y por eso me has «matado».

Los demás empezaron a reír mirando la «pelea».

—Tú estás *crazy*, chato, yo no tengo la culpa de que solo tengas una ficha fuera de casa.

~ 209 ~

—Porque has decidido cargarte todas las mías, joder, rubia, que juegan dos personas más, ¿sabes?

María, que hasta ese momento se había mantenido callada y seria, empezó a reírse.

—¡Joder, hermanito, has encontrado la horma de tu zapato! Toda la vida haciéndonos trampas y ahora viene ella y ¡zas en toda la boca!

Se hizo la «indignada», tenía que seguir manteniendo su «coartada», porque sí, hacía trampas, lo de perder no iba con ella.

—¡No he hecho trampa! He sacado un cinco.

—¡Por el culo te la hincó! Ha sido un cuatro, Carol, un cuatro y tú, María, deja de reírte.

—¡Jopetas, Lolo! Eres un grosero.

—¿¡Lolo!?, ¿ha llamado Lolo a nuestro hermano?

Miró a Sandra, pero antes de poder decir ni una sola palabra fue, de nuevo María, quién se dedicó, con todo lujo de detalles, a explicar lo del dichoso nombrecito.

Manu se levantó de la silla, se acercó a ella y la cogió de la mano.

—Vamos, rubia, que estos tienen para rato, ¡menudo filón han encontrado los muy capullos!

—¡Oye, hermanito!, te recuerdo que en esta casa no se permite el «uso y disfrute de la carne» hasta que nuestra madre otorgue los permisos correspondientes.

Varias carcajadas los acompañaron mientras salían del comedor y Manu la llevaba hasta el piso superior.

— *Osea*, tío, ¡iba ganando!, ¿por qué me sacas de la habitación?

La llevó hasta el final del pasillo, dónde estaba oscuro y no había ni una puerta más, la colocó contra la pared y encajó el cuerpo contra el suyo.

—Porque me muero por besarte, rubia. Llevo todo el día mirándote, respirando tu aroma y embriagándome con él y no he podido besarte a conciencia.

La besó con la misma intensidad que había puesto en sus palabras y voz, lamiendo sus labios e introduciendo la lengua dentro de su boca,

~ 210 ~

tentando y acariciándola. Deslizó las manos hasta sus nalgas, las abarcó y aprisionó.

—Me tienes desesperado, princesa, me muero por estar dentro de ti y que bailes sobre mí, ¡Dios! ni te imaginas cuanto te deseo.

—No tienes ni idea, Manu, de la imaginación que tengo y que tú enciendes y alimentas.

La miró fijamente.

—Me estoy ilusionando contigo, Carol, mucho. Verte hoy con mi

familia, hablando y riéndote con ellos han hecho que desee que esto no sea pasajero, quiero tenerte en mi futuro, te veo y te necesito en él, quiero creer que tú sientes lo mismo. Por favor, rubia, no me hagas daño, no me traiciones y si no sientes nada por mí no dejes que me ilusione y enamore como un loco de ti.

Le acarició la cara y lo miró fijamente a los ojos.

—Nunca podría hacerte daño, Manu, no intencionadamente, porque sé que si lo hiciera me lo haría a mí misma. Yo... *osea*... ¡jopetas! Esto es muy difícil para mí, cielo, yo... yo nunca le he dicho a otro hombre lo que voy a decirte a ti. Me tienes *crazy*, sueño contigo, siento que a tu lado puedo ser yo y te necesito junto a mí. Nadie me besa, ni acaricia, ni me hace sentir tan especial como lo haces tú, Manu.

—¡Dios, princesa, puta manía de mi madre! Ahora mismo te haría el amor hasta que nuestros cuerpos se quedaran secos y nuestras pieles se tatuaran una a la otra. No voy a poder dormir sabiendo que estás a unos metros de mí.

La besó con ferocidad, mordiendo su labio.

—¡A la mierda!

La tomó de la mano y echó a andar, de forma muy decidida, por el pasillo.

—¿Dón... dónde vamos, Manu?

—¡A mi cuarto! Pienso follarte como si hoy fuese nuestro último día en la Tierra.

Hincó los pies en el suelo, estaba más que segura que iba a hacer unas marcas con sus tacones en el parqué que iban a parecer los raíles de la vía.

—¿Estás loco?

~ 211 ~

—Sí, por ti y no pienso pasar ni un minuto más sin recorrer tu cuerpo con mis manos, lamer cada pedacito de tu piel y besarte hasta el alma.

—¿Y si nos pilla tu madre, Manu?

Aquello lo hizo detenerse, miró a un lado, luego a otro, se giró y clavó sus impresionantes ojos azules en ella, pareció pensárselo una décima de segundo porque, de nuevo, empezó a arrastrarla tras él.

—¿Vamos a dormir ya o qué?

María apareció delante de ellos y empezó a sonreír.

—¡Me cago en mi puta suerte! Escucha, hermanita, ¿no puedes cerrar los ojos y hacer como si no nos hubieras visto?

La muchacha los miró con seriedad y empezó a morderse una uña, luego una enorme sonrisa se pintó en su cara.

—Podría, pero también podría tocar a la puerta de nuestros padres y decirle a nuestra querida mami que su pequeñín lleva, casi en volandas, a su novia a su habitación.

—¡Capulla!

María movió un dedo delante de su hermano.

—¡Dónde las dan las toman, Manu, te jodes!

Cuando él se volvió a mirarla, mientras su hermana se apoyaba en la pared dejando claro que no pensaba irse de allí, los ojos de él tenían la misma mirada que sus «pequeñines» cuando le pedían más mimos o un poco de comida extra.

—Lo siento, rubia, pero aquí, el sargento suplente, nos acaba de joder la noche.

No pudo evitar una carcajada cuando vio sus pucheritos, eran tan dulce y mono. Se acercó hasta él, pasando de la espectadora, y le dio un beso en los labios.

—Siempre nos quedará... Madrid.

—O cargarme a la chivata.

La «chivata» en cuestión soltó un sonoro bufido.

~ 212 ~

.



Se levantó igual que se había costado, con un mástil entre las piernas, la noche había sido eterna, la echaba de menos, la necesitaba a su lado, dormir abrazado a su cuerpo, con la cara pegada a su cuello y respirando su aroma, intentó relajarse, hoy tenía un largo día por delante y cuando bajó al comedor y la vio, gimió interiormente, ¿largo?, ¡larguísimo! Y muy, muy «duro». Carol llevaba un jersey del mismo color que sus ojos, que lucían, al fin, sin lentillas, un color como el de la miel, el escote era uno de esos que dejaba un hombro al aire, ¡como para volverse loco!, si fuese un vampiro ya tendría los colmillos que le llegarían al ombligo, porque le apetecía, mucho, morder esa piel tan blanca; se había puesto una falda larga un tono más oscuro que el del jersey, iba a decirle que para el día de campo mejor ponerse unos pantalones, pero aquella falda amplia... mmm, le dejaba un montón de «posibilidades» y se había calzado con unas botas de estilo vaquero y con unos taconazos enormes, su rubia no tenía ni idea de dónde se

metía.

Después de desayunar cargaron los coches con la comida, mesas y sillas.

—¿Tú no llevas nada en tu coche, Manu?

~ 213 ~

La miró sonriendo.

—No, nosotros iremos en la moto.

Ella miró su ropa.

—¡Oh, entonces iré a cambiarme!

Ni en broma, nada de eso, ya tenía sus planes «trazados» y unos pantalones se interpondrían en ellos.

—No es necesario, la falda es larga, Carol, no se te verá nada.

La fiesta de San Antón se celebraba en un paraje llamado «*la fuentecica*», era una explanada en el centro de unas pequeñas colinas, a un lado estaban las pistas de tenis y al otro una construcción en forma de caseta, con cocinas de piedra para ser utilizadas con leña y un fregadero de piedra, varios tipos de árboles, algarrobos, olivos y pinos, daban sombra, ahora en pleno enero, no es que fuesen especialmente necesarios, pero en el verano sí, aunque por esas fechas los que más visitaban el paraje eran los mosquitos que eran enormes, tenían el

tamaño de una avioneta y sonaban igual, como logaran «alcanzarte» las ronchas que te salían eran del tamaño de platillos volantes.

Cuando llegaron al lugar dónde estaba instalándose la familia, Carol volvió a mirar a su alrededor y sus tacones.

—¿Qué pasa, rubia?

— *Osea*, tío, creo que mis botas no son el calzado «autorizado» para andar por aquí, hay piedras y el terreno no está «nivelado».

—Princesa, ¿qué entendiste cuando te dije que pasaríamos el día en el campo?

—¡Jopetas, Manu! Yo pensaba en césped, sombrillas y campos de golf, pero esto es... *osea*, es rural... no, no es que me queje, pero me deberías haber pasado el manual de instrucciones y equipamiento.

—Eres única, cariño. Anda, deja de preocuparte por tu «equipamiento», si tropiezas ya estoy yo aquí para sujetarte y si te caes... te caigo encima.

Le guiñó un ojo y ella se sonrojó.

A la familia pronto se unieron sus amigos y cuando estuvieron todos sacaron los instrumentos musicales, Carol los miraba fascinada y cuando vio que él cogía la guitarra se inclinó hacia él.

—No sabía que la tocabas.

~ 214 ~

—No me gusta tanto como tocarte a ti, pero sí, la toco.

—¡Manu!

A la hora de comer su padre, como era tradición, hizo un arroz con conejo y caracoles, algo muy típico, después de la comida algunos decidieron dar un paseo y otros jugar a las cartas hasta que llegara la hora de la misa de campaña y la bendición a las mascotas. Carol estaba sentada a su lado riéndose con su abuelo que no paraba de contarle anécdotas de su juventud, se acercó a su oído para susurrarle que lo acompañara.

—¿Dónde vamos?

—Al mirador.

Ella siguió su dedo extendido.

—¿Es una broma, no?

Sonrió al ver que miraba la empinada subida por la ladera hasta el mirador situado en lo alto, el camino estaba lleno de arbustos y piedras. Tiró de ella que empezó a refunfuñar.

—Esto es *fantabuloso*, espero que cuando tengas que explicarle a mi *papaíto* que su niña está escayolada de pies a cabeza tengas las agallas suficientes para reconocer que fue culpa tuya, Manu, *osea*, tío, esto es

una locura.

No contestó y siguió andando.

—¿Tienes idea de lo que valen estas botas? Son de piel... ¡jopetas!, esto resbala. ¿Por qué no subes tú y haces una foto y me la enseñas?
¡Manu!

Se volvió y se puso detrás de ella, colocó las manos en su culo y la empujó para subir.

—Pero... ¡Lolo, haz el favor de no tocarme así delante de todo el mundo! ¡Manu, Manu! ¡Por la P de Prada! Estás tocándome el pompis frente a tu familia, ¿quieres hacer el favor...

—Si dejas de armar tanto escándalo, rubia, pasaremos desapercibidos, sigue subiendo, princesa, ni te imaginas las vistas tan impresionantes que te esperan.

—Espero que valga la pena despellejar mis botas y mis piernas, ya pueden ser unas vistas maravillosas, al menos que vea, desde aquí, el Kilimanjaro porque si no, Manu, voy a cortarte en cachitos.

~ 215 ~

Cuando llegaron arriba ella miró a un lado y a otro.

—¿En serio? ¿Estas son las «maravillosas» vistas?

Se colocó detrás de ella y le puso las manos en la cintura.

—Rubia, no estás en la posición correcta, pon tus brazos en el muro de piedra e inclínate.

La ayudó a que lo hiciera.

—¿Y así mejora la vista?

Sonrió ante las palabras de ella.

—Cariño, no te das una idea de lo que acaba de mejorar «mi vista».

Deslizó las manos hasta sus pechos y se los acarició.

—¡Jo... petas, Manu! ¿Estás loco?

—Te dije, rubia, que ibas a descubrir lo bruto que soy.

La cara de Carol estaba toda roja.

—¿No pensarás hacer... *pinkie-pinkie* aquí, verdad?

Se colocó entre sus piernas y pegó su erección al culo de ella, se inclinó y le mordió, suavemente, el lóbulo.

—No, princesa, aquí voy a follarte como si no hubiera un mañana, duro y rápido.

Deslizó las manos hasta el borde de su falda y se la levantó.

—¡Manu!

Mordió su nuca y luego se la lamió, sus dedos apartaron a un lado las bragas y le acarició su raja empapada.

—Tú también me deseas, rubia, tengo mis dedos llenos de ti,

totalmente húmedos, disfruta de lo que voy a hacerte, cielo.

—Pero es que esto es tan... tan, *osea*, obsceno, Manu, yo no he hecho nunca nada así. ¿Y si sube alguien?

—Puedes ver la subida desde aquí, Carol, si viene alguien lo verás antes de que puedan vernos a nosotros.

Ella volvió la cabeza y lo miró fijamente.

—¿Crees, sinceramente, que cuando me tocas puedo ver o percibir algo más que tú?

~ 216 ~

Se estremeció con sus palabras, ¡Dios! aquello fue todo un subidón.

—¿Piensas que después de decir eso puedo dejarte ir sin tenerte? No, Carol, llevo tres días sin estar dentro de ti, sin sentir tu calor, tu humedad. ¡Joder, rubia!, me acuesto todas las noches con una erección enorme, no puedo ponerme bocabajo en la cama porque terminaría taladrando el puto colchón.

Se frotó contra ella mientras deslizó un par de dedos dentro de su coño, la oyó gemir.

—Entonces, ¿quieres comprobar todo lo bruto que puedo ser, princesa?

Movió los dedos y le tocó ese punto que la volvía loca, que la hacía

arquearse y buscarlo.

—Sí, demuéstramelo, Lolo.

Siguió poseyéndola con sus dedos mientras le acariciaba uno de sus pechos, frotando el pezón y poniéndolo duro.

—No cierres los ojos, rubia, mira a tu alrededor, empápate de la belleza de los huertos, disfruta de lo que le hago tu cuerpo mientras que, ahí abajo, decenas de personas ni se imaginan de lo que eres capaz, cariño.

Abrió su pantalón y se bajó la cremallera, esa mañana había decidido prescindir de sus calzoncillos y su polla saltó libre y ansiosa. Sacó el condón del bolsillo y se enfundó en él, le costó trabajo ponérselo con una sola mano, pero no pensaba dejar de acariciarla. Los gemidos de ella cada vez eran más fuertes.

—¡Deberías haber traído una mordaza, van a escucharme todos!

Colocó la punta de su pene en la entrada de su vagina y de un solo empujón entró en ella, Carol agachó la cabeza, la apoyó entre sus brazos y la escuchó gemir mientras entraba y salía de su apretado coño.

—¡No puedo, Manu, oh Dios, voy a gritar!

—¡Bésame, rubia!

Ella levantó la cabeza, la giró y buscó su boca con desesperación.

—¡Más, Manu, dame más, me... me vuelves loca!

La besó introduciendo la lengua entre sus labios y bebiéndose sus gemidos, ella arqueó la espalda y su polla se deslizó un poco más, entrando por completo en ella, sus embestidas se volvieron más rápidas,

~ 217 ~

cortas y fuertes, sus gruñidos se unieron a los pequeños grititos que ella soltaba, el sudor perló su frente y si en aquel mismo instante hubiese venido alguien no hubiera podido parar, estar dentro de ella no solo era el paraíso, era inevitable y necesario, empujó y las caderas de Carol seguían las de él, se movían de forma acompasada y brutal.

Se iba a correr, lo notaba en sus pelotas, todo su cuerpo estaba tenso, sentía dentro de él un frenesí, un ansia loca, el deseo más básico y fuerte, como si una corriente de energía se hubiera apoderado de él, se vio abocado a empujar una y otra vez, a derrumbarse y vaciarse en ella.

Carol clavó las uñas en su brazo, gritó más fuerte y empezó a temblar, su orgasmo lo arrastró a él al suyo dejándolos laxos, con las piernas temblorosas y respirando de forma acelerada.

—¡Maldita sea, rubia! ¿Qué has hecho conmigo? No tengo control sobre mi cuerpo cuando estoy contigo, me descolocas con una sola mirada, babeo como un puto caracol por tus besos, me tienes

totalmente en tus manos y con la mente hecha puré.

La mirada de ella era descentrada.

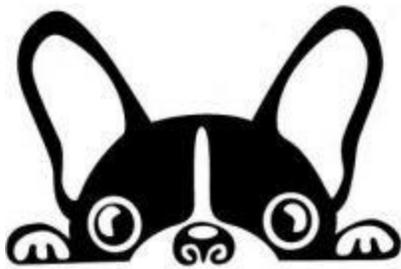
—Haces... lo mismo conmigo... Manu.

La besó con suavidad cuando en el fondo lo que quería era abrazarla fuerte, sujetarla, pegarla a él y no dejarla marchar nunca.

—No... no ha sido... contra un limonero... pero ha sido brutal, Manu.

Soltó una carcajada, su rubia se estaba volviendo más y más rústica.

~ 218 ~



Aún no podía creerse lo que habían hecho, ella, Carol Ferrer, había hecho «eso» en plena naturaleza, con decenas de personas a unos metros de ella, a la vista y dónde cualquiera podría, no solo haberlos visto, también oído, pero no se arrepentía, en absoluto, junto a él estaba descubriendo a una mujer nueva... y se gustaba.

Bajaron cogidos de la mano, cuando llegaron dónde estaba la familia

y los amigos de él no pudo evitar sonrojarse, esperaba que nadie sospechara lo que habían estado haciendo.

Estaba escuchando el sermón cuando sintió que la miraban con intensidad, giró la cabeza y en un primer instante no vio a nadie, pero la sensación persistía, volvió a mirar a su alrededor y cuando iba a mirar al frente se tropezó con unos ojos que la miraban con odio, ¿quién era esa mujer? Intentó olvidarse de ella, pero no se lo puso fácil, cada vez que giraba la cabeza ahí estaba, parecía querer fulminarla.

—¿Pasa algo, rubia?

Negó con la cabeza.

Cuando llegó el momento de la bendición de los animales se quedó embelesada mirándolo.

~ 219 ~

—¡Me encanta!

—El próximo año traeremos a los pequeñajos.

Algo muy cálido se instaló en su corazón, con sus palabras, Manu confirmaba que aquello suyo era especial y con futuro.

—Venga, vamos a tomar los rollos y unas copitas.

María le pasó el brazo por la cintura y echaron a andar hacia donde estaban las mesas, cuando estaban a punto de llegar, la mujer que le

había estado mirando todo el tiempo, se colocó frente a ellos.

—¡Hola, Manu!

—¿Has venido a que te bendigan? Lo digo porque como eres una «perra» estás en el sitio indicado.

Miró a María, ¿qué le había pasado para hablar así?

—Siempre serás la misma.

Sintió envararse a la mujer, pero antes de que se volviera a decir alguna palabra más Manu tiró de ellas, la esquivaron y siguieron andando.

—¡Maldita puerca, cerda! ¿Cómo tiene el puto descaro de plantarse delante y saludar? ¡Te juro que le arrancaría la piel a tiras!

—Pasa de ella, hermana, ¿no ves que lo hace para provocar?

—Pues como siga buscándome me va a encontrar. Ella que siga tocándome las narices y seré la encargada de su nueva operación estética.

—¿No vas a presentarme a tu amiguita, Manu?

Sintió la tensión en el cuerpo de él y el fuerte apretón sobre su mano, no se habían dado cuenta que ella los había seguido.

—Lo tuyo no es descaro, Paqui, lo tuyo es «puterío» puro y duro, ¡serás cerda!

Si no hubiese sido porque en ese momento llegaron junto a la familia, estaba segura que, María, le habría desfigurado la cara a la mujer. ¿Así que aquella era la ex? No era fea, pero vista de cerca no había que ser muy «avispada» para ver que estaba, como dirían sus hermanas, »recauchutada» casi al cien por cien y que el cirujano o cobro por peso o es que ese día tenían excedentes de silicona.

~ 220 ~

El silencio que se hizo al llegar fue incómodo, hasta que, el abuelo, miró a la mujer aquella de arriba abajo.

—¿No decían las nuevas ordenanzas algo sobre qué no se debían de llevar sin cadena y bozal a los animales «peligrosos»? Pues tú, Josema, te has olvidado de ponérselos a la «perra» de tu hermana.

Ella, con semejante recibimiento, se habría ido dándose con los tacones de sus Miu-Miu en el pompis, pero no, la tipa aquella los miró como si la escoria fuesen ellos y luego, muy estiradamente, se dio la vuelta y se fue no sin antes de mirarla con odio.

No se volvió a hablar de Paqui, siguieron disfrutando del día y cuando la tarde empezó a caer recogieron todo y pusieron rumbo a la casa.

Después de una ducha se reunieron todos en la enorme cocina y sentados alrededor de la chimenea comieron palomitas de maíz y

estuvieron hablando hasta cerca de la medianoche.

Al ir a acostarse, Manu la acompañó hasta la puerta de la habitación.

—Mañana temprano iré con mi padre al ayuntamiento a firmar todos los papeles, espero no tardar mucho, rubia.

—¿Quieres que vaya contigo?

Él rozó la nariz con la suya.

—No es necesario que madrugues, Carol, tenemos que irnos en la tarde y me gustaría que descansaras porque en la noche serás toda mía.

La besó con pasión, mordisqueando sus labios y chupándolos.

—Lo de esta tarde solo ha sido un aperitivo, rubia, ahora estoy más hambriento aún, te necesito tanto, princesa, no puedes ni imaginártelo.

Se lamió los labios con suavidad y lo miró a los ojos.

—Esta tarde, cuando esa mujer...

Él no la dejó seguir hablando, apoyó el dedo en su boca y se la acarició lentamente.

—Esa mujer no es nada, no significada nada, ¿me oyes?, no es importante, solo tú, cariño. Ella es pasado, un pasado doloroso y triste, tú eres mi presente y futuro, Carol, ¿entendido? Bórrala de tu cabecita y olvídate de que la has conocido.

Cuando se dejó caer en la cama sintió un escalofrío, no le había

gustado la actitud de la tal Paqui, parecía dispuesta a todo, operada o

~ 221 ~

no era muy guapa y Manu la había amado, era cierto que lo había herido y traicionado, pero parecía tan segura y confiada que le dio miedo.

No durmió mucho, durante toda la noche estuvo en tensión. Se levantó temprano, decidió darse una ducha y prepararse para cuando viniera Manu. Tendrían que hablar, porque él debería volver a Murcia pronto y ella, a finales de mes, se iría a Barcelona, ¿cómo iban a hacer para verse?

Al salir del baño, vio que se abría la puerta de la habitación de Manu, ¿ya había vuelto? Se acercó y se dio, de bruces, con ¿Paqui? *Osea*, ¿qué hacía la tipa esa allí... envuelta en una sábana y enseñando los dos cocos que tenía por pechos?

—¡Hola!

¿¡Hola!? ¿¡Holaaa!?

—¿Qué... qué haces en la habitación de Manu?

Paqui sonrió con descaro.

—¿Tengo que deletreártelo, guapa? He pasado la noche aquí, con él.

Tragó saliva y parpadeó varias veces, no podía llorar, no iba a llorar y además no se lo creía, no podía créesele, no después de lo que él le había

contado y lo que pensaba toda la familia de aquella mujer.

—No me lo creo, Manu no puede verte ni en pintura y su familia menos.

—Pues no te lo creas, es tu decisión, pero anoche me llamó y me dijo que después de verme se dio cuenta de que todavía me seguía queriendo.

—Eso es mentira, además, su familia...

—Lo aceptarán tarde o temprano, iremos despacio y si al final no están de nuestra parte nos iremos de aquí.

—¡Quiero hablar con él!

—No está, ha ido, con su padre, al ayuntamiento.

No pudo retener más tiempo las lágrimas, si ella sabía eso es porque, de verdad, había pasado la noche con Manu.

—Mira, lo siento por ti, chata, pero en el corazón no se puede mandar, él siempre me ha querido y lo que hubo entre nosotros fue muy fuerte.

Ya en Navidad estuvimos tonteando, pero le daba miedo enfrentarse a

~ 222 ~

su familia, pero después de esta noche está más que decidido a dar el paso, me quiere y me desea, está loco por mí y tú, guapa, eres poca cosa para él.

Se negaba a creerlo, era imposible.

—¿Por qué no nos haces el favor y te largas? Esto va a ser duro para ti, Carol.

¡Sabía su nombre! ¿Cómo? Su conciencia le repitió que era porque él se lo había dicho.

Se dio la vuelta y se dirigió a su habitación, se tiró sobre la cama y lloró, no se lo podía creer, él le había hecho el... amor la tarde anterior y en la noche le dijo que estaba deseando llegar a Madrid y pasar la noche juntos, pero mientras más se lo repetía, su conciencia se empeñaba en recordarle la escena de esa mujer, medio desnuda, saliendo de la habitación de Manu.

Se levantó y empezó a buscar, de forma frenética, la información para llamar a un taxi y buscar la estación de tren más cercana. Mientras llamaba metía la ropa en su maleta de forma desorganizada, para cerrarla se tuvo que sentar encima, pero se resistía, la tiró al suelo y saltó sobre ella, consiguiendo aplastarlo todo, dejando las etiquetas de un sujetador y la pata de un pantalón fuera y haciéndole un agujero a la pobre, no le importó... bueno, un poco sí, era una Louis Vuitton y no se merecía semejante maltrato, ¡pues que se *jo... petase!* Con sus nervios no se iba a andar con remilgos.

Salió de la habitación arrastrando la maleta y, al mismo tiempo, la dichosa pata del pantalón.

—¿Quién cojones ha llamado a un taxi?

Escuchó la voz del abuelo Pencho, ¿podría salir sin que la vieran? Por otro lado se sentía mal por huir de aquella manera.

—Abuelo, ¡cada vez estás peor! Nadie ha pedido un taxi, ¿has estado dándole al chinchón⁶?

Cuando llegó al pie de la escalera se topó con María que la miró de arriba abajo.

—¿Carol, qué pasa?, ¿adónde vas?

⁶ El chinchón es una bebida alcohólica anisada con denominación de origen. Es producida y embotellada en la localidad de Chinchón, en la Comunidad de Madrid.

~ 223 ~

Las traicioneras de sus lágrimas empezaron a caer de nuevo.

—A... a mi casa.

—Pero, ¿ha ocurrido algo? Manu nos dijo que os ibais esta tarde.

—También dijo... que sentía algo por mí y ha pasado la noche con... con ella.

—¿Qué?, ¿de qué demonios estás hablando?

—Mira, lo siento, de verdad, pero ten... go que irme. Despideme de tu

familia.

—No, no te vas, antes tienes que aclararme lo que has dicho, ¿con quién ha pasado la noche mi hermano?

—¡Conmigo!

Se volvió y vio a Paqui en lo alto de la escalera.

—¡Y una mierda, zorra! Mi hermano no te miraría ni con una mira de esas telescópicas así que mucho menos tocarte, putón.

No pensaba quedarse a escuchar, salió tirando de su maleta, escuchó los gritos detrás de ella, oyó a Reme llamándola y al abuelo acordarse de todos y cada uno de los «fundadores» de la familia de Paqui, pero no se volvió, se montó en el taxi y le dijo que arrancara.

Llegó a la estación con el tiempo justo para tomar el Talgo que la llevaría a Barcelona, no pensaba volver a Madrid. Hizo el viaje llorando, a ese paso llegaría deshidratada. Nada más bajarse del tren tropezó, cayó al suelo y miró sus pies.

—¡Por Miu-Miu y su primo veneciano! Cuatrocientos euros, cuatrocientos mal... euros y va y se rompe el tacón. Está visto que hoy no es mi día.

A las cinco y media estaba frente a la casa de su padre, con la maleta aboyada, la ropa manchada, *osea*, tía, ¡ella con la ropa hecha un asco!

Un zapato roto, con la cara llena de churretes y que deberían hacerle parecer un payaso distorsionado. Cuando su padre abrió la puerta se la quedó mirando pasmado.

—Carol, cielo, ¿qué pasa, hija?

Se tiró a los brazos de su padre y empezó a llorar de tal manera que estaba segura que podía acabar con la sequía ella solita. Con semejante escándalo no tardó en salir Carmen.

~ 224 ~

—¿Pero qué le pasa a mi gatita?

Se soltó de su padre y se lanzó a los brazos de su mamastra.

—¡Soy tonta, mamá, soy tonta!

Era la primera vez que la llamaba así, pero es que sentía que ella era más madre que la suya propia.

—¿Quién ha dicho eso? Porque soy muy capaz de hacerle una operación a corazón abierto con el abrelatas.

—¡Yo! ¡Me ha engañado, Manu, me ha engañado!

—¿Quién cojones es Manu?, ¿no era un tal Lolo el que te llamaba?

Miró a su padre.

—¡Los dos, me han engañado los dos!

—¿¡Qué!?! Carol, cariño, ¿ha... haces tríos, hija?

Lloró más fuerte.

—¡Jopetas, papá, no te enteras de nada!

—Está visto que no, cielo. Vamos adentro y nos cuentas que ha pasado, pero, por favor, ahórrame lo detalles más... digamos...

«conflictivos», no quiero saber... esto, si mantienes... relaciones con dos hombres. ¡Joder, qué fuerte!

A partir de ahí todo fue un «tierno caos», su padre que no se enteraba de nada, Carmen que la llenó de mimos y que, entre sus sollozos, palabras sueltas e hipidos logró «descifrar» el enigma y cabreada llamó a Lucía y Raquel. Esta última se presentó arrastrando a un pálido Dearan que se esforzaba en calmar a la «fiera» de su mujer que despotricaba contra Lolo-Manu y amenazaba con amputarle el «periscopio», cuando llegó su otra hermana se dedicaron a urdir y trazar un plan en el que el futuro de procreación de Manu pasaba por la extinción.

~ 225 ~

.



Todo había salido bien, ya tenía la licencia de la obra, el siguiente paso era la contratación del personal, esos los daría su padre mientras él finalizaba lo que tenía pendiente en Madrid, en poco más de un mes podrían empezar a construir. Estaba deseando llegar a la casa y comentarlo con Carol, bueno, tal vez sería mejor hablarlo por el camino, tenían varias horas por delante y entre los dos encontrarían el modo de poder verse. Por su parte estaba decidido a convencer a su rubia de que se viniera a Zeneta con él, pero no sabía que pensaría ella y si estaría dispuesta a mudarse, vivir con él y encontrar, tal vez, un local, si no en el pueblo, en la ciudad.

Cuando entró en casa se encontró a su madre parada en medio del comedor y con los brazos en jarras, malo, cuando Reme ponía los brazos tipo «cántaro7» es que estaba cabreada y que se podía formar el dos de mayo.

—¡Hola, mamá!

Su madre no contestó, solo lo miró de arriba abajo, más roja que una amapola, la vena de su frente estaba hinchada, demasiado y resollaba, pero antes de soltar una sola palabra salió, como si la persiguieran una

7 Vasija grande para contener y transportar líquidos; tiene la boca estrecha, el vientre abultado, el pie estrecho y, generalmente, una o dos asas, y suele ser de barro o metal

~ 226 ~

manada de búfalos, su hermana, se plantó frente a él y sin mediar una sola palabra le soltó un bofetón que a punto estuvo de hacer que su cabeza girara como una peonza.

—¿Se puede saber qué coño te pasa, hermanita?

—¡Eres un maldito imbécil y, desde este momento, para mí no existes!

¡A la mierda, estoy cansada, harta y hasta la mismísima entrepierna de mis bragas!

Y tal como había venido, con bis de bofetón incluido, se fue. Se acercó a su madre que levantó la mano pidiéndole que se quedara dónde estaba.

—¿En qué estabas pensando, Manu? Pensé que eras más hombre y no un maldito cabrón.

¿Pero qué cojones estaba pasando allí?

—Mamá, ¿qué se supone que he hecho?

—¿Se supone, Manu? Pasando por alto que aquí, en mi casa, hay una sola norma, una sola, hijo y que tú la has incumplido, lo que pasa es que no sé cómo has podido caer tan bajo acostándote con ella.

¿Qué? ¡Por el amor de Dios! Él no se había acostado con Carol, si andaba a tres piernas desde que había llegado por respetar la única norma de su madre, ¿y ahora lo acusaba de eso?

—Nunca, mamá, nunca la he desobedecido, yo no me he acostado con Carol...

Menuda mirada le echó su madre, las fosas nasales se le dilataron de tal manera que parecían dos entradas del metro.

—Si al menos hubiese sido con ella tendría lógica, pero con ese pedazo de perra con el rabo siempre alzado, Manu, ¿es que no tienes respeto ninguno ni por ti tan siquiera?

Empezó a atar cabos, perra, los bofetones de su hermana y la última pregunta de su madre, no, no podía ser, ¿creían que se había liado, de nuevo, con Paqui? ¡Aquello tenía que ser una broma! Y muy mala, por cierto.

—Mamá, ¿crees que me he acostado con... Paqui?

—Yo no creo nada, hijo, yo solo digo que esa mujer estaba en mi casa, desnuda, envuelta en una sábana, afirma haber pasado la noche aquí

y, para más inri, contigo y no creo que haya sido para jugar al parchís.

~ 227 ~

—A ver cómo te diría esto, preferiría meter mi pene en un puto hormiguero y que se lo zamparan las hormigas antes de tirarme a Paqui, ni aunque fuese la única mujer de este mundo, ¿te queda claro? Puedo ser imbécil, mamá, pero no reincidente.

Su madre se sujetó la cabeza con las manos, su padre, que hasta ese momento se había mantenido callado, se acercó hasta ella y la abrazó.

—Cuéntanos lo que ha pasado, Reme, porque no me creo nada de lo que acabo de escuchar y no es que dude de ti, cariño, es que lo que salga por la boca de esa mujerzuela, antes tiene que pasar por un tribunal para confirmarlo.

Su madre empezó a explicar todo lo sucedido esa mañana y conforme la escuchaba la ira se adueñaba de él. ¿Es que nunca se iba a librar de aquella maldita pesadilla?, pero cuando escuchó que Carol se había ido, de la forma que lo había hecho y creyendo que él la había engañado soltó un grito que estaba más que seguro habría hecho saltar por los aires a todos los sismógrafos del país.

—Voy a acabar con todo esto de una puta vez.

—¡Manu, hijo!, ¿qué vas a hacer?

—Dejarle las cosas claras a ese perra, mamá.

—Ya sabía yo que mi nieto no podía ser tan gilipollas, no es que estuviera muy fino cuando decidió salir con «miss farmacia de guardia», pero estaba seguro de que no podía recaer de nuevo, por mucho que la guarra esa tenga siempre la «jornada de puertas abiertas». Ve, hijo, ve, cántale las cuarenta y luego busca a Carol.

Llegó al pequeño piso dónde vivía Paqui, cuando abrió la puerta tuvo la decencia de sonrojarse, o tal vez se había pasado con el colorete, que conociéndola no le extrañaba nada.

—¡Hola, Manu!

—Tienes la suerte, Paqui, de que eres mujer, porque si fueses un hombre ahora mismo te estamparía contra la pared. ¿Qué cojones te he hecho para que sigas destruyendo mi vida así?, ¿no he pagado ya por el error de conocerte?

—Manu, cielo, yo te sigo queriendo.

—¡Venga ya, hombre! ¿Querer?, ¿pero tú sabes lo que es eso? No, Paqui, tú, aparte de ti misma, no quieres a nadie, lo has demostrado mil veces. ¡Déjame en paz! Olvídame, de verdad, lárgate, sabes que nadie

~ 228 ~

aquí te quiere ni necesita. ¿Por qué te empeñas en joder la vida a todos

los que, alguna vez, te hemos querido?

—¿Es por la pija esa?

Apretó los puños con fuerza y tomó aire.

—¡Ni la nombres! ¿Me has oído? Hasta ahora, por ti, solo sentía asco e indiferencia, pero después de lo de hoy, Paqui, te odio, te desprecio, ¿te queda claro o te mando un puto fax? No puedes caer más bajo, esto era ya lo último.

Se dio la vuelta, pero ella intentó retenerlo, se quitó la mano de su brazo con repugnancia.

—No me toques, no me hables y ni me mires, olvídate, piensa que he muerto, me da igual, pero no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Llegó a su casa y empezó a preparar la maleta, estaba cerrándola cuando, por la puerta, entró su hermana María, llorando.

—Lo... lo siento, hermanito, lo siento mucho. No sé cómo pude creerla conociéndola, pero es que la vi allí, altiva, prepotente, envuelta en la sábana y con esa mirada de triunfo que me descoloque y luego vi la mirada triste de Carol...

No pudo terminar la frase, se arrojó a sus brazos y lo abrazó con fuerza pidiéndole, entre susurros y sollozos, perdón.

Llegó a Madrid a media tarde y fue, directamente, al piso de ella. Tocó

el timbre, golpeó la puerta, gritó su nombre, pero ella, o no estaba o no quería verlo. La puerta de al lado se abrió y vio la cara de July, la vecina.

—¡Manu!, ¿qué ocurre, chico?

—¿Has visto a Carol?

La mujer lo miró extrañada.

—¿No se había ido contigo a Murcia?

Se le hizo un nudo en la garganta, ¿dónde estaba ella? Se apoyó en la pared y despacio se dejó caer resbalando hasta el suelo. July se acercó a él y se agachó a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Tragó, pero la dichosa bola se resistía a pasar, sintió la mano de la mujer en su brazo y lo animó a levantarse, entraron en su piso, casi lo obligó a sentarse en un sillón enorme que estuvo a punto de «engullirlo»,

~ 229 ~

la oyó trastear por la cocina, un rato después salió con un par de tés y se sentó frente a él, le pidió, con seriedad, que le explicara que había pasado y aunque al principio no se sintió cómodo, al final lo soltó todo de forma atropellada.

—¡Menuda pájara la tal Paqui! Si viviéramos en la edad media la habrían quemado por bruja. Me imagino como se ha tenido que sentir

Carol. Es evidente que tenéis que hablar y aclarar todo esto, Manu, pero ella no ha venido por aquí, la hubiera escuchado, las paredes no son más gruesas que un papel de fumar.

—¿Estará en la boutique?

—Si hombre, como que tendrá el ánimo para ponerse a vender vestidos. No y menos ahora con el tema de la venta.

Clavó los ojos en la mujer.

—¿Qué venta?

—¡Yo no sé qué narices os pasa a los jóvenes! El problema es que no habláis, os dedicáis a dar vueltas y vueltas siempre en el mismo punto.

Carol ha vendido su parte de la boutique, era algo que llevaba pensando hace tiempo. Está muy sola aquí, toda su familia está... exacto, ya sé dónde está, en Barcelona, en la casa de su padre.

¿Cómo no lo había pensado antes? Sí, seguro que estaba allí, tendría que ir... eso, ir ¿y que hacía, se ponía a gritar por toda la ciudad llamándola?

—Por tu mirada me imagino que no tienes ni idea de donde vive su padre, ¿me equivoco? ¡Hijo, si es que os ahogáis en un vaso de agua!

Un buen rato después salió de la casa de July con la dirección de Daniel, pero tuvo que reconocer que la mujer tenía razón, no podía salir

disparado para Barcelona, mejor que fuera a casa a descansar y al día siguiente hiciera el viaje.

Salió de madrugada y al mediodía estaba frente a la casa de Carol, estaba nervioso, tenso, no esperaba un buen recibimiento, aquella no era la forma en la que había pensado conocer a la familia, pero las cosas se habían complicado. Se secó las palmas de las manos en los vaqueros que llevaba y tocó al timbre, unos segundos después la puerta se abrió y se encontró, frente a frente, con una montaña con piernas y brazos, ¡joder!, Carol podía haberle advertido que su padre era un armario empotrado, era alto, más que él por varios centímetros, ancho de espalda, «fuertote» el hombre y con unas manos enormes, estaba claro

~ 230 ~

que si te daba una hostia no volvías a por otra, mayormente porque antes tendrías que recoger la dentadura al completo.

—Por ahorrarnos tiempo, chico, no quiero nueva línea de internet, ni compro enciclopedias y no pienso cambiarme de religión ni unirme a ninguna secta, aclarado esto, ¿qué quieres?

¡Pues empezaba bien!

—¿Es usted Daniel Ferrer?

Lo mismo tenía suerte y era el vecino de al lado.

—Sí, ¿y tú, quién eres?

—Verá, mi nombre es Manue...

—¡Serás hijo de puta! ¿Tienes el valor de plantarte en mi casa después de lo que le has hecho a mi hija?

El hombre lo cogió de la pechera y empezó a zarandearlo, pues no empezaban con muy bien pie, no, preveía unas relaciones cortas y muy tensas, en especial para él, se veía comiendo purés de aquí en adelante, el «improbable» suegro al final iba a saltarle los dientes y ya firmaba para que solo fuese eso.

—Si me deja explicarle...

—Lo único que te voy a dejar, gilipollas, es mi puño estampado en toda la cara dura esa que tienes y después te cortaré la polla para que a la próxima chavala que conozcas no le crezcan cuernos como flores a los geranios de mi mujer.

—¿Qué pasa...? ¡Por Dios, Daniel!, ¿qué le estás haciendo a este pobre muchacho?

Miró a la mujer, entre traqueteo y traqueteo, y tenía que reconocer que era guapísima, pero con tanto meneo la veía borrosa.

—¡«El pobre muchacho» es el capullo que le ha puesto los cuernos a mi hija!

La expresión de Carmen, porque estaba seguro de que era ella, cambió de inmediato, de dulce pasó a convertirse en una que presagiaba mucho más sufrimiento en sus manos que en las de su marido, a punto estuvo de pedirle al hombre que le diera el puñetazo que le había prometido, estaba seguro que sería menos «indoloro».

—¡Pero tendrá morro el tío! Deja que saque mis tijeras de podar y le haga una vasectomía.

~ 231 ~

¡Adiós a sus sueños de ser papá! — *Bye, bye, fue un placer conocerlos, chicos*— empezó a despedirse de sus apéndices reproductores porque los veía en vías de «extinción».

—¡Mamá, Daniel!

¡Joder! ¿Se podía tener más mala suerte? Giró la cabeza y vio entrar, por el mismo camino empedrado que minutos antes había recorrido él y que ahora mismo se moría por volver a pisar, a una embarazadísima mujer y, suponía, su pareja, ¿era Raquel?, pues como fuera ella no salía de allí vivo, eso, al menos, lo tenía asegurado. La mujer llegó a su lado y los miró a todos atónita.

—¿Se puede saber qué pasa?

Que estaba a punto de ver la maldita luz esa al final del túnel, que le

iban a cortar, antes de pasar por el susodicho, las pelotas y el pene, pero antes iba a sufrir y mucho.

—¡Este es Manu, «ese Manu», hija!

A otra que se le transformó la cara, si salía vivo de allí, que ya empezaba a creer que eso sería un milagro, se cambiaba el nombre, no le estaba dando más que disgustos el jodido.

—¡Todo tuyo, Daniel! ¡Cástralo!

¡Eran de ideas fijas!, eso era más que evidente. Tuvo suerte que en medio de todo aquel follón, Dearan, o eso esperaba, intentó mediar y poner paz.

Quince minutos después estaba en una cafetería sentado frente al hombre, con una sentencia de muerte y castración... aplazada.

—Pues espero que lo que tengas que contarme sea bueno, Manu, porque mi mujer no me va a perdonar, en una buena temporada, que me haya metido por medio y te haya «defendido». Y puedo jurarte que si Daniel ha prometido cortarte las pelotas es muy capaz de hacerlo y luego jugar al billar con ellas, pero es que Carmen te corta el «trunvirato» al completo y se queda tan pancha. ¿Cómo has podido jugar así con Carol? Es una muchacha muy dulce y tierna, no se merecía esto.

Miró fijamente al hombre, era alto, rubio y tenía los ojos muy azules.

A pesar de que estaba muy serio hablaba de forma serena y lo miraba esperando que negara lo sucedido o que la explicación fuese convincente, en él podría tener un aliado u otro enemigo dispuesto a «confiscar sus joyas».

~ 232 ~

Después de contarle todo lo sucedido, Dearan lo miró más relajado y con algo de tristeza en la mirada.

—Lo siento, Manu, ¡menuda perra la tipa esa! El embrollo es de cuidado, Carol está muy dolida y no sé si entrará en razón, tienes trabajito por delante, eso sí que te lo puedo asegurar. No soy de dar consejos, pero creo que deberías dejar las cosas enfriar.

—No, no puedo irme sin hablar con ella, Dearan.

—Te entiendo, de verdad, sé que es duro, pero creo que deberías volver a Madrid e intentar volver el fin de semana. Deja que se calmen los ánimos, Manu.

Tal vez tenía razón, pero es que necesitaba explicarle a Carol, tenía que decirle todo lo que sentía por ella y dejarle claro que no la había engañado.

Resignado se despidió de Dearan y emprendió el viaje a Madrid.

~ 233 ~



El miércoles se levantó con un dolor de cabeza horrible, era como si alguien hubiera decidido tocar el bombo dentro y desafinaba cosa mala, tenía los ojos enrojecidos e hinchados y unas ojeras enormes, podría pasar el casting de zombis de *The Walking Dead* sin maquillaje ninguno, no había podido dormir y se sentía destrozada, vacía, como si le faltase algo dentro de ella.

Después de darse una ducha, vestirse e intentar disimular el desastre de su cara, se dirigió a la cocina, allí estaban su padre y Carmen que la miraron muy preocupados.

—¿Cómo estás esta mañana, cariño?

—Mientras no hable, bien, pero cuando lo hago me retumba todo y me duelen hasta las pestañas.

Su mamastra se acercó a ella, le dio un beso en la mejilla y la obligó a sentarse a la mesa.

—Desayuna algo, no has comido nada en estos días, cielo.

—No tengo hambre, Carmen.

~ 234 ~

—Pues comes sin hambre. Mi madre siempre decía que las penas con pan son menos penas, así que a comer y no quiero ni una protesta, ¿entendido?

Se retorció las manos, no sabía cómo se tomarían lo que iba a decir a continuación.

—No quiero volver a Madrid.

Su padre asintió.

—No te preocupes, hemos hablado con tus socios y han dicho que no es necesario que vuelvas.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Pero mis pequeñines están allí y... todas mis cosas.

Carmen le puso enfrente un vaso de café con leche, un buen pedazo de bizcocho, zumo, frutas y unas tostadas, ya puestos podría haber sacado un gazpacho.

—Podemos ir tu padre y yo, Carol, en un par de días podríamos recogerlo todo, buscar una empresa de mudanzas, recoger a Bubble y a Muffin, ¿te parece bien, cielo?

Asintió y empezó a desayunar, pero no tenía apetito, se sentía tan

mal, tan destrozada, eso de enamorarse era un asco, ¡jopetas! Empezó a llorar de nuevo.

—Vale ya, cariño. Deja de llorar.

Su padre le tomó la mano con delicadeza y se la acarició con cariño.

—Carmen puede llamar a Raquel y que se vengan aquí contigo.

—No... no es necesario, papá.

—No te vas a quedar aquí sola, conejita y más en tu estado de ánimo.

Ella estará más que encantada de estar aquí, ya lo verás.

La verdad es que a pesar de que no le apetecía ver a nadie, tampoco quería quedarse sola y Raquel siempre lograba hacerla reír y sentirse mejor.

La ratona se presentó al día siguiente como si fuese a dar la vuelta al mundo, el pobre de Dearan entró detrás de ella con dos maletas, una bolsa de deporte llena a rebosar y el maletín del bebé.

—No puedo ir ni a mear sin que él me siga con la jodida maletita, en serio, me pone atacada de los nervios, el día menos pensado me persigue

~ 235 ~

con la cuna arrastras, como el bebé se retrase estoy segura de que le da un soponcio. ¿Mamá y Daniel se han ido ya?

—Sí, salieron de madrugada.

—Vale, bueno, vamos a dejar todo esto en la habitación y luego hablamos.

Casi una hora después los vio bajar por la escalera, Dearan la llevaba de la mano mientras ella le «recriminaba», cariñosamente, que la tratara como una inválida.

Cuando llegaron abajo se sentaron frente a ella.

—Me imagino que mamá habrá dejado comida hecha para un regimiento, ¿me equivoco?

Sonrió ante las palabras de Raquel y asintió.

—Bueno y ahora que estamos más tranquilos, ¿qué opinas de la visita del martes?

—¿Qué visita?

Vio cómo su hermanastra y Dearan se miraban y luego se volvieron para clavar los ojos en ella.

—¿No te han dicho nada? Carol, Manu estuvo aquí.

No pudo evitar el estremecimiento que la recorrió de arriba abajo, ¿él...él había estado allí?

—¿Qué... qué quería?

Raquel puso los ojos en blanco.

—Creo que venía a una convención sobre pantalones piratas y

complementos varios. ¿Tú que crees que quería? Estás más «espesita» que de costumbre, conejita. Venía a hablar contigo, quería verte y explicarte que había sucedido.

—¿Para qué?, ¿no me ha hecho ya suficiente daño?

—A ver, cielo, cuando lo vi pensé que vaya unos santos cojones tenía el tipo, presentarse aquí después de lo —alzó los dedos e hizo el signo de comillas— que se suponía que había hecho era tener mucho morro o estar como un puto cencerro.

—¿Suponía? Raquel, ella estaba allí, salió de su habitación, iba desnuda... debajo de la sábana y me lo confirmó, no solo a mí, también

~ 236 ~

la madre y a la hermana de él, así que no es un caso de suposiciones, es la realidad.

—Bien, vamos a olvidarnos de eso por un momento, ¿vale? El caso que presentarse aquí era, o ser gilipollas, o estar «zumbado», o estar loquito por ti, porque estaba claro que no iba a ser recibido con una banda de música y un grupo de coros y danzas. Cuando llegué tu padre lo estaba zarandeando, le había amenazado con dejarlo sin «bolitas» y mi madre no se había quedado atrás, ni muchísimo menos, había rematado la faena diciendo que junto a ellas también le sería amputado

el «bate», por aquello de hacerle un completito.

— ¡*Fantabuloso!*, va a pensar que somos una familia de mafiosos.

Dearan negó, repetidamente, con la cabeza y Raquel sonrió.

—Digamos que, si tenía alguna duda, cuando llegué yo se la confirmé.

Le dije a tu padre que procediera y que no se anduviera con miramientos, ¡a por ellas! y creo que si todo aquello dura un minuto más al pobre se le salen las pelotas por la boca, estaba acojonado, sobre todo cuando, al final, le solté que le iba a dar tal martillazo en la cabeza que le iba a cambiar hasta la fecha de nacimiento.

Estaba más que segura que después de aquello él había salido corriendo y no lo volvería a ver... algo... algo que deseaba, ¿verdad?

—Suerte que aquí, mi escocés —remarcó las palabras acariciándolo dulcemente en la mejilla— se comportó con más sensatez que todos nosotros. Calmó los ánimos y se llevó a Manu.

Miró a Dearan, ¿se lo llevó?, ¿y qué le dijo? No se atrevía a preguntárselo. Él se inclinó y le cogió las manos.

—Carol, cariño, escúchame, pero sin pensar en lo que crees que hizo, solo quédate con lo que te voy a explicar, ¿de acuerdo?

No se veía capaz, porque cada vez que cerraba los ojos no podía quitarse de la mente la imagen de aquella mujer.

—Es él el que tiene que explicarte lo que pasó, yo solo quiero decirte algo. Manu salió de Murcia el lunes, fue a buscarte a tu casa desesperado, habló con tu vecina y ella le dio esta dirección. El martes, de madrugada, volvió a viajar, vino aquí a buscarte sabiendo, con total seguridad, que no sería bien recibido, lo cual puedo confirmar de primera mano y ahora yo te pregunto, crees, sinceramente, que un hombre al cual no le importas nada y que quiere deshacerse de ti, ¿haría algo así?

~ 237 ~

—Tal vez se...se sentía culpable.

Su hermanastra soltó un bufido, muy poco fino, la verdad.

—Claro y por eso se hace, en dos días, casi dos mil kilómetros, solo para decirte que te ha puesto los cuernos, pero que oye, se siente culpable de haberte «toreado» de esa manera y viene a regalarte la muleta, ¡no me seas melona, Carol!

—No quiero hablar de él, Raquel, por favor.

—Pues nada, sigue con tu tragedia particular, conejita, ¡hala, a llorar por los rincones! Hija, lo que te va un drama... vale, sé que vas a decir, que yo también fui bastante cabezota con Dearan y que no se lo puse fácil, pero te voy a dejar una frase para la «posteridad» y la reflexión;

conociéndolo como lo conoces y sabiendo todo lo que pasó, ¿tú le ves pinta de querer hacerse fan de una ganadería? Porque vamos, a mí me ponen los cuernos por activo y por pasivo como se lo hicieron a él y la «empitono» con el colmillo de un elefante.

Cerró los ojos y recordó cuando Manu le habló de Paqui, su mirada era de tristeza y vergüenza, sus palabras estaban llenas de desprecio y dolor, después de todo lo que le contó no podía creerse que hubiera sido capaz de volver con ella, pero también recordó las palabras que siempre le había dicho su madre: todos los hombres son iguales, todos engañan, traicionan, piensan con lo mismo y a nosotras solo nos queda resignarnos y mirar para otro lado. No estaba de acuerdo con eso, por lo menos con la segunda parte, ella no se iba a resignar y a actuar como si no hubiese pasado nada.

~ 238 ~



Habían pasado dieciséis días desde que su hermana le había dicho que él estuvo allí. Dieciséis días en los que se había negado, en redondo, a hablar de Manu. Tenía decenas y decenas de WhatsApp de él sin leer... y sin borrar, las llamadas eran a diario y los mensajes habían llenado su bandeja de entrada, pero ella seguía sin leerlos, sin olvidar y sin perdonar. Miró a sus dos peques que estaban, en ese momento, observando de forma fija la pata de una silla.

—Burbu... —Dios, si hasta llamaba a sus «bebés» como lo hacía él— Bubble, ni se te ocurra morder la silla, ¿entendido?, si te ve Carmen te va a limar los dientes, Muffin, ¿quieres dejar de frotarte contra la lámpara? ¿Qué voy a hacer con vosotros, chicos? Estáis más traviosos que de costumbre.

¿Echarían de menos a... Manu... tanto como ella? Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas ¿Cuándo dejaría de pensar en él y llorar? ¡Por la D de Dior! Cada día era una tortura, en vez de olvidarse lo extrañaba más.

Oyó el sonido del timbre, seguro que eran Raquel y Dearan que venían a comer, lo habían estado haciendo casi a diario en todo ese tiempo. La escuchó antes de verla siquiera, siempre entraba igual.

—¡Mamá, ya estoy aquí! ¿Le falta mucho a la comida? ¡Tengo más hambre que el que se perdió en la isla!

Entró por la puerta frotándose el vientre.

—¡Dios! No paro de comer, me estoy poniendo como una foca y a este paso van a tener que ensanchar las calles para que pase yo.

Dearan, como siempre, empezó a decirle que estaba preciosa, a lo que ella respondía, como todos los días, que parecía una «elefanta» en su último mes de gestación.

—¿Cómo está mi sobrinito hoy?

Raquel hizo una mueca.

—Pues por mucho que Dearan lo niega creo que tiene ascendencia neozelandesa, da unos saltos que parece que está bailando la *haka*.

Sonrió ante las palabras de su hermana. Esas horas del día eran las mejores, las únicas en las que su mente, por un rato, desconectaba y podía olvidarse de él.

Estaban en los postres cuando su teléfono sonó, lo miró imaginándose que sería Manu, pero no, era casi, solo casi, peor, su madre. Pensó en salir y hablar fuera, pero conociendo a su madre prefería tener «testigos» de su conversación.

—¡Hola, mamá!

—¿Carolina Ferrer Doménech, déjate de chorradas!

Y ahora, ¿qué se suponía que había hecho?

—¿Pasa algo, mamá?

—¿Y todavía tienes el descaro de preguntarme eso? ¡Me tienes harta, cansada y avergonzada! Me das un disgusto tras otro. ¿Cuándo pensabas decirme que has vendido tu parte de la boutique?

Pues, viendo el «resultado», tal vez, ¿nunca?

—Mamá, ya te comenté que...

—Al final te has trasladado a Barcelona, a vivir con esa... panda y con tu padre. Sabes, perfectamente, que me había negado en redondo, pero ¿me has hecho caso?, no. Carolina, estás actuando como una niña mimada.

—Esa es tu opinión...

~ 240 ~

—¿Y quién narices es Manuel Bravo?

Aquello sí que la dejó *offside*.

—¿Quién te ha hablado de él?

Escuchó un sonido muy poco fino de parte de su madre. ¿Cómo se había enterado de la existencia de Manu? Ni siquiera Mayo, con la cual no había vuelto a hablar, sabía el verdadero nombre de... Lolo, ¡si hasta

ella misma lo desconocía hasta hacía solo unos días!

—El tipo tuvo la osadía de llamarme y me ha quedado muy claro la clase que tienen las personas con las que te relacionas últimamente, Carolina.

Ahora sí que su cabeza estaba hecha un lío, ¿Manu había llamado a su madre?, ¿para qué?

—Tuvo el descaro, sin conocerme siquiera y sin carta oficial de presentación, de pedirme tu mano.

¿¡Qué!?! Su corazón empezó a bombear de forma alarmante, ¿él... él había pedido su mano? Sintió su cuerpo estremecerse, ¿se habría equivocado al condenarlo sin escucharlo siquiera?

—Es evidente que le contesté que no, primero porque no tenía ni idea de quién era y segundo porque tú ya estás comprometida.

Ahora sí que se estremeció... de ira e indignación, ¿cómo había que decirle las cosas a su madre?, ¿con gráficos?, ¿pictogramas?

—¿Le dijiste qué, mamá? Esto me supera, ¡es *estupendástico*! ¿No te cansas? Pues yo sí, estoy harta de que intentes imponerme las cosas, ¡harta, mamá! No voy a casarme con Íñigo... nunca, ¿lo entiendes? ¡Adóptalo si tan ansiosa estás de tenerlo en la familia! Se acabó, no pienso consentirte ni una más. Si de verdad me quieres aprende a

respetarme.

Vio, por el rabillo del ojo, como su padre se sulfuraba y le pedía, con gestos, que le pasara el teléfono, se negó, esto lo iba a solucionar ella y de una vez por todas.

—Carolina Fe...

—¿Aceptas que viva mi vida como yo quiera?, ¿piensas respetar mis ideas y decisiones?

Volvió a escuchar el dichoso ruido que la sacaba de quicio.

—Si no se avienen a nuestra forma de vivir, ¡no!

~ 241 ~

—Entonces, madre, está todo dicho.

—¡Perfecto!

Se quedó mirando, asombrada, el teléfono, ¡le había colgado! ¿Cómo podía anteponer su «status» a su propia hija?

Miró a todos fijamente, si esperaba encontrar compasión o pena en sus miradas se equivocó, vio rabia, indignación y cariño, ¡pues a tomar por... por... la puerta de emergencias! Allí estaba su familia, la única que tenía, la que la respetaba, cuidaba, apoyaba y quería.

Tomó aire... y entonces su mente retrocedió a lo que le había dicho su madre antes de «archivar» su instinto maternal, ¡Manu había pedido su

mano!

—¿Sabíais algo de esto?

Su padre pegó un pedazo de resoplido que la despeinó.

—¿Qué tu madre tiene en rojo los sentimientos, pero que es feliz si los números son azules en su cuenta corriente? Sí, claro que lo sabía.

—No, me refiero a lo de que Manu le pidió mi mano.

El resoplido, esta vez, fue colectivo.

—Cuéntanos algo que no sepamos, conejita.

Miró a su hermana.

—¿Qué quieres decir?

Carmen miró seria a su hija.

—Raquel, creo que quedó claro que tu hermana necesitaba un tiempo y que no hablaríamos de este tema...

La ratona se puso en pie... con bastante trabajo y eso que Dearan, al verla intentar levantarse con el mismo estilo que una tortuga boca arriba, la ayudó.

—Pues ya me he cansado yo de tanta gilipollez. A ver, Carol, ya está bien, pareces un alma en pena llorando y gimiendo por toda la casa y todo porque te mueres por —y puso los dedos haciendo, más que comillas, comillones— «los huesitos, la chicha y la limonada» de ese

hombre.

Era una manera de expresarlo... y cierta, ella amaba a Manu y estaba empezando a replantearse todo lo que le había «creído» a la ex.

~ 242 ~

—Manu no solo le ha pedido la mano a tu «adorable» madre, también me la pidió a mí.

¿¡Qué de qué!?

Raquel miró a todos los presentes y les hizo un gesto con la mano animándoles a hablar. Dearan sonrió con timidez y levantó la suya como si estuviese en el cole y se supiera la respuesta.

—A mí también.

Carmen soltó un suspiro.

—Y a mí, a tu padre... y a toda la familia.

Miró a su padre que afirmó con resignación.

—Hay que reconocer que, el tal Manu, cojones tiene y gordos como balones de fútbol, eso es cierto.

—No me lo puedo creer.

Sintió como su padre le cogía la mano y se la apretaba con cariño.

—El hombre es peor que una garrapata, se ha enganchado y no hay manera de soltarlo, es persistente hasta darte dolor de cabeza, pero

estoy empezando a creer... que, tal vez, deberías escucharlo —miró a todos los presentes de forma ceñuda— y al que repita lo que acabo de decir le cortaré la lengua con las tenazas, ¿entendido?

Raquel le acarició la espalda.

—¿Has visto los nuevos collares de tus pequeñines?

¿Y aquello que tenía que ver con lo que estaban hablando?

—Ve a por ellos y lee lo que ponen.

Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio lo que había escrito en ellos, «¿me concedéis la mano de vuestra mamá?». ¿Había algo más súper- mega-cursi y dulce?

—¿Por qué no me dijisteis nada?

—¿Por qué nos habías prohibido hablar del «innombrable»? Mira, Carol, mi opinión es que deberías hablar con él, escuchar lo que tiene que decir.

Su hermana tenía razón, no le había dado ninguna oportunidad, lo había juzgado y condenado sin oír su defensa.

~ 243 ~

Carmen se acercó a ella, la cogió de las manos y le dio un apretón en ellas.

—Cielo, sé que lo estás pasando mal, te oigo llorar todas las noches,

te veo andando por la casa en modo zombi y se me parte el alma, pero también me duele saber que ese pobre chico ha subido los dos sábados anteriores, se hospeda en un hotel, reserva mesa para dos en el restaurante y espera a que vayas a pesar de saber que no lees ninguno de sus mensajes.

Miró a su mamastra y luego a todos los demás que asintieron, hasta su padre, que había despotricado contra Manu y amenazado que si volvía a verlo le haría un cambio de sexo gratuito, afirmó con la cabeza.

—¿Ha... ha hecho eso?

—Sí, mi amor —Carmen le acarició la mejilla y le sonrió con ternura—

¿No te gustaría saber que pasó realmente?

Raquel resopló sonoramente.

—¡Coño, nena, si hasta yo, que no soy nada cotilla —soltó una risita después de semejante «confesión»— estaba deseando escuchar su versión de los hechos!

Entrecerró los ojos, su hermanastra era muy capaz de llamar a Manu, hacerse unas palomitas y disfrutar de aquello como si fuese una película en 3D.

—Me extraña que no lo hayas hecho ya.

—¿Y quién dice que no lo he hecho? El sábado pasado, Dearan y yo,

fuimos al restaurante del hotel, mayormente, conejita, para comprobar el tiempo que aguantaba sentadito esperando que fueras y ¡joder! se me saltaron unas lágrimas como pelotas de golf, eran las diez de la noche y llevaba dos horas esperando, así que nos acercamos, cenamos y me repitió lo que antes le había dicho a mi escocés y, Carol, si no es verdad lo que me dijo, deberían darle siete Oscar, un puñado de Globos de Oro y hasta algún Grammy por su brillante interpretación.

—¿Grammy? Raquel, ese es un premio musical.

—¡Pero es que tiene una voz preciosa! —Se volvió y acarició en el pecho a su marido que había soltado un gruñido— Reconócelo, cariño, hasta las letras del champú se cuelgan de la lámpara, intentando suicidarse, cuando tú cantas en la ducha.

~ 244 ~



Miró el reloj por tercera vez, las ocho y un minuto, inspiró con fuerza

y soltó el aire con lentitud, estaba seguro de que ella, como en las dos anteriores ocasiones, no vendría, lo cual no debería extrañarle, la verdad, no contestaba sus llamadas, y sus WhatsApp eran ignorados, entonces, ¿por qué se seguía «machacando» así?, la respuesta era simple, la quería, estaba enamorado de ella, pero hasta las «trancas» como decía su abuelo.

Echó un vistazo por el restaurante y se topó con varias miradas de los camareros, se estaba haciendo famoso, estaba seguro de los apodos que ya había recibido y que, en más de una ocasión, había escuchado, porque vamos, discretos, lo que se dice discretitos no eran, *pagafantas*, *pringao* y primo eran los adjetivos que más usaban, frases como: «el *pagafantas* ha vuelto» o «ya está aquí el *pringao* de los sábados» eran las que copaban el ranking. A ese paso, la próxima vez, estaba seguro de que pondrían una caseta en la puerta y cobrarían para que pasaran y vieran al gilipollas de la mesa cinco, la del fondo y dispuesta para dos, aunque, al final de la noche... y al principio, solo estaría él.

Después de la conversación con Dearan se volvió a Madrid, pero no podía estar allí sin ella, se sentía perdido, así que dejó a cargo de las obras a Fermín y se volvió a Murcia.

Los primeros días estuvo en plan vegetativo, tumbado en la cama, sin poder dormir, maldiciendo su suerte, llorando, no se sentía menos hombre por reconocerlo, y comiendo porque su madre insistía en que tomara algo.

El viernes por la tarde, María, su hermana, entró como un huracán a su habitación.

«—¡Joder, Manu, aquí huele a «choto»! Deja de lamentarte y levántate ¡pijo8! ¡Ah! y pégate una ducha, el «tufo» llega hasta la panadería y como vengan los de sanidad nos cierran el chiringuito.

—¡Déjame tranquilo, hermana!

—Si yo te dejaría, hermanito, pero es que hasta las hormigas van con mascarilla.

—Muy graciosa, María.

—No estoy de broma, Manu, ¿se puede saber qué piensas conseguir así?, ¿quieres a Carol? Pues entonces haz algo, pero quedarte en la cama lloriqueando, matándote de hambre y provocando una guerra «pesticida» no va a hacer que la recuperes.

—Y según tú, «Cupida», ¿qué es lo que hará que la recupere?

—¿Tú no eras el listo de la familia? —Su hermana lo miró con pena, pero al mismo tiempo con decisión y ánimo— Manu, tú la conoces mejor

que nosotros, pero aun así, generosa que es una, te voy a dar un consejo, lucha por ella, ve a buscarla, insiste hasta que logres que te escuche, haz cosas que sepas que la ilusionarían y juega sucio, sí, aprovéchate de que tienes, al menos a su cuñado, de tu parte, ¿por qué no hablas con él y logras meterte a la familia en el bolsillo?»

Después de aquella conversación con su hermana, y de la muy necesaria ducha, se dedicó a pensar que podía hacer para llegar a Carol.

La llamó, le mandó WhatsApp y entonces, como una especie de «iluminación», se le ocurrió lo de la cena... que fue un fracaso total.

Cuando volvió, descorazonado y triste a su casa, decidió no rendirse y entonces es cuando le vino la idea de pedir su mano, habló con Dearan y después de un ataque de risa el hombre le dijo que podría funcionar, era algo ñoño, cierto, pero conociendo a Carol tal vez eso le hiciera ver que era sincero, que la quería y que estaba dispuesto a todo por ella.

8 En solitario y sin más atributos el pijo murciano es un recurso expresivo potente, con toda gama de matices: cariño, sorpresa, enojo, desdén, arrobo, asco, admiración, entereza, etc

~ 246 ~

Se obligó a no dejarse caer, empezó a promover la obra, contrató al personal, localizó y gestionó todo el alquiler de la maquinaria, al menos tendría la cabeza y la mente ocupada.

Al sábado siguiente volvió a subir a Barcelona y de nuevo ella no apareció, pero se llevó una sorpresa, los que sí vinieron fueron Raquel y Dearan.

Estaba a punto de dar por finalizada aquella auto-tortura que se había impuesto, cuando ante él llegó la pareja, después de saludarse y de que ella lo amenazara con hacerle una revisión de próstata con unos alicates le pidió que le contara, punto por punto, lo que había pasado y que ya le había explicado a su marido, según ella necesitaba escucharlo de él mirándola a los ojos y al parecer... no, al parecer no, se lo creyó totalmente y por un momento estuvo tentado de arrastrarla a Zeneta y que tuviera un bis a bis con su ex. Tenía muy claro que, después de la «conversación» que mantuvieran, la carrera de Paqui en el mundo de la moda y las artes escénicas quedaría, irremediablemente, truncada, solo había que escuchar las pintorescas descripciones que hacía aquella mujer sobre los diversos tratamientos faciales y corporales que le iba a hacer.

«—Y ella, ¿cómo está?»

Raquel resopló.

—Como Santa Teresa, de la cama a la mesa y viceversa. Tiene unas ojeras terribles y una palidez que, si te la encuentras de noche, seguro

que brilla en la oscuridad y de lo de las lágrimas mejor no hablamos, han venido los del agua a cobrarnos un plus porque creen que hacemos un uso excesivo del dichoso líquido, tenemos el jardín empantanado. Yo sabía que mi niña melona tenía carácter, en busca y paradero desconocido, pero lo tenía, lo que ignoraba es que es más terca que una mula.

En aquel momento pensó que, hiciera lo que hiciera, no lograría, ya no solo convencerla, simplemente hablar con ella.

La mano de Raquel sujetó la suya y se la apretó, levantó la cabeza, la miró y se quedó embobado viendo su sonrisa, hasta que sintió una patada bajo la mesa.

—Deja de mirar a mi mujer así.

—Ni caso al ogro escocés, es un celosón. ¿Y ahora, qué piensas hacer, Manu?

~ 247 ~

Se estaba quedando sin ideas, la verdad.

—¿Tú me das la mano de tu hermana?

El resoplido de ella fue... descomunal.

—¿En serio vas a hacer eso? Es la cosa más cursi que he escuchado en mi vida, voy a tener que visitar a mi dentista, seguro que me salen caries

con tanto dulzor.

—Me gustaría que le dieras esto para los peques.

Cuando le pasó los collares y leyó lo que ponían puso los ojos en blanco.

—Voy a terminar vomitando purpurina, ¡por Dios que cursilada! En fin, recapitulemos, las flores fueron del repartidor a la basura y sin pasar por el control de calidad, o lo que es lo mismo, mi hermana. Los peluches... me los llevé yo, pero deja de mandar que tengo el cuarto de mi mini-highlander «empeluchado», las peticiones de mano, en fin, yo te doy la mano, el pie y te la envuelvo en celofán, pero el resultado es el mismo, sigue con las orejeras puestas y no escucha a nadie.

—No pensaba que Carol podía ser tan cabezona, se ha cerrado en banda y eso que parece un caramelito.

Raquel miró a su marido.

—Eso me pega más a mí, ¿no? —el pobre hombre se ruborizó, pero su mujer empezó a reírse y le dio la razón— Manu, yo creo que deberías dejar que fuéramos nosotros quien le contáramos lo que ha sucedido, porque a este ritmo los sábados de Barcelona van a pasar a denominarse el día del «pringao».

—No, quiero ser yo el que se lo diga. Lo único que me molesta de todo esto es su poca confianza en mí.

—Bueno, machote, a eso puedo responder yo y sin el comodín del público. Su «recauchutada» madre tiene la culpa, ha decidido por ella toda su vida, no la ha guiado, la ha conducido por donde le ha salido de la... pantorrilla, ha ido minando su confianza, la tenía metida en un círculo de gente del tamaño de un anillo de la Barbie. Carol intenta volar sola y libre, y al primer vuelo va y se despachurra, bien, lo que se dice bien, no se lo ha tomado, pero creo que se está pasando con el monólogo de chica «coronada». Podrías venirte con nosotros a casa de mis padres, ella está allí, entras a su habitación —puso los ojos en blanco— dónde seguirá invocando a «doña Angustias de la séptima lágrima» hablas con ella y si necesitas «refuerzos» puedo decirte donde guarda mi querida madre la cinta carrocera y las cuerdas.

~ 248 ~

Agradeció la sugerencia, pero después del «despliegue de medios» con los que fue recibido la vez anterior, mejor pasar.»

Después de aquello poco más le quedaba que hacer, salvo hacer caso a su hermana María, echar la puerta abajo, entrar a por ella, echársela al hombro y llevársela al hotel más cercano, «empolvarla» —¿de dónde se sacaría su hermana aquellas expresiones?— y después, cuando recobrarán el aliento, hablar y aclararlo todo, beso, ¡oh, qué bonito!,

caricias ¡ah, que tierno! Y colorín, colorado. Definitivamente su hermana estaba loca, pero como un puto cencerro.

Ahora, a las ocho y cuarto, estaba empezando a reconsiderar la idea de María, tal vez debería hacer eso mismo, actuar como un cavernícola, porque ni siendo dulce, tenaz, persistente y cursi avanzaba, ni conseguía nada.

Tomó la copa de vino, o mejor aún, podía coger la puta botella, subírsela a la habitación y emborracharse. Alzó la mano y la cabeza para llamar al camarero cuando sus ojos se clavaron en la mujer que estaba parada a la entrada del comedor, ¿Carol?, ¡Carol! Ella se acercó lentamente, iba vestida con una falda negra, una blusa en tono plateado haciendo juego con los zapatos y el bolso, sus ojos azules no se apartaron de los de él, su pelo rubio estaba suelto y sus labios, ¡Dios! sus labios pintados de rojo, su perdición, su tentación más grande.

Cuando llegó al lado de la mesa se quedó parada.

—¡Hola, Manu!

Se levantó como impulsado por un resorte.

—¡Hola, rubia!

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, acercó la yema del dedo y le recogió la primera que empezó a caer.

—¡No llores, mi amor, por favor, me destroza verte llorar!

~ 249 ~



Después de escuchar todo lo que le habían contado su hermana, Dearan, su padre y Carmen se fue a su habitación, tenía que pensar, algo que no consiguió hacer, Raquel la siguió, se sentó a su lado y la cogió con ternura y decisión de la mano.

—¡Al fin solas! —Sonrió ante las palabras de su hermana— No, no te rías, los dos guardaespaldas de nuestros padres no querían dejarme a solas contigo y eso que les traje el calendario de vacunas y vieron que me había puesto la antirrábica. Y ahora vamos a ponernos serias. ¿Qué piensas hacer con respecto a todo esto?, ¿piensas escuchar a ese chico o vas a seguir preparándote para el casting de *Underworld*? Porque a este paso las ojeras te van a llegar al ombligo y ese color blanco nata no te queda nada bien, chata.

—Tengo tanto miedo, ratona.

Su hermana soltó un largo suspiro.

—Cariño, todos tenemos miedos, ¿o te recuerdo como se lo hice pasar yo a Dearan por los míos? El amor no es una ciencia exacta, no «encajan» siempre las cosas, ni es medicina, aunque algunas veces quisieras que hubiera una pastilla o un maldito supositorio para hacer las cosas más fáciles.

~ 250 ~

Odiaba las lágrimas y esos días no podía controlarlas, Raquel la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—No llores, cariño, la gran mayoría de las veces las cosas son más sencillas de lo que nosotros nos imaginamos. Tú estás aquí sufriendo por algo que viste o te dijeron, pero, ¿le diste una oportunidad a él para explicarse? No, saliste como si estuvieras entrenando para correr una maratón en las Olimpiadas. Muchas veces, conejita, aceptamos cualquier mierda que nos echan encima por el simple hecho de no confiar... ni en nosotros mismos, porque estamos mentalizados para el fracaso, para que nos hagan daño, no creemos que tenemos el derecho a ser felices, ¿no piensas tú eso también?

Se separó de su hermana y la miró a la cara, ¿tendría razón?

—A ver, yo no quería darle una oportunidad a Dearan porque tenía miedo a perderlo y estaba haciendo justo eso, perderlo. A ti te engañaron, te traicionaron y creo que esperabas más de lo mismo, que te engañaran. No voy a seguir «calentándote el tarro», pero como sabes que soy bastante toca pelotas solo te haré una preguntita y no me respondas, solo piensa la respuesta. Después de lo que te hizo Charles, ¿volverías con él? ¡Joder que buena soy! —Le guiñó un ojo y salió de la habitación, pero al llegar volvió la cabeza y la miró sonriente— ¡Qué coño, sí quiero una respuesta!

Empezó a reír y negó con la cabeza.

—Pues ea, ahora dime, ¿piensas ir mañana a esa cena?

—Intenta detenerme.

Raquel alzó las manos y empezó a dar vueltas como un pato mareado.

—¡Esa es mi niña melona!

Conforme llegaba la hora se ponía más nerviosa, a todas las dudas se había unido, ahora, la culpabilidad, sí, se sentía culpable por no haberle dado la oportunidad de explicarse, por dudar de él.

Cuando entró al hotel le temblaban las piernas y conforme se iba acercando a la entrada del restaurante los nervios se le anudaron en el vientre, miró alrededor hasta dar con él y todo el amor que sentía le

impactó de frente e hicieron estragos con sus hormonas y neuronas. Estaba sentado en una mesa algo apartada, solo, iba vestido con una camisa, de las pocas veces que lo veía usar una, en color morado, estaba con la cabeza agachada y todo se removió dentro de ella, de repente la alzó casi al mismo tiempo que una mano y sus ojos hicieron contacto,

~ 251 ~

una descarga la recorrió de arriba abajo y empezó a andar sin apartar la vista... porque si dejaba de hacerlo estaba segura que no podría ni dar un paso dada la agitación de su cuerpo.

Se paró cuando llegó a su lado, lo saludó y él se levantó de un salto, las lágrimas empezaron a empañarle la vista, se veía triste, ojeroso, abatido.

—¿Quieres... sentarte?

Sí, mejor estabilizar su cuerpo, hubiese preferido un sillón para tener algo a lo que sujetarse, pero se conformaba con la silla. Sentados frente a frente se devoraron con la mirada, intentando descubrir cuánto les había afectado aquella situación.

—¿Quieren la carta?

Miró al camarero parado a un lado de la mesa, ¿comer algo?, no sabía si podría pasar nada, pero asintió.

No hablaron hasta que hicieron el pedido.

—Rubia, no sé ni cómo empezar, qué decirte primero o preguntarte.

Se mordió el labio nerviosa y lo retuvo unos segundos entre sus dientes.

—No hagas eso, princesa, me lo pones más difícil porque quiero ser yo el que lo muerda y luego lamerlo.

Se sonrojó, pero no pudo evitar provocarlo.

—Carol, por favor, me estás matando, si quieres que hablemos déjalo en paz, porque soy capaz de saltar por encima de la mesa y devorarte aquí mismo.

El camarero que dejó los platos frente a ellos llegó a tiempo de escuchar las últimas palabras.

—Espero que disfruten de... la cena.

¡Por la D de Dior! ¡Pillados!

—¿Cómo sabías que estaría aquí? No has leído ninguno de mis mensajes.

—Por mi madre.

Él la miró extrañado.

~ 252 ~

—Me llamó ayer, bastante indignada por cierto, para decirme que tú,

osea, que la habías llamado para... ¡jopetas qué fuerte!, ¿cómo se te ocurrió llamarla para... para... pedirle mi mano?

—Porque estoy desesperado, rubia, porque haría y diría cualquier cosa solo porque me escucharas, porque no me has dejado más opciones y porque te quiero, Carol, estoy enamorado de ti y estos días han sido una maldita agonía. Nunca había sentido un dolor tan grande, princesa, perderte es inadmisible e insoportable.

—Manu, yo...

Él le pidió que le permitiera hablar con un gesto de su mano.

—Carol, ella no estuvo conmigo, la última vez que la vi fue estando a tu lado en la fiesta, te juro que no he tenido nada que ver con Paqui, aunque no te tuviera a ti jamás me acercaría a ella, pero estando contigo, cuando tú eres el centro de mi vida, mis sueños, mi futuro y mi amor, muchísimo menos, no existe para mí, rubia, solo tú. Te amo.

Sentía que se ahogaba, que le faltaba el aire, los ojos de Manu buscaban insistentes los suyos, no apartaba la vista y hablaba con intensidad y atropello. Miró a su plato, apenas había probado bocado, lo mismo que él.

—Pero ella... salió de tu habitación, desnuda y envuelta en tú sábana, me dijo...

Le destrozó ver que una lágrima caía por la mejilla de él.

—Mintió, Carol, ¡maldita sea!, fue una acción desesperada o la manera de volver a joderme la vida, es egoísta, mala y vengativa. Aunque se plantará en medio de mi cama, totalmente desnuda y con las piernas abiertas, saldría corriendo para el lado contrario. No me interesa, hasta ahora solo sentía indiferencia, pero después de lo que nos ha hecho la odio.

Estiró la mano y cogió la suya, apretándola con suavidad.

—Ninguna, rubia, ninguna otra mujer me hace sentir lo que tú, despiertas todos mis instintos y solo cuando estoy contigo me siento completo. Paqui es una pesadilla en mi vida, la persona que más daño me ha hecho, hasta ahora había dejado pasar todo lo que me había hecho, pero esto no, princesa, hacer que te pierda, crear dudas en ti y conseguir separarnos, eso no se lo perdonaré nunca.

—¿La cena no es de su agrado? ¿Van a querer el postre ya?

~ 253 ~

¡Jo... pelines, con el camarero! Tenía el don de la oportunidad. No, no quería postre... bueno, si se lo servían sobre Manu... se puso del color de una amapola, algo que no pasó desapercibido a ninguno de los dos hombres y que hizo que, casi al unísono, alzaran sus cejas.

—¿Les traigo la carta de postres y helados? O si quieren puedo comentarles la recomendación...

Ella sí que le iba a recomendar, pero que se fuera a la mi... Micronesia.

—No, no queremos postres, recomendaciones ni café, ¡jopetas! y apunten esto a la habitación del señor, ¿nos vamos, Manu?

Manu se quedó alelado unos segundos, mirándola fijamente y con la boca tan abierta que podría encestar un balón por muy mala que fuese su puntería, el camarero alzó las dos cejas a la vez y mostró una sonrisa enorme, la miró y luego lo miro a él.

—Creo, caballero, que la espera ha merecido la pena.

Le guiñó un ojo y se fue tan ricamente.

Manu se levantó y se acercó a ella.

—¿Dónde quieres ir, rubia?

Lo miró de arriba abajo, haciendo una paradita en la parte central dónde, en ese momento, empezó a surgir, de forma cada vez más inminente, un «levantamiento», ¡jopelines!, siempre tenía preparado el «armamento»

—A tu habitación.

Con eso consiguió que el abriera los ojos como platos, que tragara saliva como si se estuviera ahogando y que el «taladro» amenazara con

traspasar sus pantalones.

—Allí estaremos más tranquilos para hablar.

¡Por la D de Dior, Dolce & Gabbana y la de Donatella Versace! Se cargó, con semejante comentario, el «alzamiento» entre sus piernas, consiguió que quedara desmantelado en décimas de segundo, la desilusión apareció en su mirada y la boca debía de habersele quedado seca, porque empezó a carraspear.

—Por supuesto, allí estaremos más cómodos y no tendremos interrupciones.

Mientras subían en el ascensor él no apartó la mirada de ella, como si no pudiera dejar de observarla.

~ 254 ~

Anduvieron por el ancho pasillo hasta llegar a la puerta, Manu utilizó la tarjeta para abrirla y la invitó a pasar. Echó un vistazo, era una habitación muy amplia, decorada en tonos claros, las cortinas eran de color verde oscuro y estaban echadas. Vio una pequeña mesa de madera con dos sillones, uno a cada lado, se dirigió hacia ellos y se sentó, cruzó las piernas con cuidado, durante todo ese tiempo él no dejó de mirarla, se estaba poniendo nerviosa.

—¿Quieres tomar algo?

—No, Manu, no quiero tomar nada, solo quiero que hablemos.

—Bien.

Se acercó a ella y se agachó, mirándola desde la misma altura.

—Voy a volver a repetirte lo que te he dicho. No me acosté con Paqui, ni la vi siquiera. Me duele que dudes de mí, pero te entiendo, hasta mi propia familia lo hizo. María me dio dos hostias que todavía no me explico cómo no se cargó mis cervicales. Mi madre estuvo a punto de hacerme un menú vitalicio de sardinas. Cuando al final comprendí que todo aquel cabreo venía por lo que se suponía que había hecho fui a verla.

—¿Fuiste a por ella?

Le apoyó las manos en los muslos y se los sujetó con delicadeza.

—No, no «fui a por ella», fui porque tenía que dejarle claro que estaba muerta para mí y a preguntarle porque cojones seguía haciéndome daño, no solo a mí, también a todos los que quiero. Te juro, rubia, que si en vez de ser mujer hubiese sido un hombre le habría dejado claras las cosas a puñetazos.

La miraba a los ojos, en ningún momento apartó la mirada y se veía...sincero.

—No volvería con ella nunca, jamás. Me hizo mucho daño, hirió a mi

familia y ahora, princesa, te ha herido a ti también, ha intentado hundir nuestra relación, apartarte de mí y eso no se lo perdonaré nunca. Dime que me crees, Carol, por favor, necesito saber que no dudas de mí, de mis palabras y de mis sentimientos.

¿Creerle? Sí, sí le creía, su mirada era sincera, su toque, deslizándose arriba y abajo las manos sobre sus muslos, era tierno y tembloroso, sus palabras habían sonado muy sinceras, su voz clara y al mismo tiempo agitada y trémula.

~ 255 ~

—Te creo, Manu.

Se inclinó hacia ella, dejando la boca a milímetros de la suya.

—Te quiero, rubia, estoy enamorado de ti, te has metido en mi corazón de golpe e infiltrándote en él y haciéndolo tuyo, solo tuyo, cariño. Cada minuto del día mis pensamientos son para ti. Las noches se me hacen eternas, te extraño, te deseo y me vuelvo loco de necesidad. No me he sentido así jamás y me encanta pertenecerte, sentirme tuyo y que tú seas mía.

—Yo... yo también te quiero, Manu. A tu lado me siento segura, confiada, feliz, pero no es solo eso, adoro cuando me acaricias, como me haces sentir. Necesito tu apoyo y tu cariño. Amo como me sonrías, como

me haces rabiar y como sacas lo mejor de mí y me encanta ese lado tuyo bruto, rural, el que me hace sentir tan especial.

Le lamió los labios con suavidad y gimió cuando sus lenguas se rozaron.

—No te imaginas lo que te he necesitado. No podía creer que te había perdido, que no volvería a verte y que no te tendría en mis brazos nunca más.

—Yo tampoco Manu, no podía imaginar un futuro sin ti a mi lado.

—¿Te quedas esta noche conmigo? ¿Me dejas hacerte el amor, rubia?

Se mordió el labio con fuerza y negó con la cabeza, él suspiró resignado, le tomó la cara con las manos y lo «obligó» a mirarla.

—Solo me quedaré si prometes... si tú... me... juras... que me folla... ¡jopetas, qué difícil!

—Deja que lo haga más sencillo. Si te quedas, rubia, prometo follarte hasta que tu garganta se quede como un papel de lija de tanto gritar, que cuando acabe contigo tengan que despegarnos con una maldita espátula y hacer rodar tus caderas como una peonza toda la noche.

—Eres un bruto, Manu.

—Y te encanta que lo sea.

Se inclinó para besarle, pero él se apartó, lo miró con fijeza.

—Dame un par de minutos y luego vas a ver a todo un animal.

Atenuó las luces, puso una canción que la hizo sonreír, *Dear Future Husband* de *Meghan Trainor*, se arrodilló frente a ella, *osea*, tío, ¿aquello era lo que se estaba imaginando?

~ 256 ~

—Carol, mi rubia, le he pedido a toda tu familia tu mano, todos dijeron que sí —puso los ojos en blanco y sonrió— salvo una excepción, la de tu madre. Eso sí, cada caso afirmativo vino acompañado de amenazas de muerte, eso de parte de tus hermanas y cuñados, un envoltorio en alambre de espino, eso por parte de tu padre y una castración con cincel y martillo, regalo de tu mamastra, si volvía a hacerte daño. Ahora quiero pedirte a ti, no una, las dos, quiero tus manos para acariciarme, abrazarme y protegerme cuando lo necesite. Quiero tus piernas para que me rodeen cuando hacemos el amor y para que caminen a mi lado, tu cuerpo para practicar giros y curvas, para crear pequeñas Carolinas, que llamaremos Carol porque suena más *chic* y si quieres hasta algún Lolo, rústico y rural. Quiero tu corazón para cuidarlo, protegerlo y amarlo. Rubia, ¿quieres casarte conmigo?

¡Por la P de Prada! Empezó a llorar con las primeras palabras y ahora parecía una catarata, miró la cajita que él le ofrecía, que contenía un

anillo de oro rosa con una piedra que parecía un... ¿topacio imperial?

¡Aquello tenía que haberle costado un ojo de la cara! Empezó a asentir y negar al mismo tiempo.

—Princesa, me estás poniendo algo acojonado, ¿no quieres casarte conmigo?

Se abrazó a su cuello y empezó a llorar, bueno, aquello más que llanto era todo un berreo.

—Sí, sí quiero, Manu, pero, *osea*, me gustaría esperar un poco, quiero pasar un tiempo con mi familia en Barcelona.

—Está bien, te entiendo, pero no tardes mucho, quiero que vivamos juntos... pronto.

Él le puso el anillo y se besaron, al principio fue un beso tierno, pero cuando las manos de él la cogieron de las nalgas se frotó contra su cuerpo, la pasión entre ellos se desató.

—¿Enchufamos la «hormigonera»?

—Después, primero quiero «montar a caballo».

Él soltó una carcajada, la alzó entre sus brazos, ella enredó las piernas en su cintura y juntos fueron hasta la cama.

—¡Te quiero, rubia!

—¡Te quiero, Lolo!

~ 257 ~

Manu besó su cuello, deslizando su boca por él, cuando llegó a la clavícula se la lamió.

—Eres tan suave, princesa, me encanta el tacto de tu piel, su calor y sabor.

Empezó a desnudarla, sus manos le temblaban y apenas atinaba a desabotonar la blusa.

—¡Jopelines, vamos a tardar una eternidad y te necesito ya! Creo... creo que es mejor que cada uno se desnude a sí mismo.

Él asintió y en unos segundos estaban desnudos, él, por décimas, fue el primero y porque llevaba menos ropa, ¡jopetas!, se acostaron en la cama y se miraron con intensidad, una mano de Manu se acercó y con la yema le acarició los labios, fue bajando hasta llegar al centro de sus pechos, sus pezones estaban duros y esperaban ansiosos su contacto.

Acercó la otra mano y «exploró» sus senos, los acarició con suavidad, sopesándolos, se inclinó y le dio un beso en cada uno de sus pezones para, a continuación, darle un lametón.

—¡Maldita sea! Me gustaría tener, al menos, tres bocas, quiero lamer tus pezones, tu vulva, chupar tu clítoris y follarte con mi lengua, me vuelves loco, rubia.

—Pues, *osea*, Manu, puedes dejar de hablar y utilizar la lengua para... hacer... ¡oh, sí, justo eso!... sí, sigue, mmm, qué rico, ¡Manu, jo...pelines!

Él había bajado hasta su entrepierna y estaba lamiéndola, acariciando y mordisqueando su clítoris, cuando introdujo la lengua en su vagina, se estremeció, arqueó la espalda y se pegó a esa boca que la llevó a un orgasmo que la dejó sin respiración y viendo puntitos negros bailar frente a ella.

—Cuanto he echado de menos esto, princesa, me pones a mil cuando me llenas la boca con tu humedad.

—¡Bruto!

—Este bruto, rubia, va a por otra ronda, ¿estás preparada para pedirme que te folle?

Ella alzó la cabeza y lo miró fijamente, sonrió de forma descarada.

—¿Y si en vez de pedírtelo, Manu, te lo exijo?

Él alzó una de sus cejas.

—¿Vas a decir la palabra con f, Carol?

~ 258 ~

—¿Vas a ... a fo —tomó aire y lo soltó con suavidad— a follarme, Lolo?

¡Por la V de Valentino! Aún no había terminado de hablar y entró en ella de una sola embestida, clavándose y haciendo que soltara un grito-

gemido.

—Estoy a tu entera disposición, Carolina, siempre a tu entera disposición.

~ 259 ~



Septiembre, siete meses después.

—¿No hay nadie más, del sexo femenino, por ahí fuera?

Miró sonriendo a su hermana Raquel que acaba de soltar esa frase con resoplido al final.

—Esto parece un mercado, suerte que la habitación es grande, sino tendríamos que poner un aparatito de esos para sacar número —la miró y empezó a agitar sus manos frente a ella— ¡Eh, conejita! ¿Dónde estás?

En su propia burbuja, ahí estaba. Se sentía feliz, enamorada y muy dichosa, tenía, en un día tan especial, a todas las personas que más quería a su lado... bueno, a todas no, su madre se había negado en

redondo a ir a la boda, no la aceptaba y la amenazó de que si seguía adelante con aquel, según ella, «disparate y muerte social» renegaba de hija, dicho y hecho, ella siguió adelante y su madre dejó de llamarla, no respondió ninguna de sus llamadas y menos aun después de enterarse de que Mayo había roto con Mario y estaba saliendo con Íñigo, ¡pero qué fuerte! Su madre la llamó para decirle que había perdido a su «prometido y una buena fuente de ingresos y subida en su escala social» a manos

~ 260 ~

de su «mejor amiga», muchísimo más «lista» que ella y esa fue la última vez que habló con su progenitora. Pero, a pesar del dolor que sintió en ese momento, ahora estaba feliz, totalmente feliz.

—Bien, ya estás maquillada, salvo los labios, ¿Qué color prefieres?

Sonrió.

—Rojo.

—¿¡Qué!? No, de eso nada, no te pega ¿Cómo coño vas a pintarte los labios de rojo en tu boda?

Se hizo el silencio, todas la miraban fijamente, Carmen y Reme empezaron a reír.

—Ratona, píntale los labios a tu hermana.

—¡No me sale de la... «peineta», además, ese color es rojo «putaneski».

El vestido, los zapatos y los complementos son en color champán,
¡champán!, tú mejor que yo sabes que no va, no casan, no cuadran, ¿lo
captas, conejita?

Siguió sonriendo y miró a su hermana fijamente.

—Rojo, ratona, los quiero en rojo, además, mi vestido es *vintage*, le
pega y, lo más importante, Manu se vuelve loco por mis labios pintados
así.

Un coro de ¡Oh, qué bonito! Hizo resoplar a Raquel.

—Pues nada, nena, si a «Lolo» le gustan así, así los llevarás.

Cuando terminó, se apartó y la miró de arriba abajo, unas lágrimas
se formaron en sus ojos.

—¡Joder, conejita, estás preciosa! ¡Sí hasta yo te comería los «morros»!

Las risas fueron generalizadas, luego, una a una, se fueron acercando
todas a darle un fuerte abrazo, primero sus hermanas, Raquel, Lucía y
Gloria, las de Manu justo después, luego se acercó Lali, la mejor amiga
de Carmen.

—¡Estás tan linda, Carol! Pareces una princesa, cuando te vea Manu
va a enloquecer.

La besó con cariño y le dio un fuerte abrazo.

Su tía Araceli se acercó hasta ella y también le dio un fuerte abrazo y

un beso. Luego Ana, la hija de Lali y la penúltima fue Reme que la tomó con ternura de las manos.

~ 261 ~

—¡Estás guapísima, cielo! Quiero darte las gracias, Carol, por devolverle la sonrisa a mi hijo y hacerlo tan feliz. Bienvenida a la familia, hija.

Se emocionó con las palabras de su suegra, desde el primer día la había hecho sentir como una más y en esos meses le había ido tomando mucho cariño, era dulce, tierna, paciente, aunque tenía carácter, pero siempre tenía una palabra amable para todo el mundo.

—No, nada de lágrimas hoy es un día para reír.

Despacio se acercó hasta ella Carmen, le colocó las manos en la cintura y la miró con amor.

—Te ves preciosa, cariño. Carol, sé que al principio chocamos un poquito —rio nerviosa, chocar sí que chocaron, pero todo fue culpa de ella, por no querer «perder» a su padre— pero luego vi como eras realmente y solo pude quererte, eres muy especial, conejita, una gran mujer, que no se te olvide nunca, eres mi niña, una hija más, ¿entendido?

Se abrazaron emocionadas y le susurró en el oído que la quería.

—¡Como destrocéis mi obra de arte os pinto a todas la cara a pistoletazos! ¡No hacedla llorar, coño!

Raquel soltó las palabras de un tirón, de forma firme, pero con una enorme sonrisa en los labios.

La puerta se abrió en ese momento y entró su padre.

Todas abandonaron la habitación y la dejaron con él que la miró de arriba abajo.

—¡Dios, cielo, estás impresionante!

El vestido era de estilo *vintage*, de corte imperio, con pequeñas perlas debajo de la línea del pecho, de encaje y con la espalda descubierta y con cinco filas de perlas colgando como collares y una pequeña cola. En la cabeza llevaba una corona de flores y perlas que le caía sobre la frente y sin velo. El ramo de novia estaba compuesto por rosas junto con hortensias, amapolas, astrancias, romero y eneldo, sujeto con un lazo del mismo encaje que el vestido.

—Mi niña se casa y no puedo estar más feliz, Carol, Manu es un buen chico y está loquito por ti, no lo puede disimular, ahora mismo está destrozando la alfombra dando paseos, impaciente, de un lado a otro.

—Yo también lo quiero, papá.

—Eso es lo único que he querido siempre, hija, verte feliz con quien tú quisieras y no... sé que no es el momento y me duele que tu madre no esté contigo, pero ya la conoces, dale tiempo.

Se abrazó con fuerza a su padre.

—¡Papuchi! —lo llamó como hacía dos años no lo llamaba y ahora, hasta a ella, le parecía súper-mega-cursi— sabes que no lo hará y aunque me duele estoy feliz porque me has dado una familia a la que querer y que me quiere, gracias, papá.

Estar en los fuertes brazos de su padre le dio la fuerza que le hacía falta para superar el abandono de su madre.

—Venga, cariño, vamos antes de que a ese chico le dé un jamacuco.

Miró frente a él, allí estaban todas las personas que más quería, su familia al completo y la de su rubia, bueno, toda no, faltaba Sarah, la madre de Carol, le dolía ver que le había dado la espalda, todos intentaron convencerla; él la llamó y aparte de varios insultos y epítetos, el cual más pintoresco, no hubo manera de hacerla bajar del burro dónde se había subido. Le constaba que Daniel también la había llamado y que había sido bastante «explícito», pero ni las amenazas, ni la apelación a su «amor de madre», que al parecer había desaparecido,

hicieron mella, la mujer era una borde y tenía un corazón más duro que un muro de hormigón. Pero a pesar de todo, Carol era feliz, se sentía feliz y eso era lo importante.

Llegar hasta ese día había sido especial, al principio se veían los fines de semana, unos subía él a Barcelona y otros venía ella a Murcia. A los tres meses empezaron a replantearse las cosas, se querían y necesitaban. Carol decidió que no quería otra boutique, buscaba algo más sencillo y con el *baby-boom* familiar decidió que quería una tienda de ropa para bebés y niños; con la ayuda de María, de la cual se había hecho íntima, buscó un pequeño local en Zeneta y montó la tienda y ya se quedó a vivir allí, por lo que decidieron dar el paso y casarse.

~ 263 ~

Dio otro paseo de lado a lado, justo frente a la mesa dónde estaba el concejal que los iba a casar, se estaba poniendo cardíaco, como ella no llegara pronto iba a ir a la habitación, se la echaría al hombro y se casarían así mismo.

Echó un vistazo alrededor, Carol quería casarse al aire libre y, a ser posible, en el jardín de la casa en la que vivían, así que tiró de todos los hilos hasta conseguirlo. Lo había decorado ella misma, las sillas, forradas en tela de color blanco y con enormes lazos azules, según ella

porque le encantaba el color de sus ojos, algo que lo emocionó. Grandes jarrones con flores de color claro, una alfombra en el mismo tono que los lazos y que él estaba desgastando. A sus pies, y siguiéndole en cada momento, estaban los dos «peques», con lacitos de encaje atados al cuello, los pobres lo miraban como diciendo que cojones habían hecho ellos para ir «ataviados» así, pero estaban monos y eso había que reconocérselo a su «mamá», por mucho que ellos le lanzaran miradas lastimosas y, al mismo tiempo, cabreadas, algunas veces sospechaba que aquel par de granujas tenían demasiada inteligencia.

En ese momento vio venir a todas las mujeres que habían acompañado a Carol para terminar de vestirse, miró a su madre que le sonrió y se secó unas lágrimas, se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Cómo estás, hijo?

—A punto de que me dé un maldito infarto. ¿Cómo está Carol?

—Preciosa, radiante y feliz, Manu, ¿quieres dejar de preocuparte?

—Es que estoy loco por ella, mamá y a veces creo que puedo perder todo esto, me da miedo fallarle, ella es tan...

Su madre le soltó una de sus famosas collejas, no tenía ni puta idea de cómo lo hacía, pero te soltaba dos seguidas, sin apenas intervalo entre una y otra, y la segunda, misterios de la vida, te hacía trastabillar

de la fuerza impresa en ella.

—Ella te quiere, está enamorada de ti y no entiendo tus dudas, Carol no es una niña tonta, ¿qué habla mega, *osea*, cursi? Pues sí, pero es realista, sincera y ella misma, ¿no la estarás comparando con «miss jornadas puertas abiertas», no?

—¡Por Dios, mamá! No es eso, me da miedo que ella considere que esto no es para ella, yo soy un hombre sencillo, del campo y ella es... una diosa, especial, única.

~ 264 ~

—Del campo, igualito que las amapolas, ¡ay, hijo, no eres más tonto porque no haces cursillos intensivos! Deja de decir memeces. En el tiempo que llevo tratando a Carol he descubierto que ella, lo único que necesita, es sentir el calor de la gente que la quiere. Es su madre la que le inculcó que para ser feliz se necesita el dinero y la clase social, pero ha sido su familia la que le ha demostrado lo que de verdad tiene importancia.

Le dio un beso en la mejilla a su madre.

—La quiero, mamá, con locura.

—Y por eso mismo tienes el cerebro más deshidratado de lo normal y las ideas entrando haciendo zigzag. Tú crees que si no te amara como

lo hace y teniendo a su madre carcomiéndole los sesos con tal de que se casará con el tal Marqués del emparrillado, ¿no te habría dejado ya?

En ese momento la vio aparecer del brazo de su padre, ¡estaba preciosa! Parecía una princesa y en cuanto sus miradas se cruzaron su corazón empezó a latir de forma desaforada, ella le sonrió y se perdió en su sonrisa, en sus ojos, hoy libres de las lentillas, al natural y en esos labios rojos.

—¡Dios, es la cosa más hermosa que he visto en mi vida!

—¿Metes la lengua o te pongo un babero?

Sonrió ante las palabras de su madre.

Cuando llegaron a su lado, Daniel le dio un beso en la mejilla a su hija se volvió y lo miró fijamente.

—Le haces daño, Manu y ve aprendiendo a andar con las orejas, porque te corto, del cuello hacia abajo, en cachitos.

—¡Papá!

Se acercó hasta ella y la tomó de la mano.

—¿Tú estás segura, rubia, que tú familia no es de la mafia?

Carol sonrió.

—Empiezo a creer que sí.

—¡No tengo palabras para describir lo hermosa que estás, princesa!

Eres toda una aparición y no te digo como me has puesto porque aquí
—hizo un movimiento con la cabeza señalando a Daniel— «*Vito Corleone*», lo mismo se asegura de no tener nietos.

~ 265 ~

Le guiñó un ojo.

—¿Tiene algo que ver con un cazo?

—¡Cómo me conoces, rubia!

La ceremonia fue sencilla y muy emotiva, lo mismo que los votos que se intercambiaron, cuando el concejal les dijo que ya podían besarse, le colocó la mano en el culo, le dio una palmada con suavidad y la pegó a su cuerpo.

—¡Eres un bruto!

—Esta noche, cuando te arranque las bragas a mordiscos, comprobarás lo bruto que soy, princesa.

Ella empezó a negar con la cabeza y él soltó un bufido.

—¡Joder, Carol! ¿No me digas que son unas *Vicky* de esas y no las puedo destrozar? ¡Te juro que te compraré todo un lote de ellas!

Se acercó a su oído y le mordió el lóbulo con suavidad haciéndolo estremecer.

—Es imposible que me las rompas, Manu, porque no llevo.

—¡Mierda, rubia! Ahora sí que me la acabas de poner pero como el palo de una azada, luego no te quejes cuando te ponga mirando para Cuenca, entre el segundo plato y los postres, apoyada a un limonero.

—¡Jopetas! Pues luego será mi turno de hacerte ver el Pisuerga.

La miró sonriendo.

— *Osea*, Carol, ¿estás diciendo que vas a comerme la verga? ¡Qué fuerte tía!

Ella se sonrojó, pero se inclinó hacia él y le dio un extenso beso mientras que la familia y los amigos empezaban a silbar.

—¡Te quiero tanto, rubia!

—No más que yo, Manu, no más que yo.

~ 266 ~



Nochebuena, tres años después.

La cocina estaba llena de mujeres, de olores y bandejas con comida.

Sonrió al ver a unas entrando y saliendo, ocupadas con los preparativos para la cena. Al fin había logrado reunir, en su casa, a toda la familia.

Carmen, Lali y Reme estaban terminando de preparar el pavo y el solomillo relleno. María, junto a sus otras dos hermanas, se habían encargado de los aperitivos, Lucía, al fondo de la cocina, estaba preparando un cóctel de champán, porque era lo único que podía hacer sin quemarlo o dejarlo medio crudo, Raquel y ella estaban a cargo de los dulces.

En ese momento entró Gloria, que junto a Ana, la hija de Lali y que estaba a dos meses de ser mamá por primera vez, se habían encargado de preparar las mesas y la decoración de estas.

—Ya he llevado los platos y los hombres están terminando de colocarlos. ¿Ayudo a algo por aquí?

Carmen la miró espantada.

~ 267 ~

—Mantente apartada de los fogones, levanta las manos despacio y retrocede, el ministerio de sanidad ha prohibido, terminantemente, que te acerques a cualquier olla, cazo o sartén.

—Muy graciosa, mamá —le sacó la lengua— pues que sepas que hago unas tortillas con queso buenísimas.

Lali resopló sonoramente, al vivir cerca una de la otra en Escocia ella era la encargada de enseñarle a cocinar, algo que Carmen no había logrado y ella... tampoco.

Lucía salió a llevar a la despensa, dónde había otro frigorífico, la enorme cazuela con la bebida y al regresar venía frotándose el culo.

—¡Joder con el abuelito! Menuda fuerza tiene el puñetero.

Reme la miró enfadada.

—¿Te ha dado un palo en el culo?

Salió por la puerta y se topó con su padre.

—Papá, ¿es que no puedes meterte las manitos en los bolsillos?

¡Joder, con el viejo verde de las narices!

—¡Me ha dado un tirón al pasar la chica!

—El tirón te lo voy a dar yo, pero de las orejas. Voy a pegarte las manos al cogote, por sobón.

Carmen empezó a reír.

—Reme, yo tengo una cuerda que es mano de santo, ni *Houdini* podría escaparse de ella.

—Eso, tú dale la razón, Carmen, que la loca esta es capaz de coserme los puños de las camisas y a ver qué hago yo con las manos.

Salió de la cocina, pasó al lado de su suegra y del abuelo, se inclinó y

le dio un beso en la frente al hombre.

—Tú eres la única que me comprende, ¿a qué sí, cielo?

Negó con la cabeza y siguió andando hasta el comedor, allí estaban todos los hombres con los pequeñajos. Su cuñado Chris, marido de Gloria, Hans, el mayor de los dos niños, que estaba sentado en la enorme alfombra azul cobalto jugando con un coche, a su lado estaba su hermano Lean y los hijos de las hermanas de Manu. Marcos, su otro cuñado, miraba a sus dos pequeños, Loreto y Lorenzo, mientras hablaba con Dearan, el marido de Raquel, que estaba sentado con la pequeña

~ 268 ~

Maisie en brazos y, al mismo tiempo, observaba a Kendrew que correteaba detrás de Alex, su pequeñín y que era idéntico a Manu, sentados al lado de ellos estaban las parejas de las tres hermanas de su marido. Alrededor de la chimenea estaban Evander, su tío Rafa, el compañero de Ana, Eloy y, apoyado en la pared, sonriendo a carcajadas estaba su padre que, en cuánto la vio, se acercó hasta ella y le dio un beso en la sien mientras le pasaba el brazo por la cintura.

—Cariño, ¿no te parece que es demasiado pronto para tanto alboroto?

Besó a su padre en la mejilla.

—Papá, hace ya un mes que di a luz, estoy perfectamente, además,

osea, es un parto, no una operación a corazón abierto, ¿sabes?

—Me sorprendes cada día más, Carol, te has convertido en una mujer fuerte y maravillosa, me siento muy orgulloso de ti —carraspeó nervioso— ¿tú... tu madre te ha llamado?

Sonrió con tristeza.

—No, papá y eso que Manu le avisó nada más nacer Laura, igual que hizo cuando nació Alex, pero ni se dignó en devolver la llamada siquiera.

—¡Joder! Y eso que en cuanto me enteré de lo de Íñigo la llamé y me regodeé en explicárselo con todo lujo de detalles.

—¿La llamaste para decirle que lo habían detenido por corrupción? —
Vio como su padre asentía satisfecho y soltó una risita— Me hubiera encantado verle la cara, *osea*, papá, estoy segura de que disfrutaste como un loco diciéndole lo «acertada» que estuvo en elegirme pareja, ¿no?

—¡No lo sabes tú bien, cielo! Y aun así, la muy terca, seguía diciendo que tenía que ser un error. Pero esperaba que después de eso, y con el nacimiento de Alex y Laura, ella...

Le colocó el dedo en los labios.

—No nos amarguemos la noche, ¿vale?, ella no tiene lo que poseo yo, y que tú y Manu me habéis regalado. Soy feliz, papá, tengo una gran

familia, un marido extraordinario, fascinante y mucho cariño a mi alrededor. No necesito más, en el fondo me da pena, no sabe lo que se está perdiendo.

Su padre le dio uno de sus abrazos de oso.

—Y hablando de mi marido, ¿lo has visto?

~ 269 ~

Él resopló sonoramente.

—Mi nieta hizo un sonido, que te juro que solo escuchó él, y salió corriendo, ¡ese hombre está loco por sus hijos!

Le dio un beso a su padre y se fue a buscar a Manu. Sí, su marido adoraba a sus hijos, era el padre perfecto, se desvivía por ellos. Sus embarazos fueron estupendos, pero aun así él no dejaba de estar pendiente de ella, hasta casi, *osea*, tía, atosigarla, agobiarla, ¡jopetas! Si no podía ir al baño a *pipisear* sin que Manu la acompañara. Raquel se quejaba de que Dearan, en sus embarazos, era un guardaespaldas, pero es que su marido era peor. Era un hombre asombroso, atento, dulce, detallista, cariñoso y... bruto, sí, en eso no había cambiado nada, lo mismo aparecía con un palillo en la boca, que le soltaba un palo en el culo, que la fo... ¡jopelines, todavía le costaba decir la dichosa palabra con f! folla...ba como un loco y habían «explorado y bautizado» todos los

rincones de la casa, los jardines, huertos aledaños y, hasta una vez, en la sala del horno de la panadería, ella se había enamorado, por completo, de él y de ese lado rústico.

Sonrió al pasar por la pequeña habitación donde estaban sus otros «peques», en días como aquellos y con tanto niño en la casa, era mejor mantener a Bubble y Muffin encerrados, los pobrecitos al final terminaban estresados con tanto jaleo, toqueteos, pinturas y hasta vestidos con lazos acababan llevando y que hacían que la miraran de forma indignada, como si ella fuese la culpable de todo aquello.

Cuando llegó a su habitación lo escuchó hablar, se apoyó en el marco de la puerta sin hacer ruido y disfrutó de la visión que tenía en frente, él estaba de espaldas a ella — ¡menudo culo! Era perfecto y más de una vez había disfrutado arañándolo y mordiéndolo, sonrió perversamente, esa noche, cómo regalo de Navidad, lo mismo le dejaba las marcas de sus uñas en él— y estaba cambiándole el pañal a su hija.

—En serio, princesita, ¿cómo una cosita tan preciosa y perfecta como tú puede echar esas «cacotas» por su culito? ¿Y de la pestilencia que me dices? Cariño, esto no es normal, de verdad, recuerda que te alimentas de los pechos de tú mamá y te juro que no encontrarás nada más dulce y sabroso, te lo digo con conocimiento de causa.

No pudo evitar poner los ojos en blanco.

—¿Y esas meadas? las princesas *pispisean*, cielo, no orinan como si fuesen vacas, ¿me oyes? ¡Joder, que has llenado el pañal hasta los mismos bordes!

~ 270 ~

—Pero es que su mamá no quiere una princesa —Manu se volvió y la miró sonriendo— yo quiero que se parezca a su papá.

—¿Estás segura? Mira que puede salir con boina y palillo incluido.

Se acercó hasta él y tomó a la pequeña en brazos mientras le daba un beso en los labios a su marido.

—¡Por la D de Dior, Manu! Eso mejor nos lo saltamos. En serio, cariño

—lo miró fijamente mientras se sentaba en la mecedora y desnudaba su pecho para darle de mamar a su hija— quiero que sea ella misma, bruta o pija, pero ella misma, que nos tenga a los dos apoyándolos, a ella y a su hermano, en todo.

Él se agachó frente a ellas y le acarició la mejilla con cariño.

—Eso está garantizado, rubia, siempre nos tendrán a su lado. Mmm, esta glotona podía dejar algo para su papá, me muero por un poquito de teta.

Resopló sonoramente.

—Si no fueses tan sumamente terco ya habrías tenido tu ración, *osea*, tío, estoy recuperada, Manu, re-cu-pe-ra-da, y muy caliente, así que esta noche, moreno, o me fo... bueno, ya sabes, la palabra que empieza por f, o te violo.

Manu alzó una de sus cejas.

—¿Me lo prometes? Cariño, me muero por reventar los muelles del colchón de la follada que te voy a dar, pero quiero que estés bien, puedo esperar.

Se cambió a la niña de pecho y lo miró toda ruborizada, seguía siendo un bruto.

—Pero yo no. Además, quiero... «montarte», *Lolo*.

Él soltó una carcajada.

—Sabes tocarme el punto, rubia.

—Yo creía que tu «punto» era otro, Manu.

—«Eso», cielo, no es un punto, eso es un obelisco, un taladro, pero mi punto, Carol, eres tú, solo y siempre tú, rubia.

La besó en los labios, acariciándoselos con la lengua.

—¿Queréis dejar de meteros mano delante de mi nieta?

~ 271 ~

Daniel los miró intentando controlar la risa, pero Carmen le dio un

golpe en el pecho y le dijo que los dejara en paz, se acercó hasta ellos sonriendo.

—¿Ha terminado ya de comer?

—Sí, mamá, ya está lista.

Su «madre», pues así la consideraba y cada día más, le dio un beso en la mejilla y tomó a Laura en sus brazos.

—Entonces me la llevo abajo, podéis aprovechar para daros un magreo, pero recordad que cenamos en diez minutos.

Salió guiñándoles un ojo, le dio un beso en la mejilla y miró a su marido.

—¿La has visto, Daniel? Laura se parece cada día más a mí.

Manu la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Acaba de decir que la niña se parece a ella?

Se levantó, y sin cubrirse los pechos, se acercó hasta él.

—Sí, eso mismo acaba de decir.

Manu le puso las manos en la cintura y los ojos en los senos.

—Pero eso es... imposible, ella no es...

Le colocó un dedo en los labios que él lamió con suavidad y que la hizo estremecer.

—Es su abuela, Manu, además, ¿prefieres hablar de eso o quieres

aprovechar estos diez minutos?

—¡Joder, rubia, eso ni se pregunta! Sabes que no hay nada que me guste más que tú. Me tienes loco, Carol. Te quiero tanto, que aún no puedo creer que seas tan mía como yo tuyo.

—Nunca lo dudes, te quiero, Lolo.

Se vio recompensada con un azote en el culo y con un beso que le hizo encoger los dedos de sus pies.

Cada día agradecía más el que el destino hubiera hecho que Carmen apareciera en la vida de su padre, gracias a eso ella había cambiado, se había sentido más fuerte, querida y feliz, había escapado, por completo, del yugo de su madre y había conocido a Manu, el hombre de su vida, su amor. Algunas veces se preguntaba como habrían sido las cosas si

~ 272 ~

.

ella siguiera siendo esa niña tonta, cursi y que miraba por encima del hombro, tal y como le había enseñado su madre y se estremecía nada más pensarlo.

¡Por la D de Dior! No se cambiaría por nadie, era una mujer feliz y muy amada, y eso, por mucho que le jo... «petase» a su madre, valía más que el status, el dinero y los títulos.

Se entregó al beso de su Lolo, del hombre que le había puesto los pies

en la Tierra y se había apoderado de su corazón, su amor.

~ 273 ~